This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 3430.4

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

4407

DE SANTA ANNA Á LA REFORMA

DE SANTA ANNA

Á LA REFORMA

MEMORIAS DE UN VETERANO

RELATO ANECDÓTICO

DE NUESTRAS LUCHAS Y DE LA VIDA NACIONAL DESDE 1851 Á 1861,
RECOGIDO
Y PUESTO EN FORMA AMENA É INSTRUCTIVA

POR EL

LIC. D. VICTORIANO SALADO ALVAREZ

EL GOLPE DE ESTADO
(1856-1858)

El despotismo de Santa Anna. — Luchas por la libertad. — Conspiraciones. — Pronunciamientos. — La anarquía. — Los Constituyentes. — La Reforma. — Batallas y encuentros. — La vida de los pueblos cortos. — Fisonomías políticas, militares y literarias.

ARISTA.—ÁLVAREZ.—COMONFORT.— DEGOLLADO.—DOBLADO.—JUÁREZ.
ETC., ETC.

AYUTLA. — VERACRUZ.
PUEBLA. — GUADALAJARA. — TACUBAYA. — ETC., ETC., ETC.

MÉXICO

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE J. BALLESCÁ Y C.ª, SUCESOR
572, San Felipe de Jesús, 572
1903

A13430.4

HARVARD COLLEGE LIBRARY

FEB 13 1919
LATIN-AMERICAN
PROFESSOR

ES PROPIEDAD

Imprenta y Litografía de Henrich y C.ª — Barcelona, Calle de Córcega.

EL GOLPE DE ESTADO

CAPÍTULO PRIMERO

Una sesión del Constituyente

ENTRAMOS al café del *Progreso,* y un criado italiano, meloso, risueño y comunicativo, con el bigote engomado y la servilleta al hombro, nos preguntó:

—¿Qué va á ser?

—Para mí, contesté, *Amor de ángel* con *Profundidad de infierno;* para el señor, *Celos de clérigo* con golpes y toques de *Satanás en acecho.*

—¿Qué dices, muchacho? me preguntó alarmado el padre Huerta. ¿Esto es una nevería ó es la zahurda de Plutón?

—Nevería es y muy honrada; pero el dueño ha tenido la más graciosa idea del mundo poniendo á sus helados esos títulos espantosos.

—Pues, de todos modos, despacha, que si no, no lograremos entrar á la Cámara de diputados; y ya sabes que

hoy se discute en lo general el proyecto de Constitución, y que el demagogo Ramírez, el pirrónico descarado, como se llama él mismo, ha anunciado uno de sus tremendos discursos.

—No hay para qué andar con prisas; siempre habrá lugar para un capitán ayudante del Excmo. señor Presi-

dente, contesté con suficiencia y presunción. Créamelo, padre, agregué con sorna, aunque me acompañe de un curácuaro, de un ensotanado, de un ave negra, sobrará quien me abra paso.

—¿Pero quién te ha enseñado esas atrocidades, muchacho de mis culpas? me dijo alarmado Huerta. Si tu padre te oyera, se caía muerto de la pena; él, que como todos los *polares* de su tiempo, tenía como máxima aquello de

Si ser felices queréis,
Mis muy amados paisanos,
Patria y virtud no olvidéis;
Sed liberales cristianos.

—Pues diría que esas cosas eran fruto de las predicaciones del acreditado jacobino Fray Antonio Huerta, quien me enseñó esos y otros primores.

—Pues sabe que, jacobino y todo, como me llamas, soy y seguiré siendo siempre católico, apostólico romano. Dios no quiera que por seguir esta ó la otra teoría políticas, abandone las santísimas creencias que me imbuyeron mis padres y en que me confirma el hábito que llevo. Católico y liberal soy, y católico y liberal moriré. ¿Por qué no me ha de tocar algún día oir en nuestras iglesias, mezcladas á las harmonías divinas de los himnos reli-

giosos, las otras harmonías que celebran la conquista de la santa libertad?

Me reí tomando por exceso de inocencia el modo de discurrir de Huerta, y le contesté en broma; pero á poco, ya dentro de la Cámara de diputados, tuve que guardar silencio.

La galería estaba llena de gentes, que no se fijaron en nuestra presencia; inclinadas en el antepecho de las balaustradas, devoraban el salón iluminado, en que se veían muchos vestidos negros, muchas calvas relucientes, muchas melenas alborotadas y muchas manos que movían papeles, hojeaban libros y se hacían señas.

La presidencia la ocupaba Farías, el patriarca de la libertad mexicana, el viejo adalid de nuestras luchas por el progreso. Era pálido, pálido, casi marfilino, de dulces ojos, de mirada tierna, con aspecto de sufrimiento y resignación.

El padre Huerta estaba que no se le cocía el pan.

—¿Quién es, me decía, ese chiquitín, nervioso, movedizo, de vocecita suave y amanerada, que acaba de pedir la palabra para una aclaración?

—Es Guzmán, el orador famoso.

—¿Y aquel torpe, encogido, arrancherado, de buen rostro, que mira desconfiado á todas partes como palurdo que por primera vez visita la corte?

—Ese es Fuente, el coahuilense, orador á la inglesa,

calmoso, de voz gutural, enemigo de retóricas, pero lleno de ciencia política, de habilidad en los negocios, de conocimiento de los hombres y las cosas. Ha sido el gran adversario de Vidaurri, el visir de Monterrey, y lo ha atacado con una destreza y un talento asombrosos.

—¿Y el de mirada dura, barba de barboquejo y aspecto de clérigo evangélico?

—Es Mata, uno de los adalides de la Comisión de Constitución, gran lógico, razonador de fama y teórico de veras.

Llegaban á nuestros oídos risas ahogadas: un orador del género gracioso decía que no alcanzaba á comprender una república con frailes y monjas, con pasaportes y cartas de seguridad, con fueros, privilegios, estancos, sistema prohibitivo...

A ratos pedía el poder municipal; á ratos la uniformidad de legislación civil, penal y comercial en toda la República; á ratos el establecimiento ó la abolición del jurado.

—¡Ah, sí! dijo el padre; Mata, el veracruzano. El que si como médico mata...

—Como orador asesina, interrumpí yo.

—¿Y el alto, barbudo, de buen porte, de mirada franca, bien peinado é irreprochable de traje?

—Don Ponciano Arriaga, el presidente de la Comisión de Constitución. Habla tarde y difícilmente cuando el

asunto no le interesa; pero en cuanto entra en calor, su voz adquiere inflexiones y matices de que cualquiera pensaría estaba muy distante; se excita, se anima, acciona, vibra, en fin, como un instrumento exquisito.

De repente se estableció el silencio; subía á la tribuna un individuo bajito de cuerpo, de tinte ictérico, de mirada inteligente.

No necesitó el padre preguntarme su nombre, pues de todas partes se oyó:

— Va á hablar el *Nigromante.*

— Es Ignacio Ramírez.

— Es el enemigo de los frailes.

— Es el ateo. Su fama empezó con el discurso en que sostuvo que Dios no existía y que sólo movían la creación fuerzas naturales.

— ¡Bandido! decía un espectador de sombrero ancho enseñándole los puños.

— ¡Fuera el impío! clamaba otro, por las señas personaje del depósito.

— ¡Viva el indio Ramírez! gritaba uno poniéndose las manos en la boca á modo de bocina.

— ¡Viva el gregoriano! voceaba un chico estudiante al parecer.

El hombre parecía no oir nada.

Se encaminó con paso firme á la tribuna, se apoyó en la barandilla, dijo: *Señores,* y empezó por atacar, no los

artículos del proyecto á discusión, sino las palabras iniciales: «En el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo mexicano... los representantes de los diferentes Estados que componen la República de México... cumplen con su alto encargo...»

Empezó con seriedad, reposadamente; pero á poco y sin querer, el razonamiento se le escapaba y se convertía en epigrama sutil, en dardo envenenado, en maza que hería, en boca que se burlaba, en diente que mordía y destrozaba.

«Yo bien sé, decía, qué hay de ficticio, de simbólico y de poético en las legislaciones conocidas; nada ha faltado á algunas para alejarse de la realidad, ni aun el metro; pero juzgo que es más peligroso que ridículo suponernos intérpretes de la divinidad, y parodiar sin careta á Acamapich, á Mahoma, á Moisés, á las Sibilas...

»Señores, por mi parte lo declaro, yo no he venido á este lugar preparado por éxtasis ni por revelaciones; la única misión que desempeño, no como místico, sino como profano, está en mi credencial; vosotros la habéis visto; ella no ha sido escrita, como las tablas de la ley, sobre las cumbres del Sinaí, entre relámpagos y truenos. Es muy respetable el encargo de formar una Constitución, para que yo comience mintiendo...»

Nadie se reía, nadie aprobaba, nadie aplaudía; no había sino un inmenso asombro de oir en aquella sala

voces que no se habían escuchado nunca, y que se creían signo de los tiempos.

Luego habló de la suerte de los jornaleros. «El jornalero es esclavo, gritaba. Acordamos con entusiasmo un privilegio á quien introduce una raza de caballos ó inventa un arma mortífera; formemos una Constitución que se funde en el privilegio de los menesterosos, de los ignorantes, de los débiles, para que de este modo mejoremos nuestra raza y para que el poder público no sea más que una beneficencia organizada...»

D. Ignacio Ramírez

Tronó contra el salario, contra la tiranía del capital, defendió el derecho al trabajo, y concluyó entre aplausos de los mismos que lo habían vejado é insultado.

Tras un diputado que no recuerdo, se puso en pie Arriaga. Contestó lo mismo á los que pedían siguiera rigiendo la Constitución de 24 que á los que pedían reformas extraordinarias.

Defendió la invocación del nombre de Dios con brío y con calor. «Si en todas las acciones humanas se tuvieran presentes los beneficios y mandatos del supremo Hacedor de las sociedades, habría menos errores y menos desaciertos en este mundo. La República no invoca el nombre de Dios para profanarlo con la opresión, ni con la servidumbre, sino para consolidar su libertad. El verdadero derecho divino, concluyó, lo constituyen la libertad y la democracia.»

Era ya de noche cuando salimos de la sesión, haciendo comentarios y disputando ardorosamente.

El cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza...

CAPÍTULO II

La sabiduría de mis tiempos

EL cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza; obscuro, pero adornado con primor; pobre, pero visitado como ermita de santo milagroso. Se había sacado todo el partido posible del hueco de la escalera vieja y escueta de una casa del Portal de Santo Domingo.

El cartel, de estrambótica caligrafía, en que figuraban las letras muñecos patizambos, despernados, de brazos enormes y cabellos crespos, decía:

«*Se escrive y enceña á escribir toda clase de letras con anbas manos; hortográfica ilogicamente, y lo que es más concentido común. Sedán legciones á domisilio; por el profezor que lo es,* FRANCISCO GONZÁLEZ GORDOA.»

Cuando llegamos yo y el padre Huerta, oímos una voz que decía, con acento de quien siente que le aprietan las narices los anteojos con guarnición de asta:

«... Vió un conciliábulo en el infierno.

»... Entraron los diablos en Congreso, y entre todos ellos hicieron la Constitución y el Código; y Lucifer mandó á los demonios que extendieran esa Constitución por el mundo, para pervertir á todos; y se vació el infierno para guerrear con los cristianos; y aun los animales se metían embistiendo á los buenos y no á los malos.

»... Y me aseguró su confidente, entre otras cosas, que el rey ha de venir aquí, aunque los hombres no quieran, porque Dios lo quiere así...

»... Vió la venida de los anglo-americanos al reino; sus sectas, máximas y vestuario y que ellos han de ser los martirizadores y les han de deber mucho dinero...

»... Vió los martirios que se harían en la ciudad; la salida de las religiosas á sus casas, hasta las Capuchinas; y que se verán dichas religiosas en tanta pobreza y necesidad, que pedirán en los zaguanes de los senadores lo que sobre de sus mesas para comer...»

Aquí el lector hizo una pausa; tosió, gargajeó, lanzó un escupitajo y siguió con su sonsonete:

«... Vió la vuelta de los españoles al reino y que los recibieron aquí con aplauso; que los otros de esa nación

que se conservan aquí y que han sufrido en lo pasado, les llamarán fundamentos de la ciudad...

»... Vió la venida del rey de España; y entonces, sin que nadie lo eche ni le pague su dinero, se retirará el anglo-americano á su patria...

»... Y al rey que venga le han de hacer su palacio en Nuestra Señora de Guadalupe...

»... Los americanos irán á Europa á traer el rey, y los españoles resistirán y harán guerra; y será la última guerra de España...

»... Recogerá todas las religiosas, sin que ninguna quede en la calle; las llevarán á sus conventos y encontrarán todas las cosas que dejaron en sus celdas; de modo que si una paja queda en sus celdas cuando salgan, esa paja encontrarán; porque ni el aire la moverá, y hará el Señor muchos milagros en favor de las religiosas...»

Hizo una nueva pausa el lector, y entonces Huerta, tosiendo, llamó la atención del insigne Senado, que estaba todo oídos.

—¡Pero, padrecito, qué milagro! dijo un sujeto tripón que estaba por el suelo sentado *more turquesco.*

—¡Ay, qué lindo mi padrecito Huerta! exclamó la dueña de la casa, que mangoneaba cerca del braserillo esparciendo un olor de fritanga que se metía por las narices.

—Todo el mundo sentado, no se mueva nadie, dijo

Huerta. ¿Qué se leía, que me pareció oir que revolvían á Roma con Santiago, contando milagros, ejemplos ó cosa así?

— ¿Qué había de ser, padrecito de mi alma, qué había de ser sino las profecías de la madre Matiana, criada que fué del convento de San Jerónimo por allá hace miles de años, y que supo adivinar todo lo que está pasando y todo lo que sucederá? Es para alabar á Dios.

— ¿Y esas profecías han sido examinadas por el ordinario, ó siquiera se ha comprobado que haya existido la tal madre?

— ¿Cómo no, señor, terció uno de los concurrentes; si en vida de mi señor arzobispo hizo tales milagros, que dejó espantado á S. Ilma. y llenos de confusión á los incrédulos?

— ¿Y aquí se leen cosas de substancia, no, Francisco?

— Ah, señor, lo que se puede. Si S. P. se acerca á aquel tinglado con libros, verá el *Lavalle mexicano,* las *Respuestas familiares á las objeciones contra la religión,* el *Despertador eucarístico,* y las *Obligaciones del hombre,* por Escoiquiz.

— Y también, dijo el Padre incorporándose del asiento de palma que le habían cedido, *El Cervecero rey,* por D'Arlincourt, el *Mozo expósito en Granada, Córdova y Burgos*, *Matilde ó las Cruzadas, El Ivanhoe, La Cabaña de Tom, El Trovador, Ana Bolena, La trenza de sus cabellos* y

Don Gonzalo de Córdova ó la Conquista de Granada, por el caballero Florián.

— Sí, Padrecito, no se dirá que aquí no se procura la ilustración que tanto cacarean los jacobinos; pero la ilustración que se busca es la cristiana, la verdadera, la sólida.

— Claro; bien se ve en *La Italia Roja,* que ocupa lugar de elección, en el *Bertoldo*, *La portentosa vida de la muerte,* por el Padre Bolaños, la *Disertación sobre el baile de San Gonzalo,* por el M. R. P. Tomás Blasio, de la Orden de Predicadores, y Doctor de la Universidad de Guadalajara.

— Pero fíjese su Paternidad en esto, que es la gloria de la casa. Son libros tan altos, tan altos, que por más que me fatigo el entendimiento no logro saber qué quieren decir.

— Ajajá, dijo Huerta riendo á carcajadas; aquí tenemos el famoso «Grano de Evangelio en la tierra virgen. »Cristo, seminario de toda enseñanza, limitada por ha»berla puesto en estas pajas el Padre José de Ormaza, de la Compañía de Jesús». Sigue, exclamó abriendo otro volumen, la «Racional campana de fuego que toca á que »acudan todos los fieles con agua de sufragios á mitigar el »incendio del purgatorio en que se queman las benditas »ánimas que allí penan. Su autor el Padre Feliciano Se»villa, predicador y misionero de la Orden de Capu»chinos.»

Le alargué media docena de librillos en pergamino, que se habían caído, y al recogerlos dijo el Padre:

— ¡Hola! si para que nada faltara aquí están también mis antiguos conocidos: la «Anatomía espiritual», la «Médula espiritual», los «Gritos del purgatorio», los «Gritos del infierno y medios de acallarlos», del Padre Boneta, y sobre todo, las «Gracias de la gracia, saladas agudezas de los santos», que es el centón más lindo de disparates que se ha escrito desde que hay plumas y gansos á quien arrancárselas.

Siguió examinando el fraile durante un largo espacio.

— Creía, gritó, que era falso que acumulaban á los regulares; pero veo que en realidad se escribieron los famosos *nadas* de Fray Diego de Madrid. Por el hábito que visto, mi querido Gordoa, que no dejaré en poder de usted estas preseas; me las llevo para deleitarme y para mostrarlas á los hermanos. Oigan ustedes:

«Nada con voz y voz en ecos de nada, multiplicada y »expresada en varias oraciones evangélicas, morales y »panegéricas, por Fray Diego de Madrid, año de 1736...» Y engolosinado por los plácemes que debe de haber recibido, el bueno de Fray Diego salió á los tres años cabales, que no necesitó menos para parir esas atrocidades. Mucha atención: «El César, ó nada y por nada coronado César, San Félix de Cantalicio. En sus nadas sus grandezas, su portentosa vida recopilada, aplaudida, entretejida y coro-

nada de varias oraciones evangélicas, morales y panegéricas...»

— Así nos han dejado, exclamé, esos primores literarios: crearon una sociedad que «por la noche rezaba el rosario y por el día se arrastraba á los pies del Príncipe de la Paz, que tenía las ciudades llenas de conventos y los caminos infestados de ladrones...»

Me miraron con enojo todos los tertulianos; pero queriendo desviar su atención, preguntó mi amigo el fraile:

— ¿Y qué hay de política?

— ¡Ni nos diga S. P.!, exclamó una señora de tápalo amarillo, túnico hasta la espinilla, medias de la patente y babuchas *tapeladas*. Aquí don Pancho, antes de ponerse á leer esas profecías que nos han consolado tanto, nos hablaba del hallazgo de anoche en el callejón de Santa Clara: un *dijunto* que por las señas era caballero, pues traía *ragland,* reló, anillos con brillantes en los dedos y sombrero de tres viviendas. Era un dolor verle, según cuentan, pues no tenía sino una herida en medio del pecho y clavado un puñal que llevaba en la cacha un letrero colorado: *por puro*. Así se estuvo horas y horas.

— No crea, señora mía, dijo sonriendo el fraile, en semejantes patrañas, que sólo el candor de mi amigo Francisco puede propagar. A nadie asesinan por puro, ni por moderado, ni por conservador; pero si así sucediera, puede estar segura de que no le dejarían al difunto puña-

les clavados en el pecho ni letrerillos teatrales de que sólo se tiene noticia en los novelones que lee el dueño de esta casa. Pero hay algo que me hace creer es una mentira cuanto le han contado: un muerto que dura en México tendido horas y horas con reló, brillantes ó siquiera zapatos, es un muerto de mentirijillas, es un muerto de broma.

— ¡Así está usted, Padrecito! interrumpió Gordoa con voz tonante, pues negar que ahora pasan cosas espantosas es negar la luz del día. *Ay* nos han echado no sé qué *jais* de ley para que los señores del clero y los militares puedan ir á la cárcel como todo el mundo, y otra para quitarles á los conventos su dinero y sus casitas.

— Pues si los clérigos y los soldados son buenos, no tendrán inconveniente en que los juzgue quien quiera: al buen pagador no le duelen prendas. En cuanto á la ley de desamortización, no se quita nada á nadie, sino que se permite vender propiedades.

— ¿Y qué necesidad tienen los señores regulares de permisos de vender? Si así los cuitados se cogen una oreja y no se alcanzan la otra, ¿qué harán cuando se les obligue á vender lo suyo?

— ¡Pero Gordoa, por Dios! ¿usted ignora que sólo los bienes de los conventos de México valen más de diez y seis millones de pesos? ¿No sabe que hay multitud de gentes que se mueren de hambre, sin trabajo, á causa de que toda la propiedad es de manos muertas?

— Ya me lo echaron á perder á S. P. los malditos jacobinos, exclamó el memorialista.

— ¡Ni digas eso, hombre! interrumpió con enojo Francisca, su mujer, hembra de carne fofa que infundía el an-

tojo de plantarle los dedos en la cara, por si acaso se le quedaban señalados; gorda como un ahuehuete centenario, al grado que cuando se inclinaba para los menesteres de la cocina, parecía una vaca holandesa con el trasero para la puerta. No digas tonterías, que el Padre nos cuenta esas cosas por *tantearnos*. Él sabe bien el castigo que le ha venido al pícaro Comonfort por andar dando leyes contra la religión.

— ¿Qué castigo ha sido ese, vamos á ver? preguntó con sorna.

— ¿Ves, Pancha? ¿Ves, mujer, á lo que te expones? El

señor, por la pinta, parece ayudante del don Ignacio y no dejará de denunciarnos ante Juan José Baz, para que nos hagan barrer las calles.

— El señor, dijo Huerta, es mi amigo, y persona cuya discreción fío. No ha de ser el capitán Pérez de la Llana quien lleve soplos ni se degrade con chismes.

— Pues si al cabo lo que yo iba á decir no ofende á nadie: que el Presidente tiene desde hace días la lepra del piojo y que los médicos no hallan qué hacer para salvarlo. Un *totorote* tan grande y tan gordo tiene que sentirse de muerte con una cosa así...

— No, señora, no se aflija usted, que don Ignacio está bueno y sano, gracias á Dios y á su buena complexión. No tiene lepra ni trazas de tenerla.

— Y Dios nos libre de que coja siquiera un resfriado, exclamó con vehemencia el fraile, porque ahora no tenemos otra salvación en lo humano.

— Pero si es tan bueno el hombre, ¿cómo no calla ó manda callar á esos arengadores blasfemos, desvergonzados é indecentes, que van diariamente á decir tonterías al Congreso?

— Ganas le sobran de hacer muchas cosas; pero no las hace por una razón muy sencilla: porque no puede.

— ¡No puede y es el Presidente! Que le hubieran venido al señor Santa Anna estos abogadillos de tres al cuarto hablándole de derechos y de libertades, y habrían visto

si con él valían tonterías. Es que todos son unos, y si bien canta el abad, no responde mal el sacristán. Pícaros y bribones son los diputadillos charlatanes, y bribón y pícaro es quien los consiente.

— Ah, señor, dijo la casera, corrigiendo el exabrupto marital; dispénselo usted que está *irrito* como siempre que habla de estas cosas. Pero considere usted que es de los cruzados de Puebla, y que está aquí no más por no darme una pesadumbre, pues sería mi muerte verle otra vez en revoluciones.

— Sí, señor; tengo la honra de ser de los socorridos por el jefe de usted con una moneda de á peso, con que fabriqué, como mis compañeros, un anillo que tiene una cruz que nos sirve á los amigos del órden para reconocernos.

— ¡Jesús y divino Antonio! ¿luego todavía piensan en revoluciones? gritó la del tápalo amarillo.

— Sí, señora: ó hemos de valer nada, ó esto quedará como debe quedar.

CAPITULO III

Tolerancia y amoríos

CONVÉNZASE usted, don Pancho: el bacalao ha de ser con chile, sin aceite y sin orégano, pues echárselo es perderlo.

— Pero nunca llegará usted á probarme, señor capitán, que eso sea bacalao á la vizcaína ni cosa que lo parezca. El bacalao á la vizcaína debe rehogarse en aceite; de otro modo es una solemne mamarrachada, dicho sea con perdón de quien piense otra cosa.

— Ni usted me demostrará jamás que ese aceite convenga al bacalao á la veracruzana, que es el que yo defiendo y sostengo.

— Ello es que éste con su pan rallado, su pimienta, ajos y zumo de limón, está para alabar á Dios.

— Ya que hemos comido tan bien y tan bien nos hemos despachado, dígame si tiene ya listas las cosas para la sesión de hoy.

— Todo está arreglado como puede ver su merced; las bandas verdes que dicen:

Viva la religión y muera la tolerancia,

las otras blancas que contienen los dísticos que nos improvisó el padre Magna Gracia y las amarillas destinadas á los nuestros, á los hombres de bien que atacan la maldita libertad de conciencia.

— ¿Y qué dísticos hizo el italianito? Léalos usted, que deben de ser cosa buena.

— Oiga usted y deléitese:

En el empíreo ya grabado queda
El nombre del ilustre Castañeda.

— Muy bien; nada más justo que alabar á ese atleta que tan bien se ha manejado en esta discusión. Diga usted otros.

— Ahí van:

Viva la religión; muera el impío;
Execremos por siempre al extravío.
Si queréis religiosa tolerancia,
Querréis también revolución de Francia.

Que muerá el bando vil del desenfreno;
Mueran Zarco, Ramírez y Moreno.

— Eso está de perlas; ni escrito por Monseñor Munguía. Vamos á otro.

— Nada más hay dos.

Antes morir que veamos profanados
Los altares á Cristo consagrados.
¿De cultos libertad? No la queremos.
Católicos lo somos y seremos.

— ¡Perfectamente; como de tan bella mano!

— Es que tenemos gente que sabe poner la pluma, amigo Quiroz. No nos parecemos á los liberalescos que no conocen la *o* por lo redondo. Dígame si no es para dar grima este amago de soneto que publica *El Heraldo:*

El vil conservador en su agonía
Abusa del candor de las señoras,
Acopia firmas de esas seductoras
Y por ellas se afana noche y día.
La opinión del Congreso como impía
Proclama sin cesar y á todas horas,
Y con manos inmundas y traidoras
Profana el santuario y galería.
Afanes perdidos, poco ilustrados

Cuando la libertad de conciencia
La reclaman el siglo y conveniencia.
Sí, pueblo, vuestros dignos diputados
Por vuestro amor trabajan con lealtad
Y harán del pueblo la felicidad.

— ¡Qué barbaridad!

— Pero ¿en qué consiste que nuestros atletas, los Pesados, los Arangos, los Seguras, los Roa Bárcena y tantos otros, en vez de ir al Congreso y poner en cintura á todos esos bellacos habladores, se están en su casa?

— Consiste, repuse yo, que encontré la oportunidad de meter baza, en que esos señores no salieron diputados, y si salieron, creyeron que se degradarían poniéndose á tú por tú con los progresistas.

— Con lo cual, repuso el nunca bien alabado Gordoa, han dejado que los otros se despachen con la cuchara grande. ¡Cómo desearía que se hiciera lo que el otro día propuso un diputado!

— ¿Y qué fué, amigo Pancho?

— Friolera; recordó que en los conventos de los primeros cristianos había algo así como unas rejillas desde donde los catecúmenos, ó sea el pueblo, proponía cuestiones á los doctores.

— Y aquí, ¿vamos á dirigir preguntas á los diputados?

— Y á tomar parte, como personas de la galería, en cuanto se discuta en la camarilla.

— ¡Bueno estaría eso, Panchito!

— Ya le ajustaría sus cuentas al tal Mata, ese veracruzanillo presuntuoso que ayer se declaró Mesías, apóstol, mártir y confesor de la fe democrática.

— Y á Zarco, que llamó al romano Pontífice, Prefecto al servicio de Austria.

— Y á Gamboa, que insultó á las señoras que firmaron las exposiciones.

— Y á Cortés Esparza.

— Y á García Granados.

— Y á Ramírez, el charlatán sin conciencia.

— Y á Prieto, que comparó la actitud de las señoras firmantes de peticiones con la de Dido abandonada.

— Ese pillo que se atrevió á asegurar que la confesión auricular se convierte en instrumento de seducción si se envuelve en un Lovelace con el sayal que llevaron con gloria los Gantes y los Margiles.

— Y que la moral se viola cuando el seductor de la inocente virgen se parapeta con el altar para esquivar sus deberes de padre, su responsabilidad de adúltero.

— Pues andando, que si no cogemos campo nos quedaremos sin ver sesión, pues ha de sobrar concurrencia.

— Como que ahora se vota eso.

Gordoa levantó en alto los brazos, echó tres erutos, sacudió la pereza, se levantó más que de prisa y se vistió el chaquetón de casimir.

— Vamos, vamos, pues, y dejaremos al amigo La Llana donde le parezca.

Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos.

Yo me introduje en un palco desde donde Anarda había ocurrido á presenciar el zipizape parlamentario.

—¡Gracias á Dios que ha llegado usted, hombre! Temí que no se presentara y verme obligada á quedarme aquí hasta concluir la sesión.

Iba la muy pícara hermosa como nunca. Una chaqueta *basquiñé* permitía mirar la carne apretada, blanquísima y juvenil de su pecho. Un adorno de abalorio en las mangas hacía brillar sus brazos; al cuello llevaba un rebocillo muy tenue, muy tenue, de no sé qué tela verdosa. Los ojos en aquella semi-obscuridad lanzaban reflejos azulados; la voz era como aterciopelada.

—¿Qué me cuenta usted de amores? ¿Qué dice la famosa Trini?

—¡Por Dios, señora! ¡qué cosas tiene usted! Eso es his-

Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos

toria antigua, negocio olvidado. Ya sabe usted que ahora tengo puestos mis ojos en algo más alto, más hermoso que todo aquello.

— ¡Hola! ¿conque sigue el juego de escondidillas?

— Bien sabe usted, señora, que ese juego es un secreto á voces.

— Pues dígame usted ese secreto, que harto me lo ha anunciado.

— ¿Necesito acaso halagarle á usted el oído diciéndole...?

— Calle usted, que ya Degollado se ha sentado en su silla y vamos á perder la sesión. Oiga usted.

— Sí, «Del Ministro de Hacienda, avisando que...» «El Gobierno participa quedar enterado...»

— ¿Y qué dice don Santos? Yo no entiendo media palabra de lo que habla ese hombre... No sé cómo pueda mandar tropa semejante sujeto.

— Pues dice: «de enterado con satisfacción», «de enterado con sentimiento», «de enterado y al archivo».

— ¡Qué fastidio!; esto dura más que un hábito de la Soledad... ¿Y á qué horas empieza la discusión?

— No sé; apenas entran los ministros: véalos usted, ya se colocan en aquel departamento, que es el suyo.

— Sí, ya les vi; en este momento saludaba á Lerdo. ¿Sabe usted que saldrá del gabinete nuestro grande hombre?

— No lo sabía.

— Se va á curar, porque está herido de muerte. Tiene una gastralgia que le hace sufrir las de Caín; en días pasados, el médico, admirando su valor para aguantar los dolores, le dijo:

— Pero, don Miguel, ¿qué pasa con usted que no se queja nunca? Debe usted de sufrir horriblemente.

Y el hombre, que no carece de sal, le contestó:

— Pues si diciendo «no hay, no hay», tengo siempre las antesalas del Ministerio llenas de viudas, pensionistas y militares, ¿qué sucederá si digo «ay, ay»?

— Las gentes creen que todos ustedes, los reformistas, están malditos de Dios. Lerdo había notado que su suegra no ocurría á su casa como de costumbre, pero no había preguntado nada; el otro día vió que se escapaba la señora al presentarse él, é inquirió la causa.

— Es que cree que estás excomulgado, y por eso se te aparta.

— ¡Que no creyeran lo mismo los pretendientes del Ministerio! — exclamó el pobre Colbert.

— ¡Atención!; creo que ahora empiezan. ¿Qué dice de Vidaurri ese señor gangoso?

— Que está dispuesto á entrar en transacciones.

— Pues no lo creo, después de la última ocurrencia. ¿Sabe usted que, so pretexto de introducir por Matamoros un cargamento de armas, trató de meter un contrabando

de géneros de algodón, y viendo que no se lo dejaban pasar, envió á Zuazua como embajador, y acabó por ponerse al frente de sus tropas para atacar á los aduaneros? ¡Es mucho hombre don Santiago!

— Ahora se reanuda la discusión pendiente.

— ¿Y toman parte los primeros espadas? Yo me muero de ganas de oir á ese Ramírez, que dicen es un bárbaro de mucho talento.

— Habló ayer.

— ¿Y Zarco, y Prieto?

— Ya pasó su turno.

— Decididamente, tengo suerte de perro amarillo. ¿Quién es ese que tiene la palabra?

— Ampudia.

— Diga usted, ¿soltará muchas atrocidades contra el clero y contra las monjas? Eso quiero yo, cosa que se entienda, y no tonterías de Puffendorf y de Cornelio Van Binkershoeck con que nos aburrimos el otro día.

En ese instante subió á la tribuna un orador de voz opaca que no causó impresión ninguna. De repente se sintió gran efervescencia entre el público.

— ¡Viva Arriaga!

— ¡Viva don Ponciano!

— ¡Mueran los sacristanes!

— ¡Mueran los impíos!

— ¡Mueran los herejes!

— ¡Fuera!

— ¡Que hable Arriaga!

— No hay, señora, dije, nada que iguale al placer de estar con usted, de mirarla, de oir sus palabras.

— ¿Qué dice usted?

La voz del presidente de la Comisión de Constitución, al principio vacilante, sin expresión, sin colorido, sin fuerza, subió de tono:

«Tengo fe en el pueblo, no en su instrucción teológica, no en su ilustración en jurisprudencia, sino en los instintos que lo inclinan al bien. Uno de los impugnadores se ha atrevido á decir en el calor de su improvisación que las Constituciones deben acomodarse, no sólo á la ignorancia y á las preocupaciones del pueblo, sino también á sus vicios. ¡Y el orador que así se ha expresado, ha tenido la osadía de calificar de inmoral la idea del artículo!»

— No sabe usted cómo deseaba una oportunidad así para decirle que mi espíritu sin guía, sin dirección, sin ayuda, implora á usted desde lo hondo de su miseria.

— ¿Y cómo puedo ponerme á directora de nadie, si toda mi vida he necesitado dirección?

«Ya no es posible engañar ni alucinar al pueblo con la tan repetida especie de que se quiere destruir la religión cristiana. El pueblo no puede dar crédito á esta superchería, porque sabe que la religión no tiene sus cimientos en arena, y recuerda que el mismo Cristo aseguró que

esta religión sería eterna y se extendería por el mundo entero. Los que desconfían de esta promesa parece que quieren desmentir á Cristo mismo, escarnecer su palabra santa, su palabra de bien y de verdad.»

—¡Ay, Anarda, parece que usted ignora que el cariño ilumina, penetra y alegra todo!

«Soy cristiano fervoroso y creyente; amo á mi religión, no sólo porque es divina, no sólo porque me sirve de consuelo en esta vida y espero que me sirva de salvación en la otra, sino porque hallo en ella las doctrinas de libertad que todo lo purifican, exaltan y engrandecen. Pero, afortunadamente, no confundo la religión cristiana con los bastardos intereses del clero.»

D. Ponciano Arriaga

— ¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo, Arriaga!

— ¡Abajo el insultador del clero!

— No sé; pero desde que conocí á usted, me pareció que algo nos iba á unir para siempre. ¿Recuerda usted aquella noche en Nuevo México? Después, la amistad que usted me ha manifestado, su protección asidua, su deseo

de que yo medre y crezca me han acercado más á usted. Usted lo sabe; quisiera besarle las manos de cariño, besarle los pies de agradecimiento.

É iba á unir la acción á la palabra, cuando ella retiró las manos y me miró con enojo.

Y Arriaga en su solo elegíaco:

«La moral cristiana es la fuente de la civilización. Ella abolió la esclavitud, ella acabó con las castas y con los privilegios, y al proclamar que todos los pueblos son hermanos, hijos de un mismo Padre, que está en los cielos, estableció la igualdad, que es la base del sistema republicano. En una república, pues, no puede haber castas dominantes que tengan la dirección exclusiva de las conciencias. Decir república y religión exclusiva, siquiera sea la católica, es una contradicción...»

— ¡Mientes, infame!

— ¡Fuera ese blasfemo!

— ¡Muy bien, Arriaga!

— ¡Muera el clero corrompido!

— ¡Mueran los jacobinos!

— ¿No sabe usted que guardo las cartas que me escribió á Guerrero, como la alhaja más preciada? Me demuestra usted en ellas cariño, interés, afecto, y eso las hace sagradas para mí.

Ella, sonriente al principio, me mira como inquieta, como turbada.

— Va usted á acabar por comprometerme.

«Nuestro clero no ama á la patria, no siente por ella el afecto, la veneración, el cariño que sienten los buenos hijos por su madre. Por un Hidalgo, por un Morelos hemos tenido cien mil curas de Zacapoaxtla... El clero de Jalisco conspiró contra las instituciones liberales, y hoy ciñen mitras los canónigos que firmaron el plan del Hospicio.»

— ¿Comprometerla á usted? ¿Y hace usted caso del dictamen de esta sociedad hipócrita y mojigata? Ante el amor, ante el amor grande y noble, ante sus fueros benditos, ¿qué vale la opinión de los cuatro imbéciles que aquí se erigen en tribunal de instrucción y de sentencia? Usted, que es una mujer superior, una mujer cuyos talentos sólo igualan á su hermosura, debe desechar esos prejuicios, indignos de persona tan alta. ¿Qué le importan á usted los sepulcros blanqueados, los receptáculos de víboras que se llaman guardianes de las conveniencias sociales?

— Mi familia...

Gran escándalo: llega á nuestros oídos la voz de Arriaga que grita una nota oficial, en que el General Scott participa á su Gobierno que la proclama que ha dirigido á los mexicanos para atraerlos, le había sido sugerida por individuos notables del clero, y que éstos le proporcionaron emisarios para hacerla circular en el interior de la República.

— ¡Mientes, hereje infame!

— ¡Eso no es cierto!

— ¡Eso es falso; eso no puede ser!

— ¡Calumniador!

— ¡Bandido!

— ¡Muera el clero!

— ¡Viva la religión!

En aquel momento descienden de la galería las cintas con dísticos é inscripciones, y distingo la mano peluda de Quiroz y el chaquetón de paño de Gordoa.

«El señor Lafragua ha sido de los impugnadores con un argumento verdaderamente original, aunque á mí siempre me parecen originales las argumentaciones del señor Lafragua (Risas; el aludido se remueve nervioso en su asiento y se menea los espejuelos hasta que se los quita). Este señor combate la tolerancia, y un momento después, con tono de Madame Roland en el cadalso, exclama: «¡Religión, religión, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!» Esto solo quita todo su valer á los discursos del ministro-diputado.»

— ¡La familia! ¿Y hace usted caso de un viejo que, de joven, la martirizó con sus celos, y de viejo la pone en ridículo con sus chocheces?

Baja el orador entre silbidos, gritos, vociferaciones, aplausos y vivas.

De los asientos de los ministros se mueve pausadamente

uno grave, solemne, de gran barba, con aspecto de senador en *Otelo* ó de sacerdote en *Nabuco:* es don Ezequiel Montes.

Habla largo y habla bien. Combate á los oradores con razones y con sentencias de los clásicos; con argumentos de los publicistas y con frases griegas y latinas. Después sube Mata y quema el último cartucho en un discurso desbordante de entusiasmo, de convicción y de firmeza.

Degollado avisa que rehusan hacer uso de la palabra los representantes que la habían solicitado; se declara el asunto suficientemente discutido, y empieza la votación nominal. Los diputados se ponen en pie y votan con voz clara y firme. El momento era solemne; hasta las galerías dejaron de gritar y tomar parte en lo que pasaba en el salón.

Anarda se inclinó en la barandilla, yo la imité, y dejando caer mi mano sobre la suya se la apretaba convulsivamente á cada voto en pro ó en contra. Ella no llegó á retirar la mano.

Al fin se declaró el artículo *sin lugar á votar* por sesenta y cinco señores contra cuarenta y seis.

Cuando el presidente anunció el resultado, se produjo en las galerías una espantosa confusión: silbidos, aplausos, gritos de ¡Viva la religión! ¡Mueran los herejes! ¡Mueran los hipócritas! ¡Mueran los cobardes! ¡Viva el clero! Más de una nariz creció de tamaño y más de un ojo cambió de color en aquella tarde memorable.

Cuando todo concluyó, Anarda me hizo salir del palco. Cuando la conducía por la escalera, le dije rendido:

— ¿Y qué dice usted de todo lo que le he hablado?

— Que en realidad tenían razón las señoras en pedir no se decretara la tolerancia. Diga usted, que pudieran establecerse aquí harems como en Turquía...

Y al subir á su coche me dirigió la sonrisa más hermosa que puede iluminar rostro humano.

CAPITULO IV

La conspiración de la Profesa

SUÁREZ Navarro había llegado á México por Febrero de ese año, había solicitado no sé qué de Comonfort, y como no lo obtuviera, se dió á conspirar sin descanso, unas veces en calidad de conservador y otras en calidad de liberal; pero siempre en calidad de descontento.

Suyos fueron aquel terrible papel que se llamaba: «Hemos de acabar con ricos, con frailes y con monjío», aquel otro intitulado: «Vamos hablando despacio, mi querido don Ignacio», y todos los que firmados *Marat*, *Robespierre* y *El Septiembrista,* se escribieron hablando de degollinas de monjas y frailes, de confiscación de bienes de acaudalados, de destrucción de iglesias y de otras pequeñeces así.

Algunas ocasiones mi insigne maestro tomaba el otro caído, es decir, el del fanatismo y la religiosidad por la tremenda. Cuando menos se pensaba, detenía á las gentes algún individuo de anteojos sujetos con cinta negra, lobanillo en la frente, barba pelada hasta parecer que brotaba la sangre, montera, capa color de ala de mosca y zapatos de orillo, y entregaba un papel firmado por *Varios católicos* ó por *Un devoto de la Virgen de Guadalupe,* ó por *Un amante de su patria.*

Era de rúbrica en esos papeluchos hablar del riesgo que corría la nación en manos de los impíos sectarios que habían jurado destruirla. Se hablaba allí como si el escribidor hubiera visto los documentos del caso, del compromiso que habían adquirido los hombres del poder, de entregar México á los americanos y de la pérdida de la nacionalidad.

La manera de concluir casi siempre era la misma. «¿Y veréis, católicos, profanada la tierra en que mirasteis la primera luz, por la planta inmunda del sajón, sin levantaros como un solo hombre?

»No; acudid contra él, que la graciosa indita que una ocasión se mostró en el Tepeyac y otra sirvió al cura Hidalgo de lábaro bendito, os sacará una vez más de la abyección en que desgraciadamente vivís, oprimidos por gobernantes que se burlan del nombre cristiano.

»¡Arriba, pues, hijos de María; arriba, campeones de la

religión; imitad á los que luchan al lado del valiente Osollos, del noble Miramón y del insigne Orihuela!

»¡Que viva nuestra fe!

»¡Que mueran los filosofastros traidores, los demagogos infames y los *democratistas* orgullosos!»

No escaseaban, naturalmente, las censuras eclesiásticas. Un día se declaraba incursos en excomunión *ipso facto* á todos cuantos adquirieran bienes de la Iglesia; otro á cuantos hablaran de la *maldecida tolerancia de cultos;* otro amanecían puestos en tablillas los nombres de ministros y diputados.

Eran aquellos, tiempos en que se esgrimían las armas espirituales con más priesa y menos cautela que las que convenían; pero en el pecado se llevaron la penitencia los esgrimidores, pues no tardaron las censuras, excomuniones y demás *utilería* eclesiástica en mirarse como tajos dados con la espada de Bernardo, que ni pincha ni corta.

Suárez me encontró un día en la acera del *Puerto de Liverpool,* yendo yo en compañía de un capitán de Estado Mayor. Le saludé con la efusión de siempre, y después de hablar de muchos asuntos, don Juan, como distraído, me preguntó:

— ¿Y todavía conserva, capitancito, aquella afición á los buenos versos que le conocí en otro tiempo?

— Sí, mi General, le contesté; y aunque ya no los

escribo, sí me gusta leerlos y reunirme con quienes los hacen.

— Pues si usted quiere oir algo que vale, vaya esta tarde á la Profesa. Ya sabe; pasa por el Oratorio. Allí le presentaré con el canónigo Cadena y con el padre Zubeldía, que cultivan más humanidades que nadie en México.

Penetré por una pieza que servía de vestíbulo, vasta, enladrillada, con olor á humedad y á sitio cerrado. Una tinaja de loza de Guadalajara que rezumaba agua, y fresca y colorada como chica holandesa en día de fregotear la casa, era lo único que recibía al visitante.

La pieza siguiente tenía en las paredes una buena cantidad de retratos de personajes. Obispos con sus mitras, prelados de conventos transparentándose de flacura, benefactores seculares con grandes bigotes y horrenda golilla, un violín primero de la catedral, una virreina sonriente y alegre entre todos aquellos sujetos serios y graves.

A la derecha estaba un colateral del gusto de Churriguera, dorado, oprimido, ajustado y contrahecho. Las hojas se luxaban, los fustes se rompían, los plintos se convertían en capiteles; en vez de basamentos se miraban enormes angelones con la boca abierta y los brazos en jarras, sosteniendo todo aquel edificio; quimeras aladas trepando por columnillas y sorprendidas en su ascensión por rostros de querubines que espiaban toda aquella vegetación, toda aquella exuberancia que constituía el principal defecto de la obra.

Cuando más entretenido estaba, vi dar vueltas por el claustro á un fraile seco, de aspecto duro y de mirada torva.

— ¿Me da usted razón de dónde se reune la Academia literaria?

— ¿La Academia literaria?

— Sí, esa sociedad donde presentan trabajos y leen á los clásicos paganos el canónigo Cadena y el padre Zubeldía.

— ¿Tiene usted la contraseña?

— ¿Contraseña para oir leer y comentar odas de Horacio?

— Sí, señor, se necesita contraseña.

— Pues no la tengo.

Y me despedí malhumorado.

En la esquina me topé con Nicolás Cuevas, disfrazado

de charro, con gran barba, sombrero jarano, chaqueta de cuero con águila bordada, y cien mil botones en la pantalonera.

— Hermano, me dijo, ¿de manera que tú eres también de los que se reunen á conspirar?

— ¿Qué dices ahí, tonto? Vine á una reunión literaria á que me convocó Suárez Navarro, y no pude entrar porque me lo impidió un clerigüillo de mal talante.

— Lo que te digo es que Vega, después de su arresto de Perote, Pacheco, *el amigo de Santa Clara,* Zubeldía, Cadena, Blanco y tu amigo Suárez, «el menor padre de todos los que hicieron este niño», tienen arreglado un movimiento que vale cualquier cosa.

— Pero, ¿qué me cuentas, hombre?

— Lo que oyes.

— ¿De manera que tú crees que me tomaron...?

— Que te tomaron como pretexto, ó para comprometerte, haciéndote ver que la atención de la policía estaba fija en ti, ó para desviar la pista que la misma policía tiene cogida, y que se juzgara que no podía haber conspiración, dado que hasta los ayudantes del Presidente concurrían á las juntas.

— ¿Y cómo sabes que hay conspiración?

— ¿Cómo? Como se saben estas cosas, como se huelen por un sabueso como yo; y si quieres prueba, sabe que mañana sale disfrazado para Puebla un fraile felipense.

A los tres días se comprobaba la noticia, pues era aprehendido, por orden de Traconis, un clérigo disfrazado de seglar que portaba dinero é instrucciones para un nuevo pronunciamiento.

Se trataba de cosas espantosas: se arrojarían camisas embreadas á la Catedral y otras iglesias para hacer creer al pueblo que los demagogos quemaban los templos, se mataría á las autoridades y se haría tabla rasa con todo.

A poco salieron desterrados todos los fautores de aquella tremenda conjura, inclusive mi maestro Suárez.

CAPÍTULO V

La tertulia de Anarda. Conozco á Miramón y á Osollos

Las tertulias de Anarda empezaban á buena hora. A las nueve de la noche ya estaban llenos los salones, de manera de no poderse dar paso en ellos, y en aquélla, de principios ó mediados de Agosto, que de esto no estoy bien seguro, la concurrencia era mayor y más selecta. Se trataba de celebrar la presencia en México y en aquella casa del fénix de los ingenios españoles, del diplomático insigne por lo honrado y lo justo, del amigo de Espronceda, de Miguel de los Santos Alvarez, en fin.

Las damas llegaban con *chaquetas basquiñés,* luciendo el enorme miriñaque, y sobre él los *organdís* y los *chinés.* Los hombres estaban primorosos: llevaban pantalones ajustadísimos con trabillas y ramitos en las costuras y

en las antebolsas. Los chalecos eran chiquitines, apretados de botones, y las casacas y fracs de grandes faldones y botones amarillos, eran la novedad que Pestail acababa de introducir.

No se oía sino preguntar: ¿cuál es Miguel de los Santos?

— El bajito, guapín, gestoso y movedizo.

— Ah, sí, el gordo de ojos chiquitines, de anteojos, con camisa de encarrujados y mancuernas de topacios.

— No, ese es Guillermo Prieto.

— Entonces el de la derecha, de patillas, pálido, calvo y solemne.

— Ese es Payno.

— ¡Ah, sí! uno que hace leyendas terroríficas que acontecen en Stokolmo ó en Spitzberg, ó cuando menos en las orillas del Rhin.

— Claro; leyendas de castillos, de piratas, de cruzados y demás primores.

— Ya distinguí á Miguel de los Santos; es aquel á quien da la mano Lafragua presentándolo á don Ezequiel Montes.

— «Bueno... es el mundo bueno, bueno, bueno».

Pronto se formó un inmenso corro cerca de Miguelito, como ya le llamaban los literatos. Prieto, Escalante, Lacunza, el P. Guevara, el *Nigromante,* Pesado, Roa Bárcena, Alejandro Arango y Escandón, todo lo que pensaba entonces en México, celebraba los chistes del autor de *María.*

A media noche leyó Prieto unos versos...

A media noche leyó Prieto unos versos; le siguió Zarco con una maravillosa improvisación; dijo unas palabras Lafragua y leyeron más versos... ¿Quiénes? Todo el mundo, todos los que sabían leer, porque en aquellos benditos tiempos no había regocijo, duelo, acto civil ó religioso que no se acompañara con versos, cojos ellos y maltrechos, pero versos al fin.

Se alabaron de Álvarez el desprendimiento, la claridad de intelecto, el desinterés con que prefería á su carrera, á su medro personal, á los ascensos que quizá obtendría, el derecho y la justicia, y el interés de que su patria no se metiera en negocios turbios y archidudosos.

El señor Comonfort concurrió á la fiesta, vestido con levita burguesa y acompañado de su inseparable compadre el General Zuloaga, de don Gregorio de Ajuria y de unos cuantos oficiales de su Estado mayor.

A la una de la madrugada se despidió de la dueña de la casa, de Álvarez y de las personas que salieron á acompañarlo.

El obsequiado duró en la fiesta hasta las cinco de la mañana, y á esa hora fué á tomar su chocolate con mojicón al Hotel del Bazar. Era el eterno, el incorregible trasnochador madrileño, á pesar de su categoría y de sus palmas diplomáticas.

Al dar la mano á Anarda, me dijo en voz baja:

— Juan, le necesito mañana á las nueve.

— Estaré puntual, señora.

Y salí en compañía del Presidente, mientras la orquesta interrumpía un vals para tocar el Himno nacional.

— Le llamé, me dijo cuando hube llegado, porque deseo que hablemos largamente. Alguien ha ido á mi marido con el soplo de que favorezco á usted más de la cuenta, y he determinado presentarle con él para jugar el todo por el todo... Usted no conoce á mi señor esposo, y tampoco había para qué le conociera; pero como ha venido ya á mi casa ostensiblemente, no tendría perdón que no le pusiera en contacto con él; quizá entonces llegarán á decir con visos de razón cosas que ahora cuentan sin justicia. Ahora, come usted con nosotros; después, ya veremos. Tengo convidados y no le desagradarán.

Llegué vestido de paisano, á la una en punto. Al mismo tiempo que yo, subían dos jóvenes como de mi edad, ambos charladores y alegres.

La concurrencia se componía de dos mujeres viejas y feas. La única que representaba el ingenio, la gracia y la juventud (la juventud, sí, no me desdigo) era mi eterna amiga.

Había además seis hombres, inclusive este fiel narrador.

La dueña de la casa hizo las presentaciones:

— Mi esposo... El señor capitán Pérez de la Llana.

— El señor coronel Miramón.

— El señor coronel Osollos.

— Mi hijo Andrés.

— Mi hijo Pedro.

Nos dimos las manos los otros caballeros y yo, pues los demás ya se conocían.

— ¿De manera que usted es el capitán de la Llana...? dijo Ruiz de Esparza. Me habían pintado á usted como un chiquilicuatro, como un peruétano sin importancia, y veo que es un caballero. Ésta (por su mujer) tiene amigazos por donde quiera, porque es así, y yo no llego á enterarme sino por casualidad... Las veces que la oí hablar de Comonfort... Y el nombre me sonaba porque había yo conocido á un diputado ó senador poblano de ese nombre, allá por el cuarenta y tantos, en las tertulias de moderados de Otero; pero hasta la fisonomía tenía olvidada, cuando cátate que el hombre nos sale Presidente de la República... Y como bueno, lo es: persona fina, de modales, complaciente. En fin, que vale... ¿No lo crees así, Luis? ¿Verdad, Miguel?

El interpelado primeramente tomó la palabra. Era mozo gallardo, como de veintisiete años, rubio, de buena estatura, apuesto y simpático.

— No estaría bien, don Juan, que delante de este caballero y en un terreno neutral, como es el de la casa en que nos encontramos, dijera lo que siento de un hombre que, si en lo privado me es simpático, como jefe de un

partido que juzgo dañoso para mi país, tiene que serme profundamente repulsivo.

— No, Luis, saltó el otro jovenzuelo, que era bajito, desmedrado, de grandes ojos negros, mirada imperiosa, poca carne y muchos nervios, no; hay que decirlo siempre, suceda lo que suceda. Comonfort nos parece mal y no simpatizaremos nunca con quien, por debilidad de carácter ó por convicción arraigada, tolera á los gárrulos mentirosos, á los oradorzuelos blasfemos y á los licenciadetes ignorantes que declaman contra lo que nosotros más amamos: nuestra religión y el ejército á que pertenecemos.

— Este Miguel, me dijo Ruiz arrebatándome la palabra, ¿ya lo ve usted que parece que nada vale?; pues va para General y quién sabe si para algo más. Cuando chiquillo — ¿te acuerdas, hija? — parecía que iba á caerse difunto á la hora menos pensada. Su padre quería hacerle clérigo, pues creyó no podría soportar las fatigas de la milicia por enclenque y enfermizo; pero como si el diablo lo hiciera, el muchacho, en vez de latín y humanidades, se daba á las *saladas* y á las travesuras en San Gregorio. Entró al Colegio militar y allí le cogió la venida de los americanos. De catorce años apenas, se batió como un león, y al caer herido estuvo á punto de rematarlo un negro; cuando lo salvó un capitán irlandés. Ya ha dado mucho que hacer al Gobierno, y mucho más le dará. O le

fusilan, ó será persona de quien oiremos hablar largo...

— ¿Y qué dice Concha, Miguel?

— Lo de siempre; que le hable cuando vuelva hecho un General.

— A Osollos usted le conoce: es el autor de la rebelión de Zacapoaxtla y de la defensa de Puebla. En Ocotlán se acercó tanto á las tropas enemigas, que lo envolvieron con todo y su batallón. Prófugo en Estados Unidos, el Presidente le mandó mil duros, que Luis rehusó por no tomar nada de manos de un enemigo. Ahora está aquí de ocultis; Juan José Baz, buenas ganas tiene de cogerle; pero amén de que Osollos no le da oportunidad, Comonfort no consiente que se le toque, creyendo atraérselo por medios conciliadores. Se supo aquí muy bien cuándo Luis desembarcó en Tamaulipas disfrazado de inglés, para lo cual le ayudaron maravillosamente su figura y conocimiento del idioma, pero no se le quiso aprehender. Don Ignacio me lo ha dicho: no desespero de atraerme á Osollos.

— Pues puede desesperar, amigo don Juan; de esto respondo, dijo Miramón apresuradamente.

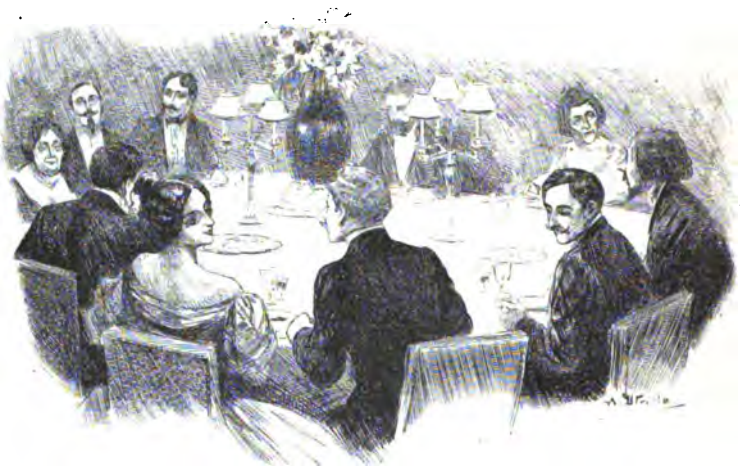
— Y también te tiene á tí en sal; verás, verás cómo no pasa mucho sin que te conquiste.

— Yo respondo de él, repuso Luis. Puede Comonfort dejar sus promesas y sus gracias para otros, no guardarlas para Miguel.

En esto avisaron que la comida estaba en la mesa, y pasamos al comedor.

— ¿Y qué se sabe de la última conspiración? preguntó una doña Siglos.

— Ah, señora, respondió el hijo mayor de Anarda; de



conspiraciones estamos hasta más arriba de la coronilla. Y al fin, en fuerza de ellas, ha de venir abajo este régimen absurdo.

— Yo opino lo contrario, dije con vehemencia, y la prueba de que nada podrán los conspiradores contra Comonfort, es que no hay combinación que el Presidente no deshaga, ni plan que no trastorne, ni misterio que no conozca, ni reunión á que no penetre por sí ó por medio de los suyos.

— Soy de la opinión del señor, exclamó Andrés. Si no hubiera otra prueba de la omnipotencia de la revolución, esta bastaría. Las ideas nuevas, quiéranlo ó no sus enemigos, por todas partes se cuelan, por todas partes se introducen. Son como el aire, son como la luz; creemos expulsarlas, deshacernos de ellos, desterrarlas, y cuando más confiados estamos de haber conseguido nuestro objeto, la luz se introduce cautelosa por las rendijas de la habitación en que nos habíamos encerrado; el aire se nos mete en el pecho y nos da la vida.

— No, gritó el otro hermano con cólera; tendencias que van á trastornar el pasado respetabilísimo, la obra de nuestros padres, el trabajo de nuestros antecesores, son tendencias infames y dignas de que se acabe con ellas.

— Y tendencias que quieren destruir el instinto de progreso, el afán de mejoramiento innato en la especie, son tendencias estúpidas, y yo las maldigo.

— Eres un mal mexicano.

— Y tú un mal hombre.

— ¡Paz, hijos, paz! exclamó don Juan. ¡Si los dos están en lo justo; si hay que darle un poco á cada cual! ¿La tradición? Pues tiene razón la tradición. ¿El progreso? Pues el progreso habla como un evangelio. ¿Las ideas nuevas? Tienen mucho de bueno. ¿Las antiguas ideas? También son excelentes. Yo se lo decía al doctor Mora casi siempre; se lo repetía á Lucas Alamán; se lo predico á Luis Cuevas.

¿Se acuerdan ustedes de aquellos capítulos de José María Luis, acerca de las riquezas del clero? Yo se los indiqué. ¿Recuerdan el final del tomo último del libro de Lucas? Yo se lo sugerí... Cuando Santa Anna me nombró consejero, se lo advertí: «Señor, aquí lo que hace falta es libertades.» No me oyó, y vean ustedes el resultado... Cuando Farías hizo aquella serie de atrocidades, también se lo indiqué: «Valentín, estate quieto, tente firme; mira que no por mucho madrugar, amanece más temprano; mira que quien mucho abarca, poco aprieta.» Con esa *egolatría* que lo llena no quiso hacerme caso, y su obra se fué á pique. ¡Pobre Farías!... Y en cuanto á ustedes, muchachos, cálmense. No es propio, no es decente que en la misma casa haya dos hermanos, el uno puro hasta allá, y el otro reaccionario, como dicen ahora con esa palabreja que ha inventado Lafragua.

Anarda fué el iris de paz. Hablándonos de cosas gratas, de cosas bellas, de cosas buenas, de arte, de letras, de música, nos sacó de aquel atolladero en que estábamos metidos.

CAPÍTULO VI

Nostalgias de Comonfort. La piedra y el cristal

Me pondrían en gran aprieto si me obligaran á decir si Comonfort era feo ó hermoso. Por hermoso le tuve, y de seguro que no era á causa de que la combinación de las líneas de su cuerpo se pareciera en nada á la de Apolo de Belvedere, esa estatua que parece destinada á probar que el sexo feo no siempre es feo.

Era don Ignacio, alto, grueso, de frente despejada y ancha; el rostro lo tenía algo picado de viruelas y con una pronunciada inclinación hacia el hombro derecho; llevaba toda la barba, y el cabello lo tenía dócil y naturalmente quebrado. Su expresión, á primera vista, era de audacia, de fuerza, de brío y de poder; cuando se le examinaba más despacio, descubríansele rasgos de blandura, de bon-

dad y de melancolía. Primoroso en el vestido y amante de traerlo cortado por manos hábiles, jamás dió á conocer perfiles ni afeminamientos; era serio, sencillo y correcto, sin extremos de afectación ni de fingida elegancia.

La noche aquella, una de las lluviosas de Septiembre, había llegado solo en su coche al palacio de Tacubaya. Le aguardaban el Gobernador, el Comandante general, su Secretario privado, el Ministro de Hacienda y dos ó tres personas más.

Se entretuvo de charla con ellas un rato, despachó los asuntos pendientes, y en seguida me dijo:

— Haga usted que llamen inmediatamente á Payno; que digan á Mata, que tiene que venir á las once, que puede pasar en seguida; si se presenta mi compadre Zuloaga á la una, se le dirá que entre luego, á no ser que esté conferenciando con Arriaga, ó con Pérez Gómez. A Juan José, que me interrumpa á cualquiera hora, y si estoy durmiendo cuando llegue, que me despierten.

En las diversas ocasiones que entré al despacho del Presidente, me lo encontré escribiendo. Eran largas cartas, de cinco ó seis pliegos, de letra ancha, corrida, sin exquisiteces ortográficas ni literarias.

En otras veces lo notaba como ensimismado, con la pluma en la mano, mirando la luz de la lámpara que brillaba en toda su plenitud, ó las bujías de los candelabros, que también alumbraban el aposento.

Luego, á eso de las doce, cuando habían entrado ya cinco ó seis personas, el jefe me llamó.

— Pérez, creo que puedo ocurrir á usted y á sus buenos oficios, como cuando vivíamos juntos en Acapulco ó en Nueva York.

— Mi General, contesté inclinándome y con la mano en el pecho, estoy á la orden de V. E. ahora como siempre.

— Y en verdad que vivíamos entonces mejor que ahora; créamelo, es preferible batirse contra los enemigos, que batirse contra los amigos; y es más agradable tener que recorrer las casas pidiendo á las señoras dinero con que socorrer á una tropa, que oir las excusas de los banqueros, que se rehusan á prestar con qué pagar á un ejército... ¡Qué fáciles creíamos las cosas allá en los hermosos días del cincuenta y cuatro, cuando lo único que se necesitaba era batir el cobre!... Ahora todo eso acabó y no me queda más que una cosa: la fe en la grande y hermosa libertad... Pero ¡cuánto hemos de trabajar si queremos establecerla, cuánto hemos de sufrir si tratamos de hacerla efectiva!... Créamelo, Juan, siento desfallecimientos, dudas, temores; me veo tentado á dejar lo que tengo emprendido, y llego á desconfiar de mí, de mis energías, de las energías de los que me sirven de auxiliares... Pero, ¡á la mano de Dios! Venga lo que ha de venir y después veremos... A las doce en punto tiene que entrar

el Arzobispo de México... Adviértalo á sus compañeros, para que lo reciban como corresponde... Habrá que escribir algo; pero como no me fío de los simples amanuenses, quizás recurra á usted. ¿Está dispuesto á servirme de escribiente?

— Mi General...

— Quizá usted, quizá sus compañeros, que son jóvenes, que me conocen, me hagan justicia y me estimen...

— Mi General...

— Quizá ustedes no vean en mí al traidor ni al retrógrado, ni al apóstata, ni al jacobino, ni al enemigo de la Iglesia...

— Mi General...

— Quizá ustedes comprendan mi conducta y consideren que no puede ser enemigo de la libertad quien por ella ha arriesgado vida, honra y crédito, ni enemigo de la religión quien la ama y la practica como católico sincero. ¡Jacobino yo, enemigo de la Iglesia yo...!— Y aquí temblaba, como mojada en lágrimas, la voz del General. — Pero no nos entretengamos en palabras; harto tenemos que hacer, harto tenemos que trabajar... Vaya usted á sus asuntos; déjeme á mí en los míos. Me faltan todavía cartas á Parrodi, á Degollado, á Herrera y Cairo, al representante inglés, á García Conde... cartas á todo el mundo... Que pase luego el Arzobispo.

No habían transcurrido diez minutos cuando entró,

acompañado de dos clérigos, el señor Garza. Iba vestido con sencilla sotana morada, cubierto con gran capa y con sombrero de felpa negro. Se le habría tomado por un clérigo cualquiera, si no hubiera sido por el rico pectoral

que oscilaba sobre su pecho despidiendo cambiantes irisados.

Le abrimos de par en par las puertas del aposento, se adelantó el General, invitamos á los familiares á sentarse, y á poco oímos el timbre que llamaba.

— Que pase el capitán Pérez de la Llana, dijo Comonfort.

Entré en la pieza y vi sentados en dos sillones á los

dos personajes; don Ignacio de frente á la luz, un poco pálido, un poco nervioso, un poco excitado; el Arzobispo en una zona de penumbra, entero, firme y sereno. La cuestión podía darse por juzgada antes de haberse emprendido: aquella mirada franca, aquella fisonomía abierta, aquel carácter tan mexicano que estaba dispuesto á todo, pero no á negar nada; aquella mirada sin expresión, aquella fisonomía incolora, aquella frente estrecha y aquel carácter de una pieza, tenían que chocar y acontecería con ellos lo que era natural: la roca rompería al cristal, la máquina finísima se estrellaría contra la mole tosca y sin pulimento.

Comonfort empezó balbuciente la conferencia.

—No sabe S. S. Ilma. cuánto le agradezco que se haya prestado á esta entrevista y que se haya dignado venir á esta casa, que siempre es suya... Se lo había dicho á Montes, se lo he dicho á Iglesias, se lo repito á Lerdo: bastará que el señor Arzobispo y yo hablemos un rato para que nos entendamos.

El otro esbozó un amago de sonrisa en el rostro apergaminado y sin expresión.

—Somos, continuó el jefe, representantes de dos potestades, de la Iglesia y del Estado, de los hombres y de Dios. De mi parte no hay más que buena intención, deseo de acertar, sincero y constante acatamiento á la religión y á sus ministros... Me lisonjeo de que de parte de

S. S. Ilma. encontraré la misma lealtad y rectitud de miras.

Inclinación del mitrado y nuevo amago de sonrisa.

— Recuerdo cuando conocí á S. S. Ilma... Ya ha llovido desde entonces... Era V. S. cura del Sagrario; predicando, confesando, administrando los sacramentos le miraba diariamente. Cuando marchó á Sonora le perdí de vista; pero aplaudí cuando el Gobierno del señor Herrera presentó al virtuoso Obispo de aquella tierra remota, sin saberlo el mismo agraciado, para ocupar la silla arzobispal de México... Supe en qué invirtió los diez mil pesos que le envió el Ministerio de Hacienda por cuenta de sus congruas atrasadas: en pagar deudas contraídas por causa del culto, en hacer limosnas, en concluir la construcción de un colegio... Vi cuando S. S. Ilma. pasó por Querétaro, caballero en una mula, trayendo por todo capital una sotana raída y unos cuantos reales para regalar á los pasajeros pobres...

Ahora tenemos que ponernos de acuerdo en todos los puntos pendientes, pues me han dicho que S. S. Ilma. cree tener motivos de disgusto contra el Gobierno...

— La ley Juárez...

— Me permito advertir á V. S. Ilma. que la ley Juárez no contiene nada que no esté en las otras leyes. Hace mucho tiempo que quedaron abolidos los fueros en materia de policía, hacienda y comercio. Se quita nada más

el fuero en materia civil, de que no necesita ciertamente el clero, pues logrará percibir las rentas de sus propiedades, sin necesidad de grandes trámites.

— El clero necesita de ese y de todos los fueros, porque es una potencia libre dentro de otra potencia inferior. ¿No existe la extraterritorialidad de las embajadas y la inmunidad de los personajes diplomáticos? Pues el clero es un súbdito del Papa, y no puede ser juzgado por los tribunales seculares... La ley Lerdo...

— La ley Lerdo es beneficiosa al mismo clero.

— El clero no solicita beneficios.

— Permítame V. S. Ilma. que le diga que mediante esta ley se evita el clero el temor de que algún día se declaren nacionales sus bienes, como ya se ha pretendido. Se le deja el producto de sus casas, se constituyen nuevos propietarios, se pone en movimiento la deuda del país, se aumenta el valor de la propiedad y crece enormemente la riqueza de la República.

— Yo no sé de esas cosas, señor General; yo no sé de bonos, ni de deuda, ni de crecimiento de propiedad. Sólo sé que se quieren quitar á la Iglesia bienes que ella posee, goza y administra, y á eso me opongo y me opondré con todas mis fuerzas. *Non possumus...*

— Pero vea V. S. Ilma. que esos que llama bienes eclesiásticos no lo son en realidad. Las iglesias y conventos, nada menos, se edificaron en terrenos que cedieron los

ayuntamientos, se hicieron por los indios y se costearon por los particulares. La Catedral de México, sin ir más lejos, se levantó por los conquistadores y se costeó con dinero de la ciudad, de la corona y de los encomenderos. Las casas, haciendas, trapiches y demás cosas que poseen, se dejaron para realizar mandas que ni se han llevado ni se llevarán á cabo. Las religiones, al establecerse aquí, se comprometieron, en primer término, á no adquirir bienes ningunos...

En las actas del Ayuntamiento de México, continuó el General hojeando unos papeles, ya se registran peticiones como éstas:

De Rodrigo de Palazuelos, sobre que los frailes muestren la facultad de heredar, porque en breve se harán dueños de todo.

Que por qué los padres Agustinos, contra lo que prometieron de no tener propios, se hacen dueños de fincas y heredades. Se consulte con los letrados para pedir lo conveniente.

Que se haga presente á S. M. que los frailes, cuando fundaron, prometieron no tener propios, y ahora tienen muchas posesiones, contra su promesa y mandato real.

— ¿Qué dice V. S. Ilma. de estas cosas?

— Que *non possumus.*

— Podemos reformar la ley, mejorarla, dejarla de modo que sólo conserve lo esencial.

— *Non possumus.*

— Por lo menos, sírvase V. S. Ilma. derogar las censuras canónicas contra los adjudicatarios.

— *Non possumus.*

— Siquiera las que ha fulminado contra los eclesiásticos denunciantes de fincas.

— *Non possumus.*

Con mi papel al frente y mi pluma en la mano, me sentía espantado en presencia de esta singular escena. El *non possumus* del Arzobispo había acabado por aterrorizarme, como si no fuera él quien lo pronunciara, sino una boca tremenda y enorme, la boca de diez y nueve siglos de tradición, de invariabilidad, de constancia en el creer y en el obrar.

— Pero fíjese V. S. Ilma. en la revolución que sobrevendrá. Las familias, sin regla segura, irán hacia la duda; los ciudadanos, privados de los sacramentos, no los buscarán y acabarán en el escepticismo; quizá se atente contra la Iglesia, quizá se le arrebate lo que ahora nadie le quita, quizá sufra en sus mismos fundamentos, y todo por culpa de V. S. Ilma.

— Señor General, la Iglesia no reposa en fundamentos humanos ni tiene que contemporizar con nadie por el temor de que le arrebaten lo suyo. No sería la revolución que aquí se desencadenara la más terrible de las que la Iglesia ha soportado y vencido; pero, aunque lo fuera, escrito está que ni las puertas del infierno prevalecerán contra ella.

En ese instante penetró uno de los ayudantes y entregó una tarjeta al Presidente.

— Que espere un momento; pasará en seguida.

Al mismo tiempo me hizo una seña don Ignacio y salí de la estancia.

La persona que esperaba en el cuarto de los ayudan-

tes, era una señora de buen talle, al parecer joven y hermosa, que se me figuró hacía un movimiento de sorpresa al mirarme á través del velo negro que la cubría.

Pasado un rato muy corto salió el Arzobispo y penetró la tapada, que andaba con porte y decoro de princesa.

Una sospecha me empezó á llenar la mente: si sería...; pero no, ¡qué locura! todo menos pensar en verla allí y á esa hora.

Mis compañeros Hernández y Rosas dormitaban en un canapé inmediato, con muestras de tremenda fatiga.

— ¡Amigos, les dije; si desean descansar, retírense! al fin me basto yo para el corto rato que el General ha de durar aquí. Si llama á cualquiera de ustedes, me comprometo á hablarle.

— ¿De veras, Peritos? preguntó Rosas; pues crea que por mi parte estamos á la recíproca.

Y se retiraron casi dormidos, los pobres muchachos, á tenderse en los catres de campaña que había en la pieza inmediata, mientras llegaba la fatiga del día siguiente.

Ya solo, pensé entrar de repente fingiendo un negocio; pero la puerta estaba asegurada por el interior y no era posible pasar sin que la desconocida se cubriera nuevamente.

Pensé escuchar por las rendijas; pero, además de que me parecía acción baja y fea, temí que se abriera la puerta de repente, dejándome ver en aquella posición humillante.

Entrar por la recámara del General, que se comunicaba con el despacho; fingir una alarma de incendio; suponer un recado urgente de Baz; hablar de un pronunciamiento repentino ó de cualquier campanada así, no habría dado resultado.

Sólo se oían á través de las maderas de la puerta una voz pastosa y grave, la del General; otra femenina que

Por fin salió la incógnita acompañada hasta la puerta de la calle...

no se percibía claramente, y risas discretas y ahogadas.

Por fin salió la incógnita, acompañada hasta la puerta de la calle por el jefe. A poco volvió éste y me dijo:

— ¿Tiene mucho sueño, Pérez?

— No, mi General.

— Pues vamos á echarle una saludada á mi madre, que vive aquí cerca.

Y don Ignacio, envuelto en su pañosa y yo en mi capote de reglamento, salimos á la calle. Acababa de llover; la luna brillaba en todo su esplendor, cabrilleando en el agua de los charcos de la calle, prendiendo notas juveniles en los árboles de la avenida y haciendo brillar la funda de mi espada.

El General tocó en una casa cercana, nos abrieron y me senté aguardando en un canapé de la sala, codeándome con un Santo niño de bulto que era un primor, y frente á frente de un *Señor de la caña*, que con la mano en la mejilla miraba todo lo que acontecía, con la impavidez con que la nación mexicana miraba los horrores que venían ó podían venir.

Se oyó una vocecilla cascada, que decía desde dentro:

— ¿Eres tú, Nacho? Allá voy.

— No se levante, madrecita; yo voy allá.

Y se oyeron chasquido de besos, risas afectuosas, voces mezcladas, de las cuales una como que pedía protección y otra como que aconsejaba.

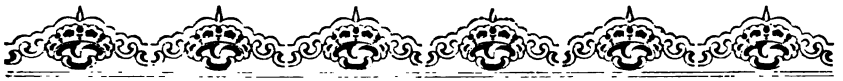
Cuando salimos de la casa y entramos nuevamente á la del Arzobispado, sonaba el alba en las iglesias. Un vientecillo sutil nos hizo cubrirnos con nuestros abrigos y apresurar el paso.

— Ahora vamos á cenar, que creo nos lo hemos ganado, dijo jovialmente el jefe.

Y sacando de un armario vasos, botellas, servilletas y provisiones de boca, hizo dos platos, me pasó el mío y devoré mi ración.

— Retírese, me dispuso, y diga á Pedro, mi ordenanza, que duerme en la otra pieza, que si algo se ofrece, me llame. Aquí voy á descabezar un sueño en este sofá.

Y fuí á acostarme para soñar con arzobispos, tapadas, bienes eclesiásticos, revoluciones, privilegios, fueros y jamón en dulce.



CAPÍTULO VII

Un diez y seis de Septiembre. Los frailes conspiradores

Que venga cualquier boquirrubio y me diga con su osadía y su falta de pudor acostumbrados, que tienen estos tiempos algo del colorido y la gracia de los en que me tocó la suerte de brillar, y le diré cuatro frescas al tal boquirrubio.

Si pidiéramos ahora que se sirviera un toro completo, asado al pastor, en una mesa puesta en la Alameda, para que todos los ciudadanos tuvieran derecho de tomar su tajada, y que enseguida fraternizaran el zapatero, el pintor de ollita y el hojalatero, con el Presidente de la República, dándole las manos llenas de nobilísimos callos y de pringue de la res, se reirían de nosotros las gentes y nos querrían mandar al manicomio.

Pues eso y nada menos que eso pasó el diez y seis de

Septiembre del año de desgracia de mil ochocientos cincuenta y seis; yo lo vi, tomé parte en ello y gocé grandemente.

El banquete fué á buena hora; la concurrencia que asistió, grandísima; el placer y el buen humor, enormes. Como siempre, se había anunciado que se mataría á Comonfort en pleno festín; pero, como siempre, él se había reído de los avisos.

— Si me asesinan, decía con estoicidad, ¡cómo ha de ser! moriré en mi puesto.

— Nuestros partidos políticos no asesinan, exclamaba en otras ocasiones. Los pocos desalmados que quisieran cometer un crimen, no se atreven.

A las dos de la tarde se presentó en la Alameda don Ignacio, estrechó la mano de tres ó cuatrocientos *honrados menestrales,* como se les llamaba entonces invariablemente, dijo unos cuantos brindis enalteciendo el trabajo y la función sagrada del obrero, y se despidió entre aplausos y vivas.

Al salir, topamos á Guillermo Prieto, á Juan Díaz Covarrubias y á Florencio del Castillo.

— Hermano, dijo Guillermo echándome los brazos, ¡qué espectáculo tan hermoso ha sido éste! Debe el Presidente de estar contentísimo, porque la verdad es que este pueblo le ha demostrado su cariño como con nadie lo había hecho.

— ¿Y qué tal de fiestas? pregunté.

— ¿Qué fiestas quieres que haya en medio del diluvio que se nos vino encima? Cuando el toldo de negras nubes apareció por el horizonte, los del retroceso se alegraron: creían que era la manifestación de que el cielo reprobaba nuestra alegría; yo la interpreté como el riego benéfico que el mismo cielo enviaba á nuestros campos secos y agostados.

— ¡Ah, qué Guillermo! interrumpió Castillo, tú siempre tan lírico.

— Pero la lluviecita al fin nos privó de la iluminación... A las oraciones estaba convertida la ciudad en un cementerio: tal cual candileja solitaria que ardía en el nicho de una torre, una què otra luz huérfana en una fachada, y el medio, ó el final de un letrero formado con lámparas, era lo único que se veía... En cambio mi imaginación llenaba con collares de mil colores las calles; los farolillos meciéndose de un hilo, con sus borlones rojos de seda, con sus flores y sus figuras fantásticas... Aquí encendía las portadas de los edificios públicos, cargadas de simétricos vasos de colores, colgando en festones, suspendiéndose en grupos, culebreando en las canales y cornisas como flecos de profusos cortinajes... ¡Qué lástima, qué lástima no haberlo visto! Habrían sido galerías, naves de templos, pirámides de luz en las torres de la ciudad; lagos de llama en las multiplicadas luminarias, y un jardín de

hadas, de ondinas y de encantadoras en nuestra Alameda deliciosa...

— Bien hablado, dije yo.

— ¡Jesús, atajen á ese! gritó Castillo.

— Pero no creas que la fiesta se echó á perder, dijo Covarrubias. En Nuevo México, ese teatro edificado en un barrio excéntrico, mitad Europa, mitad Tenochtitlán, en que se ven una fragua, un taller mecánico ó una carrocería, junto á una accesoria llena de muchachos héticos confinados y de comadres mechudas y mugrientas; en que se oye hablar simultáneamente en francés, inglés y otomí, en ese teatro se reunió la simpática juventud liberal que es nuestra esperanza... Tomó la palabra Pancho Arriaga, hijo del gran repúblico, y dijo un discurso precioso; luego habló Julián Montiel, y ¡qué versos nos echó!... Van á ver si recuerdo algunos:

Dios se propuso embellecer al mundo
Y allá en su mente soberana quiso,
De amor henchido y de saber profundo,
Hacer de nuestra patria un paraíso.
Su genio inmenso y á la vez fecundo
Con flores mil engalanó su piso,
Y al mismo plugo que al hacerlo fuera
La más hermosa que en el mundo hubiera.

Púsole un cielo transparente y puro,

Bellos celajes de carmín y gualda,
Altas montañas como fuerte muro,
Anchos jardines en su extensa falda.
Bosques soberbios cuyo fondo obscuro
Admiran en los campos de esmeralda,
Y con la luz de su eternal palacio
Le plugo iluminar el ancho espacio.
Pródigo siempre derramó á raudales,
Sobre su verde y matizada alfombra,
Cascadas de purísimos cristales,
Enhiestas palmas que le den su sombra;
Puso en su seno auríferos metales
Cuya riqueza proverbial asombra,
Y en medio de esta profusión, en suma,
El trono colocó de Moctezuma...

— Ripiositos ellos, interrumpí, y con un terrible defecto para mi gusto: eso de creer que tenemos el primer país del mundo, que no hay ríos, montañas, penínsulas, mares, cabos, istmos ni serranías, como las serranías, istmos, cabos, mares, penínsulas, montañas y ríos nuestros, es lo que nos ha impedido trabajar. Porque, es claro, si poseemos todos esos primores, no necesitamos más que alzar la mano y coger el dulce y sazonado fruto que las robustas encinas liberalmente nos brindan...

— ¿Y en el Nacional? me preguntó Guillermo.

— Oh, allá un discurso formidable, un discurso como para estas circunstancias. Joaquín Villalobos se tiró á fondo contra españoles y frailes, diciendo cosas atroces...

— Y bien que le ha de haber sabido á don Ignacio, que tiene adoración por su compadre Ajuria...

— Y á Siliceo, que se muere por su compadre don Juan de la Fuente.

— ¿Y después?

— Después se cantó el himno de Hertz; otro Villalobos, diputado por San Luis, dijo unas estrofas aladas, blancas, serenas, puras... Era el zurear de la paloma tras el desapacible ladrido del perro... Por fin, Florencio nos leyó el acta de la Independencia con devoción, con unción, deshilando las palabras, y el Presidente gritó vivas á la Independencia, agitando la bandera...

— ¿Y qué hay de conspiración?

— Friolera; que los señores curas estaban dispuestos una vez más á darnos un disgusto tremendo. Pasó á las nueve el capitán Pagaza por el atrio de San Francisco, y se encontró acurrucados, como resistiendo la lluvia, á quince ó veinte paisanos. Figurándose que tuvieran intenciones hostiles, los mandó aprehender y los llevó al cuartel del batallón Independencia. Al llegar, un capitán de apellido Carranco...

— Mal nombre; nombre de traidor...

— No sólo puso libres á los presos, sino que colocando

una pistola al pecho de Pagaza, le comunicó con toda reserva que estaba pronunciado. Afortunadamente, nadie en el cuerpo quiso seguir al vil Carranco, y la situación se salvó.

— Yo, dijo Covarrubias, recorrí el convento en com-

pañía de Baz, y allí aprehendimos al padre Lacona, á Fray Alonso Magna Gracia, á Banté y al presbítero Rosales.

— ¿Y qué hallaron?

— Casi nada; en los cajones de la sacristía, donde se guardan de costumbre ornamentos y ropa de Iglesia, encontramos, todavía empacaditos, más de trescientos fusiles nuevos, con la marca de fábrica flamante; varios quintales de pólvora; unos cuantos miles de cartuchos y cincuenta ó sesenta sables de caballería...

— ¡Qué barbaridad...!

— Aguarden ustedes; en el convento nadie dormía, á excepción de un fraile chocho que no ve, oye ni entiende, y de un padrecito á quien he visto con La Llana.

— ¿El padre Huerta?

— El mismo. En cambio había hasta veintiún individuos encerrados en la celda de Lacona, y en la de Magna Gracia estaban los tres hermanos Baridón...

— Ya hace muchos días que se hablaba de juntas misteriosas en San Agustín y Santo Domingo, y se decía que esas reuniones se daban la mano con otra que había en la calle de Medinas...

— Yo quisiera que cogieran al farsante del padre Angel, que recorre los barrios excitando las gentes á la rebelión...

— Y yo que le echaran guante al padre Miranda, que es el alma de estas cosas.

— Pero es tan listo, que antes cogerán la primer camisa que se puso Baz.

— No es eso; es que el Presidente teme que, si le echa garra, no baste todo su prestigio para salvar al Padre del furor del pueblo.

— Dicen que estaba al frente del movimiento, don Florencio Villarreal.

— ¿El de Ayutla?

— ¿El de Costa Chica?

— El mismo que viste y calza.

— No es creíble.

— De ese sujeto todo es creíble.

— ¿Y cómo se supo?

— Se lo comunicó á don Ignacio una señora amiga suya.

— ¿Señora? ¿Pero qué señora tiene conocimiento de estos líos?

— Todas; pero capaz de un rasgo así no hay ninguna.

— Cuentan que se va á derribar el convento de San Francisco y á abrirse una calle nueva que se llamará de la Independencia, dejando libre el Callejón de Dolores.

— Es cosa hecha, repuso Prieto; he leído la minuta de ley.

— Mejor, exclamó Castillo; hoy he visto el convento, y la verdad es que aquello da lástima. Polvo, suciedad, desaseo, todo menos forma de casa.

— Es que no se puede conspirar y andar en la procesión.

— La Biblioteca, que contiene tesoros bibliográficos, manuscritos preciosos, crónicas de conventos insustituibles por su valor, desde hace cuatro años no se abría. La cerradura estaba enmohecida, la llave no jugaba dentro de ella; un montón de pergaminos atrancaba las puertas: eran colecciones de concilios... En un rincón yacían recopilados sin orden, infolios, elzevires pequeñitos, tomos

desencuadernados... Una crónica carecía de todas las hojas del principio; un incunable estaba casi destruído por la *broca;* un original de Sahagún, borrado por el agua... Habían caído goteras é inundado todo el piso; una viga estaba por el suelo y había roto dos anaqueles, derrumbando el contenido en el polvo y el lodo...

— Era claro. ¿Qué importaba saber si había tenido razón San Epifanio, si se había equivocado San Anselmo, si Orígenes estaba en lo justo, y si había mentido Lampridio? Lo esencial era los cascos; las casitas, los ranchos, el dinero; lo demás que lo partiera un rayo.

— Ya la familia de Carranco fué á ver á Comonfort.

— Y el hombre, que tiene corazón de mantequilla, se conmovió, lloró con la mujer y los niños, les regaló un ramo con tres onzas y acabó por prometerles que haría lo posible porque el pícaro quedara lo menos mal, una vez que la justicia hubiera dictado su fallo.

— Es, dije yo, la compasión al caído, al pobre, al desamparado.

— ¡El caído, el pobre, el desamparado! repitió Prieto con retintín. Distingamos: el caído en el fango, el pobre por su flojera ó su maldad, el desamparado por sus picardías, merecen quedarse en la sima, en la pobreza, en el desamparo.

Llegábamos á la Huerta de San Francisco, cuando vimos un batallón de obreros, como cuatrocientos. Iban

á derribar el convento que había albergado á los cristianizadores de México: á los Gante, á los Mendieta y á los Sahagún; el convento de donde había salido la civilización á iluminar el Nuevo Mundo, el convento de los padres de los indios y los consejeros de los criollos.

CAPÍTULO VIII

Ripios poéticos y prosaicos

Los que me lean no dejarán de extrañar la enorme cantidad de versos que entrevero en estos renglones; pero lo cierto es que no se puede escribir de aquellos tiempos, sin hablar lo que entonces llamábamos «el dulce lenguaje de las musas». Se vivía en verso en aquellas benditas y memorables calendas.

Pareados, tercetos, cuartetos, quintillas, sextas, rimas, séptimas, octavas, novenas, décimas, sonetos, acrósticos, madrigales, logogrifos, charadas, chascarrillos, enigmas, contraenigmas, canciones, epigramas, felicitaciones, sentencias, pensamientos, aforismos y apotegmas era lo que se decía en comidas, cenas, tertulias caseras y finas, y hasta en el Congreso.

El medio más seguro de hacerse conocido, era impro-

visar un lucido ovillejo; la manera de conseguir un empleo, arreglar una bonita felicitación en forma de cáliz ó de lira; el arte de medrar en la contaduría de propios ó en la aduana, estribaba en publicar en *El Monitor* ó en *El Siglo* una canción lo más dolorida y sentimental que fuera posible, escrita en octavas reales, italianas ó bermudinas, ó en serventesios provenzales.

Prieto pasó de escribiente de la Aduana á diputado y á ministro, no por sus discursos ni por sus artículos, sino por sus versos á *La Cuna* y *Al Cometa,* y estuvo á punto de pasar á la eternidad por los que le escribió á Paredes.

Ya que cae aquí como del cielo, referiré qué versos fueron esos. Por el cuarenta y cinco publicó Guillermo una letrilla á lo Bretón, que empezaba:

Hoy la espada y el bonete,
El fraile y el soldadón,
Están en un mismo brete
Por lanzar con un ariete
La pobre Constitución.
— Cuidado, Parietes...
— La Federación...
— Queremos monarca...
— Qué chula cuestión.

Don Mariano mandó llamar á su casa al poeta, le habló fuerte, Guillermo manoteó; pero exaltado el autó-

D. Guillermo Prieto

crata, descerrajó tal bofetada al poeta, que le hizo romper una mampara con la cabeza.

La esposa del Presidente — una santa — salió á la defensa de Guillermo y amonestó suavemente al marido.

— ¡Paredes, por Dios! ¿cómo te pones con muchachos?

Avergonzado el intemperante dió excusas á Guillermo, quien á la media hora ya tomaba chocolate en el comedor presidencial, y se convertía en el consultor de las niñas y la señora.

Payno, el solemne, antes que hombre público, fué escritor de leyendas, algunas no exentas de mérito. Y Escalante, Aguilar y Marocho, Roa Bárcena, don Joaquín Pesado, don Alejandro Arango y los Seguras, empezaron por poetas, siguieron por periodistas, continuaron por batalladores en pro de alguno de los dos bandos y acabaron por hombres políticos: ministros, regentes, embajadores, qué sé yo.

Cualquiera se reiría de mí si dijera que me pirro por las poesías de Casimiro Collado; que Echaiz, Emilio Rey y hasta el ripioso é insoportable Bocanegra, que adquirió fama por los versos del Himno nacional, tienen cosas bellas y coloridas.

Lo triste, para nosotros los liberales, era que quienes entendían la manera de escribir fueran los conservadores. Nosotros éramos poetas de *Dios mió,* que no nos parábamos en pinta para poner sílaba más ó menos en nues-

tros versos. Nada nos importaba la Academia ni el perro judío que la había inventado, pues á fuer de ciudadanos de una nación libre, pensábamos no había que hacer maldito el caso de los dictados de una Corporación extranjera y por añadidura monárquica y archicatólica. Y era claro; si se tenía derecho de disponer de los bienes de la Iglesia, mejor se podía declarar que las palabras tenían tres, cuatro ó cien sílabas, según conviniera á los intereses del poeta republicano.

Las novelas eran todas fúnebres y sentimentales. Ante todo había que ser *exquisito, espiritual, delicado.* De un poeta se decía que era tan tenue que su paso no se sentía; que era incorpóreo, que era intangible, que no hollaba la tierra. Para alabar á una niña, el piropo más fino era llamarla *sensible.*

La adoración á la mujer tenía algo de medioeval. Siempre se la llamaba *la bella mitad del género humano, la hermosa compañera de la vida.* Los libros que se escribían estaban destinados á ella, y se llamaban *Presente á las damas, Álbum de las señoritas mexicanas, Aurora poética, consagrada al bello sexo,* y otras cosas así.

En los libros se huía cuidadosomente de tratar cosas del país, juzgándose quizá que no eran dignas del coturno. Fernando Orozco escribió una deliciosa, admirable, potentísima novela, y apenas se llega á saber dónde acontecen los sucesos de ella.

Juan Díaz, Castillo y sobre todo Prieto, creían que algo explotable podía haber aquí y escribían de asuntos nacionales; pero poco gustaban esas cosas; mejor parecían los versos que Payno pone en boca de un cruzado:

Conquisté en Salem divina
Timbres de eterna memoria,
Y alivié mi sed de gloria
Con las aguas del Cedrón.
¿Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la Fama.
Yo respondí: «Por mi dama
Y la tumba de mi Dios.»

Por supuesto que escribíamos todos á la diabla, lo mismo en prosa que en verso. Hubo un mediquín italiano, poeta él, que publicaba los centones de disparates más terribles que se puedan ver, y don José Indelicato, así se llamaba el mamarracho, era tenido por un prodigio.

Los periódicos estaban llenos de editoriales, aunque no tan largos ni tan soporíferos ni tan malos como se supone. Zarco tenía instrucción, talento, habilidad, firmeza y honradez; Rosa, Prieto, Morales y otros muchos también se dedicaban al periodismo y escribían muy lindas cosas; y en otro bando los Seguras, que eran biliosos y exaltados, Roa Bárcena, que era sereno, equilibrado y persua-

sivo, y Aguilar, que tenía verba y talento de panfletista, trabajaron admirablemente en aquel tiempo.

Eso sí, el virus poético invadía hasta la seria y reposadísima *Cruz*, no perdonaba los diarios políticos y abun

daba en los satíricos. Entonces fué cuando empezó la costumbre de poner al fin de los párrafos que hoy se llaman de información, una ó dos redondillas glosando y resumiendo el caso; costumbre que todavía conservan algunos periodiquines de provincia.

No es cierto que hayamos andado tan mal en materia de tipografía. Las ediciones de Cumplido eran excelentes

y en libros casi siempre útiles; las de Lara y de García Torres, no eran del todo detestables.

Pero si no se escribía la historia, se hacía; si no se observaban las costumbres, se vivían. Que vengan ahora á desentrañar los que saben, cómo salieron de tanto verso y tanto ensueño, tanta y tan potente realidad, cómo de la adoración á la mujer brotaron los derechos del hombre, y cómo de aquella sociedad poética y sensiblera salió ésta positiva y trabajadora.

CAPÍTULO IX

Comonfort me traiciona

E hallé desolado al padre Huerta.

— ¿Qué te parece lo que acaba de pasar? Conspiracioncita en el convento, con su correspondiente guardado de fusiles y pistolas. ¿Y todo, por qué? Por conservar esas indecentes casuquillas que el fuego puede consumir, por esas hacienditas que el Señor quisiera no dieran ni un grano, por esos dineros que valdría más se perdieran para siempre. Ya lo ves; hacemos caso de lo que Cristo dijo; nos asemejamos á los lirios del campo, que no hilan ni tejen y están vestidos como no lo estuvo Salomón en su mayor gloria; á las aves del cielo, que no siembran ni recogen, ni tienen graneros, y viven á costa del Padre celestial.

Yo veo que algo gravísimo va á pasar; veo que nuestra iniquidad merece castigo y tenemos que esperarlo. ¡Bendito sea el Señor, y benditos sean sus altos y soberanos juicios!

— ¿Y cómo son las conspiraciones, Padre? Refiérame lo de su casa, que quisiera saber todo por su boca.

— ¡Qué sé yo de conspiraciones!... Soy tan necio, ando siempre tan en babia, que de nada me enteré. Sí; atando cabos, he venido á comprender que el *deus ex machina* lo era un sujeto que duraba días enteros en el convento, sin salir para nada, que volvía á veces á media noche y que siempre conferenciaba con el prior y los padres graves, de secreto y como quien tiene en su seno cosas muy tenebrosas que comunicar.

— ¿Y qué señas tiene ese sujeto?

— Alto él, de gran nariz, de buenos ojos, de frente amplia; usa bigotes largos y es calvo ó lleva tonsura. Le llaman don Rogelio, y según parece se apellida Argüelles.

— Es el padre Miranda.

— ¿Qué padre Miranda?

— El cura del Sagrario de Puebla.

— ¿Qué es lo que dices, hombre?

— Lo que usted acaba de oir.

— Ahora recuerdo que una vez que hablaba el sujeto ese con Fray Luis Ogazón, le escuché algo acerca de falsas decretales, y como nada sabía ni nada barruntaba,

me limité á asombrarme de que un caballero seglar, hacendado del Valle de San Martín, según decían, estuviera tan al corriente de esas cosas.

— Pues ese hacendado del Valle de San Martín es también comerciante en paños, coronel retirado, *prioste* de indios, que viene á tratar un negocio de terrenos á la capital, agente viajero francés y mil cosas más.

— Pero ese hombre es un Proteo.

— Es un demonio; adopta todos los disfraces, vive en todos los barrios, conoce á todo el mundo. Ya sea en Guanajuato, en San Luis, en Puebla ó en Guadalajara, tiene siempre oportunidad de conspirar, de tramar, de hacer daño al Gobierno.

— ¿Y tú le conoces, le has visto?

— Jamás; aunque no sé si me le habré encontrado y conversado con él, pues capaz es de hablar conmigo y sacarme secretos sin darse á conocer.

— Vaya, tú estás de broma; quieres hacerme tragar una novela de las que tan caras son á nuestro amigo Gordoa, y me cuentas esas cosas de un eclesiástico que debe de estar muy distante de tamañas tonterías. Quédate con Dios... Y me dió la mano.

Al subir al departamento presidencial me encontré á don Ignacio dando audiencia conforme á su costumbre. Se colocaba en un rincón de la pieza, é iban pasando por turno junto á él todos los pretendientes.

— Señor, desearía para mi hijo una beca de merced en tal colegio.

— Solicito que me paguen los alcances que devengó mi marido.

— Quiero una recomendación para que concluya pronto mi pleito.

— Necesito ver al Ministro.

— Deseo respuesta á mi carta.

Y de todo tomaba nota el escribiente, que acompañaba al General casi siempre, para que lo concediera la administración, si era lícito, ó del bolsillo particular de Comonfort si no podía honradamente salir del público.

Cuando el peticionario, en vez de cosas sencillas, decía:

— Deseo presentar una carta del señor General Parrodi:

— Encabezo una comisión de tal pueblo:

— Quiero comunicar á V. E. una cosa reservada... Entonces Comonfort citaba día y hora para la conferencia, y á ella acudía con puntualidad. Así dividía su trabajo aquel laborioso que no reconoció jamás horas de descanso.

Cuando concluyó la audiencia, me llamó á su despacho para darme órdenes.

— Va usted á ver al señor Comandante general y le lleva...

Y comenzó á buscar entre sus papeles, apartando legajos con cubierta amarilla, cartas con diferentes firmas,

tomos de leyes, mapas, planos, estados de revista... De repente sentí como el aguijón de una culebra dentro del pecho: había visto muchos plieguecillos de la letra compacta y menuda que yo conocía bien, y la rúbrica de la firma ANARDA, hecha como de una cinta interminable que se me enredaba al cuello y me lo oprimía.

El Presidente cogió un documento de aquellos, escribió una carta de tres líneas, todo lo metió dentro de un sobre, pegó la nema y me entregó el pliego diciéndome:

— Le lleva esto diciéndole que quedo enterado de todo y que estoy de acuerdo con lo que anoche me indicó.

Cogí el papel, saludé y salí volado del despacho. No me cabía duda de que ella era quien había escrito, de que ella era quien había tenido entrevistas con don Ignacio, de que era la misma que había visto aquella noche memorable.

— Yo me tengo la culpa por vil y por estúpido; creí en la virtud de una bribona y me da el pago que debía darme. Y luego el casto, el puro, el santo, ¡miren cómo se porta y cómo me traiciona!... ¡Me traiciona! ¿Y qué traición hay en aprovecharse de lo que está al alcance de las manos de todos? Esto se acabó sin remedio, y á otra... En un movimiento nervioso metí la mano al bolsillo y me encontré con un billetito de la misma: «Venga á cenar hoy. Mi marido encantado con usted; dice no se parece en nada á los muchachos de ahora, porque oye con respeto á las

personas de edad y de rango. Tengo mucho que contar no deje de venir. — ANARDA. »

— ¡Ah perdida, conque tu marido me busca y n llama! ¡Tú y él son buenos pícaros, bonísimos pícaros!

Y rompiendo en cien mil pedazos la cartita, la avent á los aires.

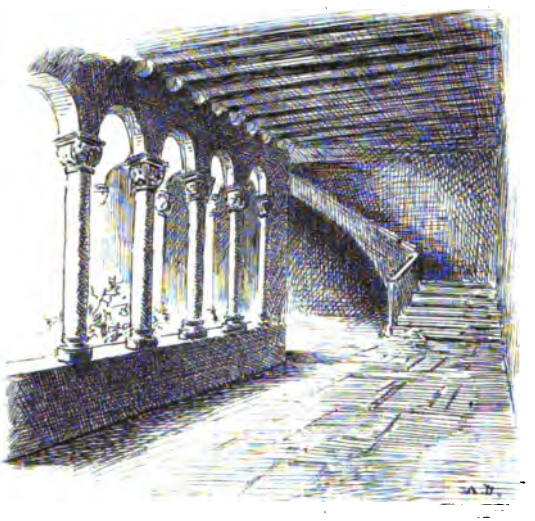
CAPÍTULO X

El padre Miranda en campaña

El camino era polvoso, triste y feo; pero como si se hubiese deseado un contraste, el convento era amplio, bien orientado, lleno de sol y un verdadero oasis de verdura.

Se pasaba la portería y se encontraba el primer cancel, que tenía una imagen de la Virgen y la letra *Redemprix captivorum*. Seguía el claustro de pilares bajos ornamentados con trofeos, mitras, ángeles y escudos. Por una escalera de anchos peldaños se subía al coro, con sus asientos de madera separados por tablas, y con inscripciones latinas: *Psale et sile* y *Qui in divino officio negligenter loquitur sine verbo moritur*. El coro estaba lleno de pinturas del siglo XVII: el arraez levantisco atacando al

galeón cristiano; los soldados haciendo fuego con los enormes fusiles, las doncellas con las manos enclavijadas rogando á Dios no caer en manos de la morisma, y la Virgen apareciendo en los aires, apagando los fuegos de la galera musulmana, echando los marineros al agua y poniendo en salvo á los cristianos.



En otro retablo se veía á don Juan de Austria á bordo de su nave capitana, esgrimiendo la espada y desplegando al aire su estandarte con la inscripción en latín: *Cristo vence, Cristo reina, Cristo gobierna,* y al pie la otra: *Hombre fué que Dios envió y cuyo nombre era Juan.*

El padre Pérez me aguardaba en lo alto de la escalera, y él me introdujo hasta el coro.

Eramos diez los reunidos. Tres frailes, dos generales, un coronel, tres capitanes y un viejo cura de pueblo que por la cuenta venía á México á ejercicios.

— El señor, dijo el capitán Nogueira, está definitiva-

mente resuelto á unirse con nosotros para el noble fin que tenemos entre manos.

— No, repuse, no estoy resuelto á unirme con ustedes porque no sé lo que traman ni lo que pretenden. Soy ayudante de Comonfort, y estoy resuelto á separarme de él: tengo un agravio que deseo vengar y quisiera salirme con la mía; pero antes quisiera saber de qué se trata aquí.

Todos vieron al curita, que repasaba las cuentas de un rosario, sentado en un rincón y con los ojos cerrados.

— Se trata, expuso éste tomando la palabra con voz temblona, de echar abajo este Gobierno y sacar triunfante á la religión.

— Bien, contesté, pero eso se ha hecho siempre; desde que comenzó la revolución se ha hablado de *religión y fueros;* mas eso es muy vago, extraordinariamente vago.

— ¿Vago es restituir á la Iglesia lo que le están quitando, poner al santuario en el lugar que debe ocupar, derribar á este Gobierno impío? No, aquí no hay vaguedad, tenemos nuestro programa definido. Sabemos á dónde vamos, estamos seguros de que es buena la empresa que vamos á acometer. De lo demás, Dios dirá; nosotros somos simples auxiliares suyos, y sólo nos toca poner nuestras pobres fuerzas para la realización de esos fines...

El vejete se había puesto en pie, se había erguido, había aumentado de estatura, se había rejuvenecido.

— Pero mire usted, don Abundio, dijo uno de los frai-

les, que tenemos orden del señor Garza, el prelado diocesano, de no hacer nada que pueda tomarse como muestra de hostilidad al Gobierno establecido...

— Nuestra misión, objetó otro, es de paz, es de mansedumbre; somos discípulos de Jesús, que dijo: *Amaos unos á otros; amad á vuestros enemigos; cuando hubiereis ofendido á vuestro hermano, no llevéis vuestra ofrenda al altar, sino volveos é id á satisfacer á vuestro hermano...*

— Sí, replicó transformado don Abundio, sí; pero también el Dios que dijo esas cosas echó del templo á los mercaderes; y no los echó con halagos ni con persuasiones, sino con azotes; fué quien llamó á los fariseos raza de víboras, sepulcros blanqueados llenos de podredumbre y de infamia...

El Corderuelo de paz, que se inmoló por los pecados del mundo, se convierte á veces en león vengador de las ofensas que se infieren á su santo nombre. El Dios de bondades es también el Sabaoth colérico y terrible... No hay que contar con la bondad de Jehová, sino con su justicia; no hay que pensar en su clemencia, sino en su ira... Se ha saqueado la casa del Señor, se ha maltratado á sus cristos, y todavía se habla de moderación y de amor... No, Jesús mismo dijo: «No deis á los perros las cosas santas, ni arrojéis vuestras margaritas á los cerdos, porque los cerdos se volverán contra vosotros y os hollarán con sus asquerosas pezuñas...» Próxima está á cumplirse la

visión de Isaías: «El cordero bajará convertido en vengador inexorable desde lo alto del Edón, soberbio con la muchedumbre de su fuerza, pisoteando á las naciones como pisa el pisador las uvas en el lagar, con la vestimenta levantada y cubierta de sangre hasta los muslos.» Sí, ojo por ojo y diente por diente, ofensa por ofensa, crimen por crimen, muerte por muerte...

El curita se había erguido, y estaba soberbio, tremendo, imponente.

— ¿Y quién dice, continuó, que es prohibido á los sacerdotes hacer armas contra los enemigos de la Iglesia? Dios mismo admitió el sacrificio de la hija de Jefté y advirtió que su paso se conocería por el número de enemigos regados en el camino; Santiago mató moros en España, y en México indios gentiles; San Ignacio de Loyola castigó con el hierro al musulmán que negaba la pureza de María; Cisneros vistió sobre la cogulla la armadura de conquistador; el cardenal de España combatió contra los herejes, y Santo Domingo ayudó á acuchillar albigenses... Hidalgo, ¿no era cura? Morelos, Matamoros, Mier, ¿no eran sacerdotes?...

Dígase que se tiene miedo, que se teme á la prisión, al destierro, á la persecución, y se dirá la verdad; pero no saquen textos evangélicos que tienen tanto que ver con estas cosas, como las coplas de Calaínos... El arzobispo que expide circulares en que exhorta á la concordia es un

impotente, no es un cristiano; es el digno jefe de Moreno y Jove, el arcediano que se adjudica por dos mil duros la casa en que vive.

— Pero es, aventuró alguien tímidamente, que ha suspendido á Moreno.

— Sí, el buen señor es de los que cuelan el mosquito y se tragan el camello, de los que quitan sus bienes al Santuario y le pagan el diezmo de la menta y del eneldo... En vez de llamar al arma al pueblo católico, en vez de propagar la cruzada santa contra los usurpadores de los bienes sagrados, se limita á circulares de agua tibia... Yo estoy mejor con Juárez, con Arriaga ó con el mismo Ramírez que con estas gentes que cogen mitad de verdad y mitad de error, y se frangollan un traje con que cubrir la desnudez de su alma asquerosa...

— Pero el señor Arzobispo es intransigente, observé yo.

— ¡Intransigente, y tiene arreglos y componendas con Baz y con el mismo Comonfort! No, los romanos tenían razón: contra el enemigo, eterna guerra. Nada de amistad ni de conveniencias sociales, ni de palabras bonitas: combatir contra él hasta caer vencido, y luego levantarse hasta volver á caer ó hasta rematarlo... Ya está constituído el *Directorio conservador central de la República,* y ahora se verá qué vale el partido católico.

El padre Miranda (porque era él) estaba hasta her-

moso: las canas pintadas, la sotana vieja y raída y el sombrero de teja eran ya como cosas ajenas, pero que le daban aspecto triunfador y grande.

— Esto ha concluído, gritó golpeando el brazo de la silla. Cristo preceptuó poner el otro carrillo cuando hubieran golpeado el primero; pero no ordenó dejarse matar por el enemigo... Ya tenemos los carrillos llenos de cardenales; vamos ahora á defender la vida.

— ¿Y Comonfort? aventuré tímidamente.

— Comonfort es el más culpable de todos. No ha tenido la audacia ni el valor necesarios para poner á raya á los bribones, y él será la primera víctima... Se le matará á puñaladas ó como se pueda, y luego su cadáver se expondrá en los balcones del palacio para escarmiento de infames... Acabará Comonfort, acabará la canalla, y entonces lucirán verdaderos días de gloria para la Iglesia... Eso aguardamos de usted, capitán, dijo dirigiéndoseme.

— Bien está, dije yo; pero á esa empresa de asesinato y de infamia, no me uno; lo diré una vez por todas... Estoy agraviado contra Comonfort, quiero vengarme; pero no seré yo quien le asalte, ni quien caiga contra él á media noche, ni quien soborne á sus guardias, ni quien le hiera á mansalva. Buscaba el combate leal, caballeroso y honrado, y se me ofrece el asesinato de encrucijada, el asalto de bellacos, en medio de la sombra y á traición... No puedo acompañar á ustedes.

— ¡Pero si es lo que se acostumbra en estos casos!

— Pues yo no acepto esas costumbres.

— ¡Comonfort merece mil muertes!

— ¡Comonfort es un réprobo!

— ¡Comonfort es el enemigo de la Iglesia!

— Yo no atentaré contra la vida de Comonfort, ni consentiré que se atente así.

— ¿Por qué vino entonces á esta junta?

— ¿No traía intención de pasarse á nuestro lado?

— ¡Es un mentiroso!

— ¡Es un traidor!

— ¡Es un espía!

Al oir esto el general Vega fué contra mí y trató de sujetarme. Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos salté de la ventana á las ramas de un zapote, de éstas al suelo y de allí tomé las puertas del convento.

Llegué á la Tlaxpana, todavía jadeante y lleno de temor.

Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos...

CAPÍTULO XI

El cura de Zacapoaxtla denunciando complots

La velada había sido larga y penosa. Comonfort, contra su costumbre, parecía poseído de inmensa agitación. Iba, venía, hablaba con gentes de todas clases, escribía largas cartas; no se daba punto de reposo.

La noche, aunque fría, no lo era tanto que ameritara el brasero que permanecía encendido dentro de la pieza, ni mucho menos la capa con nutria que se había tapado don Ignacio. *Coleaba* los cigarrillos con actitud febril, se movía de allá para acá y parecía meditar largamente.

En una de las ocasiones que abrí la puerta de su aposento, me dijo:

— A las dos tiene que venir un desconocido que subirá

por la escalera que queda cerca de la puerta Mariana. Hágale usted pasar enseguida.

Como con reloj se presentó á las dos de la madrugada un tipo alto, grueso, envuelto en gran capa, el cual me dijo estaba citado por el Presidente.

Le hice entrar, permaneció dentro como una hora, y al cabo del tiempo salió acompañado del propio General.

Dormitaba yo sobre un sillón cuando regresó Comonfort, y después de abrir la puerta de su estancia, me llamó. El aspecto de inquietud, de tristeza, quizá de desesperación que le había notado, estaba muy lejos de él; le vi alegre, comunicativo, decidor como pocas veces le había encontrado.

— Siéntese y vamos charlando un poco, que no todo

ha de ser *catatufas* y formalidades oficiales. ¿Sabe quién era el sujeto que acaba de salir?

— No, mi General.

— Pues es un famoso revolucionario.

— ¿Osollos tal vez?

— No; Osollos es joven, bien presentado, buena cara, y sobre todo no había de ser quién viniera á mí; heredó lo vizcaíno de su padre, y primero haré transigir al mismo arzobispo Garza que á ese muchachuelo al parecer insignificante.

— Le conozco, señor, le vi en casa de la señora Ruiz de Esparza.

— ¡Ah, sí, de Anarda!... Pues precisamente enviado de ella era ese sujeto alto, *apastón* y sin gracia que acaba de salir. Es un jefe conocidísimo...

— ¿Orihuela?

— Poco menos.

— ¿Güitián?

— Casi, casi.

— ¿Olloqui?

— Cerca le anda.

— ¿El cura de Totocapan?

— ¡Que se quema!

— No atino.

— El cura de Zacapoaxtla.

— ¿Ortega?

— Don Francisco Ortega y García, el mismo que viste y calza.

— ¿Y qué vino á hacer aquí ese bicho venenoso?

— Verá usted. Hoy recibí un papel suscrito con iniciales y concebido en estos términos: «Si usted me da palabra de recibirme á solas, y de que he de salir de palacio salvo é ileso, iré á ver á usted esta noche á la hora que me señale, y le daré un aviso que importa mucho á su vida.» Contesté de mi mano: «Doy á usted la palabra que pide; puede usted venir á tal hora y subir por tal escalera y será recibido conforme á sus deseos.»

Como usted vió, estuve puntual á la cita; pero al salir me encontré con un desconocido. «¿Estamos solos?», me dijo. «Enteramente solos», respondí. «¿Nadie nos oye?» «Nadie; puede usted decirme lo que guste.»

Entonces el desconocido dió una vuelta por el aposento, se asomó á las ventanas, levantó las cortinas, escudriñó con mirada inquieta todos los rincones, y dijo al fin: «No estamos bien en esta pieza.» «Pues pasaremos á otra», respondí, y entrando en la inmediata, delante del hombre, tomé asiento y le dije: «¿Le parece á usted que estaremos bien aquí?»

El misterioso personaje hizo en aquel aposento lo mismo que había hecho en el primero: lo recorrió en todas direcciones, miró á todos lados, aplicó el oído á los rumores que venían de afuera, y no dándose aún por sa-

tisfecho de la soledad que allí reinaba, dijo en el mismo tono que antes: «Me parece que tampoco aquí estamos bien.»

Entonces abrí la puerta del aposento contiguo y entré á él con mi interlocutor, no sin ocurrírseme que podía ser aquello una celada y que me encontraba solo y desarmado delante de un hombre cuya extraña conducta era más propia para infundir recelos que confianza en esta época de rencorosas pasiones. Resuelto, no obstante, á llevar á cabo aquella aventura, dije al desconocido, que me pedía excusas por su impertinencia: «No tenga usted cuidado, que en Palacio sobran aposentos, y al cabo hemos de encontrar alguno que le guste á usted. Vea si éste le acomoda, y si no buscaremos otro.»

Tendió el hombre su mirada escrutadora por todas partes y dijo: «No se moleste usted más, señor Presidente, porque creo que aquí estamos bien.» Y sentándose frente á mí, abrió la conversación con esta pregunta: «¿Me conoce usted á mí?» «No, señor», respondí. Insistió en la pregunta recomendándome que le mirara bien y repetí: «No, señor, no me acuerdo de haber visto á usted nunca.»

Calló un instante y preguntó en seguida: «¿Ha oído usted hablar del cura de Zacapoaxtla?» «Demasiado, respondí con tono festivo, como que es uno de los eclesiásticos que me han hecho más cruda guerra.»

El desconocido dijo entonces:

— Yo soy el cura de Zacapoaxtla (1).

La noticia era para sorprender á cualquiera. Aquel eclesiástico revoltoso, el tipo, el padre, podría decirse, de toda la serie de bandidos que confundiendo la religión con el pillaje se lanzan al robo y á la matanza echando bendiciones con el mosquete y asestando golpes con el crucifijo, lo es el cura de Zacapoaxtla. Levantó antes que nadie el estandarte de rebelión en favor de los fueros, entró á Puebla con sus huestes como los clérigos batalladores de la Edad media, se rehusó á que se le comprendiera en la capitulación, y cuando nadie sabía su paradero, se encuentra hablando mano á mano con el Presidente de la República... ¿Verdad que es gracioso?

Pues no paró ahí todo. Me comunicó, dándome santo y seña, todos los detalles de una conjuración que tiene por fin acabar con mi persona y con el régimen; me dijo el empleo y calidad del jefe comprometido á asesinarme, y sólo se guardó el nombre del culpable.

—Bien, le pregunté; pero ¿qué mueve á usted á hacerme esa denuncia, cuando quizá usted saldría ganancioso si el plan se pusiera por obra?

— Hay una familia que debe un gran servicio á usted, y á quien yo debo también muchos favores. Esa familia consultó con la señora Ruiz Esparza, acerca de la manera

(1) Los diálogos son auténticos.

con que debería dar cuenta de todo á usted, y la señora doña Anarda dispuso que fuera yo quien viniese á avisarle lo que se trama. Ahora, dijo levantándose, reclamo el cumplimiento de la promesa que usted me hizo.

Salimos juntos, y al llegar á la cruz del atrio de la Catedral, nos detuvimos. El cura me suplicaba que me retirara; pero considerando que podría correr peligro, lo acompañé otro rato por Tacuba y Santa Clara. Ya cerca del convento nos paramos; yo me volví á Palacio, y el rebelde ganó el lugar donde se ocultaba á las miradas de la policía.

Y no es el único caso en que Anarda me ha ayudado. Días pasados me reveló la conspiración de San Francisco, dándome noticias indudables, yendo de noche al palacio de Tacubaya... Usted habrá visto el tremendo papel que acaba de aparecer: de ladrón, desuella-caras y perro judío no me bajan medio dedo. Pues por Anarda sé que quien lo escribió, fué el famoso don Manuel Díez de Bonilla... ¿Que cómo lo averiguó nuestra amiga? Muy sencillamente... En días pasados oyó que hablaban su cochero y una vieja sobre algo que interesó á la señora: llamó á su criado y le preguntó quién era aquella mujer y qué le había contado. Ramón, así se llama el conductor del *bombé,* dijo que la mujer era su hermana, que servía en casa del Licenciado Aguilar y que un señor que visitaba de ocultis la casa, todas las noches, había leído un papel

que había sido celebradísimo y coreado con risas y chacotas. Anarda supuso que se trataba de Bonilla y así me lo comunicó; hoy lo he confirmado plenamente, y aquí tiene usted el pasquín: es la sarta más grande de injurias que puede dirigirse á un hombre...

— Supongo que ya estará en la cárcel don Manuel, dije después de leer el libelo.

— No, prefiero no violar su asilo, que es la casa de un amigo mío muy querido. Y mire usted que Anarda siente interés por usted.

— ¿Por mí, señor?, dije incrédulo.

— Por usted, sí. La semana pasada, estando en San Angel, oyó contar á una señorita que había tramada una conjura con el fin de secuestrarme. El plan consistía en atacar mi coche á la hora que yo llego al palacio; pero para eso era menester asegurar primero á mis ayudantes matándolos con toda crueldad... No durmió Anarda, y al día siguiente, muy temprano, se plantó en mi casa para contarme todo. «Claro, me refirió con ingenuidad, que celebraré mucho no logren aplicar á usted el sistema acabadito de estrenar que ha traído ese español llamado Cobos; pero más me importa que al intentar *plagiar* á usted, no escabechen á Juanito Pérez, que quizá le acompañe el día crítico.» Hechas las investigaciones, se logró descubrir que cuanto habían dicho á la señora era la pura verdad, y que la conspiración estaba ramificada y madu-

rada con suma habilidad... Y he aquí cómo ha sido usted la causa de que todo se conozca á tiempo.

Rato hacía que la palabra sencilla de aquel hombre, su confianza y su bondad me habían impresionado; pero cuando oí la última aventura comprendí que ni yo tenía razón para celos, ni Comonfort podía dármelos, y que las entrevistas de Anarda con el Presidente, su conducta misteriosa conmigo y todo lo acontecido, tenían explicación naturalísima.

Sentí deseos de confesar todo á don Ignacio, de contarle mis veleidades, mis propósitos de unirme á sus enemigos; pero él no me dejó tiempo para nada.

— Vámonos, me dijo, que ya es tarde; y tápese bien que está *aleando la grulla*.

CAPÍTULO XII

Empieza el conflicto

La esquela de Anarda, que recibí al día siguiente, me dejó frío:

«Venga usted acá, rezaba, conspiradorcillo y enemigo del orden establecido, que tenemos que hablar; le aguardo á las diez.»

Llegué cuando hube concluído mi guardia, y me encontré á mi linda amiga llena de preocupación y tedio.

—¿Conque usted se reune con el padre Miranda y socios para conspirar contra el Gobierno?... ¡Pobre Comonfort! no tiene un amigo de quien echar mano; no puede hacer confianza de nadie... ¿Conque usted está ofendido contra él? Pues es gracioso; de todos creería yo que tuvieran agravios, menos de usted... Pero, en fin,

ya que tuvo el buen sentido de volver sobre sus pasos queda absuelto... Ahora tenemos novedad: acabo de saber que Puebla se ha pronunciado nuevamente, y tengo la mortificación de que mi hijo Pedro esté al lado de Miramón, porque Miramón fué quien se alzó con la plaza... Verá usted si se necesita valor: Miguel se puso de acuerdo con un capitán Campos, de no sé qué batallón ó regimiento. Una noche, al salir del teatro, Pedro, que es muy tracista, fingió que venía borracho, acudió uno de la policía para llevárselo á la cárcel; pero Miramón, con buenos modos, le hizo notar que el muchacho era militar y que á donde debía llevarlo era á su cuartel... El pobre lo creyó, hizo que se abriera el principal, situado en palacio, y que se recibiera presos á Miramón y á Pedro. Campos, ya de acuerdo, levantó en las armas á la tropa que había quedado abajo, mien-

tras mi hijo, con una pistola puesta al pecho del oficial de guardia, le obligó á dar el santo... Miramón, que tiene grandísimas simpatías entre la tropa, alzó en un momento todo el cuerpo... Después ellos y la oficialidad conservadora se apoderaron del cuartel de artillería; pusieron preso al Comandante general, García Conde; hicieron rendirse á la tropa fiel, y á la fecha les tiene usted dueños de Puebla...

— Sabía el caso aunque no con detalles, pues ayer se dió cuenta de él al Congreso. Inmediatamente, según dicen, se pensó enviar á Comonfort un voto de confianza, y se mandó una comisión que zanje las dificultades que pueda haber entre los legisladores y el Gobierno, y que acabe con las disidencias que ha provocado el negocio Vidaurri...

— Está bien; pero algo hay que á mí me toca personalmente, y es la obstinación de mi hijo Andrés en marcharse á Puebla contra los pronunciados... Si el otro muchacho no estuviera allá, menos mal; pero ¿puedo consentir en que hagan dos hijos míos el papel de Atridas?

— Usted puede hablar al Presidente y conseguir que se destine á Andrés á otra parte.

— Claro que puedo; pero si logro mis deseos, el chico, que es de la piel de Judas, se marchará á engrosar una gavilla cualquiera de tropas irregulares, y quedará en peores condiciones.

— ¿Y por qué tiene Andrés ese prurito de ir contra la ciudad en que está su hermano?

— No sé; Andrés es bueno, cariñoso, lleno de entusiasmo y de energía juvenil; pero ahora, de seguro por causa de estas malditas discusiones políticas, la ha tomado contra su hermano y le ve como un enemigo personal...

— No es para tanto, señora; no hay para que se figure usted que sus hijos van á matarse en lucha personal, y que, todavía después de muertos, se han de separar las llamas de las piras que los reunan...

— Todo lo temo, Juan, todo lo temo, porque, aun cuando no lo parezca, nunca he tenido buena suerte... Pero, hablemos de otra cosa: ¿por qué no ha venido usted?... Mi marido, que es tan seco y tan adusto, no hace sino preguntar por usted: «¿Y La Llana no ha venido?»—«Hija, ¿qué sabes de La Llana?»—«El amigo de ésta, La Llana, es un chico muy gracioso y muy bien educado.» En fin, que le ha llenado usted el ojo.

— ¿Que por qué no he venido? Eso demasiado lo sabe usted. Merced al Presidente sé que el objeto de sus visitas al palacio de Tacubaya es político y no de otra clase, y que usted se dedica al descubrimiento de conspiraciones; pero yo no podía figurármelo, no podía estar en autos de todo...

— «Con asombro de mirarlo, con admiración de oirlo», le digo que no entiendo una palabra de esas cosas. ¿Que

no venía usted porque yo estaba ocupada de los que usted llama asuntos políticos, y que juzga de otra clase? Pues debe saber que ahora y siempre he tenido la facultad de hacer lo que me acomoda, y que no sólo siendo usted, como lo es, un extraño; pero aunque fuera mi confesor, mi confidente, mi amante, hablemos claro, le reconocería el derecho de espiarme y seguir mis pasos.

— Es que usted sigue los míos, puesto que se entera de si voy á reuniones sediciosas y de si hablo con este ó con el otro... En fin, creía tener derecho á enterarme de esos pasos de usted, y, quiéralo ó no, los sabré porque...

— ¿Por qué?

— Porque la adoro á usted, porque...

. . . . . .

— Pase usted, mi querido Espiridión, pase, que aquí se encontrará á esa mala persona á quien busca.

Y al aparecer por la puerta la carilla arrugada como pasa, los ojos lacrimosos, la cabeza calva y la levita hasta los talones del nunca bien ponderado Ruiz de Esparza, nos quedamos como difuntos, es decir, me quedé yo, que mi compañera creo no se inmutó cosa.

— Hola, señor capitán, ¡qué caro se vende! Que le diga ésta cómo pregunto por usted... ¿Qué tal la salud? Pero antes déjeme que lo presente con mi amigo el diputado don Espiridión Moreno.

Saludé á un caballero alto, blanco de rostro, de her-

mosa fisonomía, serio como un editorial de Zarco y de más palabras de las que hacía presagiar su seriedad.

— Aquí tenemos el patriarca del ateísmo y de la impiedad, dijo Anarda riendo. Amigo Espiridión, crea que me causa miedo. ¿Cómo puede usted comer y dormir teniendo encima tantas censuras y excomuniones? Va usted á hacer que nos caiga un rayo y á traernos muchos daños... Créamelo, La Llana, el otro día dejó la casa con un olorcillo á azufre, que ya, ya...

Don Espiridión, que era urbano y comedido, cuando no se trataba de sus asuntos favoritos, se rió de buena gana y continuó conversando.

— Dígame, Moreno, ¿y es cierto que el señor Barajas, el ilustrísimo de San Luis, fué esclavo de la casa de usted?

— Él no, señora; su abuelo ó su padre sirvieron en mi casa, y tuvieron en efecto condición servil.

— Pero venga usted acá, igualitario, comunista, sansimoniano y hombre tremendo, ¿cómo, si eso pasó, tiene usted tanta satisfacción en decirlo?

— ¿Satisfacción? No, señora; ni me alegro ni me entristezco de que eso haya pasado... Mejor para él si logró sobresalir y llegar á persona.

— ¿Y le ha vuelto á ver usted?

— Sí, señora; por cierto que le dí una lección como para él solo. Fuimos hace ocho ó diez años todos los electores de Jalisco á elegir Gobernador á Guadalajara... El

nombrado, me parece que fué Cumplido... Cuando marchábamos en cuerpo á oir la misa de gracias, que se cantó en la Catedral, salió un monaguillo á darnos agua bendita... Yo, que sabía bien que aquello no se debía hacer, despedí al muchacho diciéndole: «Dile á Barajas que venga, que al fin aquí está su antiguo amo.»

— ¡Qué barbaridad! ¿Y qué hizo don Pedro?

— Salió, nos hizo una reverencia sin darse por entendido, y luego de pasada la ceremonia, fué á visitarme.

— Pues me parece que quien sufrió la lección fué usted.

— Sin embargo, no sé por qué me llaman sañudo y rencoroso. El cuarenta y ocho escribió el doctor Covarrubias un tremendo papel en mi contra, el cual se llamaba *Mordaza y freno para el diputado Moreno.*

— ¿Y qué contestó usted?

— Nada; Covarrubias se enfermó y murió al fin y detuve la publicación de mi respuesta, que se llamaba *Rayos, centellas y lluvias para el loco Covarrubias.*

— ¡Vaya unos títulos graciosos y retumbantes! Valen la pena de que usted me los copie. ¿Y qué tal el Estado del centro, Espiridión? ¿Insiste usted en que esta corrupción babilónica y sardanapalesca de México haga daño á los poderes de la nación, y cree que el Distrito Federal debá cambiarse á Lagos? Denos usted explicación de esas cosas, porque me muero de ganas de saber cómo se desenvolverá usted para sacar avante su sistema.

— La verdad es, señora, que me dirige usted tantas preguntas, que necesitaría ser el padre Ripalda para contestarlas. En efecto, creo que mejor estaría el Distrito en un lugar donde las diversiones, los placeres y la vida de sociedad no quitaran el tiempo y la atención á los que tienen que tratar los asuntos públicos. En cuanto á que Lagos fuera capital de un nuevo Estado, lo vería con muy buenos ojos; al fin es mi tierra y la prefiero á París y Londres, que, como usted sabe, he visitado y conozco.

— Bien hablado.

— Esta es mi opinión.

— Más precia el ruiseñor su pobre nido... ¿No es cierto?

— Sí, señora, cabal.

— Pase usted, Pancho, pase usted, informal y rey de los informales, que por estar soltando de esa boca discursos sobre todas las materias y crónicas de todas las cosas, olvida á los amigos.

Zarco, porque era él, se inclinó ante Anarda, nos dió la mano á todos y se sentó cerca de Moreno.

— Aquí tiene usted al hombre de Rousseau, al famoso Espiridión Moreno, que piensa escribir un nuevo tratado acerca de la corrupción que han traído en la sociedad las ciencias, las artes, el dinero, las ciudades y todas esas tonterías con que viven embobados ustedes los varones sin nervio ni fuerza de voluntad. Espiridión, aquí donde

usted le ve, prefiere su pueblo, Lagos, á todos los lugares de la tierra, inclusive Londres y París.

— Y hace muy santamente; al menos yo prefiero, no sólo Lagos, sino Xochimilco ó Tlaxoaco á esas ciudades.

— Jesús, ¡pero qué puritano nos ha venido usted!

— No es puritanismo, señora, es que resuello por la herida. Considere usted si seré desgraciado. Hace días que en Francia hubo una inundación en el departamento del Marne; los franceses que viven en México lo supieron, acordaron enviar socorros á sus hermanos, y yo, como redactor de *El Siglo,* consideré aquello como muy justo y debido y los excité á que formalizaran sus juntas reuniéndose bajo la presidencia de su Ministro. Como si el diablo lo hubiera hecho, ellos aceptaron mi indicación y llamaron al señor de Gabriac, que aquí representa al bendito Napoleón el chico; pero el conde, por sobra de negligencia ó por falta de voluntad, no concurrió á la junta ni se mandó excusar; resultando de ahí que los franceses, enojados, tomaran una determinación, ó mejor dicho, tomaran varias cacerolas, ollas, hojalatas, tenazas, badilas y otras cosas, y con ellas se fueron á dar la cencerrada hache al señor Ministro. Éste se indignó, puso el grito en el cielo, ¿contra los franceses?... no, contra mí que relaté el caso. Y aquí me tienen ustedes acusado de haber ofendido al representante de una nación amiga, y sujeto á gran jurado.

Nos reímos celebrando el caso; pero Zarco, con una formalidad que todavía nos hacía más gracia, nos dijo:

— Pero aguárdense ustedes; no es esa la más negra. Dije en el periódico no sé qué acerca de los contrabandos que se dice que por San Blas introducen los Barron; dije que el último pronunciamiento de Tepic era obra de agentes suyos, y ahí tienen ustedes al aludido, don Guillermo Barron, publicando comunicados en los periódicos y poniéndome como Dios puso al perico: verde y sin poder volar. Dice que me echaron del Ministerio de Relaciones por haber revelado secretos de alta política; me hace cargo de ganar cien pesos; me tacha de pobre y de mal escritor... ¡Cómo ha de ser! Siquiera éste no ha declarado que yo he insultado á Inglaterra, ni á Estados Unidos, ni al Rey de Dinamarca, ni al Emperador de Sobradiza...

Interrumpieron al brillante conversador tres nuevos tertulianos: Pepe Iglesias, Guillermo Prieto y el caballero Lafragua.

A Prieto y á Lafragua ya les conocía; pero no á Iglesias.

Era joven todavía, tan joven que no pasaba mucho de los treinta; pero le comunicaban cariz de seriedad la barba corrida, la miopía incorregible y la calvicie prematura. Por lo demás, en talento, instrucción, rectitud y reposo, les daba quince y raya á los más viejos.

— ¿Qué dice usted del pronunciamiento de Puebla, Guillermo?

— Aquí el señor Lafragua, que es de la tierra, nos dirá lo que se debe opinar. En negocios de Puebla, los poblanos.

— Pues el señor de Lafragua, advirtió Iglesias, habló ya en una circular que ustedes verán impresa.

— Ten mucho cuidado de que no triunfe Miramón, ¡oh, Guillermo! porque si Santa Anna te mandó á Cadereita, éste te envía á Guaymas ó á Acapulco.

D. José María Iglesias

— Y lo que es Fidel se muere fuera de México; es más mexicano que las torres de la Catedral.

— Tienen ustedes razón, repuso el poeta; yo adoro á México de día, de noche, sucio, limpio, devoto, matón, aristócrata y leperusco. Lo adoro por sus casas desconchadas, por sus balcones cubiertos de orín, por sus calles fétidas, por sus costumbres monacales; y lo adoro por sus casas nuevas, por sus calles recién abiertas, por sus tiendas de barrio y por sus establecimientos lujosos. ¿Qué más? ¿Saben lo que me hacía falta en el destierro? Los gritos de mi amada capital, del México de mi alma. En las mañanas, al salir el sol, se oye el *carbón siéo,* agu-

dísimo; el ronco acento de los que venden las manitas y el tiple de los que anuncian el mosco para los pájaros y los jarros de leche... Entre once y doce del día despiertan el apetito los que ofrecen las cabezas, las empanadas, los bollitos de á ocho... Me parecía ver á las vendedoras marchando ligeras con el *terra calentano* y la cecina, precediendo al que grita el requesón y el melado bueno, á la sebera de tiple agudísimo, á la melcochera y á la india que cambia tequesquite por venas de chile... Por la tarde me hacían falta los pregones de las hojarascas, la cuajada, los petates, las tinajas, y en medio de la lluvia, los elotes y la cadenciosa oferta de las nueces... Por la noche extrañaba los dúos de neveros, los solos de turroneras, las arias de atoleras, los coros de tortilleras y las romanzas de las vendedoras de fiambres y patos...

Pero no había ya quien oyera; con los primeros y otros que llegaron luego se habían ido formando grupos que se ocupaban sólo del politiqueo.

— Mientras Comonfort, opinaba Zarco, no se decida á llevar la reforma hasta sus últimas consecuencias, no contará con más elementos que los moderados. Un jefe de Estado que se consuela de estar mal con todo el mundo, diciendo que todos los que vean no sigue ningún partido extremo, se convencerán de que lleva la razón; que vive amancebado con la mentira, y forma de ella un sistema de gobierno; el que en esta tempestad des-

hecha no quiere mover su barca por no estrellarla contra un escollo ni dejar que las olas acaben con ella, y que la expone al mismo tiempo á encallar y á zozobrar, no puede salir bien de este peligro.

— ¡Comonfort es un demagogo!

— ¡Comonfort está vendido á los frailes!

— ¡Comonfort es un irresoluto!

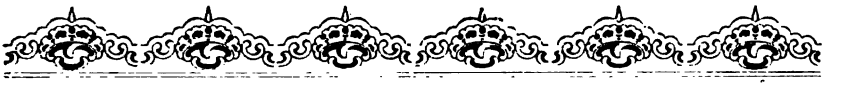
— Comonfort, dijo la voz grave de Lafragua, es un hombre honrado, un hombre de bien, que sabe no conviene poner á los pueblos en disparaderos que después logran salvar difícilmente.

Y habría continuado la disputa, si Anarda no hubiera empezado á repartir tazas de chocolate á los rezagados, y tazas de té á los *tonistas* de la época.

Yo fuí de los tradicionalistas, pues aprecio tanto el chocolate, que capaz habría sido de escribir en latín un poema épico en su honor, como lo hicieron muchos frailes jesuitas.

Y como dicen que comida hecha, compañía deshecha, á poco de haber ingerido el soconusco ó la infusión de salvia (que por tal diputé el té que servían) nos marchamos á nuestras casas.

Cerca de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían...



CAPÍTULO XIII

Un antiguo conocido. Gordoa propietario

CERCA de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían un papel y hacían comentarios al retirarse. Me acerqué abriéndome paso, y leí un bando de Baz, el gobernador del Distrito, conminando con penas á los que hicieran circular, distribuyeran ó guardaran en su poder pasquines sediciosos.

— Pues de nada han de servir esas cosas; se dirá y se seguirá diciendo y se escribirá y seguirá escribiéndose, á pesar de los pesares. No faltaba más sino que después de sus gracias, todavía quisieran que les adornaran con rositas las palabras, vociferó tras de mí una voz conocida.

Involuntariamente volteé y ví á un clérigo trigueño, con rostro de vejiga á causa de la exudación adiposa, la

nariz chata, la boca grande, las mechas lacias y caídas sobre la frente. Una sotana, á trechos falta de botones y chorreada de chocolate, de cera de velas y de pringue asqueroso, y un sombrero de teja grasiento y desaseado, completaban el conjunto de la persona.

— ¡Don Juanito de mi alma! gritó el bárbaro cesando de rezongar. Don Juanito, dichosos ojos que le ven... Me habían dicho que se había muerto en el Sur, peleando contra Santa Anna.

— No, padre Esteban, aquí estoy dando guerra y creo que tengo para rato.

Era el padre Esteban, mi amigo, mi compañero de pupilaje, en casa de doña Mencía; pero no con aquel aspecto seráfico de marras, sino con el de un clerigón de misa y olla, de los de manteo terciado, cigarrillo ensuciándole los dedos amarillentos, alzacuello con una orla de porquería, como esquela de defunción y ojillos desfachatados y saltarines.

De un bolsillo interior sacó una bolsita mugrosa, con grecas rojas y verdes, de estilo azteca, una buena cantidad de tabaco picado, desató un montón de hojillas tiernas de maíz, ya cortadas y dispuestas, lamió una haciéndome estremecer de horror, y me ofreció un cigarro.

— Gracias, no los gasto.

— Ya lo creo; usted, que es señor catrín, gastará habanos; yo me conformo con estas pobrezas. *Necessitas caret legis...*

— ¿Y qué hace ahora, Padre?

— Por lo pronto, leer las atrocidades que manda poner en las esquinas el pillo de Baz. ¡Infeliz! No quisiera verme en su pellejo; de tizonazos le va á dar el diablo por todas las picardías que está haciendo contra la Iglesia... Cuando lo vea trincando con Lucifer en el mero cazo mocho, con sus copas de plomo derretido en las manos, sus collares de serpientes al cuello y sus zarcillos de alacranes en las orejas, creeré que hay justicia en el otro mundo. ¡Bandido! ¡Y pensar que en las manos de este bellaco están la Iglesia y sus ministros! Que no conspiren, que no escriban pasquines ni proclamas incendiarias. ¿Y qué más se le ofrece al angelito? Y para que vea el caso que le hago, mire. Y alzándose las faldas sacó de entre cuero y carne un montón de impresos.

— Lea, lea, don Juanito, y verá lo que es cajeta.

Y leí con asombro:

«¡¡¡Atención, mexicanos!!! *Alarma*. Veis con asombro cómo el Gobierno tirano de «Comonfort» ha calumniado á los sacerdotes de San Francisco, no más por cogerse la plata de la Iglesia; comenzar á destruir nuestra religión y profanar esos lugares santos que respetarían Martín Lutero y Pedro Calvino. ¡Mexicanos, no permitáis esto! ¡Primero la muerte, que destruyan la religión! ¡¡Odio eterno á los tiranos!! ¡¡La maldición de Dios caiga sobre estos hombres de nefanda memoria!! ¡¡Sobre estos ladro-

nes sacrílegos!! ¡¡Malditos sean los puros todos de Dios y de los hombres!! ¡Viva la *inmunidad* de la Iglesia!»

Me alargó otro, y me dijo:

— Ahora, entérese de éste; es de buena pluma y bien meneada.

«¡¡Alerta, mexicanos!! Ese partido que se llama puro,

quiere exterminar la religión que nos dieron nuestros padres; los pasos que están dando, nos lo indican: unión, y seréis verdaderamente libres; empuñad las armas, tened valor y triunfaréis de los impíos. ¡Muerte y exterminio á estos malvados, asesinos, cobardes, sacrílegos, ladrones de los bienes del clero! ¡Sí, mexicanos! No os dejéis alucinar por más tiempo de estos pillos sin honor, que, por

una parte, os halagan con banquetes, y, por otra, os sacrifican con contribuciones para mitigar el hambre que os devora y enriquecerse con el sudor de vuestro trabajo; ya es tiempo de que conozcáis vuestros derechos: cuando un pueblo quiere ser libre, verdaderamente libre, nadie lo contiene. Abandonad vuestros hogares, lanzaos al combate, y lograréis hacer la felicidad de vuestra desgraciada patria. ¡Viva la religión! ¡Muera Comonfort y sus sectarios! ¡Muera Baz y sus esbirros! ¡Abajo el Congreso!»

— ¿Qué dice usted?

— Que esto se llama incitar á la rebelión y al asesinato.

— Compadre, ¡cuánto sabe y no se ha muerto! Tiene usted un talento macho que no le cabe en la cabeza... ¿Conque á la rebelión, eh? Pues de eso se trata, de darles su merecido á estos bribones.

— Pero ¿qué lenguaje es ese, padre de mi alma? Yo le conocía á usted una palomita incapaz de otra cosa que de arrullar.

— ¡Arrullar, arrullar... yo les daré sus arrullos!... Pero, amigo, es que *tempora mutantur;* lo cual en romance quiere decir que llegan tiempos en que hasta á las palomas les salen garras... Usted se acuerda de mí, ¿verdad? sabe bien que no alzaba los ojos del suelo ni hablaba con nadie; ahora soy otra cosa. ¿No se acuerda usted de que San Francisco, cuando se metió un labriego con un burro

al lugar en que hacía oración acompañado de sus frailes, se levantó y dejó el sitio?

— No lo sabía; pero me figuro que la historia no dirá que el santo cogiera á palos al rústico y al burro.

— No lo dice; pero la verdad es que no todos somos santos, y que cuando ve uno que el asno de la lujuria, de la codicia, del robo, viene contra uno y lo cocea, es menester coger un garrote y partirle los lomos.

— ¿Y de dónde bueno viene ahora el padre?

— Vengo de la *refolufia,* hijo, de la *bola,* de la revolución... He andado con Osollos, con Miramón, con el cura Ortega, con Grijalva; pero al fin me convencí de que no he nacido para vivir sujeto á otro... Solo, con mi caballito y mis armas, soy la gente, y en menos que se lo cuento, levanto cuarenta ó cincuenta rancheros que son capaces de dar la vida por su padrecito Agredano.

— ¿Y no piensa ir á Puebla?

— ¡Quién sabe! al fin, nada se pierde ensayando y viendo qué tal se portan esos coronelitos de nuevo cuño.

— Déjeme llevarle á conocer á un amigo que le ha de gustar.

— ¿Le agrada la *conserva*, eh?

— La prefiere á cualquier dulce, aunque se lo den en platos de oro.

— Es de los míos, es de mi gente; lléveme con él, don Juanito, que tarde se me hace verlo para darle un abrazo.

Cuando llegamos á casa de Gordoa y preguntamos por él, nos dijeron que estaba arriba, en sus habitaciones. Como yo no sabía que tuviera habitaciones aparte del honrado zaquizamí en que le había conocido, me sorprendí; pero no tanto como cuando me lo hallé en los altos, sentado á una mesa modesta pero bien servida, y á Pancha, su mujer, muy aseñorada y fina, compartiendo el desayuno con su marido.

— ¡Capitancito de mi alma! Mira, Pancha, quién está aquí, el capitán La Llana... Pero ¿qué milagro es este, capitán? Vaya, y en buena compañía, porque viene con un señor sacerdote.

— A quien les presento como un buen amigo y correligionario de ustedes.

— ¡Ah, qué Juanito, siempre tan bromista! ¡Si yo no me meto en política!... El que vive de su trabajo, no puede saber de eso, porque lo que es la *mecatona* no se espera; y sucede que mientras usted anda por ahí averiguando si son galgos ó podencos, la santísima torta se escapa, y no hay manera de agarrarla... ¿Verdad, padre?

— Sin embargo, ensayó Agredano, estamos ahora en tiempos en que todos tenemos que ser políticos ó que prescindir del nombre de mexicanos.

— ¡Ave María Purísima, padrecito! No es para tanto, no es tan bravo el león como lo pintan.

— No, porque es más bravo todavía.

— Y á todo esto, Gordoa, no sabía que usted viviera aquí; creía que habitara la casa otra familia.

— Sí; pero ya habrá oído decir el señor capitán que de los hombres se hacen los obispos... La familia que vivía aquí se marchó, y yo le dije á ésta: «Pues óyeme, y ¿qué estamos haciendo en este mechinal, en que apenas caben tu carne y la mesita en que garabateo las cartas que me encomiendan las *gatas* enamoradas? Vámonos subiendo, que al fin la casa nuestra es, y no teniendo hijos, ni padre, ni madre, ni perrito que nos ladre, no vale la pena de que estemos economizando.

— Pues vea usted, amigo Gordoa, tampoco sabía que fuera suya la casa.

— A eso iba, mi capitán; no era, pero ya es; la compré al convento de Santo Domingo, y por ante el juez Covarrubias se me extendió la escritura.

— De modo que usted...

— Denuncié la casa, amiguito; veinticinco años cumplí, el día de señor San Luis Gonzaga, de vivir en ella pagando á la comunidad mis veinte reales cada mes, y justo era que ya me tocara ser de las gallinas de arriba... Es verdad que me costó algún trabajillo el asunto, porque como no era inquilino, sino subarrendatario, otros querían oponérseme; pero con ayuda de Dios y del licenciado don Blas Alvarado, mi patrono, me salí con la mía... Ahora, con lo que me pagan el tablajero de á la vuelta, el

tendero de abajo, la costurera de al lado, las nueve familias que viven en el segundo patio y el zapatero que me ha sucedido en mis derechos y obligaciones, la voy pasando tan ricamente...

— Vaya, Gordoa, pues le felicito por su cambio de estado.

— Pero no crea, don Juanito, que todo sea vida y dulzura... He tenido que hacer la mar de gastos: tapar goteras, dejar expeditos los caños, cambiar pisos, quitar lozas... Parece mentira, pero los benditos Padres tenían esto hecho un horror. Con decirle que no había llave que funcionara en las cerraduras, ni puerta que estuviera lista, ni pared que no tuviera grietas en que cabía un puño y á veces los dos, le digo todo... Y luego, con esas contribuciones tan fuertes que dicen va á echar el Gobierno, los pobres propietarios nos vamos á quedar á un pan pedir... Si aguardaran siquiera á que uno se enderezara y estuviera firme, muy bien; pero no, apenas empieza uno y ¡zas! llegando y haciendo lumbre... no, no es ese el modo, no es así cómo se crían el hombre respetable y el propietario rico...

— Claro, Gordoa, habla usted como un libro; pero ¿qué va á hacer usted cuando no hay en el Gobierno quien piense con la cabeza? Ese Lerdo de Tejada es un peruétano infeliz, que apenas si sabe dónde tiene la mano derecha.

— Eso no, capitancito; dispénsemelo, pero no es verdad que don Miguel sea lo que usted dice. Tiene, tiene su *casquís,* y Comonfort también, y lo mismo los otros *gobierneros;* no, si los que echan á perder todo son los consejeros, los *achichinclues,* que por llevarse un poco de dinero ó un pedazo del aprecio de los grandes, son capaces de salirse de misa.

— ¿Y usted qué dice, Francisca?

La pobre estaba más descolorida que su delantal, que era blanquísimo, y no se atrevía á decir palabra de miedo que se le saltaran las lágrimas, que ya la sofocaban.

— A ésta ni le haga usted caso, señor La Llana; los curas la tienen *agorzomada.* Es lo que yo le digo: ¿el padre Martínez te va á dar de comer toda tu vida y á evitar que te *talles* como lo has hecho desde que naciste? No señor; el padre Martínez no te dará más que agua de cerrajas, mieles, palabras bonitas; pero nunca otra cosa. ¿Qué me saqué con servirles más de veinte años? ¿Qué con *isponerme* de día y de noche para que aumentaran lo suyo? Nada. Pues ya llegó la mía, y vamos á ver si me va bien ó mal.

— Pero, figúrese, dijo la vieja llorando á moco y baba, que dicen nos han de *descomulgar* hasta que devolvamos lo mal habido.

— ¡Tonterías, hija, tonterías! ¿Han excomulgado á Moreno y Jove? ¿Han excomulgado al otro Canónigo que

también denunció su casita? Más de seis millones van ya adjudicados, y todos los dueños viven tan tranquilos. ¿No le parece, padre?

Y el padre, que se había aguantado como si estuviera tascando un freno, lívido y sudando tinta, se levantó y dijo lleno de rabia:

— Lo que me parece, que es usted un grandísimo bribón, un bribón y un descarado. ¿Conque á condición de tener casitas, nada le importa arder por los siglos de los siglos en la gehena donde el gusano no muere y el fuego no se apaga? Pues con su pan se lo coma. ¿Conque porque los excomulgados viven lucios, gordos y rellenos, cree que se han de reir de Dios? Pues sepa que toda esa grasa va á servir de combustible á las llamas del infierno .. ¡Bandidos, infames, caníbales! A la hora de la muerte solicitarán un sacerdote, rogarán que se les administre una indulgencia, implorarán por el reino de los cielos, y entonces el representante de Dios dirá: «Llévate tus terrones, camina con tus casas, preséntate ante Dios con lo que te robaste, echa en el platillo de la balanza divina llaves que no funcionan en la cerradura, tabiques que se caen y muros con grietas, que todo eso pesará menos que una pluma comparado con tus culpas de ladrón sacrílego, de hereje codicioso, de bribón sin decoro y sin honra.»

Gordoa se había puesto lívido; había dejado que lan-

guideciera en el plato la sopa de bizcocho empapado en chocolate, se había apoyado las manos en la panza y veía al padre de hito en hito, diciéndole con voz que no alcanzaba saliva:

— ¡Ah, qué padrecito, ah, qué padrecito! Lo toma siempre por donde quema.

— Quien lo toma por donde quema es usted, grandísimo bribón, que lo toma por el lado de las penas del infierno. Con Dios no hay chanzas; Él ha dicho: «Estad preparados, porque no sabéis el día ni la hora en que vendrá el supremo Juez.» Y estos indecentes que no lo comprenden, se limitan á acariciarse la tripa y á hablar de los ladrillos de tabique que han de adquirir y del valor de las losas... Vámonos, La Llana.

Y apenas salíamos, cuando oímos un estrépito que conmovió toda la casa. Las piernas de la dueña de la casa

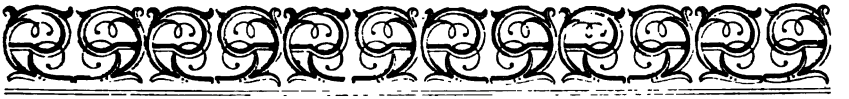
A su gran pesadumbre se rindieron.

Allá acudía el flamante propietario con jarros de agua fría, cuando Agredano, furioso, me dijo en la escalera:

— Esto no se lo perdono, don Juan. Me ha traído á casa de estos herejes renegados para pasar un mal rato; pero vale que ya les he dicho su precio.

Y sin querer oir explicaciones se alejó esgrimiendo la bolsita con grecas verdes y rojas á estilo azteca.

— Quien lo toma por donde quema es usted, grandísimo bribón

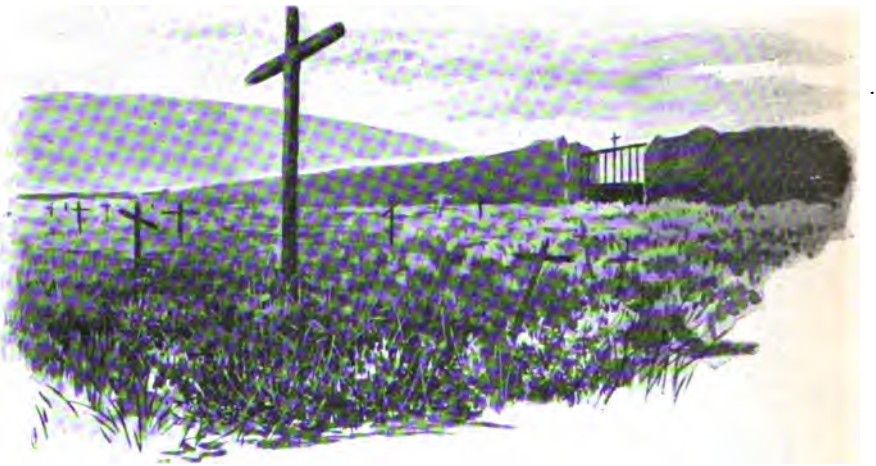


CAPITULO XIV

El padre Huerta y el polizonte Cuevas

SUFRÍ por esos días el pesar más grande que puede caer sobre un hombre: mi padre, la persona á quien yo más quería y con quien estaba identificado más hondamente, murió á los setenta y dos años de su edad, en el pueblo de nuestro origen, dulce, insensible y alegremente como había vivido. Le lloré como todo buen hijo debe llorar á quien tanto significa para su vida y su ser, y aunque no pude recoger su alientito último, supe que sus pensamientos postreros, los concertados que tuvo antes de que le empezara el delirio que precedió á su muerte, fueron para mí, para mí á quien la lucha por la vida tenía alejado de su casa.

Mi nana Manuelita había muerto el año anterior, dos de mis hermanas se habían casado sucesivamente, y sólo quedaban las más jóvenes, que se habían acogido al lado



de mis tíos paternos. No me restaba, pues, nada que dependiera de mí directamente, y podía dar por terminado cuanto se refiriera á mi familia.

Para darme el pésame estuvo en esos días mi paisano Cuevas, hecho todo un caballero.

Lucía una cadena más larga que la que él merecía por sus culpas, que es cuanto se puede decir para encarecer su tamaño: le daba tres vueltas al cuello, pasaba por debajo de la axila, se introducía por el chaleco, reaparecía por la botonadura de cristal, entre el chaleco y la camisa, se metía al bolsillo y todavía le quedaba un buen

desahogo para campanear llena de dijes, sellos, lapiceros, monedas y otras zarandajas.

En los dedos portaba la mar de anillos: temebagones con piedras verdes, cintillas con brillantes aguardentosos, argollas simulando víboras, sortijas de montaduras originalísimas.

Se había dejado crecer la barba y la ostentaba por gala partida en dos, con aspecto muy pronunciado de indianete ó *jándalo* de zarzuela.

— Desolado por la noticia, chico, desolado; has perdido un padre excelente, ¡vaya si era excelente!

Y mientras tanto sonaba la quincallería con un retintín insufrible.

— ¡Qué! ¿no sigues en la policía?

— Pero ¿en qué país vives, chico? Eso se acabó hace mucho tiempo; ahora me dedico al comercio; soy propietario.

— ¿Propietario tú? Mira que es cuanto me podía suceder. ¿Y qué propiedades tienes? ¿Has denunciado fincas, como Gordoa?

— No, hombre, ¡quita allá! eso es arriesgado, porque la verdad es que no sabemos á qué hora vendrá al suelo tu patrono Comonfort, dejando á los adjudicatarios con un palmo de narices... No, yo comercio más fácilmente: presto sobre alhajas y ropas en buen uso... La política... que se ocupe de ella quien no tenga en qué caerse muerto.

Una persona de arraigo, de posición, acreditada y solvente, no puede ocuparse de esas miserias... Aunque, al fin, hay ciertas cosas que, quiéralo uno ó no lo quiera, le preocupan de firme; ahí tienes tú la expulsión de los sacerdotes de San Francisco; pues es cosa que á cualquiera le llamaría la atención...

— ¿De manera que ya no eres tan liberal como de marras?

— ¡Hombre, por Dios! liberal sigo siéndolo; pero cristiano también lo soy. Porque, digo yo: ¿Vamos á perder la religión de nuestros padres, lo más grande y lo más hermoso que tenemos, sólo por darnos el gustazo de decir que somos muy libres? En fin, que hagan eso los *pepenacohetes,* los miserables, los descalzos, está bien; pero gente que representa algo, me parece que haría mal en tomar esas cosas por lo serio. ¿Libertad? Pues venga mucha libertad, y muchas garantías y muchos derechos del hombre; pero, eso sí, también mucha religión, muchas tandas de ejercicios espirituales y mucha penitencia hasta por el pecadillo más leve. ¿Instrucción? Vamos instruyéndonos hasta saber el número de animalillos que tiene una gota de agua, el número de gotas que tiene el mar, y el número de animales y de gotas que tienen todos los ríos del mundo. Vamos averiguando lo que sabían los indios que antes que nosotros estuvieron aquí, y las trastadas que hacían y su número y cuanto sea menester; pero que no

se enseñe la irreligión, ni el ateísmo, ni las malas costumbres. De otro modo, ¿cómo vamos á sujetar á la canalla y á resguardar lo ganado á costa de nuestro trabajo?

Habría seguido aquel palabrero discurriendo hasta el fin de los siglos, si no hubiéramos visto entrar al padre Huerta con el hábito roto, vacilante el paso y extraviados los ojos. Había perdido de vista al bueno del fraile desde hacía tiempo, y me lo encontraba distraído, tontiloco, falto de seso en apariencia.

— Hijo, ¿es cierto que murió aquel varón santo, aquel vaso de virtudes? ¡Dichoso él, que no alcanzó á ver las abominaciones que yo he visto y las que tendré que ver si el Señor no lo remedia!... Vengo de Puebla, vengo de ver lo que allá pasa, y vengo escandalizado. Aquellos no son cristianos, ni aquellas son costumbres, ni aquello se puede sufrir... ¿Qué diría el bendito Fray Toribio si viera que en su ciudad querida las gentes se golpean y se matan por conservar bienes terrenales? Él, que se jactó de llevar el remoquete de Motolinia, que se desposó con la dama que nuestro padre Francisco amó con toda su alma... He visto á gentes maldiciéndose, arañándose, destrozándose como tripulantes de barco atacado por piratas, y que sólo defendían los bienes caducos y perecederos, los bienes que son polvo y ceniza... He visto á mujeres caer heridas, gritando vivas y mueras, dejando ir el alma llena de odio y encono... He visto á sacerdotes consagrados, á los Cristos

del Señor, esgrimir armas homicidas y morir y matar por alcanzar la escoria mundana que se llama riqueza... Y pensar que frailes de mi orden, que han jurado seguir las huellas del Serafín de Asís, manchan sus hábitos en contiendas mundanas! ¡Y pensar que estos son los herederos de aquellos que *se caían de su estado andando por los caminos,* de aquellos que guardaban un pollo durante tres semanas! ¡Oh, qué endechas plañiría el padre Mendieta, si supiera que éste era el estado de su iglesia indiana!

El solemne Cuevas no hallaba qué hacer ni á qué carta quedarse.

— Está S. P. muy excitado. ¿Por qué no toma cualquier alimento para repararse?

— ¡Alimento, alimento, siempre suciedad y materia! ¿Sabes cuántos días hace que no como? Tres; y cuatro hacía que no llevaba á la boca más que un pedacito de pan. Ese afán de comer, de llenar la tripa, de satisfacer á la bestia, es lo que nos ha traído á esta situación... Y la bestia se alimenta no sólo de bazofia, sino también de casas, de haciendas, de randas, de bordados, de terciopelos, de oro, de plata amonedada y en barras... ¡Maldita sea la bestia! Yo quiero mejor que digan de mí: «He aquí uno de esos á quienes han vuelto loco los ayunos y las tribulaciones», que «Miren á ese frailucho motilón y barrigudo, cómo se ha hecho rico con el sudor de las ovejuelas de Dios.»

Cuevas se llevó la mano á las sienes con ademán significativo.

— ¡Loco, sí, loco! exclamó en un último arranque; pero como los compañeros del Cristo del monte Albernia, mi padre: «soy loco por Cristo.»

Cuando bajó la escalera trastabillando y dando traspiés, le seguí por largo rato para evitar que los muchachos se rieran de él y le maltrataran. En la portería de Santo Domingo tomó una taza de caldo que á duras penas conseguí que ingiriera; pero repitiendo su estribillo:

«Somos sandios por Cristo; Cristo es nuestro guía; abajo las cochinas riquezas.»

CAPÍTULO XV

Los problemas de fuera y las dificultades de dentro

AHORA conviene que indique, aunque sea muy por encima, cuál era la situación de los extranjeros en México en aquella época dichosa, que parece tan próxima y en realidad está muy distante.

Ser extranjero era tener patente de inmunidad, ejecutoria para hacer todo lo que le viniera en mientes al feliz mortal dotado de aquella prerrogativa. Un mexicano no podía hacer que un extranjero cumpliera un pacto, satisfaciera un adeudo, entrara en un concurso ó llevara á cabo una estipulación, sin que el alienígena no saliera con el registro de «Soy extranjero», «Daré parte á mi Cónsul», «Lo sabrá el Ministro de mi nación».

Y ante esas amenazas, el particular se espantaba, la

justicia se retraía y el Gobierno dejaba de prestar apoyo al desgraciado paisano.

Será famosa en la historia de la diplomacia la reclamación de aquel pastelero, que pedía sesenta mil pesos (que se pagaron) por pasteles que se le consumieron en no sé qué asonada ó revolucioncilla de las que teníamos cada jueves y cada domingo; pero hay otras muchas bribonadas internacionales semejantes que, si no tienen igual ó mayor fama, es por la injusticia de la suerte, que suele postergar las acciones verdaderamente heroicas.

Por entonces teníamos tres cuestiones de esas, que en verdad valían un Perú. De la de Francia queda hecha mención en capítulos anteriores. La de Inglaterra era verdaderamente formal, merced á una serie de lamentables *quiproquos*. Es el caso que en Tepic había dos familias, mejor diré, dos negociaciones rivales. Una, la de Barron y Forbes, representaba los intereses conservadores; otra, la de Castaños, las tendencias liberales. El pueblo se había dividido en barronistas y castañistas, ó mejor en *changos* y *macuaces*, como se llamaba respectivamente á las dos parcialidades.

Unos y otros le atribuían al contrario ligas con el nefasto dictador Santa Anna, cuyo nombre era entonces tan execrado y mal visto, como había sido adorado y temido antes. Los Castaños hacían cargo á Barron y socios, de haber untado la mano al dictador para no sé qué tram-

pantojos de los que entonces eran moneda corriente; los Barron increpaban á los Castaños, y sobre todo á su socio, deudo y factótum don José de Landero y Cos, de ser parientes de Santa Anna, de recibir cartas suyas, y de otras cosas así de terribles.

Pero, sea como fuere, parece que el mismo Landero ó su pariente cercano don José María Castaños Aguirre, estuvieron en Guadalajara cuando entró Comonfort, y que allí arreglaron las cosas de Tepic de manera que todo el mando político, militar, administrativo y de todas clases, recayera en gente suya. Un tal Espino se levantó proclamando algún planecillo, y entonces Degollado, gobernador de Jalisco, aseguró, cierta ó falsamente, que Barron y Forbes eran los fautores del movimiento, que éste había tenido por fin único sacar un gran contrabando de platas, y prohibió á los supuestos culpables volver al Estado de Jalisco.

Indignación de Barron padre, acusación en contra de Degollado, del prefecto Ceceña, del mundo entero; prohibición del Gobierno á los jueces de tratar un asunto que ya se ventilaba por la vía diplomática, y notas del Ministro inglés amenazando con males terribles al país si no daba satisfacción cumplida al Cónsul.

Pero la tempestad fué como esas trombas que se presentan á veces amenazando acabar con un poblado, y al fin se resuelven en lluvia de chipi-chipi.

Los buques y las compañías de desembarco, los obuses y las granadas se convirtieron en artículos de periódico, en comunicados con que se llenó el bolsillo García Torres. Degollado, Landero y Zarco, que eran los aludidos, respondieron en términos muy duros, tomaron parte gentes secundarias de las sendas parcialidades. y todo acabó, como era natural, porque se declarara que Barron y Forbes no habían introducido contrabandos y que eran acreedores á que se les resarcieran daños y perjuicios.

Lo de España tenía también su gracia y su intríngulis. Al hacerse la revisión de los créditos de la convención española de cincuenta y tres, se echó de ver que muchos habían sido fraudulentamente introducidos, y el Gobierno decretó el embargo de ellos.

Pusieron los tenedores el grito en el cielo, y el Gobierno español, que encontró oportunidad de gallear un poco imponiendo la ley á un paisecillo nuevo, pobre y débil, envió á don Miguel de los Santos Alvarez con dos fragatas de guerra para que declarara rotas todas las relaciones si en un término perentorio no se revocaba la providencia.

Llegó el nuevo enviado español; pero como era hombre honrado antes que diplomático, y caballero antes que español, oyó explicaciones extraoficiales que se le hicieron y convino, no en el embargo, sino en la revisión de los créditos.

En Madrid no se aprobó la conducta de Miguel de los Santos; pero en México se vió como la única que cuadraba á una persona tan íntegra como él. Españoles y mexicanos le rindieron aquí tributo de admiración, alabaron su conducta y declararon que había hecho bien.

Por supuesto que el Gobierno de Isabel II no obraba tan injustamente por iniciativa propia. Don Lorenzo Carreras, que era el autor del presunto chanchullo por causa de dineros, voló á Madrid desde París, tan pronto como supo que Álvarez no echaba abajo á Veracruz ni se metía en el bolsillo á San Juan de Ulúa, é intrigó cerca del gabinete para conseguir que se juzgara al Ministro poco menos que como un traidor.

Por supuesto que ayudaba á Carreras el famoso Juan Miguel Lozada, tipo cosmopolita, que había venido aquí me parece que en tiempos de Arista. Lozada, en Venezuela, se llamaba paisano y creo que hasta pariente del Libertador; en Cuba, cubano; en México, mexicano, y aun hizo la mar de versos en que hablaba de *nuestra patria*, del *sagrado pendón tricolor* y de *nuestro padre Hidalgo,* sin dejar de mencionar los volcanes cubiertos de nieve, los lagos admirables, la tierra ubérrima y otros primores que son corrientes en la *máquina* patriótica y oratoria.

En España, para seguir la costumbre, se llamó español, y publicó infinidad de papeles en que decía lo de: «Nosotros, españoles de pura sangre, no podemos con-

sentir que se mancillen nuestras glorias y nuestros antecedentes por una raza degenerada y llena de vicios. ¿Qué aguardamos, compatriotas, que no acudimos á defender los intereses de hermanos nuestros que están en poder de una tribu pirática del otro lado del Atlántico? Sólo á un pueblo en revolución perpetua (la olla le decía al caldero: «quítate, que me tiznas»), falto de dignidad y de honradez, se le ocurre negar obligaciones sagradas.»

Hasta á un simpático y admirable novelista, soldado valiente, prosista de nervio y poeta mediano — más mediano que en parte ninguna en esa filípica, al moro Pedro Antonio de Alarcón — le ocurrió decir de nosotros:

México, Gibraltar, la raza impía
Que afrentando la sombra de Cisneros,
Con júbilo soez nos desafía.
¿Será que siempre nos aguarden fieros
Sin que salten ¡oh, Dios! á la venganza,
Trémulos de la vaina los aceros?

Pero, en fin, esto no es una historia, sino algo más humilde y de menos aliento, la narración de la odisea de un viejo soldado que se complace en recordar tiempos malísimos, pero que fueron los que antecedieron naturalmente á los mejores que ahora pasamos.

Y con permiso de ustedes, sigo en mi canto llano.

CAPÍTULO XVI

El conflicto se anuda

SEÑORA: Mi torpeza de la otra noche, al hablar á usted en tono que no cuadraba ni á la persona de usted, ni á su sexo, ni al carácter de nuestras mutuas relaciones, no debió asombrar á usted, y si la asombró, creo que ya habré sido perdonado.

Sí, señora, yo soy, como le decía alguna vez, el pobre gusanillo enamorado de la estrella, el pobre chico de las calles alzado por usted no á la gloria, no á la riqueza, no al poder, sino á algo que vale más que eso: al goce de la vida, á la gloria del amor, á los placeres más grandes y hermosos.

Si la cortesana se transformó y regeneró merced al amor; si la envenenadora se hizo digna de la compasión del mundo, por haber sentido el amor; si el bufón se

irguió desde su ruina y su abyección por el amor, ¿cómo yo no había de cambiar merced al amor? ¿Cómo no había de sentir mi ser engrandecido, purificado, sublimado, crecido y perfeccionado por la fuerza del más grande de los sentimientos?

Desde que la conocí á usted, sentí que estaba llamado á ejercer algún papel en su vida; pero conocí también que más que influente, tendría que ser influído; más que comburente, combustible; más que origen de movimiento, objeto de él.

Yo conozco que sobre todos los tapujos y todas las conveniencias sociales, usted siente por mí algo que por los otros no siente, algo que yo, quizá en exceso confiado, me atrevo á llamar con el dulce nombre de amor.

¿Me equivocaré? ¿Seré nada más que un iluso y un crédulo, digno de risa ó de compasión?

Muy alta está usted, muy bajo estoy yo; pero ¿acaso el amor no iguala y nivela condiciones, fortunas y circunstancias?

El amor atropella todo, leyes, usos, costumbres, formas, y va recto á su fin sin vacilaciones ni desmayos, porque es lo más grande, lo más excelso; porque es la vida misma, el centro del mundo...

Déjeme usted verla, deje usted que me explique, deje que le manifieste mi pena por el exabrupto del otro día; mi arrepentimiento es tan grande, que si Satanás lo hu-

biera tenido, Dios se habría visto obligado á perdonarle.

Ameme usted, ámeme como yo; pero si usted estima, más que mi salud, más que mi bienestar, más que mi vida misma, los respetos humanos, las conveniencias sociales, el qué dirán, déjeme siquiera consagrarle este amor mío, la flor más hermosa y exquisita que ha brotado en el páramo de mi alma, y cuyo perfume va hacia usted como va hacia el Eterno el aroma de la oración del creyente que ante Él se postra.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Muy querido Juan: sería una hipócrita redomada, si á mi edad, que dista mucho de la que el poeta llamó el *diez y de los años,* me fingiera sorprendida de la actitud de usted y de su confesión. Lo sabía; lo que es mejor, lo aguardaba; y lo que es peor, habría sentido que no sucediera.

Porque ¿á qué negárselo? soy una pecadora, una mujer que, como el santo, «escandalicé mucho al mundo con mi vida»; una de las personas que menos misericordia merecen; pero también una pecadora relapsa, impenitente, sin arrepentimiento ni enmienda posibles, al menos por ahora. Y conste que esto no lo digo por vanagloria, sino por dolor; algo hace quien se conoce y sabe cuál es el estado de su alma.

No, Juan, desengáñese usted; no nació usted para ser un incidente más en mi vida, para ir á la zaga de tantos que le han precedido como dueños de mi corazón; usted merece sentimientos vírgenes, consagración exclusiva á

su persona, juventud, gracia y belleza que le duren por una larga vida.

¿Cómo usted, arbusto joven, va á alzar su corimbo de oro al lado de una encina que se mantiene en pie, pero que no tardará en caer en poder del leñador de vidas? ¿Cómo usted, planta grácil, va á unirse con otra que han abatido los huracanes y emblanquecido las escarchas, deshojado los cierzos y enfriado las nieves?

Busque usted algo que le convenga, y déjeme, que no haya miedo que yo, que conozco la vida, me queje de su abandono y se lo reproche.

Yo comprendo y conozco, y á veces hasta aplaudo y justifico, la inclinación de usted por mí. Usted, joven inexperto, sin bríos, sin historia, sin ese tesoro que proporcionan el sentido de la vida ó la práctica de ella, tenía que sentir algo por mí que he tenido que conocer y que gustar de esa maestra que se llama la experiencia, más que muchas docenas de gentes.

Y luego, que debía halagarle un poco eso de que se contara que una mujer con mi historia, con mis antecedentes, con mi celebridad, digámoslo de una vez, se prendara de usted.

¿Qué más quisiera yo que una presa como usted? Sería algo parecida mi fortuna á la del rey David, que alcanzó la merced de unir su ancianidad florida y admirable con la doncellez de la niña Abirag. Pero ¿puedo pensar en eso sin remordimiento?

Cuentan que cuando Antonio, el solitario del desierto, recibió mensaje celestial de que Pablo, el proermitaño, estaba á punto de muerte, marchó en busca de su hermano, y que cuando se convenció de que el santo se hallaba con el Señor, dispuso á dos leones que excavaran una sepultura. Obedecieron los animales, y en recompensa les concedió Antonio el derecho de devorar unos cuantos carnerillos tiernos y sabrosos. Los leones fueron recompensados como tales leones; pero ¿los carneros no tendrían derecho á quejarse?

Tal es mi caso; yo quedaré más satisfecha de lo que pudiera ambicionar. Pero, ¿tengo derecho de alcanzar esa satisfacción?

Deje usted, pues, esas vanas imaginaciones. Usted me ha probado que si me siente vieja y lo soy, no lo seré tanto que no merezca se ocupe de mí quien vale más de lo que se figura. Con esa satisfacción me conformo sin aspirar á otra. Siempre he pensado que la causa de las malandanzas de don Quijote fué nada más que el haber sido viejo; si en vez de frisar en los cincuenta hubiera rayado nada más que en los veinticinco, puede usted estar seguro de que otro gallo le cantara. Ni los yangüeses lo habrían apaleado, ni los venteros lo habrían burlado, ni los molinos lo habrían derribado, ni las mozas del partido habrían hecho escarnio de él. El dios que preside á la juventud le habría dado paz, abundancia, triunfos en amor, gloria en aventuras y éxito en lides.

Yo no puedo decir como la heroína de Byron, que me siento desgraciada porque no me tocó en lote sino el amor. El amor ha sido mi vida, ha sido lo único para que estaba destinada. Por él y con él me consuelo de todo, y no hay penas, ni adversidades, ni desventuras que no me compense esta consideración: amé, fuí amada, quise hasta el delirio y me quisieron hasta el paroxismo. Para usted, que me ha hecho saborear ese placer de la vida como epílogo de la mía, mi agradecimiento será eterno.

No sea usted como esos empresarios que sacan á las cantantes viejas y averiadas del retiro en que viven para mostrarlas á públicos que sienten compasión por ellas.

Ya que no puedo morir, como la Malibrán, en medio de mis triunfos, quiero vivir como la Pasta, en mi paz burguesa, lejos de las luchas activas.

Usted salga á la plaza del mundo, gaste, triunfe, goce, agote la gloria de la existencia y no me olvide, porque no tendría razón para ello; pero no piense más en esas cosas de que me habla en su carta.

Los viejos traemos la desgracia; somos como los ópalos, que suelen tener admiradores, pero no compradores.

Usted no es, como me dice, el gusano prendado de la estrella, sino el águila que se encumbra y puede mirar á la estrella frente á frente. Yo no quiero ser como el viejo Esquilo, que atrajo la mirada del águila, pero que recibió sobre la calva la tortuga que llevaba el ave de Júpiter y quedó muerto en el acto.

No creo como usted en esa tiranía del amor, que vuelve al que ama centro del mundo moral y lo contrapone á todos los hombres, á todo el mundo y hasta á la divinidad misma. Yo, que he amado mucho, creo también haber pecado mucho, y aunque no me arrepiento de ello, sí reconozco que debería arrepentirme.

Muchas veces, casi á cada párrafo, he querido concluir

esta carta; pero no he podido porque me engrío y encanto en el trato de usted, aunque sea por este medio. Ahora hago un esfuerzo y le digo adiós, adiós no para siempre, sino hasta que usted se resuelva á ver en mí nada más que una amiga... que lo ama con todo su corazón.

ANARDA.

CAPÍTULO XVII

Cruzados contra herejes. La clemencia de un cura

GRAN escándalo en la Plaza de Armas; público reunido, gente arrebatándose la palabra, excitación, bulla, movimiento. Paso, y me llama Juan Díaz.

— Este, que es de los *achichincles* del Gobierno, debe de estar al tanto de todo... Desembucha, hermano, que tenemos ansia de saber qué ha pasado en el Congreso con lo de la capitulación de Puebla...

— No sé media palabra... Conozco lo que todos conocen; pero ignoro esas tempestades y esos horrores de que me hablas.

— No hagas el Metternich, que al fin no te han de nombrar Ministro de Relaciones.

— No sé nada.

— ¿De veras nada sabes?

— Ni una palabra.

— Pues eres el hijo de la dicha, porque á esta hora no hay perro ni gato que ignore que el Congreso y el Gobierno están á matar.

— ¿Por la capitulación?

— Precisamente. El pobre general Moreno tuvo el candor de pactar que se consideraría como paisanos á todos los capitulados en el sitio de Haro, y de disponer que los militares quedaban con el derecho de que el Gobierno les señalara el lugar más conveniente para su salud y subsistencia.

— ¿Y no se compromete á darles empleo, á garantizarles que comerán diariamente pan de Viena y que vestirán de paño de primera?

— Poco faltó; pero al Gobierno le ha salido la criada respondona. Hoy se han dicho tales lindezas en el seno del Congreso, que ó la capitulación se reprueba, ó quedamos en peor predicamento que lo estábamos antes.

— ¿Y qué pasa?

— Que Ocampo, Ramírez y el mundo entero opinan que hay que dar al Gobierno un voto de censura; que Montes ha ocurrido á decir que la capitulación no está aprobada ni se aprobará, y que se sabe que la causa de tan descabellada determinación, es la falta de municiones de las tropas de Moreno.

— Eso no tiene nombre; el Gobierno debió haber provisto de ellas á la guarnición, y sobre todo debió aguardar á la llegada de don Juan Alvarez, que avanzaba á marchas forzadas con dos mil hombres.

— ¿Y qué noticias, pregunté, hay acerca del sitio?

— Cosas espantosas, me contestó Juan, cosas que harían *jablar las piedras*. ¡Oh, la pasión humana, la pasión explotada por gentes diestras, qué horrores puede producir, á qué escándalos da margen! En las trincheras se predicaba que los pronunciados, los rebeldes contra la autoridad constituída, eran mártires que morían por la causa de Dios. Se besaban los pies de los cadáveres; sobre los altares de Cristo se ponían, á manera de reliquias santas, las bandas y las espadas de los caudillos de la rebelión, todavía humeantes con la sangre de sus compatriotas... Y todo esto se conducía en andas por señoras, por mujeres que como una promesa, más bien como una amenaza, llevaban el anillo de plata con la inscripción fatídica.

— Pues yo sé algo más, repuse, algo que causa verdadero espanto. ¿Recuerdan ustedes de aquellos muchachos poblanos, José María Benítez y Carlos Castillero? Castillero era aquí hasta famoso por su bella figura, figura de ángel varonil y entero, de valiente y de santo. Tú, Juan, le conociste mucho; era aquel que ocurría casi todas las noches á oir á la Vetsvali, y le regalaba ramos de flo-

res... Pues bien; allá por Octubre, Benítez y Castillero salieron ocultamente de Puebla á desempeñar una comisión de los pronunciados. Como traían papeles comprometedores, y sobre todo querían llegar á su destino sin tropiezo, tomaron sendas extraviadas, ocultándose de liberales y conservadores. Se perdió durante el tiempo del sitio la huella de los emisarios, pero se supo de fijo que no habían llegado á México. Ahora, concluídas las hostilidades y libre la plaza de Puebla, se ha empezado á hacer inquisiciones, y ya se sabe que Benítez y Castillero están muertos.

— ¿Cayeron en manos de Pueblita?

— No, cayeron en manos del cura de San Andrés, que los aguardaba acompañado de ochenta ó cien indios. Cuando pasaron por el curato los recibió con una descarga; cayeron Benítez y su criado, Castillero volvió grupas; pero no tardaron en darle alcance los indios, guiados por el cura del lugar. Con una soga al cuello, como facineroso, golpeado, vejado, maltratado, oía continuamente lo de «maldito hereje», «bandido desalmado», «puro de los demonios»; trató de hacer comprender á sus verdugos que no era lo que pensaban, sino, por el contrario, uno de los pronunciados de Puebla, que venía á México al arreglo de negocios de la causa... Castillero era lindo como un amor; tenía rubio el cabello, azules los ojos, fina la tez como la de una dama; hablaba con tal

Cuando pasaron por el curato, los recibió con una descarga

calor, tenían sus palabras tal acento de verdad, que muchos de aquellos bandidos ya se inclinaban á perdonarle ó por lo menos á oirle; pero el cura, un indio *tocho* y falto de entendimiento, no quiso escuchar á los que hablaban de clemencia...

«No, exclamaba, no hay que creer la labia de estos bribones, que se fingen ovejas cuando en la realidad son lobos robadores; ¡duro en él, duro y que sirva para escarmiento de los protervos de su laya!» Castillero seguía rogando y suplicando; se arrastraba por el suelo, ofrecía mostrar los papeles que demostraban su identidad; pero el digno ministro del altar no se dió á partido. «Hijos, vociferaba, no le dejemos escapar; si habiendo tenido en nuestras manos á un enemigo de Dios, le soltáramos dejándonos creer de sus mentiras, nos atraeríamos la cólera del Altísimo... Nuestras sementeras se perderían, moriría nuestro ganado, se secarían nuestros aguajes, no llovería más sobre esta tierra enjuta, y nos moriríamos de hambre nosotros, nuestros hermanos y los hijos de nuestros hermanos; ¡duro en él!» Castillero suplicaba de nuevo, secas las fauces, jadeante el aliento, triste la mirada; pero entonces uno de aquellos fanáticos le atizó un palo que le hizo caer en tierra. Conoció el mártir que era llegada su última hora, y pidió á gritos los auxilios espirituales; pero el cura-capitán no admitió ruegos. «¿No has oído decir *in peccato vestro moriémini?* Pues muere en tu iniqui-

dad, muere en tu infamia; los sacramentos se hicieron para los hijos de la Iglesia, no para los malvados. ¿No has oído que *la muerte del pecador es detestable?* Pues detestable tiene que ser la tuya, hereje, réprobo, vástago de Satanás, aborto del infierno.»

Y levantando la mano dió de golpes al pobre caído, ensangrentándole el rostro delicado, manchándole el traje de corte señoril...

Como si aquello hubiera sido una señal, todos los bandidos descargaron su furia contra Carlos. Uno le rompía el cráneo con un garrote, otro le sumía una costilla, el de más allá le picaba los ojos con un palo ferrado hasta hacerle salir los humores... No faltó gañán de aquellos que pusiera la inmunda pata sobre el rostro que muchas damas habrían querido devorar á besos de amor, ni salvaje que dejara de arrancar mechones de la cabellera ó pelos del rubio bigotillo del joven... Cuentan qne cuando estaba Castillero rígido, inmóvil y sin vida, fluyéndole sangre de la nariz, con los ojos hechos pedazos y con la cabeza destrozada, empezó el despojo, más repugnante quizás que la muerte...

Uno quitaba las botas, otro los pantalones, el de más allá desarticulaba los brazos por arrancar la camisa bordada; quién robaba el dinero, quién las sortijas de los dedos, quién el reloj ó la cartera...

Pronto quedó el cuerpo vestido nada más con un

calcetín, la camiseta y una faja verde; en el pecho blanquísimo se veían varios escapularios, medallas benditas, reliquias y rosarios.

Llamó aquello la atención del párroco, y entonces vió

que en un dedo le quedaba todavía una argolla de plata de cruzado; examinó los papeles y se encontró entre muchos escritos en clave, imágenes de santos, oraciones, una bolsita con cera de Agnus...

Temeroso de haber cometido una atrocidad, mandó echar el cadáver á un hoyo del camino, poner una piedra

encima y tapar todo con ramas. Allí quedó hasta que, inquiriéndose el paradero de los pobres muchachos, se supieron los detalles del suceso... Y ¿saben ustedes cómo se disculpa el cura? Diciendo que él creyó que se trataba de un enemigo de la Iglesia, y aun así encuentra defensores entre los periódicos conservadores, que dicen es muy disculpable el error del simpático sacerdote, que no podía, naturalmente, distinguir si se trataba de un amigo ó de un enemigo.

— ¿Y qué fin tuvieron, preguntó Castillo, Orihuela, Miramón y Vélez?

— Se marcharon á unirse con Osollos, que con mil hombres está en Tlaxcala, contestó Juan.

— Pues esto va á durar más que cualquier revolución de las muchas que hemos tenido.

— Quizá ninguno de nosotros alcance á ver el fin.

CAPÍTULO XVIII

El cuerno de la abundancia. Se jura la Constitución

JUEVES cinco de Febrero de mil ochocientos cincuenta y siete, á las diez de la mañana, se señaló para la lectura y juramento de la Constitución. El gentío era inmenso; las galerías estaban apretadas de cabezas negras, de caras cobrizas, de chaquetones de telas claras y de colores vivos.

A medida que los diputados iban entrando, eran saludados con aplausos ó con ceceos, según los grados de simpatía que alcanzaban. Ramírez no hizo caso de gritos ni de insultos; don Santos Degollado, que sufría de una eterna blefaritis, se manifestó nervioso cuando le insultaron algunos bellacos, dicen que enviados por Barron; Mata retó con su aspecto entero á los que le dirigieron

burlitas; Farías, Zarco, Prieto y Arriaga escucharon aplausos.

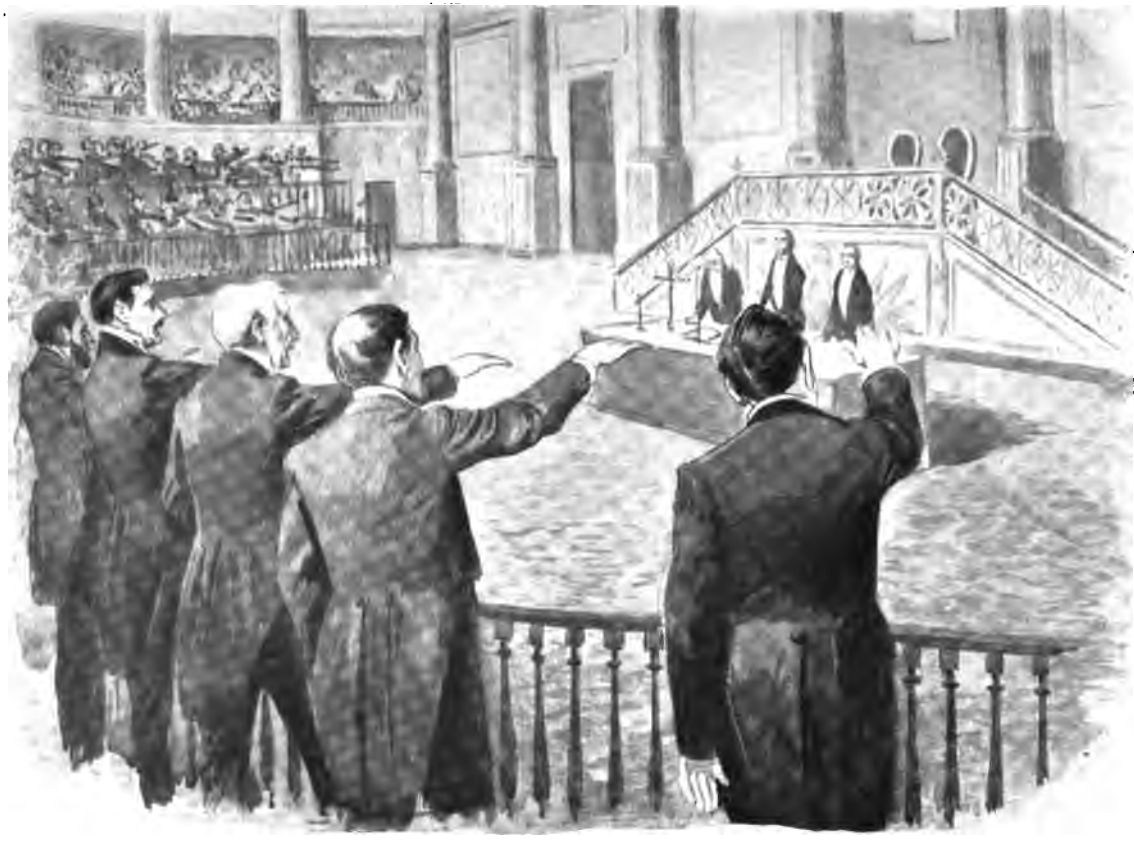
Mata pasó lista y se encontraron noventa y cinco representantes en el salón. En seguida dió lectura á la minuta de la Constitución, y los secretarios certificaron que estaba de acuerdo con los autógrafos.

Al pie del crucifijo que presidía en el salón, se puso un ejemplar de los Evangelios, y junto á éste dos gruesos cirios.

Se levantó Guzmán, Vicepresidente de la asamblea, y juró con voz conmovida. El primero que juraba la nueva Constitución era el mismo que había defendido el orden legal la noche del golpe de estado de Cevallos, cuando Lagarde, látigo en mano y jarano en cabeza, echó de la casa de Olaguíbel á la representación nacional, sin consentir que se recogieran papeles ni expedientes.

Luego hubo un instante de silencio. Benito Gómez Farías, Joaquín María Degollado, me parece que Guillermo Prieto y otro representante joven, se levantaron de sus asientos y fueron hasta la plataforma. Con grandes trabajos levantaron á un hombre valetudinario, de piel ictérica, agobiado por el dolor y por el sufrimiento, pero no vencido por ellos. Era don Valentín Gómez Farías, electo por aclamación presidente á fines del mes anterior.

Puso las manos sobre el Evangelio, y con voz clara



... y extendiendo las manos, dijeron á un tiempo: ¡Sí, juramos!

juró guardar y hacer guardar el nuevo código político. Farías era un demócrata ilustre, sino la democracia mexicana personificada; con él habían germinado las ideas nuevas; con él habían peregrinado en épocas de opresión; él había intentado todas las reformas; él había desafiado las balas y había dominado á la peste; él había sido recibido en triunfo, entre vítores y hossanas, y había sido crucificado y bebido hiel y vinagre en los días de prueba; él había rehusado las riquezas que le ofreció el clero y se había abrazado á la pobreza sosteniendo sus principios. Era toda una historia, toda una época, á la cual estaban unidos los nombres de Mora, de Pedraza, de Llaca, de todos los liberales mexicanos.

Cuando Farías volvió á su asiento, todos los diputados se pusieron en pie, y extendiendo las manos dijeron á un tiempo: «¡Sí, juramos!»

Zarco, encargado de redactar el manifiesto que debía preceder á la Constitución, leyó un escrito lleno de optimismos, de promesas, de buenas palabras. Era la condensación de todos aquellos ideales nuestros, cándidos, inocentes, pero entusiastas y de buena fe.

Los diputados se manifiestan conformes, las galerías aplauden, se pone á discusión la brillante pieza y se aprueba por todos. Mata, Rosas, Balcárcel, Aranda, Cendejas, Muñoz y varios diputados más, estaban encargados de participar al presidente que se le aguardaba á jurar.

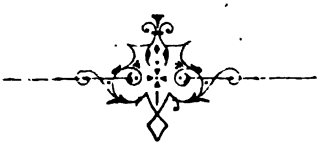
Comonfort llegó acompañado de su Ministerio y de su Estado mayor, saludó á los diputados, se sentó á la izquierda de Guzmán, bajo el solio, nosotros y los demás acompañantes nos instalamos en medio del salón, y el General leyó un discurso agridulce que fué contestado por Guzmán con otro lleno de esperanzas y de buena fe. Consideraba el juramento de la Constitución como un acontecimiento grave y solemne para el presidente, para el pueblo mexicano, para la representación nacional y para el mismo edificio de la Cámara, «pues constituía una purificación que saliera ese código de un lugar torpemente profanado antes.»

Salimos todos, y los diputados se fueron á Mixcoac, donde tuvieron una comida campestre en celebración de haber concluído sus tareas. Farías recibió como obsequios la pluma de oro con que habían firmado los representantes y un ejemplar de la *Ilíada* en edición microscópica.

Ya había Constitución; «ya estaba cumplida la primera y más sagrada de las promesas del plan de Ayutla»: á ver cómo salía en la práctica aquel monumento en que nuestros representantes habían vertido lo más selecto de sus lecturas francesas, lo más hermoso de sus ensueños de jóvenes, lo más impracticable de sus utopías de teóricos y lo más noble de sus corazones generosos.

La Constitución era como las *relaciones* que buscan los

amantes de tesoros ocultos. Quizá diéramos con la copina que contenía las onzas; quizá no encontráramos sino los *chiquihuites* de cisco y huesos en putrefacción que se hallan los envidiosos.



CAPÍTULO XIX

Parrodi en Tunas Blancas y el país en calzas prietas

No sé qué vió en mí don Juan Ruiz de Esparza y por qué me tomó aquel género de afecto tan desinteresado y espontáneo. Mis amigos me aconsejaban cuidado, porque bien podría ser que se ocultara tras la máscara de volcánico y repentino cariño, el propósito de convencerse de mis intenciones; pero no había tal: si don Juan había ejercido de Orosmán ó de Otelo en tiempo del rey Ahuizotl, por las calendas que voy historiando, ó se había cansado de su papel, ó estaba convencido de la ineficacia de ejercerlo, ó no se imaginaba que tras el pobre oficialito brotado no se sabía de dónde y aparecido en su casa no se sabía cómo, pudiera existir el alma perturbadora de un don Juan.

No podía el buen hombre toparme en la calle sin abrazarme y llevarme á remolque á su casa.

— Amigo La Llana, ¡qué caro se vende! Parece que no sabe que por casa se le quiere bien.

— ¡Oh, señor don Juan! ¡si usted conociera cuán lleno de ocupaciones he estado!...

— No me cuente usted, hombre; ¡si sabré lo que es ser ayudante, yo que lo fuí seis meses completos del gran don Guadalupe Victoria!... De que el jefe empezaba á contarnos lo que había pasado en la cueva en que vivió oculto, y á referirnos punto por punto sus propósitos de casarse con una princesa de Guatemala, á fin de obtener una casta ó dinastía de presidentes que no tuviera mezcla extranjera... Mire usted, nada mènos aquí van Prieto y Arriaga, y con ellos podemos tomar lenguas de lo que pasa, que es muy grave, muy grave...

— Usted siempre viendo visiones, don Juan; no hay tal cosa, nada vale la pena.

— Ya verá usted, ya verá usted. ¡Eh, Guillermo... Guillermo... Ponciano!...

Ocurrieron los llamados sombrero en mano y saludaron respetuosamente á don Juan, dándome á mí las respectivas diestras con cordialidad suma.

— ¿Qué pasa, hombre, qué pasa?... Hablo con los ayudantes del presidente, y ó están en babia ó se *hacen de papeles* por no referirme la verdad... A ver si el adminis-

trador de correos es más explícito, porque de otro modo es cosa de ir con el propio don Ezequiel Montes á pedirle noticias...

— Buenas y gordas, don Juan.

— No me lo diga usted, hombre... ¿Y qué es ello?

— Derrotados completamente Osollos y Mejía.

— Pero ¿se sabe de cierto?

— De cierto se sabe; he visto el telegrama que trajo hasta Querétaro un *propio* de Parrodi.

— Pues vamos á casa á participárselo á Anarda, que de fijo ha de estar ahorcándose con ún cabello. Y la verdad es que no le falta razón... Figúrese usted, los dos muchachos en ejércitos opuestos, como quien nada dice.

Llegamos á presencia de mi adorado tormento, que nos recibió con ansiedad.

— Ustedes se traen algo, ¿verdad? Pues díganmelo, que me tienen en ascuas.

— Como usted es una persona neutral, que no tiene inclinación decidida por ninguno de los dos bandos — porque la tiene por los dos, — va á saber lo que acontece: Osollos ha sido derrotado y ha perdido un brazo en la acción...

— ¿Y mi hijo? ¿Y Pedro?

— Está preso, pero sin novedad; más de mil hombres murieron por ambas partes, entre ellos como sesenta oficiales; pero Pedro salió ileso.

— ¡Gracias á Dios, Guillermo! ¡cuánto bien le debo por esta noticia!

— ¡Oh, Anarda! pero no será la última en que el muchacho se vea. Estos conservadores ni aprenden ni olvidan. El *Directorio Central* nos va á dar guerra, mucha guerra, y ¡quién sabe cuándo consigamos vencerlo!

—Ó cuando los vencerá á ustedes, interrumpió Esparza.

—Vencernos, no, ¡vive Dios! Somos el verbo de la humanidad, la tendencia á lo nuevo, el paso hacia adelante, y no podemos ser vencidos. Acabarán con nuestras personas, nos aherrojarán en las prisiones, nos callarán en la prensa; pero la idea quedará, quedará siempre á despecho de todo el mundo.

— ¡Y qué! ¿es verdad que exista el tal *Directorio conservador central de la República?*

— Papelito *jabla*. Se le ocuparon á Calvo cartas por donde aparece que llevaba correspondencia con muchas personas disfrazadas con pseudónimos. El padre Miranda se llamaba *El poblano;* Osollos, *P. P. Rayas;* Miramón, *Policarpo Ortiz;* Aguilar y Marocho, *Don Esteban;* Bonilla, *Epipeides Alzuma.*

— Como árcade romano.

— Además, se había extendido despacho de general de brigada á Calvo, «por los importantes servicios que ha prestado á la causa nacional, en protección de los principios religiosos que profesan los mexicanos y del derecho

de propiedad que el clero tiene en sus bienes; así como de los fueros militar y eclesiástico, concedidos á esas clases por sagradas y antiquísimas leyes.»

— Bien hablado; ¿y quién firma ese papel?

— No tiene firmas, sino tres rúbricas muy historiadas, y arriba de todas ellas la señal de la cruz.

— ¿Y se saben detalles de la acción?

— Muy sencillo. Mejía y Osollos, queriendo evitar diferencias, cedieron el mando á Sánchez. Después de lo de Tunas Blancas, Parrodi les metió en la entrada de un puerto de tierra, donde estaban más encerrados que en una plaza... Para coger agua, tenían que destacar cuerpos de ochocientos y mil hombres; para escaparse, habrían necesitado sacrificar mucha gente... El seis se movieron con dirección á Querétaro; pero Parrodi observó el movimiento, y el siete les presentó batalla, dejándoles derrotados de la manera más absoluta.

D. Luis Osollos

— ¿Y el pobre Luis?

— Osollos huyó; pero herido como estaba, no se atrevió ó no pudo físicamente seguir oculto; se presentó á la gente de Parrodi y cuentan que al avistarse con el jefe, le dijo: «Me queda un brazo, General; pero puede usted estar seguro de que no me servirá para desenvainar la espada por hombres como éstos.»

— Tiemblo de que tenga el fin del desgraciado Orihuela, dijo Anarda.

— No lo crea, señora, exclamó Prieto; no es Comonfort, hombre lírico, lleno de romanticismo, con ciertos dejos de poeta y de sentimental, quien ha de mandar que le toquen el pelo de la ropa á un caudillo popular, caballeresco, querido y en realidad de mérito. Lo de Orihuela fué una atrocidad de Pueblita... que debía repetirse, aunque fuese semanariamente, si hay interés en pacificar el país.

— ¡Qué hígados tienen los progresistas! ¿No, hija?

— ¡Terribles! Con razón las turbas han pedido la cabeza de Guillermo... para peinarla.

— ¿Y se rescató algo de los doscientos cuarenta mil pesos que cogieron los pronunciados del Consulado inglés?

— No, ni se encontrará nada... Como dice Aguilar y Marocho; coger ese dinero fué muestra de inmensa sabiduría, pues lo aprovecharon los pronunciados, aumentaron los apuros del Gobierno, que tendrá que pagarlo,

é hicieron caer un inmenso descrédito sobre el mismo Gobierno.

— Pues vamos á tener que lucirnos con los extranjeros. Ese asunto de San Vicente...

— Es lo más horrible, dijo Prieto. Claro que Comonfort nada ha tenido que ver; pero se dice... — Y acercó la boca al oído de Ruiz Esparza.

—¡Qué barbaridad! exclamó el otro como si le hubiera picado un animal ponzoñoso... Ello es que sí, siempre le ha dado al pobre viejo por el aborrecimiento á lo gachupín...

— No sé; pero si no lo ordenó, lo consintió; el caso es que desde que sus tropas se retiraron de los alrededores de Cuernavaca, aquello está en paz.

— Creo, insinué, que se trataba de simples ladrones.

— No tan simples, objetó Guillermo. Eran treinta hombres montados, que fueron derechos al *purgar* y sorprendieron á los dependientes mexicanos, amarrándolos á todos. Seis españoles y un maquinista francés se dirigieron al trapiche y se escondieron en el cárcamo, tapándose con panes de azúcar y abrigos. Pronto fueron descubiertos, dicen que por delación del portero, y muertos dos de ellos á balazos y machetazos... Los demás estaban dentro de los *purgares* y en el cárcamo; sabiéndolo los bandidos, abrieron la llave del estanque y soltaron el agua dentro del cajón del cárcamo. Los infelices estaban con el agua al

cuello; pero habrían permanecido allí si no los hubieran obligado á salir disparando balazos dentro de aquel recinto...

Nicolás Bermejillo se arrodilló, rogando que no les mataran y ofreciendo dar treinta ó cuarenta mil pesos por su rescate... Los bandoleros, y esto es lo grave, nada quisieron admitir; dijeron que no iban á robar ni querían dinero ninguno, sino que habían recibido orden *de su General* para acabar con todos los gachupines... El francés vió el cielo abierto, y tan pronto como dijo que no era español, le soltaron... Pero los otros seis no corrieron la misma suerte; desde sus caballos comenzaron á dispararles tiros los asaltantes, hasta dejarlos mal heridos...

Casi moribundo, don José M. Laburn se cogió de las riendas del caballo que montaba el que hacía de jefe, y le dijo que era vasco francés y no español; no debe de haber sido lerdo el otro, porque pidió los papeles de identidad; no los traía Laburn consigo, pero considerando el capitanejo que con las heridas que había recibido el pobre, ya estaba suficientemente castigado por lo poco ó mucho que tuviera de español, le dejaron libre... A los cadáveres los golpearon, les dispararon nuevos balazos, los traspasaron á punta de machete y los mutilaron horriblemente: se retiraron sin tomar un grano de maíz, ni un terrón de azúcar, ni un peso.

— ¿Y qué dice Sorela?

— ¿El ministro español? Se le puso entre ceja y ceja que el delito debía de quedar esclarecido y los responsables castigados en el término de quince días; y como no pudieran darle gusto, se ha marchado bufando y echando chispas.

— ¡Dios nos tenga de su mano y mejore nuestras horas! Entre tanto que esto se digna hacer su Divina Majestad, vámonos á tomar chocolate, que tripas llevan pies, dijo Anarda.

— Yo no, señora, porque tengo que despachar la correspondencia, indicó Prieto.

— Al fin, de ningún modo han de llegar las cartas á su destino; es preferible que usted se alimente un poco.

— Vamos, pues, señora; tomaré la decocción de

la almendra
Que en la espumante jícara rebosa,

como diría don Joaquín Pesado citando á su amigo Bello.

CAPÍTULO XX

Donde se refiere la trágica y memorable batalla del Jueves santo

No puedo decir que la clase militar (por supuesto, la que no defendía los fueros ni los bienes eclesiásticos) haya sido adorada por el pueblo. Nos tenían por ladrones, asesinos y cosas peores, ó cuando menos por enamoradizos con vías de hecho, jugadores hasta de la camisa, pendencieros por quítame allá esas pajas, y borrachines, bromistas y traviesos, hasta el punto de no poderse hacer caudal de nuestras personas.

Sin embargo, yo gustaba de ponerme el uniforme y lucirlo, viniera ó no á cuento, y por eso aquel jueves santo, nueve de Abril, con todos mis galones, entorchados y divisas, me encaminé á la metropolitana.

Que por cierto se hallaba convertida en un ascua de

oro; más de cien mil luces ardían cerca del tabernáculo; tapices de terciopelo granate cubrían una extensión de más de trescientas varas cuadradas; todos los adornos eran de plata maciza, notándose entre ellos seis jarrones de tres varas de altura, con sus pedestales, los blandones exquisitamente trabajados y multitud de primores más.

Los altares estaban cubiertos y sólo el monumento reconcentraba toda la atención. Cuando llegué á la Catedral con el propósito de asistir á los oficios, presenciar la consagración de los santos óleos y ver el momento en que se colocara en el pecho de Baz, Gobernador del Distrito, la llave del sagrario que él debía conservar hasta el sábado de gloria, como muestra del patronato que el Gobierno tenía sobre la Iglesia, la gente estaba alborotada y llena de espanto.

— ¡Ya vienen!

— ¡Jesús! ¡y el pobre pueblo la va á pagar!

— ¡Pero moriremos en la casa de Dios; no se atreverán á echarnos de aquí!

— ¡Ahora sí; aquí pereció Sansón con todos sus filisteos!

— ¡Glorifica mi alma al Señor!

— ¡Y mi espíritu se llena de gozo al contemplar...!

— ¡Ya están allí!

— ¿Quién está?

— Baz y los suyos; les vi salir de la Diputación bajo mazas, y se hallan á la puerta.

— ¿Quién es el que sale allí?

— El canónigo Gárate.

— Dijo á Baz que no podía ser recibido, porque así lo disponía el señor Arzobispo.

— ¡Qué atrocidad! ¡Ese hombre es capaz de hacer una de las suyas!

— ¡Como que tiene tropa escalonada desde aquí hasta las consistoriales!

— ¡Y trae artillería!

— ¡Mala la hubisteis, franceses!

— ¿Y quién nos manda meternos á averiguar lo que pasa por aquí? Nos hubiéramos quedado en nuestra parroquia, habríamos visto todo tranquilamente. Yo soy de San Miguel.

— Y yo de la Soledad de Santa Cruz.

— Y yo de San Lázaro.

— Todo México está ardiendo.

— ¡Ay, mi pobre familia!

De repente alguien lanzó la voz: «¡Se llevan presos á los señores sacerdotes!»

Después se ha contado que el canónigo Verdugo dijo á los policías: «Vamos, señores». Y dirigiéndose al pueblo: «Hijitos, déjenme ir solo; ya vuelvo; háganme favor de no acompañarme.» Que Rada, más elocuente, exclamó: «Nada temo, porque nada me pesa en la conciencia. Y ustedes, amiguitos — por los espectadores — quédense en el tem-

plo, que es el lugar de los fieles, y si quieren seguirme, les retiro mi amistad y mi bendición.» Parece que también los presbíteros Sixto Aranda y Dionisio García Basurto, y los particulares Boix, Bonora y otros dirigieron sus discursitos al pueblo; pero yo nada oí, ó porque nada se dijo, ó porque quedaba muy distante del foco de los acontecimientos.

Describir el rato de locura que siguió, sería imposible. Muchos eran los que se echaban al suelo y se mesaban los cabellos, figurándose que no tardarían en caer rayos sobre los que violaban el asilo sagrado; muchos permanecían callados, aunque con densa palidez en el rostro; pero más eran los que vociferaban palabras de muerte y de venganza.

— ¡Hay que acabar con los impíos!

— ¡Malditos *fracmasones!* ¡que el fuego de los cielos caiga sobre ellos!

— ¡Muera Comonfort y muera la Constitución!

— ¡Que muera el sacrílego Baz!

— ¡Que mueran los puros!

Y no sólo se decía, sino que salían á relucir los puñales, navajas y estiletes. Nunca se apartará de mi memoria, así viva cien años, un tuerto de anteojos obscuros, que esgrimía un bastón con esfera de hierro en la punta. Le llamaban *El Licenciado de las gafas,* y me parece que se apellidaba Valenzuela; era antiguo empleado de

Fomento y había quedado cesante por haberse rehusado á jurar la Constitución.

Con una voz ronca y destemplada, que alcanzaba á dominar el tumulto, gritaba sin tregua:

— ¡Vamos á palacio á acabar con el jefe de todos los ladrones!... ¡Muerto el perro se acaba la rabia!

Cuando volvía el rostro, se le veían á través de las rejillas de los anteojos, los ojos con carnosidades que parecían venas de chile; un pañuelo rojo que traía atado al pescuezo, era como el penacho de aquel Cyrano que apestaba á vinazo y á injuria.

Una vieja alta, gruesa, con las canas sobre la cara, la camisa desgarrada y mostrando dos tetas que parecían vejigas á medio llenar, movía una pistola gritando con voz que taladraba los oídos:

— ¡Viva la religión! ¡viva Dios!

Pancha, la de Gordoa, porque era ella, parecía loca de atar. Pasó un sacerdote, capellán de coro quizá, se echó á sus pies, y golpeándose el pecho empezó á decir: «Yo pecador me confieso á Dios... á los Santos Apóstoles Pedro y Pablo... pequé con el pensamiento, palabra y obra...»

Una anciana, de esas de espina doblada y bordón de otate, que no faltan en ninguna apretura ni en cualquier tumulto, gritaba con su hilo de voz:

— ¡Me *apachurran,* señores!

Y un lépero, con su vozarrón, decía:

— ¡Aquí *apachurran* á una señora!, mientras un recién nacido gritaba *coñá, coñá,* y cien niños llamaban con voces desconsoladas á sus madres.

Sin que nadie viera cuándo subía al púlpito, apareció en él un tipo trigueño, con rostro grasiento á causa de la constante exudación adiposa, la nariz chata, la boca grande, las mechas lacias y caídas sobre la frente.

— ¡Hijos de Dios! gritó, basta ya de contemplaciones y de *chiqueos;* somos los más, somos los más fuertes y somos los que tenemos la razón... Nos estamos dejando *babosear* por una turba de cobardes *sinvergüenzas*, que van á acabar con lo que tenemos de más precioso, nuestra sagrada y bendita religión que nos dejaron nuestros padres!... ¡Vamos matándolos á todos antes de que ellos toquen ese sagrado depósito!... ¡Mueran los impíos!... ¡Mueran los herejes!... ¡Mueran los que nos quieren entregar maniatados á los protestantes del Norte!...

— ¡Mueran, mueran! decía el público lleno de ira.

Han dicho después que el predicador era un seglar porque tenía la barba crecida y vestía traje charro; sin embargo, yo supe y sé bien que el bellaco tenía sus precedentes en el púlpito, por más que nunca llegó á figurarse que ocuparía el de la Catedral de México: era el padre guerrillero, Esteban Agredano, mi antiguo compañero de casa y mesa.

Muchos de aquellos energúmenos se disponían á salir

á la calle á hacer no sé qué, cuando sentí que la cosa no podía durar, que era menester ponerle remedio. Subí á

mi vez al púlpito, y cogiendo al bárbaro por la tilma, le bajé á pescozones y casi ahogándose.

Al pie de la escalera, Agredano se rehizo y ya sobre sí empezó á golpearme.

— ¡Déjeme, gritaba el curángano; déjeme, bandido!

El pueblo no se había fijado en mi uniforme; pero cuando vió que quien luchaba con el extraño predicador era un militar, empezó á murmurar, después dió muestras de impaciencia, y acabó por echarse sobre mí.

— ¡Es un espía del gobernador!

— ¡Es un enviado de Baz!

— ¡Viene á oler para estornudar!

— ¡Fuera el chinaco!

— ¡Hay que darle manta!

— ¡Hay que matarlo!

Un pelado me acometió con una *chaveta,* otro me amenazaba de lejos con un garrote de los que llaman *sanantonios.*

— ¡Ay, poder de Dios! ¡qué ganas de coger á estos militarcitos de banqueta!

Pero ninguno tuvo oportunidad de ponerme mano, porque me cogieron por su cuenta seis, ocho, no sé cuántas viejas furiosas que me aturdían con sus chillidos. Una me arrancó las charreteras; otra me golpeó el rostro; la tercera, que por cierto no tenía malos bigotes, me hizo pedazos la pelliza á cuchilladas, y la que hacía de capitana trató de quitarme la espada.

Maniatado como estaba, todavía pude valerme, y sacando la tajante empecé á repartir á diestra y siniestra mandobles contra el *bello sexo,* golpeando aquí una cabeza, lesionando allá un brazo, sangrando en esa otra parte una

oreja ó rebanando una cabeza. Nunca tal hiciera; el grueso de los espectadores se me echó encima, y aunque al principio traté de resistir, no tardó la bestia en tundirme á golpes y en echarme por el suelo, pisoteándome, rompiéndome, lisiándome y agarrotándome sin compasión.

Sentí al fin que respiraba el aire libre, y oí la voz del padre Agredano.

— Pues sí, yo lo protejo porque me da la gana... y al que le parezca mal, no más que se abra...

Saqué una descalabradura en la cabeza, tenía llena de sangre la cara, el uniforme hecho pedazos y la espada rota.

Al verme en aquella triste figura, hubo gran conmoción en la plaza, y se dirigieron dos ó tres tiros contra mis agresores, que salían en racimo, todavía increpándome y contestando á mis improperios por los mismos consonantes. El alboroto fué mayor entonces:

— ¡Asesinan al pueblo!

— ¡Matan á nuestros hermanos!

— ¡La tropa dispara contra la gente!

Violentamente y por disposición del gobernador, me introdujeron en un coche, y á pesar de que echaron los vidrios y de que el simón emprendió la fuga al paso más violento de que eran capaces los trasijados jamelgos, todavía oí decir:

— Es un General que llevan difunto.

— No va muerto, sino herido.

— No es General, sino el jefe de la policía; fué quien quiso sacar á la fuerza á los canónigos.

— ¡Merecido se lo tiene!

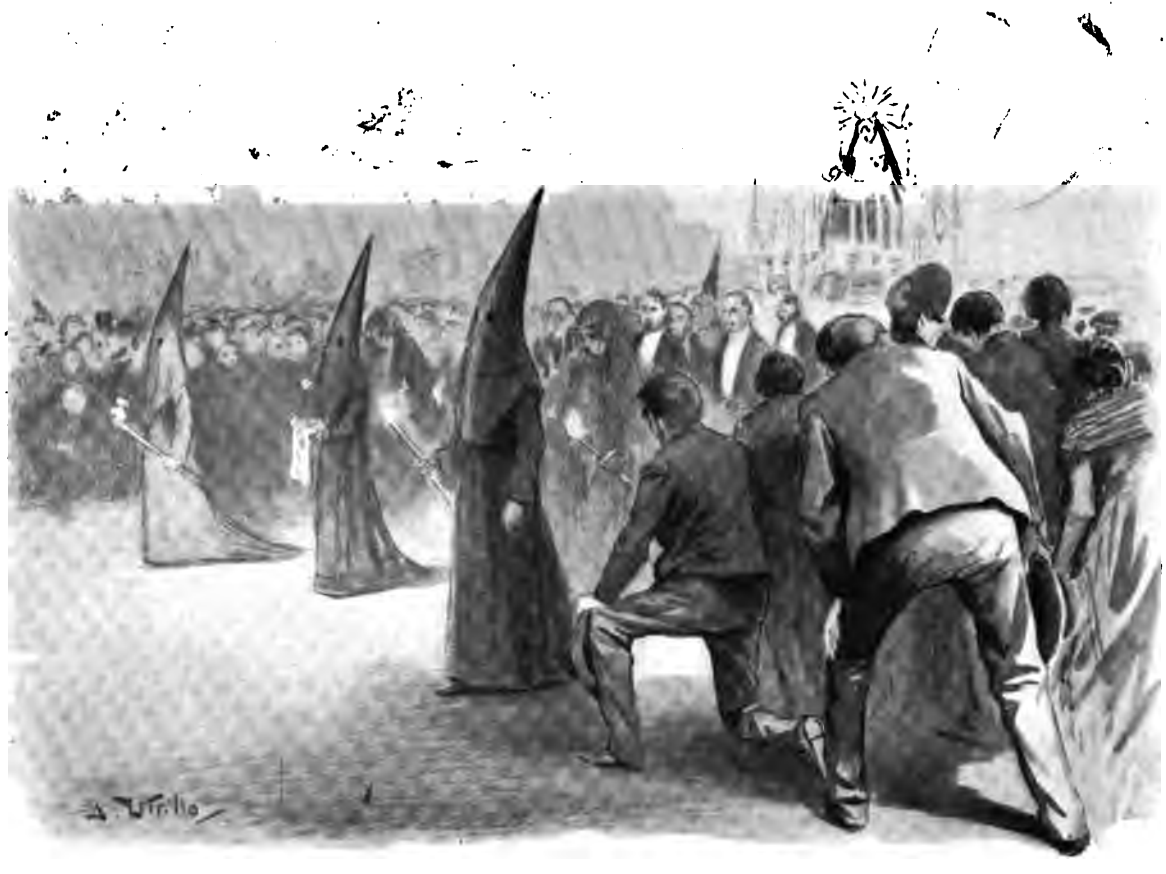
— Tú lo quisiste, fraile Mostén.

Pero no duraron mucho los comentarios; en la esquina de Plateros y Mercaderes bajó de su coche un prelado fino, elegante, con solideo en la cabeza y vestidura morada episcopal. Con su sonrisa de *abattino* italiano, rompía las olas del encrespado Tiberiades popular, echando bendiciones y saludando á diestra y siniestra con la mano enguantada y reluciente de anillos con rica pedrería.

El pueblo se echaba á sus pies, aullaba para impetrar su gracia, besaba la tierra que había pisado, y Monseñor Luis Clementi, arzobispo de Damasco y delegado de Su Santidad, se limitaba á pedir paso con su sonrisilla, que apenas arqueaba los labios, delgados y rojos como una herida recién abierta.

Todo el día permanecí bizmándome y poniéndome defensivos de árnica; al otro, un poco menos *apolismado,* salí á la calle por la tarde.

Pasaba la procesión del Santo Entierro. Venían las cofradías y archicofradías en ordenada teoría; luego, señoras de mantilla negra con vela en mano; después caballeros con frac de botón de oro; al fin las sagradas imágenes,



Pasaba la procesión del Santo Entierro

balanceándose con el paso rítmico de los que las portaban: la Virgen de la Soledad con traje negro, llena de ex-votos y de milagros y constelada de alhajas. En las manos portaba unos paños blancos para llorar á su Hijo muerto, y en la cabeza las tocas de la viudez. Detrás, en su urna de cristales, venía el cuerpo de Cristo, demacrado, exangüe, con las señales cárdenas de los azotes, los ojos cerrados, la profusa cabellera sobre la frente, señaladas las rodillas, los codos, los carcañales, todos los huesos salientes, con inmensas llagas que causaban compasión.

Sacerdotes de capa larga rezaban en voz queda, las señoras lloraban; el público guardaba respetuoso silencio. Era un espectáculo de tristeza y de compasión.

De repente se oyó un ruido metálico y persistente, una rodada de carro y el moverse de mulas y jaeces.

— ¡La artillería! ¡Comonfort nos quiere ametrallar!

— ¡Jesús, hijo de David! ¿qué va á ser de nosotros?

— ¡Señor, ten piedad de nosotros!

— ¡Jesucristo, óyenos!

— ¡Jesucristo, escúchanos!

— ¡Padre celestial, que eres Dios!

Empezaron las carreras y la procesión se desorganizó; sólo se vió el alzarse de faldas, el descubrirse de miriñaques y aun algo más, y el caer de los torpes é impotentes.

Los puestos de aguas lojas quedaron hechos pedazos;

las matracas regadas por el suelo y desmoronadas. Ese día las chinas, alegría y encanto de Fidel, las de camisa de randas, enaguas de castor y banda á la cintura, perdieron el dinero, y lo mismo pasó á los fabricantes de carritos, muñecos, navichuelos y demás chismes con que aturden á la gente en estos días los chicos y sus cuidadores.

Y todo fué promovido por un carro cargado con cadenillas, que atravesaba por el costado de la Profesa.

CAPÍTULO XXI

Coplas de Aguilar y Marocho y prisión de Garza

Mi amigo el antiguo memorialista y moderno propietario, había cambiado en unos cuantos días. De obeso, colorado, alegre y de buen humor que era, se había convertido en viejo apergaminado, flaco, que dejaba ver las arrugas y sentía caérsele los pantalones. Él, que había dormido teniendo por cabecera piedras de tezontle, ahora no podía reclinarse en la que el sabio llamó suave almohada de la duda. Cuidados y disputas domésticas lo habían traído á aquel triste término.

Sin embargo de la defección de Pancha, la tertulia seguía reunida al amparo de la mujer, que tenía el pandero en la mano, como siempre lo había tenido, sin que se hubiera escapado de su robusta diestra más que una vez.

Un viejo de barragán, cara amarrada y mirar sesgo y al soslayo, llegó cuando el cónclave estaba en pleno.

— ¿Qué se sabe de lo del jueves? preguntó receloso.

— ¿Qué ha de ser? dijo la señora del tápalo amarillo; sino que este gobernador, que Dios confunda, se metió á la Catedral á caballo.

— Eso no es cierto, interrumpió Gordoa, con entonación de rey Sobrino; Baz no hizo más que guardar el orden, como era de su obligación y le convenía.

— ¡Pero si yo le vi, hombre! replicó con furia doña Pancha; si hasta sentí las pezuñas del penco en la purita cara, como si hubiera sido el Jacobo de Santo Santiago.

— El miedo te hizo ver visiones. ¿Verdad, mi capitán, que nada de eso pasó?

— Que yo sepa, no sucedió sino lo que todos vimos.

— Es que se trataba de matar á los señores canónigos, y como no se logró, á eso vino la alharaca.

— ¡No es cierto! grité enojado: los canónigos eran quienes trataban de hacer estallar una revolución. En cuanto á esas tonterías de haberse metido gentes á caballo á la iglesia y demás, no pasa de habladurías de desocupados.

— Pues no opina así, dijo el del barragán con sonrisa maliciosa, el *Cronista de los Reyes,* que ha referido la batalla con sus pelos y señales.

— ¿Qué *Cronista* es ese?

— Es, insinuó con misterio el vejestorio, un personaje muy alto, muy alto, que ahora se encuentra escondido, temeroso de una venganza.

— ¡Lares! exclamé yo.

Me hizo el tío de los anteojos señal de que no era él, y dije con despecho:

— No, no ha de ser, porque como acaba de regresar de Europa Martín Rul, á quien él mandó como loco estando más cuerdo que nunca lo ha estado don Teodosio, de seguro teme que lo acogote.

— ¿Bonilla?

— No hace versos.

— ¿Y los de la Urbanidad?

— No es él.

— ¿Aguilar y Marocho?

— Quizás.

— En fin, desembuche usted, que no se nos cuece el pan.

Y con entonación de sacristía, el misterioso empezó:

Bajo este sistema ruin
En que no impera la ley,
¿Qué es Comonfort? Es el rey.
¿Y Juan Baz? Es el delfín.

— ¡Muy bien! exclamaron todos. Vino la descripción de la persona de Baz y luego la de la batalla:

Fija cual buen general
Su primera paralela
En medio de la plazuela
Para sitiar Catedral.
Él, en un punto central,
Dirige al otro visuales,
Para que de los ciriales
Los fuegos bien combinados,
Queden al punto apagados
Por sus fuegos transversales.

Contra un rojo monacillo
Una pieza diestra aboca,
En tanto que otra coloca
Frente del Empedradillo.
Infatigable el caudillo
Asesta una batería
Para enfilar la crujía,
Y ordena que á los blandones,
Que son hombres de calzones,
Cargue la caballería.

Previene que haya desmocha,
Si resisten sin empacho,
El Señor del Buen Despacho
O el Santo Niño de Atocha.

Una culebrina mocha
Apunta á San Valentín,
Un obús á San Martín
Y diez pistolas de muelles
A los pobres Santos reyes,
Bisabuelos del Delfín.

Las risas eran ya raudales de llanto; todos, menos yo, se apretaban el estómago, como si fueran á reventar; todos, menos yo, encontraban aquello precioso, graciosísimo, la última palabra del chiste. Y cuando Comonfort toma la palabra para recompensar á Baz, fueron los gritos y las exclamaciones de regocijo:

D. Juan José Baz

Mi gratitud es inmensa,
Igual á tu sacrificio.
¿Tan eminente servicio
Dejaré sin recompensa?
El elogio de la prensa

¿Qué vale, aunque sea sesudo?
Yo mis decretos no mudo,
Mi resolución tomé,
Y por premio te daré
Dos títulos y un escudo.

Acéptalos, son primicias
Que tu denuedo y tu fe
Bien merecen. Así es que,
Formando tú mis delicias,
En uso de mis franquicias
Y amparado con el manto
Del plan de Ayutla, por tanto:
A más de mi *Adelantado*
Quedas desde ahora nombrado
El Duque del Jueves Santo.

De tu casa en el blasón
Es bueno que se registre
Con escudo, lanza en ristre,
Manopla y yelmo un campeón,
Que al correr de su trotón,
Entre aplauso general,
Lleno de furia infernal,
Se vea con estudio y arte
Pasando de parte á parte
A la iglesia Catedral.

Moribundas dos navetas,
Desangrándose un telliz,
Manca una sobrepelliz,
Una estola con muletas,
Un alba huyendo en chancletas,
Prisioneros dos manteos,
Dispersos seis solideos,
Contuso un bonete adulto
Y un misal pidiendo indulto:
Esos serán tus trofeos.

Estas son las famosas décimas de la *Batalla del Jueves Santo,* que, á falta de otros méritos, tienen el de haber dado ser y nombre al héroe y al autor. A la fecha nadie se acuerda de las empresas políticas de Aguilar, de su carrera de periodista y de su habilidad como escritor; ni menciona nadie los eminentes servicios de Baz, su actividad, su talento y su impetuosidad.

Cuando se dice Aguilar, ya se sabe; todo el mundo exclama:

— Sí, el autor de las décimas de la Batalla del Jueves Santo.

Cuando se menciona á Baz, cualquiera piensa:

— Sí, el que se metió á caballo á la Catedral. Y repite:

¿Quién es? Es Juan José Baz.
Es Monseñor el delfín.

Queriendo vengarme de la risa que había causado aquella lectura, dije al vejestorio:

— Y lo triste es que por esas tonterías sufran los inocentes; el pobre arzobispo está preso de orden del Gobernador y los canónigos están también á la sombra.

Estupefacción general; asombro en todas las caras, como si hubiera contado que la tierra acababa de salirse de sus ejes diamantinos y se había soltado vagando por el espacio.

— ¡El señor Arzobispo preso!

— Eso no puede ser.

— ¡Aquí va á llover fuego del cielo!

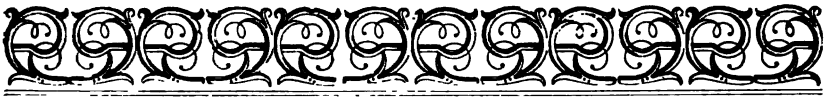
— Ya lo habían dicho las profecías de Matiana.

— ¡Dios nos tenga de su mano!

— Este Comonfort es el Anticristo...

— Todo esto estará muy bien, dije tomando el desquite; pero es el caso que la pena ya está corriendo y que se dice á don Lázaro que no se le destierra por respeto á sus costumbres privadas, que son buenas.

— Pues sólo eso faltaba... Bien dice el dicho: «Cría cuervos y te sacarán los ojos.» El señor Garza crió á sus pechos á Baz y á todos los suyos, les dió el alimento de su enseñanza, y mira el pago que le dan.



CAPÍTULO XXII

Me comisionan para tantear la opinión

Llovía á mares, con esa tenacidad que solamente se acostumbra en esta ciudad de los palacios (por hacer). El Presidente salió envuelto en una larga capa militar y tocado con un chambergo de alas anchas.

— Amigo Pérez, no quisiera decírselo; pero con este tiempecillo tenemos que marcharnos á Tacubaya.

— A sus órdenes, mi General.

— Diga que enganchen, y aguárdeme abajo con esta cartera.

— Muy bien, mi General.

Más de un cuarto de hora esperé en la base de la escalera; los cocheros, que creían pasaría el General la noche en México, se dieron prisa á arreglarlo todo, y cuando

don Ignacio bajó en compañía de Iglesias y de Montes, que se marcharon en otro coche, ya estaba abierta la portezuela del presidencial.

Empezamos á andar calles, y el agua que parecía haberse calmado un poco cuando salimos de Palacio, se había recrudecido terriblemente, al grado que apenas podían las mulas dar paso. El mozo que cocheaba, hacía esfuerzos inmensos por sacar los animales de cada bache en que se sumergían; pero tenía que bregar enormemente.

— ¿Sabe usted, Juan, que tenemos que hablar? Quiero encargarle una misión confidencial, un negocio de amigos y nada más que de amigos. Los licenciados que han hecho la Constitución, dicen que han trabajado un código maravilloso. *El Siglo* lo llama *cuerno de la abundancia, iris de paz, arca de la alianza, puerta del cielo* y hasta *el más católico de cuantos códigos hemos tenido. El Monitor* lo apellida *la obra maestra de nuestros tiempos, la luminosa producción del Congreso.* Zamacona, de Puebla, la cree *trasunto de la ley de Dios, la verdadera síntesis del Evangelio;* Montiel, de Huamantla, proclama á boca llena que *después de la creación del mundo, nada se ha hecho tan perfecto y completo...*

Y sin embargo, yo encuentro que la gente no recibe bien la Constitución ni está satisfecha con ella. Unos encuentran mal el artículo quinto, otros el veintisiete, otros el ciento veintitrés... Aquí, dicen que ataca la indisolubilidad del matrimonio; allí, que atenta contra los fueros é

inmunidades de la Iglesia; en otra parte que anula la jurisdicción de los obispos...

En Orizaba fué menester tomar á la gente por sorpresa, formar á la tropa y organizar la comitiva de ocultis. El Ayuntamiento no pudo marchar bajo de mazas, porque no hubo nadie que quisiera acompañarlo; el cura cerró el coro de la Iglesia y fué menester echar abajo las puertas... Cuando estaban arriba, se encontraron los dependientes del cabildo las campanas sin badajos, y tuvieron que repicar valiéndose de piedras y martillos... No hubo un farol, ni una cortina, ni una ventana abierta, ni un alma por la calle... En Toluca, el fraile Francisco encargado de la Parroquia, se parapetó en la iglesia dispuesto á no dejar repicar, y envió un centón de sandeces quejándose de que se le quisiera hacer contribuir á una solemnidad atea... En Oaxaca, donde se dijo que el cabildo acataría la nueva ley, se levantó la acostumbrada protesta... En Zamora ha habido un verdadero pronunciamiento... En San Luis Potosí se suscitó un escándalo, se dijo que Calvo iba á fugarse, se abocaron las piezas de artillería en las bocacalles de la plaza, y se levantó un formidable aparato militar... En Lagos hubo un motín espantoso: la plebe se echó sobre el jefe político Reyes, lo obligó á guarecerse en la iglesia, y cuando no le quedaban más que diez hombres, Reyes, que se había portado como un valiente, tuvo que salir en unión de los presos de la

cárcel... En San Juan de los Lagos hubo muertos y heridos, y aseguran los disidentes que vieron volar al cielo á un tal Zermeño, su jefe, que pereció en la refriega, vestido con calzoneras azules de pana y sombrero ancho aplastado, á refugiarse en el seno de la Virgen del pueblo, que le había estado sonriendo durante la escaramuza...

El juramento es todavía más difícil que la publicación. Apenas se anuncia que hay que jurar, y todo el mundo abandona cargos y empleos. Magistrados, profesores, capellanes castrenses, jefes de sección en las oficinas del Gobierno, simples escribientes, sienten placer en sufrir por la causa de la religión y por lo que ellos creen la justicia... He dado orden de que no se exija el juramento á ciertas personas; pero ellas me comprometen con sus intransigencias... Quiero que alguien que cuente con mi absoluta confianza recorra los pueblos, explore la opinión, averigüe la verdad de lo que acontece, á fin de proceder en consecuencia. ¿Puede ser usted ese amigo?

— Estoy á sus órdenes, mi General... Mi General no tiene más que mandar...

— Bien, gracias; saldrá usted de aquí con pretexto de visitar su pueblo, de ver á su familia, y en realidad para ver, observar y palpar todo, y escribírmelo todo ó decírmelo á su vuelta.

— Muy bien, mi General.

Aquí llegábamos, cuando sentimos que el temporal

arreciaba. El mozo que montaba la mula de tiro había caído al suelo, el coche rodaba sin gobierno, al azar, y por fin caía dentro de un agujero, sin que nosotros pudiéramos salir antes.

Con trabajos logramos ponernos en pie, recoger á los caídos y empezar las obras para sacar el carruaje del atolladero. El lodo nos llegaba al tobillo y se nos adhería á las suelas del calzado imposibilitándonos para movernos; el agua nos mojaba hasta la piel, nos corría por la cara y nos multiplicaba la obscuridad.

Al cabo de media hora de luchar, conseguimos poner el coche en pie y moverlo de nuevo, continuando el camino.

—Son las diez de la noche, y ahora que pensaba llegar temprano á Tacubaya, llego más tarde. Hay conspiración de por medio... una tontería, creo que se trata de una bromita, porque les hago á mis enemigos la justicia de creerlos un poco más listos; pero ¡quién sabe! quizás haya algo serio y más vale estar apercibido... Se trata de un papel en que se dice que todo está listo y arreglado para prenderme, y que se debe hacer esta noche, que está de guardia el que suscribe el billetito con dos letras que parecen el principio de un nombre... El papel se encontró tirado en la puerta de la Tesorería general, y la verdad es que no creo que cosa de tamaña importancia se escribiera con todas sus letras, se firmara aunque fuera con

abreviaturas, y se dejara caer precisamente en el palacio; pero en fin...

Pasamos por la Condesa, y no tardamos en ver las luces de Tacubaya y en entrar al Arzobispado.

— Antes de desembarazarse de la ropa mojada y de cualquier otra diligencia, llame á mi compadre Zuloaga, me ordenó el jefe.

Como á los diez minutos salió el comandante general de la plaza, y me dijo:

— Al capitán Nogueiras, que venga en seguida; si no se encuentra en el cuerpo de guardia, que se le busque en donde quiera.

No tardé en dar con el buscado; pero cuando le transmití la orden, palideció y se puso frío.

— ¿A mí, compañero?... ¿á mí me llama el señor Presidente?... Vamos, pues.

Entró al despacho, y á la media hora me ordenaron:

— Conduzca usted preso al señor y póngale centinelas de vista... Me responde usted de que con nadie se comunicará, dispuso Comonfort en voz alta.

Me llevé á Nogueiras, y antes tomé la precaución de desarmarlo.

No había necesidad; tenía perdida el habla y estaba blanco como el papel; se le notaba que había llorado y que tenía flojas las sopandas como pocos hombres en su caso.

Osollos herido y con un brazo mutilado; Miramón con una pierna entre si caigo ó no caigo; Gutiérrez, pernique-

brado; Aguilar y Miranda, ocultos, hacían más, maquinaban más y luchaban más que todos los libres, los íntegros y los que no habíamos sufrido amputaciones.

Al día siguiente se encarceló á Luis; á Miramón se le buscó por cielo y tierra, y Cobos fué puesto preso é incomunicado.

A medio día se supo que Miguel había sido encontrado en casa de don José Juan Cervantes, dentro de una pieza

obscura, que tenía cubiertas las paredes con armarios y tras un tabique de ladrillos, donde apareció el travieso teniente coronel, con gesto de quien ha agotado su ingenio por ganar la partida y á pesar de eso la pierde.

CAPÍTULO XXIII

Campos de soledad, mustio collado

OHINO y cariacontecido, falto de sueño y falto de ánimo, salí de la ciudad de México por la diligencia del interior, tal día como el veintiséis de Abril del año famoso de cincuenta y siete.

Ahora que soy viejo, oigo á periodistas y políticos de una casta que llaman jacobinos, y que en mis mocedades no se conocía porque sólo nos dividíamos en conservadores y liberales, he oído, repito, echar de menos los tiempos pasados.

¡Oh, dicen esos líricos, entonces se vivía, entonces se gozaba! Cierto que existían abusos, que había atrocidades y de cuando en cuando peligraba el pellejo: pero, en cambio, cuando se triunfaba, cuando se lograba hacer

prevalecer un principio, arraigar una idea, ¡qué satisfacción más grande y legítima!...

Malo periculosam libertatem, quam quietum servitium, repetía uno de esos líricos citando detestablemente á Tácito.

¡Malo! ¡Malo! Ya lo creo que es malo, y que si no lo evitaran sería peor. ¿Saben ustedes el número de acciones de guerra que se libraron en el territorio durante la guerra de tres años? Mil ochocientas veinticinco entre batallas, escaramuzas, asaltos de pueblos, refriegas de cierta importancia entre pasajeros y ladrones; toda la lira.

Como llevaba orden de no mostrar mi calidad ni mucho menos dar á conocer el objeto de mi viaje, salí en la diligencia como todo hijo de vecino.

Iban en el coche dos señoras en estado de merecer, un cura viejo, un capitulado de Puebla, un comerciante de Guanajuato, una escritora inglesa y un servidor de ustedes.

No había en el camino transeuntes ni pasajeros; aquí se veía una venta quemada, más allá un molino parado, después un campo con el rastrojo enmohecido, ó una hacienda de beneficio que no molía metales desde mucho tiempo antes, ó un campo de caña hecho pedazos por los caballos de cualquiera facción.

Las cercas se caían y mostraban portillos enormes, como bocas desdentadas; de las casas no salía el humo

Á éste le habían matado el padre; á aquél le habían *jurtado* la madre...

que mantiene activo el fuego que calienta y congrega á su derredor á la familia; no se veían en los ranchos las gallinas que cacarean, ni en los aguajes los rebaños que dan leche y lana, ni *persogadas* en los corrales las bestias que denuncian la vida. Sólo unos cuantos perros flacos y macilentos, de esos que ya no tienen ni alientos para ladrar, salían, devoraban algún hueso, se metían dentro de los jacales derruídos, y echados junto al fogón recordaban la presencia del amo, la de los chiquillos juguetones, la de la mujer que acariciaba y corregía.

En las postas se cobraba por todo un ojo de la cara; un plato de huevos repugnantes por lo grasientos y mal hechos, y otro de frijoles *mortajados,* doce reales; un cuarto sin aseo ni ventilación, otro tanto.

Un ejército de muchachos, de adultos y de viejos desarrapados y con cara de hambre, pedía la *bendita* con voces tipludas y lastimeras. A éste le habían matado el padre; á aquél le habían *jurtado* la madre, al otro le habían quemado la casa, ó había perdido un brazo en una refriega, ó lo habían dejado por muerto en tal sitio. Era un dolor oir aquello.

Las cruces de palos atravesados, de cantera firme, pintadas en las paredes, ahondadas ó de relieve en los árboles, eran en número incalculable.

«Un Padre Nuestro y un Ave María por el alma de Pedro López, muerto aquí por la gavilla de *Pata de Palo.*»

«Una Salve por el alma de Simón Manjárrez, que falleció aquí fusilado por las tropas de Pueblita.»

Y así hasta cansarse. El caminante, si sabía leer, leía la inscripción de letras blancas sobre fondo verde; si no, se limitaba á rezar una oración echando gotas de agua bendita del platillo que estaba abajo de la cruz.

En la diligencia, todas las conversaciones eran pertinentes al asunto.

— Esa es la venta de Hornachuelos, en que resistieron quince pasajeros contra cincuenta ladrones; quedaron muertos todos los pasajeros y la venta se entregó á las llamas.

— Aquí roban; este es el famoso *Mezquite gacho,* donde asaltaron y mataron al inglés Withman.

— Esta es la medianía del camino; en este punto se emboscan á *apergollar* pasajeros.

— Tras esas tapias hincaron á don Eustaquio Gómez hasta que dió orden de que entregaran treinta mil pesos á los ladrones.

— A aquellos picachos azules que se ven á la derecha, lleva Cobos á los *plagiados.*

Cualquiera pensará que ante aquel espectáculo y con aquellas noticias, nos sentiríamos sin ánimo y alicaídos. Nada de esto; charlábamos sin descanso, mirando todo con filosofía, pues no concebíamos cosa mejor.

— Hoy deben de haber salido de México mis carros;

como ya ha empezado á llover, tardarán tres semanas en llegar á mi pueblo, que es San Felipe Torres Mochas... Si algo me deja la *pela,* mis paisanas lucirán bonitos géneros en las fiestas que se aguardan.

— Mi marido es jefe político en Valle de Santiago, decía una de las señoras. Ahora vengo desde Tolüca y he sufrido cuatro robos desde que salí.

— Si el señor Calvo, en vez de tomar medio millón de duros, hubiera podido alcanzar á coger el millón completo, á la hora de ésta tendríamos á México en nuestro poder, murmuraba el capitulado.

El señor cura nada decía, porque desde un buen rato se hallaba en *la otra vida,* zarandeándose en la correa de en medio del coche, con la lengua de fuera, la faz congestionada, los ojos verdosos á medio cerrar, la sotana remangada hasta más arriba de las rodillas y desabotonada hasta más abajo del cuello.

Alguien sacó una cantimplora con cognac Verbena; otro una purera y una cigarrera, y todos nos pusimos á echar humo como unos incensarios, inclusive las señoras, pues entonces, lejos de preguntarles si las molestaba el humo, se les daba su cigarrillo, y ellas lo fumaban de buena gana.

A poco empezaron á contarse cuentos, algunos graciosos, otros un tanto verdes, á pesar de la presencia de las damas, que no se ruborizaban ni mostraban enojo porque

en su presencia se trataran aquellas cosas. Con el sacerdote no se contaba, porque á esa hora roncaba imitando, una después de otra cosa, la llovizna sobre las milpas, el rezar de los fieles en la iglesia, el sonido de un fagot y el viento susurrando entre los árboles.

Alguien sacó una barajita y comenzamos á echar monte.

— Vénganse á la cargada.

— As y rey, tres y sota... Preciosos albures; apúntense.

— Aire; cuatro y rey. Rey que vino.

— Echeme un albur de tres y cuatro.

— Al enfermo lo que pida.

— Cuatro de oros puerta vieja.

— Caballo y seis...

— Vino el seis... No metan mano; el que meta mano, pierde la apuesta. ¿Verdad, señora?

— Lo que es Birján, que hasta logró despertar al señor cura... ¡Cómo no se habían de admitir apuestas de á medio! Sí, señor. ¿Conque medio á la sota y medio al as? ¿Corre?

— Puede...

— Sota de oros segunda moza. Vamos al otro...

— ¡Maldito cojo!

— As de bastos... Puerta, y se vienen al monte todas las apuestas... El señor cura saca la suya porque fué á la camonina... ¡Muy bien, señor cura!

— Hombre, ¿no saben un buen chiste? Se jugaba el otro día en un *arrastraderito* de México, cuando cayó Juan José Baz con su gente, y se llevó dinero, carpetas, barajas y hasta *puntos*. Uno de los jugadores se metió debajo de una cama; pero deseoso de saber qué fin había tenido el albur que estaba sobre el paño, salió preguntando:

— Por fin, ¿qué vino?

— Baz á la puerta y se llevó todas las apuestas.

Reíamos la gracia, cuando oímos en la azotea de la diligencia tres toques cuya significación sabíamos bien. Querían decir: «allí viene la *pela*.»

Llegó, en efecto, en forma de media docena de garroteros desarrapados, mechudos y sin arte de latrocinio Eran conservadores, según nos dijeron, y llevaban pretensiones modestas. Nada más solicitaban un préstamo de veinte pesos y pedían que se los diéramos, pues aquello serviría para defender la causa. El comerciante sacó la cuenta de lo que nos tocaba, hasta en reales y granos, echamos un guante y dejamos satisfechos á los pacíficos y honrados ladrones.

Todos hicimos buena cara menos la inglesa, que deseaba ver un asalto de esos en que hay muertos y heridos, y en que los ladrones cargan con las damas de la reunión.

A poco pudimos satisfacer los deseos de la *miss*.

Pasábamos una cañadita que llaman del Pedregoso;

todos dormíamos, porque la madrugada y el bochorno de la siesta nos hacían colgar el pico, cuando oímos casi á quemarropa varios tiros que salían de entre unos paredones.

— ¡Párense *ay, jijos...!*

— ¡Viva la libertad de los hombres!...

— ¡Viva la Constitución!

— ¡Azorríllense, desgraciados!...

Por riguroso turno fuimos saliendo de la caja rodante todos los que allí íbamos. Primero las señoras, luego el cura obeso, después el comerciante, el militar y yo.

Nos fueron registrando por turno, quitándonos cuanto llevábamos de dinero ó alhajas; luego buscaron en la cajuela del coche, en las valijas y en la vaca; después despeinaron á las señoras, abrieron los baúles, registraron bolsillos y escondrijos, y cuando nada les quedó por inquirir, tomaron de las prendas de ropa aquellas que más les cuadraron.

El rendido de Puebla trató de quebrantar el *azorrillamiento* y levantarse; pero la culata de un mosquete que se le estampó en los riñones, le quitó todo afán de movimiento. Una señora, que vió se llevaban su collar de oro de tres hilos, pidió misericordia, pero de nada le sirvió; de la petaca de alcanfor en que la alhaja venía, pasó á la chaqueta de cuero del capitán.

Que por cierto era trigueño, de buenos ojos, bien vestido y bien montado. También guapos, plateados y llenos de primores charros eran los otros bandidos, que llegaban en número hasta diez y seis.

Cuando hubieron esculcado bien se marcharon, prohibiéndonos voltear para ver el camino que tomaban, y haciendo sonar las herraduras de sus *cuacos* en dirección de un montecillo de mezquites que empezaba á la vera del camino.

Cuando sentimos alejarse el tropel, uno de nosotros, el más hábil, se desprendió de las ligaduras que lo sujetaban y soltó á los demás. Subimos al coche los bultos que los

ladrones nos habían dejado y seguimos á gran prisa, desempedrando calzadas y recorriendo pueblos tenebrosos.

Así comprobamos que es falso aquel evangelio chico de la tierra, que dice no hay camino más seguro que el que acaban de robar, porque á nosotros nos robaron hasta siete veces.

Pero si en la primera ocasión se conformaron con dinerito y en la segunda se llevaron armas y alhajas, en las otras fueron haciendo selección, y siguieron con la ropa fina, la corriente, el bastimento, nuestros trajes encapillados, el calzado y la ropa blanca... Los últimos, que nos vieron vestidos con elegantes trajes confeccionados con periódicos, nos cintarearon hasta dejarnos hechos una desgracia.

Quien se sintió complacida como nunca fué la escritora, que rellenó de notas sus cartapacios y alabó las gracias de los simpáticos pronunciados. Pero la maldita había salido *robable,* y apenas perdió un *plaid* escocés y unas chanclas de hule, prendas que unidas valdrían un peso ó dos.

CAPÍTULO XXIV

La Constitución según los autores

Cuando en el pueblo se extendió la nueva de que Juanito Pérez, hijo de don Andrés Pérez, estaba de visita en casa de sus hermanas, se hicieron los catálogos más extravagantes.

— Viene á recoger la herencia de don Avelino, que estaba podrido en pesos, dijo el boticario.

— No hay tal herencia, contestó el escribano, que había heredado el protocolo de mi padre; viene á negocios de política... Es uña y carne de Comonfort, que le sienta á su mesa diariamente.

— Viene á denunciar las haciendas del vínculo de Mazatepec, que tiene ahora el convento de San Francisco, agregó el administrador de rentas.

— Para mí, exclamó el cura... No sé; pero esa es mi idea; trata de pronunciarse por la *conserva*.

Desde el día siguiente empecé á hacer las visitas de cumplido, que eran de rigor, y á recoger datos para mi comisión.

He aquí un extracto de lo que mandé á don Ignacio, y que no difirió mucho de lo que recogí en otras partes:

«El señor cura, don Antonio Paz, hombre de buen sentido, sin grandes elevaciones, pero sin caídas inesperadas, regular teólogo, jurista apreciable, sujeto de buen humor y amante de la conciliación á causa de su barriga prominente y su aspecto beatífico:

«La Constitución no tiene más defecto que no servir; es como esas cajitas de laca china, curiosas, bien trabajadas, llenas de labores, pero en que no se puede meter alhajas porque no son seguras, ni dinero porque no cabe, ni nada, en fin, porque en nada se pueden emplear... Y además, hijo, eso de que se abran los ojos al pueblo sobre ciertas cosas, no es bueno, no puede ser bueno; convéncete de ello.»

— Pero usted, padre, juró la Constitución.

— Sí que la juré; pero no en lo que tuviera de ofensiva á las libertades de la Iglesia.

— Y cantó el *Te Deum* el día del juramento.

— Lo canté, es cierto; pero el himno ambrosiano no tenía más significación que ésta: «*Señor, te alabamos por*

haberse dictado la Constitución, si es que te resulta honra y gloria de ello.»

— ¿De manera que usted no sigue el parecer de sus cofrades Anaya, Campa y Victoria?

— ¡Qué voy á seguir, hombre! Yo sigo lo que mi prelado me manda, y nada más. Si él dispone que Constitución, Constitución habrá; si ordena otra cosa, otra cosa será.

Don Pedro Ruiz Gómez, comerciante del género erudito, hombre que había leído las *Palabras de un creyente, El mundo marcha* y *El Criterio,* personaje de altos vuelos que concluía siempre sus peroraciones con lo de «somos el pueblo predilecto de Dios, y Él no ha de permitir nada que ultraje su nombre:»

— No creo que la Constitución sea herética; no habría empezado invocando el nombre de Dios, ni se exigiría para observarse el juramento, que al fin es una ceremonia católica; pero, hombre, eso de no declararse cuál es la religión de Estado... porque, al fin, somos cristianos... El primer liberal fué Nuestro Señor, que dijo que todos éramos hermanos... ¿No le parece, Peritos?... Porque es la verdad; dígame si en el Evangelio no está lo de *libertad, igualdad y fraternidad,* que creyeron inventar los guillotinadores del noventa y tres... En cuanto á los bienes del clero, santo y muy bueno que le estiren un poco el mecate; es ya escandaloso lo que pasa... Y luego, las picardías de

los sacerdotes son tantas... Acuérdese de Alejandro VI y de Marozia y de la Papisa Juana... No lo digo por mí, que maldito lo que me he ganado con la desamortización... lo digo, porque es la verdad.

— Pues me habían dicho, don Pedro, que usted había denunciado el rancho de los Huajes.

— Sí, por empeños de mi compadre el señor cura denuncié esa garrilla de tierra; pero no vale la pena.

— Entendía que era una gran finca.

— ¡Qué gran finca va á ser, Juanito! veinte sitios, es cierto; pero puro monte, puro eriazo, casi nada de pan llevar... No hay una cuarta de tierra de riego... Eso necesita mucho dinero... Pero, en fin, es lo que yo digo; si el Señor no tuviera á México como su nación predilecta, ¿le habría dado esa riqueza en minas, en madera, en todo?

— Claro que no, amigo don Pedro.

Doña Sabina Martínez, rica hacendada, mayordoma de las fiestas á Nuestra Señora de los Dolores en ese año, organizadora de todas las funciones religiosas, y tirana de los peones en sus haciendas de caña, de maíz y de maguey:

— Ni me hables, Juanito, de tu *costitución;* esos señores diputados están locos ó tienen el diablo metido. ¡Dios nos tenga de su mano, porque á la mejor nos cae fuego del cielo! Bien me decía tu padrino don Crescencio To-

rres, cuando todavía estaba por aquí y no se le había metido á la niña lo del monjío: de los charlatanes de México no se puede esperar cosa buena, porque son fatuos é *inreligiosos* hasta que ya... Dime no más que querer quitarle á la Iglesia lo suyo... Y querer acabar los conventos... Dios nos tenga de su santísima mano y nos proteja...

— ¿Y qué dice usted de los que denuncian bienes?

— Que están malditos de Dios. Ese dinero tiene que ser *salado*, porque, dime tú, si lo bien habido se lo lleva el diablo, ¿qué sucederá con lo mal habido?

— ¿Lo dice usted por los señores eclesiásticos?

— No seas chancista, que bien me entiendes... Por eso tu padre no tomó ni un centavo de esas cosas; sabía muy bien que cogerlo y *amolarse* por toda la vida, es una misma cosa... Y sobre todo, yo no he de creer en *costituciones,* hasta que me lo mande la Iglesia, y he de seguir dando mi dinero para las pronuncias hasta que S. Ilma. me diga que no lo dé.

CAPÍTULO XXV

Estalla el conflicto

Tlaxochimaco, 3 de Mayo de 1857.

SEÑORA: Al llegar á este pueblo en que nací, mi primer cuidado es escribir á usted. ¿Qué más natural que consagrar mi primer pensamiento por escrito á quien tiene el monopolio de todos los míos, que llena mi vida y la completa?

No sabe usted cuán feliz me ha hecho al confesarme que me quiere un poco. Gracias, amada mía; gracias en nombre de todas mis dudas; gracias en nombre de todos mis dolores; gracias en nombre de todas mis penas; gracias en nombre de todas mis ilusiones. ¡Gracias, gracias!

Soy como el pobre *gambucino* que, errante en medio de la noche, enciende fuego en lo más agrio del monte,

y encuentra en los peñascos en que reclinó la cabeza, oro purísimo brotado al conjuro de la lumbre que llevaba. Así yo, errante y triste, apliqué el fuego de mi alma á la que juzgaba peña durísima, y brotó el oro oculto que yo buscaba, la veta rica que necesitaba para saciar mi avaricia de afectos y ternuras.

No vuelva usted á decir que no me ha de querer por ese pretexto de los años. El amor no es suma y resta de guarismos; es unión de voluntades, es compenetración de afectos, es simpatía de corazones.

¡Oh, y cómo ambicionaría que usted, en vez de ser la hermosa, la delicada, la incomparable mujer que es, tuviera sus ojos divinos sin pestañas; su tez de nieve, ajada y marchita; su cintura flexible y airosa, doblada y sin primor! ¿Dejaría por eso de poseer el ingenio soberano, la gracia ingenua y el arte exquisito que ahora posee?

Yo sabía que al fin lograría rendirla. Cuando el gran maestro en amores, el divino Dante, habló del

Amor ch'a nullo amato amar perdona,

dijo la verdad mayor. El amor es como el imán, que atrae el hierro que se encuentra en el fondo de las rocas; es la vida que llama á la vida oculta é ignorada, á la vida latente y sin empleo.

No sabe usted cuánto ansío verla; pero verla á solas, hablarla despacio, besar sus pies, aspirar su aliento, agradecerle, en fin, como debo, el favor que me hace otorgándome ese cariño que es el bien mayor á que podía aspirar, la recompensa más grande que podía darme después de una vida de abnegación y sacrificio.

Quiero hablarla á solas para que me repita de viva voz lo que en su carta me dice; para dejar de oir hablar de conspiraciones, de muertes, de pronunciamientos y de la maldita política. Quiero que me haga usted feliz y morir enseguida. Aquí donde tengo tantos afectos, donde me rodean tantas ternuras, donde me retienen tantos recuerdos, siento nada más que el deseo de ausentarme, de volar al lado de usted.

¡Cómo me duele ser tan obscuro, valer tan poco, poder ofrecerle tan sólo la insignificancia de mi persona! Ahora quisiera ejecutar algo grande, algo sonado, algo famoso que me diera nombre y á usted satisfacción. No sabe usted cuánto siento ser, en vez de un personaje ilustre, de un jefe de Estado, de un ser poderoso que dispusiera á su antojo de miles y miles de hombres, un pobre militarcillo sin nombre y sin valer.

Creo que á fines de esta semana, á más tardar, habré concluído mi comisión y podré regresar á esa. Entonces, de palabra, diré á usted cuánto la adora

J. P. DE LA LL.

México, 10 de Mayo de 1857.

Juan: Si usted sabía que acabaría por amarle, yo sabía algo más, y era que usted me querría y que yo había de quererlo. Ya ve usted si soy franca.

Me dirá usted: si tenía esa convicción, ¿por qué dejó que la quisiera y no me rechazó, puesto que creía que su deber y la conveniencia la alejaban de mí? Y si pensaba que debía quererme, ¿por qué no me lo dijo desde luego?

¡Ay, amigo mío! El corazón no entiende lógica ni álgebra, ni leyes codificadas ó sin codificar. Cuando le conocí, sentí simpatía por usted; pero mi simpatía era la que siente un maestro de vocación al ver á un arrapiezo despierto y entendido, demostrar buenas disposiciones para recibir la enseñanza.

Después, al ver á usted con esa habilidad para la vida, con esa lealtad innata, con esa bondad característica suya, conocí que, al mismo tiempo que maestra, sería discípula de usted, ya que tenía mucho que aprender de quien tenía la suprema habilidad, la habilidad de hacerse querer.

Ha triunfado usted, pues, aunque su triunfo no sea grande ni digno de envidia; pero, sea como fuere, aquí le aguardo, dispuesta, como dice, á hacerlo feliz, pero también á recibir la felicidad que usted me debe.

Hasta muy pronto.

ANARDA.

Al margen dos plecas negras, arriba un angelón con una faja que dice: *Requiescat in pace,* al pie un renglón de góticas que reza: *Tremendo acontecimiento;* y luego, con tipo de *atanasia,* esta relación:

«Un terrible acontecimiento, de esos que sólo ocurren en épocas como la presente, de relajamiento de todos los lazos y pérdida de todas las energías, acaba de sumir en el desconsuelo á una familia respetabilísima. Los jóvenes Pedro y Andrés Ruiz de Esparza, pertenecientes á la parte más selecta de nuestra sociedad, é hijos de padres distinguidísimos, han muerto en circunstancias verdaderamente trágicas.

»El joven Andrés, guiado por consejos de personas mal intencionadas, se había filiado en lo más exaltado del partido progresista, y aun contra el parecer de los señores sus padres, cuya severidad de principios es bien conocida, se alistó en las tropas liberales, en las cuales obtuvo bien pronto el grado de capitán.

»Su hermano Pedro, por el contrario, siguiendo la tradición de sus tíos, el marqués de Vivanco, el señor conde de Casa Heras Soto y otros varones que han dado lustre y honor á su patria, sentó plaza en el ejército que defiende las buenas ideas y los derechos é inmunidades del clero católico.

»Parecía difícil que los dos hermanos llegaran á encontrarse; pero es el caso que el veinte del actual, en un

pueblo llamado San Bartolo y con motivo del juramento de la Constitución, esa ley exótica que tantos males nos ha traído, el joven Pedro, capitaneando á los vecinos, se propuso impedir el acto que se preparaba.

»Apenas había empezado una escaramuza, cuando de improviso gentes del bando demagógico que á su vez dirigía el joven Andrés, salieron gritando mueras á la Iglesia y á los fueros.

»El resultado de la refriega, además de numerosos muertos y heridos, fué la muerte de Pedro, que quedó en

el campo atravesado por una bala certera de las tropas que mandaba su hermano; el joven Andrés cayó difunto en las orillas del lugar, presumiéndose que los suyos, deseosos de robarlo, le infirieron la herida que presentaba en el cráneo.

»Acontecimientos como éste desconsuelan en gran manera, pues demuestran que la desunión ha penetrado hasta el seno de familias tan antiguas y de principios tan arraigados como la que hoy se halla sumida en el dolor más acerbo. ¡Tristes y dañados frutos de las doctrinas que predican los apóstoles del error y la impiedad!

»Enviamos nuestro pésame al señor licenciado Ruiz de Esparza, nuestro respetable amigo, y á su digna y virtuosa compañera, haciéndolo extensivo á toda la familia herida con tan espantosos sucesos.»

(*Diario de Avisos,* correspondiente al 23 de Mayo de 1857).

Relación semejante de los hechos, y como comentario:

«Casos así debían abrir los ojos de esos hombres funestos, que empeñados en defender bienes terrenos, excitan las pasiones, introducen la división en las familias, quebrantan los lazos más sagrados y causan daños de inmensa trascendencia.

»Esos que ahora esgrimen á un tiempo el crucifijo y el mosquete, esos que gastan el dinero de la Iglesia en cruces coloradas y en anillos de plata, esos hombres son los autores de las muertes de los jóvenes Ruiz de Esparza.

»Bien sabemos cómo defenderán estas atrocidades los eternos sectarios del obscurantismo y la ignorancia; pero, sean cuales fueren sus argucias, ellas no podrán desva-

necer este hecho: han traído la desolación á una familia estimabilísima por el afán de poseer cosas que el primer liberal del mundo execró, diciendo que aquel que las tuviera no entraría al reino de su Padre celestial.

»Nos veremos, hijos de Loyola.»

(*El Monitor Republicano,* de la misma fecha).

«Ya pueden estar satisfechos Lázaro Ballesteros y su pandilla de curas ladrones é incendiarios. ¡Qué hazaña tan propia de ellos! ¡Qué honra para los discípulos de Pedro Arbués, de Torquemada y de Domingo de Guzmán! ¡Qué placer reproducir las hazañas del horrendo tribunal llamado *Inquisición!* ¡Qué gloria levantar sobre pedestales de cadáveres de hermanos el poderío que ambicionan! Así se obra, señores clericales; esa es la piedad que nos traéis.»

(*El Horóscopo,* periódico descamisado).

«Fácil nos sería hacer los comentarios á que el espantoso acontecimiento se presta, que en verdad no son pocos, ni favorables al bando conservador; pero, más que eso, preferimos asociarnos al dolor que embarga el ánimo del señor licenciado Ruiz de Esparza, nuestro particular amigo, y al de su bella, simpática é ingeniosa compañera.

»Ella, que en esa casa y en toda la sociedad mexicana representa la gracia, la elegancia, el talento y la bondad,

no debía hallar á su paso sino rosas, no debía sentir sino satisfacciones, no debía gozar sino placeres.

»Pero, ya que ha tenido la mala suerte de perder en un solo golpe á los dos pedazos de su corazón, á las dos criaturas que más amaba en el mundo, á los dos seres que más quería su alma sensible, no nos queda sino deplorar caso tan espantable, deseando á la señora y á toda su distinguida familia la resignación que tanto han menester.

»Paz á los difuntos, y lágrimas á los que quedan en el mundo para llorarlos.»

(*El Siglo XIX*, de 24 de Mayo de 1857).

México, 25 de Mayo de 1857.

Juan: Dios me ha castigado antes de lo que pensaba; yo, que no creía en el pecado, ó mejor dicho en las consecuencias del pecado; yo, que en mi sistema especial de penas, abolía el infierno y sólo conservaba el purgatorio como lugar de suave y callada expiación, en que se aguarda el paso á punto mejor, he tenido que convencerme de que el infierno existe y de que se puede trasladar á la tierra.

He desafiado á la Justicia Divina, he sido pecadora y relapsa, he arrojado flechas al cielo, y esas flechas me han

vuelto ensangrentadas. ¡Sirva esta angustia para desquitar aunque sea unas pocas de mis culpas!

Cuando me preparaba á pecar de nuevo, quizás á escandalizar á las gentes, después de inducir á usted á ofender á Dios, el cielo me advierte que no está sordo, que ni tarda, ni ovida, que soporta y tolera iniquidades no más hasta cierto punto; pero que, lleno el vaso, colmada la medida, el pecador es á manera del sarmiento seco que el labrador echa en el fuego.

Cuando con incitativo melindre me negaba á los deseos de usted, ¡qué dosis tan grande de coquetería, de perversión, de infamia y doblez había en mí! Era como serpiente que acecha á los pajarillos, como infame logrero que predica el desinterés cuando trata de robar más caudales y de ser más inexorable con sus víctimas.

Me he herido con mis propias armas, me he convencido á mi costa de que la ley moral tiene también sus fueros imposibles de violarse. ¡Bendito sea el Señor que me abre los ojos! ¡Quizás no sea demasiado tarde!

Como verá por los recortes de periódicos que le remito, nadie ha llegado á saber el verdadero motivo de la muerte de mis hijos; quizás este motivo permanezca oculto siempre, para que el nombre de mi desgraciado esposo no sirva de escándalo á las gentes.

Lea la carta de mi pobre Andrés y la mía, y devuélvamelas con el *propio* que lleva ésta, que es persona segura.

De hoy en adelante no más galas...

En cuanto á mí, no me busque, ni trate de hablarme ni de tener comunicación conmigo. Hoy visto el hábito de San Francisco, y espero no dejarlo nunca, pues con él se me ha de enterrar. Soy como aquel Santo de quien le hablaba, «que dió mucho escándalo al mundo con su vida»; quizás á mí, como á él, me perdone Dios los pecados que cometí contra su ley y contra la ley de los hombres.

De hoy en adelante no más galas, no más amistades mundanas, no más vanidades ni más apariencia. Voy á encerrarme en mi casa, á rezar y á pedir á Dios mucho por los muertos y un poco por mí. Él me ayude á llevar esta cruz con la resignación debida.

En cuanto á usted, perdóneme, se lo ruego, las ocasiones que le ofrecí de pecar; no está bien que con tan poca autoridad me ponga á dirigirle amonestaciones; pero sí que como persona que le ha tenido cariño, lo exhorte á considerar que no sabemos el día ni la hora en que nos visitará la adversidad, y que debemos estar prevenidos.

Muy de veras le aprecia

ANARDA.

---

30 de Abril de 1857.

Mi querida madre: Me hallo en el Estado mayor del general Moreno, á que me destinó el señor Comonfort.

Como se lo ofrecí, voy á escribirle largamente acerca de asuntos que nos tocan á los dos muy cerca... No, no solamente á los dos; también á mi hermano y á mi padre, también á la familia á que pertenecemos y á quien estamos obligados á guardar respeto, también á la sociedad en que vivimos, que quizás nos señale con el dedo.

Quería usted saber la causa porque de manera tan violenta me había arrimado á la bandera contraria de la que mi hermano defendía, y voy á satisfacerla plenamente.

¿Se acuerda usted de la edición de las *Noches* de Young que estaba dentro de un secreter de usted? Quizás usted no sepa que desapareció y que se halla en mi poder.

Registrando en meses pasados el mueble y buscando qué leer, me encontré, adheridas, las páginas 105 y 106.

Creí primero en un error de encuadernación, me figuré después que la paginación estaba alterada; pero pronto tuve ocasión de convencerme de que las dos hojas estaban pegadas de propósito y que había en ellas algo que sonaba como cuerpo extraño. Empleé muchos medios para separar las hojas; pero no cedieron sino rompiéndolas. En el interior me encontré la película metálica de un daguerreotipo, y una pareja retratada: ella, una mujer rubia, de grandes ojos azules, de talle delicadísimo; él, un hombre como de veinticinco años, también rubio, de hermosa fisonomía y de aire señoril. Grabado con punzón, el retrato llevaba este letrero:

Jorge á Anarda. Enero de 1833.

Pensé primero que aquello no tenía significación ninguna; pero no tardé en convencerme de que la joven retratada no era otra que usted, pues los principales rasgos de su fisonomía están allí. Mas ¿por qué estaba en compañía de un hombre que no era mi padre? No tardé en darme cuenta de la causa.

3 de Mayo de 1857.

Hablando pocos días después de mi descubrimiento con un amigo antiguo de la casa, se mencionaron las víctimas del cólera de treinta y tres, y el amigo me dijo:

—Entonces murió Albernale, que tan amigo fué de tus padres.

Tenía, pues, nombre y apellido del sujeto y la noticia de que había muerto; pero no me bastaba...

Me dí á buscar papeles, á registrar libros y cartas antiguos; pero el hombre se me evaporaba, no parecía por ninguna parte. Decidido á averiguar con más cautela, busqué periódicos de la época y me encontré con noticias de la muerte del hombre y hasta con una corona fúnebre escrita por sus amigos.

En unos versos, por cierto no del todo malos, hallé unas octavas en que se le compadecía por «haber bajado al reino de las sombras» cuando su amada le sonreía ofreciéndole el presente de su alma.

Allí hacía el poeta una transición y continuaba diciendo que más valía que el cuitado hubiera muerto, pues la estúpida sociedad le vedaba el goçe de la mujer á quien amaba.

Parecía, pues, indudable que ese hombre había sido amante de usted y que en público se había sabido ó por lo menos se había maliciado el caso.

5 de Mayo.

Si el caso se había comentado en público, si se había hablado de él como de tópico de conversación, indudablemente había sido motivo de disgusto entre mi padre y usted; pero ¿qué huellas materiales había dejado ese disgusto?

Mi padre, como usted sabe bien, tiene costumbre de apuntar todos los acontecimientos notables de su casa en un libro que lleva y guarda, de los que se llaman *libros de edades*.

Con trabajos conseguí la llave del armario en que el señor de la casa tiene sus papeles y me encontré con estas anotaciones.

«Día 8 de Enero de 1830. Hoy contraje matrimonio con doña Anarda... mi esposa y señora».

«Día 14 de Septiembre de 1831. Hoy á las cuatro de la madrugada, en esta casa número veintiuno de la calle de Donceles, vino al mundo mi primer hijo, que se llamará

Andrés Ruiz de Esparza. Parece que el niño está sano y completo y que vivirá. Llevará el nombre de mi padre y de mi abuelo, y ojalá los iguale y hasta los sobrepuje en virtudes y en entendimiento. Se bautizará mañana, y sus padrinos serán don Juan de Cárcamo y doña Manuela López, su mujer.»

Hay dos notas relativas á las niñas gemelas Justa y Pastora, muertas al nacer en 1832, y en 14 de Junio de 1833 una nueva razón:

«Nació hoy un niño que se llamará Pedro. ¡Dios haga bueno y dichoso á mi nuevo hijo!» Estas líneas estaban casi ilegibles porque sobre ellas se extendían muchas rayas gruesas y luego las palabras *no vale.*

Se interrumpía la foliatura y á la página diez y seis sólo había estas palabras:

«rcio que dictó el juez don José Guadalupe Covarru-

bias. Yo me he declarado el único culpable porque así convenía á mi honor. Guardaré conmigo á mi hijo para criarlo en la honradez y en el santo temor de Dios.»

Aquello era la luz para mí; pero mayor fué mi convencimiento cuando en el libro de cuentas de la casa, correspondiente á 1835, hallé diferentes partidas con estas denominaciones:

Al licenciado Anzorena para el pleito.

Pagado por honorarios á Anzorena.

A Anzorena para el juicio de div°.

Y después, en varios meses:

La pensión de doña Anarda, s/o del Juez.

Entregado á doña Anarda, d/o judicial.

Así, pues, no cabía duda que había habido entre usted y mi padre disentimientos gravísimos y pleitos judiciales que escandalizaron á la ciudad y dieron que decir á todo el mundo.

Yo recordaba haber oído hablar de esas cosas cuando era niño; tenía presentes, con la lucidez de mi memoria, que es présbita porque ve bien lo distante y no puede distinguir lo cercano, ciertos detalles que ahora compagino y reuno en un haz: la noche en que usted salió llorando de casa, una huerta en algún pueblo en que me llevaban cuando pequeño á saludarla á usted, los cuentos de mi nana en que figuraba la princesa que se había escapado de la casa del rey, «como tu mamacita chula.»

Cavilando, cavilando, empecé á hacer deducciones: en efecto, Pedro es de cabello rojo, de color blanco encendido, se aparta del tipo de la familia, del noble tipo de los Esparzas, que yo poseo tan acentuado. Aunque soy rubio, el matiz de mi pelo es más de español que de inglés; mis pensamientos, mis sentimientos, mis opiniones no son exóticos ni se apartan de lo que mis paisanos y contemporáneos creen y opinan, sino que se acomodan á ellos y los encuentran excelentes.

En cambio, Pedro ve con desdén nuestras cosas, de seguro porque late en él el espíritu de extranjerismo, de desprecio y de mala voluntad á lo mejicano. Y no sólo tiene esto, sino que también se complace en menospreciar á la familia de que forma parte indebidamente, como que circula en él sangre altiva y adversa á la nuestra.

12 de Mayo.

Mientras medito sobre esto, más me convenzo de que debe tener una solución segura, terrible y sin vacilaciones. Ignoro por qué mi padre llegaría á perdonar á usted, y aunque á mí no me toca juzgarla, sí me toca vengar la familia apartando para siempre á la piedra de escándalo, al intruso que ha tomado por asalto un lugar que no le corresponde, al ladrón que se ha instalado como dueño en donde no debía ser ni criado.

Siento que la naturaleza, que Dios, que la casualidad,

que todos tres me han investido con poderes para limpiar el campo de cizaña, para realizar la obra divina y justa de la venganza.

No debo decir nada á Pedro; debo meditar el golpe y obrar sin temores; sobre las consideraciones de humanidad y de amor están otras más altas: mantener la santidad del hogar, el respeto de las tradiciones, el recuerdo de que el deber es superior á todo.

Si para eso es necesario matar, mataré; si es preciso morir, moriré; pero mi idea se ha de llevar á cabo.

Hace tiempo que noto en mi hermano predilección por las opiniones conservadoras; esto solo ha bastado para que yo abrace las contrarias y me torne un furioso liberal. Y no es solamente que lo aborrezca: es que como execrador de la iniquidad, persigo también al inicuo donde quiera que esté y cualquiera que sea el carácter con que se disfrace.

Tengo la cabeza ardiendo y ya no sé lo que me digo; sólo le pido me perdone si en algo la ofendo y que comprenda la importancia de mi tarea.

Su hijo respetuoso

ANDRÉS RUIZ DE ESPARZA.

---

14 de Mayo de 1857.

Mi desgraciado hijo: tu carta, que acabo de recibir, me ha dejado verdaderamente espantada y transida de

dolor. Si no viera que estaba escrita en distintos días, llegaría á creer que lo habías pensado en un momento de locura: pero, ya que no puedo creer en tal cosa, prefiero hablarte con verdad, como debe hablar quien ha llorado y expiado una falta y está segura de tenerla prescripta ante Dios y ante los hombres.

Sí, he sido culpable, he pecado; pero si debo recibir castigo, no has de ser tú, mi hijo, quien me lo imponga. ¡Juez, vengador, enemigo, cuán poco cuadran estos nombres á un hijo, á un hermano, á un ser tan imperfecto y pequeño como tú!

Quise á sir Jorge é ignoro todavía si el haberlo querido es un mérito ó una falta—y hablo con arreglo á la moral grande, á la alta, á la verdadera.—Le quise antes de casarme, le quise ya casada, le quise vivo, le quise muerto y le querré siempre.

Todas esas sutilezas, todas esas especiosidades, tan sólidas á tu parecer, claudican por la base. Hay, en efecto, un hijo de sir Jorge en la familia; pero no es tu hermano Pedro, sino que eres tú.

Ahora, piensa si te conviene obrar como lo pretendes para estar prevenida. Es dura la revelación que te he hecho; pero la merecías por tu afán de ahondar cosas que no debías conocer. La ciencia se obtiene siempre á gran precio y yo habría deseado evitarte el de esta noticia; pero, puesto que tú lo has querido, sea así.

Te prohibo intentar cualquiera cosa contra tu hermano, y más seriamente te prohibo que sigas meditando acerca de un asunto que no te orillará sino á conclusiones absurdas.

Tu madre

ANARDA.

---

18 de Mayo de 1857.

Mi querida madre: Queriéndolo ó no, usted me ha herido de muerte. Me prohibe pensar en un asunto que hoy por hoy constituye mi empleo único, y, desgraciadamente, no puedo obedecerla.

¿Conque el bastardo, el usurpador, el intruso, el ladrón no es Pedro, sino que lo soy yo? ¿ó siéndolo yo, también lo es mi hermano? En verdad que no hay para encariñarse con la vida ni para dar gracias á Dios por habernos criado.

Mi resolución anterior era matar á Pedro; mi resolución actual, es morir. Sé dónde se encuentra acantonado con su tropa; uno de estos días le ataco de sorpresa y procuro matarle ó que me mate; así acabará ese estado de indecisión que es peor que mil muertes. ¿El bastardo es él? Pues que perezca. ¿Lo soy yo? Pues pereceré. Suyo

ANDRÉS.

CAPÍTULO XXVI

Papeles de Estado.—Correspondencia diplomática

De don José María Lafragua á don Manuel Payno.

Madrid, 29 de Mayo de 1857.

Señor don Manuel Payno.—México.

Mi querido don Manuel: Me tiene usted en la capital de las Españas, tras de recorrer más tierras que el Judío errante. Roma, París, Bruselas, La Haya, Madrid, por no mencionar sino las grandes capitales, han visto mis pasos. Casi me parezco á la paloma de Carpio, pues

he cruzado los montes y los ríos,
los mares tempestuosos y bravíos,
y llegado hasta el Lago de Sodoma!

Con el clásico me preguntará usted:

¿Et quod causam fuit Romam tibividendi?

Usted lo sabe bien; el deseo de arreglar la malhadada cuestión española, que hace tanto tiempo nos trae desvelados y en penas. Como si no tuviéramos bastante con la convención del empecatado Pacheco, vinieron á complicarlo todo los asesinatos de San Vicente y Chiconcagua, y la idea de que esas cosas se deben al bendito general Alvarez.

No sabe usted las dificultades con que caminamos y el exquisito tacto que se necesita para no cometer una trastada y lanzar al diablo la carga de miel.

Desde la Habana tuve noción de lo espinoso de mi encargo. El general Concha me recibió con cariño, me trató con amabilidad; pero no pudo ó no quiso aceptar nada de lo que nosotros creemos cierto y lo es.

La maldita idea de que en México hay un partido antiespañol, que está dispuesto á acabar con los gachupines pacíficos, no se la quita de la cabeza á estas gentes ni Dios en persona.

Imposible sería narrarle á usted mi tristísima odisea. Hablé con el marqués de Pidal, con Ríos Rosas, con tres ó cuatro personajes más, y todos erre que erre en que hemos de indemnizar á España por los asesinatos consabidos, sin aguardar investigación judicial ni trámite ninguno.

Don Antonio Ríos Rosas es un hombre moderado, de gran talento, de inmensa facundia, de suma habilidad

para comprender y dominarlo todo; pero en este asunto no admite concesiones, sino que pide guerra, guerra y más guerra, queriendo tal vez aumentar su popularidad y aparecer como patriota incorruptible. Había oído hablar de mí en términos favorables y deseaba conocerme; estuve á verle en su casa en compañía del bienaventurado Pacheco; me oyó con agrado, rebatió mis argumentos y nos separamos amigos, pero sin habernos entendido, como si yo hablara griego y él alemán. ¡Qué gran lástima!

Aquí nadie nos conoce, ni sabe quién somos, ni tiene idea de nuestra patria. Debe de ser cierto aquello que cuentan del general Almonte, que habiendo ocurrido á una recepción en París, la dueña de la casa le preguntó con toda galantería por qué no había llevado su traje nacional; como el general contestara que el que vestía era el que se usaba en México en las fiestas de la índole de aquélla, la señora le dijo con toda seriedad:

— Si me refiero al gran *chimalli* de plumas y al taparrabo que son característicos en su tierra...

Cuando oye usted por aquí hablar de México, de las gentes de México, de los negocios de México, llega á creer que se trata de algún país que ha visto mencionado en libros de viaje, pero no de su propia tierra.

El buen viejo Alvarez, que no pasa de ser un hombre lleno de candor y de entusiasmo, aparece aquí con las proporciones de un salvaje antropófago, capaz de meren-

darse á media humanidad, y á ese tenor se menciona á Pérez Hernández, á Barreto y Abascal, y ni siquiera se exceptúa á don Benito Haro.

Miguel de los Santos está de capa caída; nadie le ve, ni le busca, ni le visita, temeroso de contaminarse con él y resultar al día siguiente leproso y maldito. Pero él, que se ríe de todas estas exageraciones, me escribió ayer mismo un volante pidiéndome una cita, y el cual papel empezaba:

José María Lafragua

«El gafo Miguel de los Santos...»

Y concluía:

«De mi leprocería en Madrid, etc., etc.»

En la visita estuvo incisivo, mordaz, epigramático, lleno de gracia y de chiste. Resumiendo la situación me decía:

—No, amigo mío, no lo dude usted, estoy de más por aquí; adolezco de un gravísimo mal, que se llama vergüenza, y no hay médico que lo cure, porque los casos se dan en esta tierra cada cincuenta ó cien años.

Sólo en un instante conocí que dejaba su máscara de escéptico y cogía su faz de hombre, y fué cuando le recordé los ataques de su amigo Pastor Díaz, á quien al parecer ama mucho.

Muy cordialmente saluda á usted, lo mismo que á los demás amigos; yo á ellos y á usted les envío un abrazo muy apretado.

JOSÉ MARÍA LAFRAGUA.

Del mismo al mismo.

Madrid, á 10 de Agosto de 1857.

Mi siempre querido don Manuel: Le escribo ésta para avisarle que hoy ó mañana á más tardar salgo de aquí para Francia, después de convencerme de que no es posible terminar este asunto y de que eché el viaje del vidriero.

El marqués de Pidal sigue en sus trece, yo sigo en mis catorce, y uno y otro estamos incapacitados para entendernos. Ayer insistí por última vez en mis pretensiones, y por última vez me declaró que no había más medio que, ó contemporizar con las demandas españolas, ó ir desde luego á la guerra.

Él abriga la esperanza de un cambio posible de Gobierno en México, y aun me esbozó ayer claramente su

idea; pero se la rebatí haciéndole presente que aunque consideraba fuerte y estable á la administración actual, dado el caso, para mí inverosímil, de un cambio que llevara al Gobierno á un partido amigo de España, y capaz de transigir con todas sus pretensiones, absolutamente nada ganaría el Gobierno español, pues vendría una revolución que arrebataría al bando triunfante momentáneamente, las dos fronteras y los estados de occidente, y que introduciría un desorden tal en todo el resto, que no sería posible tener con quién tratar.

Mucho tengo que contarle de nuestro ídolo, el divino tuerto Bretón, que haciendo á un lado murrias y cansancios de político desengañado y de poeta que no se juzga suficientemente aplaudido, me visitó con amabilidad y cariño que mucho le agradezco.

Dejo de escribirle, porque no quiero que el mozo de cordel que está haciendo mis maletas, piense que alargo de propósito la carta por no salir de Madrid (Véase Juan de Padilla). Quizás tengamos guerra; pero lo cierto es que, después de haber hecho todo lo posible por impedirla, bien puede ser que nos sirva como derivativo de otras dolencias que se hallan latentes ó han estallado ya. Ante el enemigo extranjero nos uniremos todos,

Y el Señor nos dará compadecido
La mano y calmará nuestros enojos,

Y á nuestro ruego inclinará su oído
Y el llanto secará de nuestros ojos,

como dice nuestro Arango.

Vale et me ama,

LAFRAGUA.

De don Manuel Payno á don José María Lafragua.

Tacubaya, 16 de Noviembre de 1857.

Mi siempre querido don Pepe: No extrañe que no haya dado oportuna respuesta á sus gratísimas del mes de Agosto; ya sabe que en estos malditos potros de tormento, que se apellidan puestos públicos, el hombre no se pertenece á sí mismo ni pertenece á nadie más que á esa cáfila de gentes hambrientas que se llaman viudas, pensionistas, militares y empleados, que atentan de continuo contra la vida del que vive

A un triste cargo atado,

como dijo quien lo sabía.

Ahora podré corresponderme más frecuentemente con usted, pues hace unos cuantos días dejé el Ministerio de Hacienda, á causa de una terrible inflamación de ojos que me tiene verdaderamente afligido. Ortega dice que blefaritis granulosa; Castaño, que queratitis marginal; otros,

que conjuntivitis: no sé; pero ello es que estoy dado á los malos.

Mi renuncia me ha enajenado la amistad de don Ignacio: nada menos ayer, en respuesta al oficio que envié, recibí otro del señor Fuente, ministro de Relaciones, y junta venía una carta de Comonfort, en que declara terminadas las ligas de amistad y las políticas que nos habían unido. ¡Cómo ha de ser! Usted sabe cuánto quería al jefe, y ésta, que yo reputo inconsecuencia, no ha de alterar en nada la amistad y la admiración que le profeso.

Estoy como niño con zapatos nuevos, aguardando lo que usted escriba de sus impresiones de viaje por esas Europas de Dios.

¡Cuánta doctrina al afluente labio

le suministrarán esas ciudades asombro del mundo que usted visita ahora! Usted me conoce y sabe bien que, como escritor, soy de lo más desmayado y falto de imaginación que pueda hallarse, y, sin embargo, creo que mis *Impresiones de viaje por Inglaterra y Escocia* es de lo menos malo que ha salido de mi pecadora pluma.

Ya sé que el gabinete español

Miró al soslayo, fuese y no hubo nada;

casi lo siento, pues como usted, creo que una guerra extranjera habría servido para apartar la atención de las

cuestiones de momento y para emplear fructuosamente el afán de *combatividad* que nos llena. Pero á lo hecho pecho, y no hay más que apechugar con lo que venga.

Sabrá usted que Juan José ya no es gobernador. Desde el descubrimiento de la conspiración del Puente de Alvarado, en que hizo barrer las calles á militares antiguos y prestigiados y en que abofeteó públicamente al general Herrán, se recrudeció más y más el desacuerdo entre él y Comonfort.

Aprovechando la elección de Baz para diputado al Congreso de la Unión, le obligó á tomar posesión del puesto, y como no podía seguir con el Gobierno, se propuso nombrar gobernador. Usted sabe el grande aprecio que profeso á Juan José y mi deseo de complacerle; insté al señor Comonfort para que aplazara la medida, le constreñí á tener una entrevista á solas con el gobernador, y me figuré todo concluído. No fué así; la entrevista, á que sólo asistió Guillermo Prieto, sirvió para agriar los ánimos aún más de lo que estaban; Baz se exaltó; el Presidente, con la templanza de siempre, pero con una energía que es rara en él, insistió en su determinación, y aquí tiene usted á los dos hombres declarados enemigos y al partido liberal en completa excisión.

Usted presumirá cuál es la situación de la República; los conservadores extreman su actitud de enojo y disgusto, los liberales comprenden que no pueden gobernar con la

Constitución, y el público que trabaja, que sufre y ve que todos sus sacrificios fueron estériles, se pregunta qué fin van á tener estas cosas, pues en verdad que la cuerda no puede distenderse un momento más.

Dice Guillermo Prieto que los profetas se dividen en mayores y menores, siendo mayores los que aciertan algunas veces, y menores los que no atinan ninguna. Pues bien, merecería yo que usted me llamara profeta mínimo si no se realizara lo que voy á decirle: no pasarán dos meses sin que nos veamos envueltos en una revolución, que por su importancia eclipse á todas las que hemos tenido.

¡Dichoso usted que no padecerá odios ni persecuciones en aquellos países en que ahora vive, y desgraciados nosotros que estamos expuestos á cuanto pueda sobrevenir!

De todo le tendrá al corriente su amigo

M. Payno.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, 18 de Noviembre de 1857.

Mi bien querido don Pepe: Novedad tenemos; mis previsiones se realizan, y parece que antes del plazo que le indicaba en mi anterior, tendremos aquí la gorda bien

armada. Más vale así; al mal paso darle prisa, y si se puede evitar que corra la sangre y se alarme la República, mucho mejor. Pero procedamos con orden, como dije en *El Fistol del Diablo.*

Anteayer estuvo á verme el compadre Ajuria, que sigue como nunca amigo del señor Comonfort; vino con pretexto de informarse de mi salud, y saber la causa por que no se habían pagado unos certificados de Tampico. Ya con el sombrero en la mano (usted sabe que hay gentes que dejan el asunto de la carta para la postdata) me preguntó con aparente despego y como quien dice lo más natural del mundo:

— Y diga, don Manuel, ¿á qué obedece su separación del Ministerio?

Le dí la razón única que había, la de mi enfermedad, y manifestándose incrédulo el viejo marrullero, continuó:

— ¿Pero, en efecto, no hay más que eso? Porque mi compadre lo atribuye todo á malevolencia de usted, y en vez de pensar que esté enfermo de los ojos, se figura que ve usted mejor que nunca.

— Le doy mi palabra que no existe otra causa.

— Pues en ese caso es lamentable que dos tan buenos amigos continúen separados. ¿Qué le parecería tener una conferencia con el Presidente y después una explicación acerca de los sucesos?

— Yo no rehuso explicación con nadie; pero usted

comprende que, siendo el ofendido, porque don Ignacio acabó conmigo sus amistades de golpe y porrazo, no debo buscar el arreglo ni provocar la entrevista.

— No, claro que no; usted no sería quien buscara á Nacho; él le buscaría á usted, y si me autoriza, me comprometo á traerle á esta casa mañana mismo.

D. Manuel Payno

—Esta casa es de mis amigos y está á la orden de usted.

—Bien, don Manuel; pues mañana á las nueve vendrá el Presidente. ¿Le aguardará usted?

—Sí, señor, le aguardaré.

Entonces concebí un plan: llamar á Baz, hacer que tomara parte en la entrevista, reconciliarlo con el Presidente y concluir esta situación anómala.

Antes de las nueve paraba en mi casa el coche del señor Comonfort. Salí á la puerta con Juan José, nos saludamos y quedamos en reunirnos en el Palacio arzobispal dentro de pocos minutos.

—¿Ha probado bien el agua...?

Las habitaciones del Presidente están solas ahora; el ala contraria la ocupa la familia del general Zuloaga, y los bajos una brigada de línea, de cosa de dos mil hombres.

Los generales Zuloaga y don José de la Parra se unieron á Baz y á mí, y llegamos juntos hasta la antecámara verde, donde usted sabe despacha el señor Comonfort.

Después de saludar á todos, el Presidente me llamó aparte, pasando á la pieza cercana.

Comonfort estaba perplejo; se levantaba del asiento, se volvía á sentar, sacó un cigarrillo (su gran recurso), lo fumó, se le desbarató, volvió á torcerlo, pero entonces se le cayó la lumbre; cogió otro, lo encendió de nuevo, y al fin rompió á hablar como quien no encuentra la frase que busca, el pretexto que necesita, la oportunidad que juzga propicia.

Por último, cariñosamente y en tono de chanza, me dijo (1):

— ¿Ha probado bien el agua que mandó á usted para los ojos la esposa de Lamberg?

— La esposa de Lamberg no me ha mandado ninguna agua.

— Vamos, ¿de veras que nada ha tenido usted que ver con la esposa de Lamberg?

(1) Los diálogos que siguen son auténticos.

— Una sola vez la he visto, y quizás no la conocería ahora mismo si la viese.

— Y á Lamberg, ¿le ha escrito usted?

— Creo que hace una semana le escribí con Malagamba, que es su comisario.

— ¿Y nada de particular le ha dicho usted?

— Nada más que lo relativo á sus cuentas y envío de dinero para socorrer la brigada de mil seiscientos hombres que está mandando en Toluca por comisión de usted.

— ¿Conque de veras, insistió el señor Comonfort, ninguna carta sobre política ha escrito usted á Lamberg por conducto de su señora?

— Ni lo he pensado.

Comonfort vió sin duda en mi semblante, que no está acostumbrado al disimulo, que yo le decía la verdad.

— ¡Qué gente tan infame hay en este país! Han falsificado entonces la firma de usted.

— ¿Cómo? Explíquemelo usted.

— Vea usted lo que ha pasado. El confesor de la esposa de Lamberg, valiéndose de la influencia que ejerce sobre ella, la ha obligado á que haga un viaje á Toluca, llevando una carta en que aconseja usted á Lamberg que se pronuncie y le ofrece recursos. Lamberg, en un momento de cólera, ha querido matar á su mujer, y me ha remitido la carta.

Expresé al señor Comonfort mi sorpresa por tal noticia,

y le dí el justo sentimiento de que hubiese, por un momento, podido pensar que era yo capaz de faltar de esa manera á la amistad.

— Créame usted, me dijo, tiene usted muchos enemigos, y como ese maldito chisme vino en momentos en que usted con tanta tenacidad renunció el Ministerio, francamente creí que este paso lo había dado para estar libre y no tener compromiso alguno; pero veo que todo ha sido una maldad, y estoy satisfecho de usted.

En esto me estrechó la mano, no sólo con afecto, sino con ternura; encendimos otro cigarro y continuamos hablando generalidades, me parece que acerca del mal estado que guardaba el país.

Comonfort se sintió, bien se le conocía, como aligerado de un gran peso; estaba contento, porque todos aquellos fantasmas que se había imaginado y que creía iban á devorarle, resultaban tan inconsistentes como de niebla ó de humo.

Abrió la puerta y vimos entonces á Zuloaga arrellanado dormitando en un sillón; á Baz, dando nervioso vueltas y más vueltas, por la habitación, con las manos en los bolsillos y con un aspecto tal de aburrimiento y cansancio, que se conocía le faltaban minutos para estallar, y al general Parra viendo con suma curiosidad, como si fuera la primera vez que los miraba, los cuadros que decoraban el aposento.

Pasaron Baz y Zuloaga, Parra se retiró, todos nos instalamos y al fin Comonfort, con una pierna sobre la mesa, el codo sobre la rodilla, la barba sobre la mano y en la mano el cigarrillo, empezó la segunda parte de las investigaciones.

— Conque vamos á ver, nos interpeló, ¿qué tenemos de revolución? ¿cuáles son los planes de ustedes? ¿con qué elementos se cuenta?

Todos nos quedamos silenciosos y observándonos, como temerosos de que el vecino tuviera su plan y nada hubiera comunicado á los otros. Zuloaga, con su criterio de soldado remolón, debe de haber pensado: «Estos licenciados no me la dan; ya tienen seducida á la tropa». Baz y yo nos decíamos: «Zuloaga á la puerta, cuartelazo á la vuelta; todo debe de estar ya listo y dispuesto para escabechar á la infeliz Constitución». Por otra parte, aunque yo no tenía plan ninguno ni creía que se necesitara, sentía ajada mi dignidad de revolucionario en ciernes y de hombre temible en potencia si confesaba que no contaba ni con un planecillo de tres al cuarto; cuando estábamos allí, no era cosa de que nos presentáramos como cualesquiera infelices, incapaces de urdir una mediana revolución.

Me acomodé, pues, en mi silla, y tomé la palabra con énfasis:

— Plan, lo que es propiamente un plan, no hay nin-

guno: hemos hablado únicamente de lo que todos dicen respecto de la actitud del Gobierno; pero aquí están el señor Zuloaga, que puede decir á usted lo que pasa en la tropa, y Juan José, que, con la franqueza que acostumbra, dirá á usted lo que piensa.

— Pues, señor Presidente, dijo Juan José Baz, apenas acabé de hablar, es inútil que yo diga á usted que mis ideas son absolutas; que soy, desde años atrás, un partidario ciego de las reformas; en mi opinión, no deben existir los frailes, pues pasó su época; el clero no ha de tener bienes, sino que deben dedicarse para la dotación de los curatos; á las monjas debe dárseles lo que puso cada una de dote, reducirlas á uno ó dos conventos y cerrar los noviciados de ambos sexos; en una palabra, no debe tolerarse que en una república existan fueros, ni jerarquías, ni distinciones, ni tampoco monopolios ni estancos.

De todas maneras, he manifestado á usted mis ideas en los puestos que he desempeñado, y usted y todo el mundo las sabe bien; pero no se trata de eso, sino de hablar como habla un hombre de Estado. Las preocupaciones de la multitud ignorante están en contra de muchas de estas reformas, y sólo con el tiempo pueden irse planteando; y así, aunque como partidario pienso como he dicho, como persona que pudiera influir de una manera decisiva, tendría que prescindir algo de mis ideas y tran-

sigir con el clero, que en el confesonario, en el púlpito y de cuantas maneras puede, hace sin tregua la guerra al Gobierno.

Zuloaga estaba embobado oyendo aquel discurso, y se maravillaba de que el gobernador del Distrito, á quien creía intransigente, estuviera dispuesto á hacer concesiones al clero. Comonfort veía el cielo abierto; no se daba cuenta de si era Baz ó un ángel que hablaba por su boca quien decía aquellas cosas llenas de discreción, de orden y de entusiasmo y que él había pensado tantas veces.

—Ahora diré algo sobre la Constitución, prosiguió Baz; la Constitución, como no he tenido embarazo en decirlo públicamente, es de tal naturaleza, que no se puede gobernar con ella. Si se trata de seguir el camino del progreso y de las reformas, tiene tales trabas y tales inconvenientes, que es imposible que el ejecutivo pueda marchar, pues para todo tiene las manos atadas. Si, por el contrario, hay necesidad de hacer algunas concesiones al partido que durante dos años ha combatido al gobierno de Ayutla, tampoco se puede, porque ya ha elevado á preceptos constitucionales varias de las leyes contra las cuales han protestado los obispos; así, por cualquier camino que deba marcharse, la Constitución es un estorbo, y no hay otro remedio sino hacerla á un lado, y, como paso necesario, quitar también al Congreso.

Comonfort no salía de su estupefacción. Aprobaba incesantemente con la cabeza y nos miraba de reojo, como preguntándonos: «¿Qué tal? ¿Ven ustedes cómo no eran sólo aprensiones mías los temores y las dudas que tantas veces les hice presentes? ¿Ven cómo hasta el jefe de los rojos, el comandante de la Guardia nacional del Distrito, opina como yo y me sigue? ¿No hablaban ustedes de debilidades y de contemporizaciones mías? ¿No decían que estaba en connivencia con los conservadores y que iba á destruir lo que había hecho en la época de Ayutla?»

Zuloaga, con un dedo en la boca y la cabeza inclinada hacia el suelo, meditaba ó fingía meditar; yo devoraba á Juan José con los ojos, y hubiera querido ser taquígrafo para captar palabra por palabra aquel chorro de elocuencia que salía por la boca del ilustre demagogo.

Don Ignacio se levantó del sillón en que estaba sentado, encendió otro cigarrillo, dió tres chupetes, lo tiró y preguntó á Baz:

—¿Y qué opina usted de las últimas leyes?

—En cuanto á la ley de fueros, no hay ni que hablar de ella: está averiguado y probado hasta la evidencia que es una concesión de la ley civil; así, la misma autoridad civil puede retirarla ó modificarla, sin que esto tenga nada que ver con la religión ó con el dogma.

Respecto á la de obvenciones parroquiales, desde el

primer día que se publicó he manifestado mi oposición á ella, fundado en que en substancia equivale á dejar indotados los curatos, echándose el Gobierno la odiosidad de todo el bajo clero. En cuanto á la ley de 25 de Junio, llamada de desamortización, creo que derogarla es imposible, porque hay muchos intereses comprometidos, ventas, segundas ventas, casas reedificadas y hasta hechas de nuevo; pero, á pesar de todo esto, creo que debe modificarse, haciendo también en este punto una transacción con el clero, porque ya se ha llegado hasta donde podía llegarse.

En seguida me interrogó el Presidente acerca de los recursos con que se pudiera contar.

—Francamente debo manifestar á usted, le dije, que estamos en una situación, que no sé cómo podrá marchar el Gobierno. A pesar de las facultades extraordinarias, es tal la desconfianza, que no se ha podido obtener un solo peso, con todo y las activas diligencias que he hecho. La única esperanza que teníamos, era la de poder hacer algún arreglo conveniente y honroso con los Estados Unidos; pero, según las últimas cartas que he recibido de Robles, la espantosa crisis monetaria que hay en las principales plazas, impide todo arreglo y quita toda esperanza de que se pudiera hacer alguna combinación que produjese recursos sobre el tránsito del Istmo de Tehuantepec.

—¿Y piensa usted que se pueda sacar algún provecho de la ley de veinticinco de Junio? me preguntó.

—Usted sabe, le contesté, que yo desde el principio he opinado en contra de la ley de veinticinco de Junio, y, aunque sin ponerlo por condición, esta segunda vez que entré al Ministerio de Hacienda, tenía intención de derogarla; pero registrando los expedientes y examinando los antecedentes, me he encontrado con un cúmulo de dificultades tan invencibles, que creo lo mismo que el señor Baz, que es imposible su derogación. Si se trata de hacerle alguna modificación, creo que en el estado en que se hallan las cosas con el clero, es ya imposible todo avenimiento y transacción.

—¿Conque es decir, exclamó el señor Comonfort, que no tenemos recurso alguno?

—Así lo creo yo, le respondí, y, además de mi enfermedad, este fué el motivo que me obligó á renunciar.

—¿Y qué dice usted de la Constitución?

—Ya le he manifestado á usted mi modo de pensar: creo que no puede usted gobernar con ella, porque quizá tiene más facultades el jefe de una oficina que el jefe del ejecutivo. Si yo estuviese en lugar de usted, renunciaría la presidencia, porque de lo contrario va á verse envuelto en dificultades de que no sé cómo saldrá.

Zuloaga no había desplegado los labios. Comonfort le interrogó:

— Y bien, compadre, ¿qué opina usted?

— Lo que yo puedo decir á usted, respondió Zuloaga, es que he tenido que vivir aquí, por cuidar muy de cerca á la brigada: los soldados están muy disgustados, y la verdad, les puede mucho que no los entierren en sagrado ni les den los auxilios espirituales á la hora de su muerte. Yo le puedo responder á usted de mí y de la mayor parte de mis oficiales; pero temo que, la noche menos pensada, Miramón y Osollos nos hagan pronunciar á la tropa, porque no descansan y vienen en persona al Arzobispado. De la Constitución digo lo mismo que estos señores: que es imposible seguir así.

D. Félix Zuloaga

— Bien, dijo Comonfort, levantándose en parte tranquilo y sereno, en parte preocupado y lleno de mortificación; yo veo que tenemos encima una tormenta deshecha, y es preciso adoptar un camino; pero no basta conocer el

mal, vamos á examinar con calma los elementos qué tenemos. Verdad es que diariamente recibo multitud de cartas de los Estados, diciéndome que no se puede marchar con la Constitución; pero no vayamos á equivocarnos. Veamos: en primer lugar es necesario contar con Veracruz; este es el punto más importante de la República, no sólo por sus recursos, sino porque es una plaza fortificada y que tiene gente activa. No nos hagamos ilusiones; en Veracruz la mayor parte de las gentes son liberales. En segundo lugar, el interior; Doblado tiene una importancia que ustedes no se pueden ni aun figurar; además de que es un hombre listo y atrevido, y cuenta con un pie de fuerza muy bien organizado, tiene la llave del interior, y por donde vaya Doblado, por allí irán Zacatecas, Aguascalientes y quizá Jalisco. En tercer lugar, el Distrito; la Guardia nacional está en manos de los puros, y no es muy fácil que todos convengan en un cambio. Tenemos además que contar con Parrodi; pero, á juzgar por el sentido de sus cartas, será fácil que todo lo allanemos. Conque veamos cómo se pueden vencer estas dificultades.

— De Veracruz y de la Guardia nacional del Distrito, yo le respondo á usted, dijo Baz, con tal de que la revolución se haga sin darle el triunfo absoluto al clero. Zamora y yo estuvimos juntos en Europa cuando nos detuvo Santa Anna, y creo que nadie como yo puede influir con él; conozco su carácter y le sé el modo; en una palabra, yo

iré personalmente á Veracruz y todo lo allanaré; pero ustedes escribirán á Ramón Iglesias, á Ituarte y á otras personas. Llave puede tener sus dificultades; pero también creo que podré vencerlas.

— Pues es menester no equivocarse, dijo el señor Comonfort; sin Veracruz y sin Doblado, no puede hacerse nada. Para Doblado, el más influyente es don Manuel Siliceo; yo le hablaré y él marchará á Guanajuato. ¿Y Huerta? ¿Quién se encarga de Huerta?

— A Huerta me lo dejan á mí, dijo el general Zuloaga; me aprecia mucho, y estoy seguro de que escribiéndole yo, entrará por lo que hagamos.

— Para que hable con Parrodi, es conveniente que vaya don Antonio García y le imponga detenidamente del estado que guardamos. Creo que por ese lado no tendremos dificultades, dijo el Presidente. Vamos, ¿y usted qué elementos tiene? continuó dirigiéndose á mí.

— Yo, en verdad, ningunos. Podré hablar á uno que otro jefe de Guardia nacional, escribiré á Parrodi y á Morett, y sobre todo á Veracruz, que es donde tengo más relaciones.

— ¿Y qué me dice usted de la tropa, compadre? preguntó al general Zuloaga.

— De la brigada puedo responder, y quizá de la de Echeagaray también; pero todo eso lo creo muy fácil, porque la tropa no hará sino lo que usted quiera. Rojo y

Menocal, que están en Morelia, aun cuando Huerta se opusiera, seguirían la suerte de sus compañeros.

—¿Y cómo cree usted que recibirían los puros un cambio? preguntó Comonfort á Baz.

— Si es en sentido reaccionario, mal; pero si es un cambio de la manera que hemos indicado, creo que lo recibirían bien. Yo no puedo responder del partido puro de toda la República, porque sabe usted que no reconoce jefe alguno; pero sí de los amigos que tengo en México. A del Río no hay que decirle por ahora nada, sino más adelante; á Miguel López y á otros jefes, nadie mejor que usted puede hablarles.

— Pues bien, dijo Comonfort, mis amigos me hablan contra la Constitución de 1857, y veo en esto conformes á los hombres de todos los partidos; así, no me empeño en sostenerla; pero es menester explorar el modo de pensar de toda la nación: si ella es contraria á la Constitución, no hay que imponérsela; pero si los hombres influyentes creen que debe sostenerse, yo la sostendré á todo trance, ó, en último caso, presentaré mi renuncia al Congreso.

Y aquí me tiene usted convertido en un conspirador temible, y aquí tiene cómo mi dolencia de ojos, que me había apartado del Ministerio de Hacienda, me vuelve á él, y convertido nada menos que en un miembro del Consejo de los Diez. ¡Vivir para ver!

Cosa de las tres de la madrugada que terminó la confe-

rencia, el señor Comonfort y Baz se ciñeron sus *revólvers* y se volvieron á México en el coche de Palacio, admitiendo á muchas instancias unos cuantos dragones para que les escoltaran hasta la capital.

Yo me retiré á casa á dormir, cosa que me imagino hará usted desde largo rato, pues no es posible aguantar de otro modo la lectura de la sierpe interminable que le envía su amigo

PAYNO.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, á 20 de Noviembre de 1857.

Mi querido don Pepe: como me lo tenía anunciado Pancho Ortega, mi afección de los ojos se ha exacerbado en estos días á causa del excesivo trabajo, y me he visto obligado á tomar un escribiente de absoluta reserva; esa es la causa de que la presente esté encomendada al brazo seglar, ó mejor á la mano cariñosa del señor capitán La Llana, que el señor Comonfort me ha enviado para ayudarme.

Me he pasado estos días escribiendo á Morett, á don José Luis Ituarte á Veracruz, al general Parrodi á Guadalajara, á don Manuel Montellano á Tampico y al general Echeagaray á Puebla. ¡Ya es escribir!

¿Que qué digo á esos señores? Les exhorto á secundar nuestro movimiento, les participo la resolución inquebrantable del señor Comonfort de renunciar la Presidencia, les hago ver la posibilidad de una reacción santanista y les pondero la desorganización en que caerá el país si no se unen todos los elementos de orden y moralidad. Por supuesto que yo no creo muchas de esas cosas; pero como él les da asenso á pie juntillas y hay que hacer valer la retórica, las empleo con más ó menos variación en las palabras.

También Zuloaga ha escrito largo y tendido. Ayer, nada menos, se me presentó con una carta dirigida á don Epitacio Huerta, y se empeñó en que pusiera yo unas cuantas líneas al pie de su prosa. Le dije, como es la verdad, que Huerta es para mí punto menos que un desconocido, y que mi recomendación de nada serviría; pero me lo rogó nuevamente, y entonces escribí, á manera de postdata, estas ó parecidas palabras: «Mi muy apreciable señor Huerta: El señor general Zuloaga escribe á usted de asuntos importantes que yo le recomiendo mucho, reservándome para otra vez escribirle más largo. Soy su atento, etc.»

Ya ve usted que si el hombre ha de decidirse, no ha de ser ciertamente por esos renglones descoloridos y sin verdad.

Doblado está aquí, de vuelta de la sierra de Querétaro;

no sé si le llamarían Comonfort, Siliceo ó ambos. Parece que el pastel ya está en grado de cocimiento, y que no tardaremos en verlo servido á la mesa, evitando así un zipizape de ochenta mil demonios.

No quiero abusar de la condescendencia del amigo La Llana, que ha pasado toda la tarde y toda la noche sobre el bufete, y por eso no le escribo más largo. Mañana tendrá usted la continuación de estas cosas.

Suyo

PAYNO.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, á 28 de Noviembre de 1857.

Mi querido don José: Ya empiezan á llegar las respuestas de los Estados, y casi todas son favorables.

Ramón Iglesias ha enviado á Esteva un papelito que dice:

«Por el extraordinario escribo á don Ignacio y le pido instrucciones, pues sabe que antes que todo soy suyo. He visto á Baz y nada hemos hablado, porque no me ha sido posible; me dijo que venía á verme, y de lo que ocurra tendré á usted al tanto.

»De usted como siempre. — *R. I.*»

Hoy recibí de Puebla este parte telegráfico:

«Señor don Manuel Payno: Las libranzas del señor

Barreiro serán admitidas por mí si el Presidente las gira. — *M. M. de Echeagaray.*»

También hoy me llegó carta de Parrodi. Nada de particular, pues toda se reduce á pedidos de dinero para sus tropas y á pintarme la triste situación financiera de Jalisco. No hay más referencia á mi carta del 22, que una nota de su propia letra:

«Aumento. — Espero al enviado de ustedes para que me comunique los asuntos que me indica, *y esté usted seguro de que los ayudaré con lo poco que pueda.*»

30 de Noviembre.

Ayer tuve carta de Morett. Dice quedar entendido de todo y que ya escribe á Zuloaga.

Baz me dice por telegrama:

«La libranza está aceptada; pero quieren los aceptantes que sea bajo las condiciones de cincuenta y cinco por ciento, excluyendo expresamente á los acreedores privilegiados de primera clase, de todo participio y presentación.»

Lo cual en romance quiere decir, que Veracruz está conforme con el movimiento proyectado si es en sentido liberal y si se excluye de los puestos del Gobierno á los conservadores netos y con más razón al clero.

Barreiro está ya de vuelta de Puebla, y cuenta que Echeagaray no se pronunciará si Comonfort no se lo manda.

Lamberg vino de Toluca á protestar su adhesión, y dice que está dispuesto á dar el golpe cuando se le ordene.

Parece que Licéaga ha escrito desde Cuernavaca á don Félix, que se puede contar con él.

5 de Diciembre.

Juan José está de vuelta de Veracruz, y asegura que Zamora, Llave é Iglesias pasan por todo, con tal que no se dé el triunfo á los reaccionarios.

Montellano ha logrado un triunfo completo. Me dice en su carta:

«Anoche, á las nueve, llegó la correspondencia del paquete y tuve el gusto de recibir su grata del 21. Impuesto de su contenido y del de la que se sirvió adjuntarme para el general don Tomás Moreno, dí los pasos necesarios, y en el resto de la noche pude decidir á nuestro amigo el General á acoger la idea, y puede usted contar con que obrará en todo de conformidad.»

El asunto para mí está ya maduro y terminado. Contamos con Veracruz, San Luis, Tamaulipas, Jalisco y su costa, México, Puebla y Guanajuato. Tenemos además á ocho mil hombres de tropa y gentes como don Manuel Gutiérrez Zamora, don Ignacio de la Llave, don Ramón Iglesias, don Juan José Baz, don Manuel Siliceo, don Manuel Doblado y don Tomás Moreno.

No sé si alguien se ha encargado de arreglar á Zaca-

D. Benito Juárez

tecas. Nuevo León, que fué de los Estados que recibí en encomienda, me parece seguro. Vidaurri es amigo mío; le conocí hace quince años, cuando estuve en aquellas tierras, y le creo en el fondo más conservador que liberal. Algo hablamos, aunque en términos velados, y manifestó que abundaba en mis ideas y que estaba á mis órdenes. Tan pronto como tenga un rato de paz, le escribiré con extensión.

No hay sino un rehacio: don Benito Juárez. Ayer le llamó el señor Comonfort y se encerró con él y conmigo en una de las piezas del entresuelo del palacio.

Como usted sabe, el Presidente de la República y el de la corte se tratan con cordialidad y hasta se tutean.

— Te quería yo comunicar hace días, dijo el señor Comonfort al señor Juárez, que estoy decidido á cambiar de política, porque la marcha del Gobierno se hace cada día más difícil, por no decir imposible: los hombres de algún valer se van retirando del palacio, los recursos se agotan y no sé qué va á ser del país si no procuramos que las cosas vayan mejor. A la revolución física, no la temo; la afrontaré como hasta aquí; pero la revolución moral exige otra clase de medidas que no son las armas y la fuerza.

— Alguna cosa sabía yo, le contestó el señor Juárez con mucha calma; pero supuesto que nada me habías dicho, yo tampoco quería hablarte una palabra.

— Pues bien, replicó el señor Comonfort, ahora te digo todo: es necesario que cambiemos de política, y yo desearía que tú tomaras parte y me acompañaras.

— ¿De veras? contestó el señor Juárez, sin mover uno de los músculos de la máscara de bronce que gasta por cara; y como si respondiera á una invitación para tomar un baño estando acatarrado, ó una taza de chocolate entre horas; ¿de veras? Te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas á emprender; pero yo no te acompaño en él.

Este hombre no me gusta; no sé por qué me parece

que nos va á dar en qué pensar si se arma del tesón y la testarudez de las gentes de su raza.

¿Pero qué vale él solo contra tantos que están de nuestra parte?

Parece que también Prieto, Ruiz, Lerdo, Pepe Iglesias y algunos otros reprueban los trabajos emprendidos; pero no desespero de traerlos al buen camino.

Entretanto, y á reserva de referirle otras cosillas, me despido de usted, porque me marcho al Tívoli á comer con Doblado y Siliceo.

Suyo siempre

PAYNO.

Del mismo al mismo.

Tacubaya, á 8 de Diciembre de 1857.

Mi bueno y cariñoso amigo: ¿Quién había de pensar que de Doblado, que se creía seguro, había de venir la dificultad?

La primera conferencia que tuvo fué conmigo y con Siliceo, en la casa de este último, en la Alcaicería. Cauto estuvo el maldito; nos oyó, se enteró de nuestros razonamientos y de nuestras pretensiones, y acabó por decirnos que nada podía resolver sin ver al señor Comonfort.

Después habló, en conferencias sucesivas, con Comon-

fort, Siliceo, Zuloaga, don Juan Antonio de la Fuente y don Bernardo Flores.

En resumen, Doblado encuentra muy cuesta arriba el cambio de política, abandonando cuanto ha sostenido. Ofrece dejar en manos de Comonfort todos los elementos de Guanajuato, recomendar el movimiento entre los oficiales de la Guardia nacional, entregar el gobierno en manos de Muñoz Ledo, Montes de Oca ó del mismo Siliceo, y retirarse á San Pedro Piedragorda, donde tiene sus posesiones.

Naturalmente, nosotros le instamos para que continúe en el puesto; pero él se rehusa con obstinación.

Doblado cree que no faltarán fanáticos que levanten la bandera constitucional ó la clerical; que no podrá subsistir el justo medio que nosotros buscamos; que la revolución en ciernes abortará para convertirse en jacobina ó en conservadora; que vendrá una larga guerra, y que nosotros seremos vistos con horror por todos los partidos.

El bueno de don Manuel delira, pues usted comprende que ni hay síntomas de esa reacción, ni aunque los hubiera, los dejaríamos medrar nosotros, puesto que ya tenemos la sartén por el mango.

La solución que Doblado encontraba mejor hasta anoche, era que el señor Comonfort renunciara y se retirara á su casa con todo el Ministerio; pero hoy volvió con el Presidente y, según parece, le indicó que no debía

dejar el puesto ni un instante, pues sobrevendrían dificultades atroces.

La última opinión aceptada consiste en dirigir unas iniciativas al Congreso proponiendo la reforma franca de la Constitución; si las iniciativas se votan, ya se podrá gobernar en forma; si se rechazan, ya estará plenamente justificada la disolución de la asamblea.

Ofrece Doblado marchar al interior, preparar los elementos necesarios, citar á Parrodi para una hacienda intermedia entre Guanajuato y Guadalajara y realizar el movimiento, si acaso es menester.

Comonfort encuentra admirable este partido, y ya tiene escritos los principales puntos de sus iniciativas, que consisten en un admirable acuerdo entre los partidos, á fin de formar uno solo.

Doblado se llevó doce mil pesos, que pude sacar de la casa de Jecker mediante mi palabra; he tenido que pagar un armamento que compró el mismo general, y satisfacer quince días de haber á la sección de infantería; por eso no envío ahora los sueldos de usted y del señor Montes, que, en efecto, están atrasados en más de tres meses. La semana próxima sí se llevarán ustedes la preferencia, pues algo espero recibir de Veracruz.

Sabe cuánto le estima, quiere y admira su amigo

PAYNO.

De don Manuel Payno á don Ezequiel Montes.

Tacubaya, á 2 de Diciembre de 1857.

Muy respetable señor don Ezequiel: Supongo, porque así me lo asegura don Ignacio, que está usted al corriente de cuanto aquí pasa y de la buena voluntad con que el país acoge el movimiento que se prepara; pero como no está al tanto de los trabajos emprendidos acerca de bienes eclesiásticos, y necesita conocer esos trabajos á fin de normar los de su misión cerca de la Santa Sede, paso á darle cuenta de lo que se ha hecho, pues el Presidente quiere esté usted empapado en todo lo tocante á estas negociaciones.

En cuanto al arzobispo, ni me le he acercado, por más que usted sabe me honra con su amistad; es un puerco espín tan intratable, que estoy cierto me saldría con el eterno *non possumus* con que nos ha *encatarrado* dos años enteros, impidiendo todo arreglo y deshaciendo cualquier esperanza de avenimiento.

Munguía y Covarrubias me parecen más accesibles. Ayer vi al primero, que me recibió con cortesía, mirándome al sesgo á través de sus anteojos ahumados. No es hombre práctico; pero posee gran lucidez de inteligencia y conocimiento muy amplio de la situación y sus hombres.

Yo creo que nuestra vida actual es atroz, que necesi-

tamos abolir la ley de desamortización, cueste lo que cueste, y que si podemos, mientras, sacar cualquier ventaja del clero, por ejemplo un ferrocarril que vaya de uno á otro mar, quedamos en excelente predicamento.

Munguía quiere que se deje á las corporaciones en libertad absoluta para arreglar sus contratos conforme crean conveniente, quedando los réditos caídos de las fincas á favor del Gobierno general.

En el otro extremo he hablado con Mata, que es presidente de la Comisión de hacienda del Congreso. Propone se conceda á los dueños de predios que todavía no estén desamortizados, el plazo de un año para que pasen aquellos á poder de particulares.

Parecen cosas antitéticas; pero ya verá usted cómo consigo ponerlas de acuerdo y evitar el terrible mal de que se nacionalicen las propiedades del clero. Nos llaman el partido del justo medio; dicen que le encendemos una vela al diablo y otra á San Miguel; que cogemos una parte de verdad y otra de mentira; pero lo cierto es que nosotros, los moderados, que estamos igualmente distantes de la demagogia feroz y del clericalismo cazurro, y que formamos (acá para *inter nos*) la parte más escogida de la sociedad, hemos de encadenar á todas las facciones y de levantar el edificio social sobre cimientos indestructibles.

Guillermo Prieto, que es tan radical como usted sabe,

dice que nos parecemos al padre que exhortaba á su hijo diciéndole: «¡Por Dios, no te bañes hasta que no sepas nadar!», dando á entender que para practicar la verdadera libertad se necesita correr riesgos y pasar dificultades de todo género.

Sin embargo, le contesto á nuestro administrador de Correos, hay algo que no es ni ahogarse ni huir del agua, y es introducirse poco á poco á la corriente, mojarse primero las manos y la cabeza, persignarse, hacer tentativas de nado con vejigas ó *guajes,* y cuando ya se está listo, lanzarse á los torrentes.

Guillermo califica de tonterías las cosas que yo digo, pues los discípulos de la Academia de Natación, nunca llegan á mantenerse á flote ni en el canal de la Viga, y los que verdaderamente logran ser habilísimos nadadores, son los muchachos que, impulsados por otros, se lanzan á la corriente, y tragando agua y luchando contra la pesantez, logran dominar el líquido elemento.

Pero dejando por hoy metáforas acuáticas, me limito á despedirme muy cariñosamente de usted, á desearle salud y dicha en el cumplimiento de su misión, subscribiéndome su amigo que mucho le quiere y respeta

M. Payno.

CAPÍTULO XXVII

Pesadillas

L fin el bendito señor Payno me dió suelta el día catorce de Diciembre, después de tenerme encerrado dos semanas á piedra y lodo y haciéndome escribir cartas hasta á las potencias celestiales.

Comía, dormía y sobre todo trabajaba en aquel caserón lleno de primores, que es un museo desde la entrada hasta la salida. Allí se encuentran reunidas la máscara de Huitzilopochtli, los escarpines de Hernán Cortés, cabellos de Juana de Arco, relojes de Acamapichtli, armaduras de Zumárraga, libros impresos en que leía Numa Pompilio, datos estadísticos de la Tierra del Fuego, tabaqueras de Carlo Magno y *basquiñés* de doña Marina; y colocado todo con tal arte, con tanto orden y con un método tan perfecto, que jamás los collares de conchas tocan á los haces de

flechas, ni los morriones á los *huipilles,* ni las vasijas á las joyas.

A las seis de la mañana ya estaba don Manuel limpio y reluciente, con la barba peinada y los anteojos en su sitio. Porque, eso sí, si hay hombres atildados, uno es Payno, que en eso no se parece á Guillermo Prieto que tiene aspecto de filósofo alejandrino.

— ¿Cómo va, capitancito? ¿Se descansó?... Vaya, lo celebro... Estoy mejor, gracias... Ahora tenemos que escribir á Sabino Flores, á Parrodi, á Siliceo, á don Santos Degollado, á Vidaurri, á Huerta... Tenemos que poner recados á Mata, á Pesado, al Arzobispo, á Ruiz... Mientras me desayuno, pues usted ya se despachó, le escribe una cartita á don Benito Juárez, diciéndole que ya obsequio su recomendación... Le trato de *Muy estimado colega y querido amigo...* Otra á don Eligio Sierra, suplicándole pase á verme al Ministerio á las cuatro... El tratamiento es: *Muy señor mío y amigo que aprecio...* Otra á don Eustaquio Barron, recordándole su oferta... Puede usted llamarle: *Mi querido don Eustaquio...* Otra... Pero no; mejor es que no le encargue muchas cosas, porque vuelvo pronto.

Y volvía, en efecto, para dictarme cartas y más cartas. Con razón ayer que estuvo en casa Florencio Castillo, llamó á don Manuel *Monsieur de Sevigné.* ¡Vaya, que cuando se publique la correspondencia de este hombre, las de

Voltaire y Santa Teresa han de parecer junto á ella juegos de niños!

Las cartas versaban siempre sobre política: plan por aquí, bienes eclesiásticos por allá, regimientos, batallones y escuadrones por esotra parte, cifras, claves y criptogramas á porrillo, y un movimiento y una nerviosidad que acaban por marear.

Un día llegó mi hombre con aspecto preocupado é intranquilo.

— La Llana, me dijo, ahora no haremos nada porque tengo un trabajo pendiente. Puede irse á dar una vuelta... y no nos veremos hasta que yo le mande llamar.

Creí que había oído mal; pero cuando me repitió la orden, me pareció que unos figurones pintados en papel de maguey, una careta de daimio japonés y unas figurillas de Tanagra se habían puesto á aplaudir y á hacer muecas de satisfacción.

— Usted, continuó el ministro, no sé cómo andará de pagas; pero á reserva de que eso se averigüe, tengo gusto en obsequiarle estas diez onzas.

Y las puso, relucientes y seductoras, sobre la mesa de trabajo.

Entonces bailaron la zarabanda, no sólo las caricaturas humanas, sino las pieles de serpiente, los cueros de cíbolo, las teteras chinas y las garzas disecadas que, puestas en un pie, aunque no estólidas, como Carpio

quería, miraban todo desde lo alto de los anaqueles.

Largo rato tuve que aguardar *guayín* que me llevara á México; pero al fin llegué. Soplaba un vientecillo frío y

sutil que afeitaba el rostro como navaja inglesa; la luna se había ocultado; estaban desiertos los portales, solitarias las Cadenas, abandonados los cafés; los raros transeuntes que se arriesgaban á desafiar las pulmonías, desfilaban más que de prisa envueltos en sus *raglands,* embozados

hasta los ojos y tiritando como si estuvieran en la cima del Popocatepetl.

Pasó un vendedor de periódicos y le llamé.

Monitor, Siglo, Heraldo, Diario de Avisos... ¿Qué había de nuevo? Distraído, empiezo por la cuarta plana: las eternas medicinas de Holloway, con sus valetudinarios y achacosos, portando muletas y piernas de palo, y saliendo por el otro lado jóvenes y rozagantes. ¡Qué ganas de una medicina así para el país!...

Remedio para hacer salir el pelo... Tesoro de la boca... El amor del niño cristiano... El corazón devoto... Rifa del Petit Versailles... Prendas empeñadas... Barata en el Cajón del Lucero... La hija de la dama de las camelias... Camelina, baile arreglado para piano-forte y guitarra...

Nada de eso me importa; doy vuelta á la hoja y leo:

La sesión de ayer... «La sesión secreta celebrada el día de ayer en la Cámara de diputados, es de una gravedad é importancia tales, que no podemos menos de decir algo de lo que se ha transpirado, pues parece que lo que se trató no fué de riguroso secreto.

»Se dice que el señor Sierra, diputado por el Estado de San Luis Potosí, presentó una carta dirigida al señor gobernador de ese Estado por el señor general Zuloaga, y en la cual había una postdata del señor don Manuel Payno, toda de su letra y con su firma.

»Este documento se presentaba para justificar la verdad de los rumores que han corrido.

»Se dice en la carta que «estando resuelto á renunciar el señor Comonfort, corría el país el gravísimo riesgo de que se estableciera la dictadura de Santa Anna. Que ante tal peligro era preferible la dictadura del señor Comonfort, y que por lo mismo era necesario que el señor Gobernador se pronunciara contra la Constitución y se disolviese el Congreso.»

»La postdata confirmaba lo escrito y recomendaba la ejecución del plan.

»Este plan parece que era prolongar la dictadura y convocar un nuevo Congreso, al cual tendrían entrada todas las clases, y que haría una nueva Constitución.

»Esta carta evidentemente está escrita antes de que el señor Comonfort jurase como Presidente constitucional.

»La Cámara de diputados, en vista del documento presentado, acordó, según tenemos entendido, pase el expediente al Ministerio de Guerra para las medidas de su resorte; y en cuanto al señor Payno, que se presentara á contestar con la Comisión del gran Jurado.

»He aquí los hechos tal cual se nos han referido. Conociendo su importancia, si hubiese algún error en la versión que damos, nos apresuraremos á rectificarlo.

»La acusación es muy grave. Por esto mismo creemos necesario obrar con suma prudencia y calma para in-

quirir la verdad. En circunstancias como la presente, la pasión y el calor son muy malos consejeros.»

Sentí que se me aflojaban las hopandas al leer una revelación tan inesperada, pues, según parece, yo solo ignoraba en México una cosa que conocían hasta los difuntos. ¡Y para eso me habían tenido encerrado dos semanas seguidas á pan y trufas!

Después del párrafo que había leído, se hallaba otro en que se hacían consideraciones sobre los sucesos y sobre la participación de Comonfort en ellos.

«¿Qué ventajas podía proporcionar el proyecto aun en el caso, muy remoto, de que llegara á realizarse enteramente? ¿Qué aventajaba? Nada, absolutamente nada, porque el plan proyectado es absurdo é inútil. ¿Qué perdía? Todo, todo. Su prestigio, su lustre, su honra, su posición.

»El señor Comonfort no es un hombre vulgar, no es un hombre que se alucina: su mérito principal consiste en la exactitud, en la frialdad de sus cálculos. Es, pues, materialmente imposible que pudiera tener parte ni conocimiento en las maquinaciones contra el orden.»

¡Que no tenía conocimiento! ¡Sí que sabía todo de pe á pa; pero las mismas sirenas que habían cantado á su oído el coro del golpe de Estado, eran las que se escandalizaban y hacían aspavientos ahora que veían la combinación próxima á fracasar! ¡Miseria humana!

Y estrujando entre las manos el papel, me metí al teatro, que al fin es privilegio de la música aplacar el ánimo y traerle á los afectos dulces y reposados.

Cantaban *Safo* de Pacini, música dulzarrona, suprarromántica, que producía en el oído la impresión que producen en el entendimiento el *Rafael* y la *Graziella*.

Los violines y las violas tenían todo el papel en la orquesta, y apenas el clarinete, *la mujer querida*, llevaba la voz de la enorme desesperación de la amante desdeñada.

Adelaida Cortessi cantaba con infinita dulzura, sentía bien, decía mejor y accionaba con desembarazo. Era una real moza y una gran artista.

Elisa Tamassi cantó con amabilidad, pero sin colorido. Steffani estaba ronco, casi áfono; la altura le había puesto en esta situación, y él estaba triste como gallo desplumado. Ottaviani, admirablemente.

El vestuario había sido hecho para la representación; pero no era muy griego. Grecas sí había por todas partes; así es que el color local no faltaba.

¡Cómo me recordaban aquellas damas, aquellos caballeros, aquella música y hasta aquel ambiente caldeado y agradable, que besaba el rostro como la caricia de una hermosa, á la que debía ser reina allí y en todas partes, á Anarda, mi amiga inmortal!

Pero la pobre estaba recluída en su casa, vestida con

Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado...

hábito de San Francisco, dedicada á rezos y prácticas piadosas. Cuatro veces hice impulso de llegar hasta ella y otras tantas se me dijo que la señora no recibía visitas ni las hacía: sólo hablaban con ella su confesor, un anciano muy discreto, y los enfermos de los hospitales, entre quienes había repartido casi todo cuanto le quedaba. ¡Pobre Anarda!

Subió el telón y ocupé mi butaca; pero no tardé en quedarme dormido: quince días de acostarme tarde y trabajando á todas horas, tenían que postrarme al fin.

Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado; que Comonfort, no pudiendo resistir las sugestiones de los viejos seductores, daba de mano á Safo y se desposaba con la dictadura; que ella le pagaba mal y le impulsaba á arrojarse desde el Léucade de la democracia al mar del clericalismo. ¡Qué sueño tan enrevesado! ¡No lo entendería ni el que inventó la interpretación de sueños!

Al fin la función concluyó, y yo me marché á mi alojamiento á dormir de un tirón, sin dárseme un ardite del gobierno, del mundo y sus monarquías.

CAPÍTULO XXVIII

El Plan de Tacubaya

L día siguiente me presenté en el Palacio, pero nadie se ocupó de mí ni me hizo caso. Sólo había oídos para enterarse de si Payno había contestado esto ó lo otro á la sección del gran Jurado, si había hecho bien, si había hecho mal, si habría pronunciamiento y de quién.

Ni el Congreso dudaba de las intenciones del Gobierno, ni el Gobierno desconocía cuál sería la actitud del Congreso. Zuloaga, con ó sin ayuda de Comonfort, saltaba á la arena, ó la asamblea, ayudada por la Guardia nacional, tomaba la iniciativa y se pronunciaba contra el ejecutivo.

Cada quién decía su opinión y daba á conocer sus intenciones. Todos seguirían al jefe, irían á su lado, morirían por él si era preciso; pero nadie hablaba de empeñarse en una lucha nueva. ¡Pobre Constitución! ¡Moría en

la primera infancia, cuando apenas empezaba á echar los dientes, cuando se creía que llegaría á ser garrida doncella, matrona poderosa y hasta vieja de buen ver, y siempre grande y noble!

Requiescat...

El diez y seis por la tarde estuvo en palacio Juan Díaz Covarrubias, en el cuarto de ayudantes. Había ido á saber noticias y á dárnoslas.

— Hoy ó mañana es el pronunciamiento; veremos qué sale.

— Adiós, político, le dije.

— Político ó no, la cosa no tiene duda.

— ¡Quién sabe que traerán este poeta y el tuno de don Manuel Payno! dijo un chusco.

— Este va que vuela para ministro, exclamó otro sentenciosamente.

— Búrlense y digan lo que quieran; pero pueden estar seguros de que esos que acaban de pasar en coche descubierto, van á lo mismo.

A la luz de todo el mundo vimos pasar en carretela abierta á don Manuel Siliceo, don Juan José Baz, don José María Revilla y Pedreguera y don Mariano Navarro. Iban para Tacubaya, donde en unión del General Zuloaga y demás jefes de la brigada, arreglaron el engendro que se llamó *Plan de Tacubaya.* Allí escribieron también los borradores de las proclamas y demás documentos. ¿Cómo

adivinó el poeta la causa de que aquellas gentes marcharan juntas y en coche?

Como todo el mundo, conocía los rumores que circulaban, oyó que al subir el licenciado Navarro en su casa de Santo Domingo, dió las señas del palacio arzobispal de Tacubaya, y pensó de lo que se trataba.

El diez y siete, como á las diez de la noche, el señor Comonfort se sintió malo. Yo, que estaba de guardia, entré á recibir sus órdenes cabalmente en el momento que Francisco, el criado del general, le quitaba la levita burguesa que había usado siempre, pues de uniforme no le ví sino el veintisiete de Septiembre anterior, y eso para que no dijeran que era enemigo del ejército; cubierto nada más que con la camisa bordada, sin otro adorno que los botones de oro fino con topacios, mostraba un torso que antes de que lo invadiera la adiposidad, debía de haber sido atlético y vigoroso, unos brazos musculosos y unas manos blancas, limpias y suaves como de dama elegante.

Algunas veces he pensado que el símbolo del carácter de aquel hombre estaba allí; el pensamiento, la idea y la expresión, vigorosos y fuertes; la ejecución, la obra, la exteriorización sensibles, finas, delicadas, sin llegar al fondo ni resolverse á apartar las asperezas de la vía ni á lastimarse con las espinas del camino.

Me daba don Ignacio una orden para Siliceo, cuando

aparecieron éste, Payno y Navarro, preguntando si se podía entrar.

— Buenas y gordas, señor Presidente; ya todo está listo y vamos á salir de penas, dijo el ministro de Gobernación.

El ayuda de cámara se eclipsó discretamente, y yo iba á salirme, cuando Payno me detuvo.

— Le aguardo mañana; cuidado con no ser puntual.

Siliceo entregó al Presidente un papel impreso, y Comonfort empezó á leer de corrido, como cuando se topa con una cosa de que se saben de antemano la idea y los términos.

«Considerando: que la mayoría de los pueblos no ha quedado satisfecha con la carta fundamental que le dieron sus mandatarios... Que la República necesita de instituciones análogas á sus usos y costumbres... Que la fuerza armada no debe sostener lo que la nación no quiere... Desde esta fecha cesará de regir en la República la Constitución de 1857... Acatando el voto unánime de los pueblos... El Excmo. señor Presidente... Don Ignacio Comonfort... continuará encargado del mando supremo con facultades omnímodas... Congreso extraordinario Constituyente... Si la nueva Constitución no fuere aprobada por la mayoría de los habitantes... volverá al Congreso para que sea reformada en el sentido del voto de esa mayoría...»

Los recién llegados estaban radiantes de gozo. Payno, que venía del teatro, tarareaba á media voz la frase de Traviata *Imici volenti spirite;* Siliceo y Navarro se reían y se daban palmaditas en el otro extremo del salón.

Cuando Comonfort acabó de leer el plan, la proclama

de Zuloaga y la de Alcérreca, gobernador del Distrito, tenía congestionado el rostro, sudosas las manos, los ojos fijos y asustados.

— Acabo en este momento, dijo echándose en el sofá con inmensa pena, de cambiar mis títulos legales de Presidente por los de un miserable revolucionario; en

fin, ya está hecho, y no tiene remedio. Acepto todo y Dios dirá por qué camino debemos marchar.

Permaneció un rato sumido en profunda meditación y luego se levantó satisfecho, contento, jovial, como si aquel paso lo redimiera de muchas noches de insomnio, de muchos días tristes, de muchos dolores y mortificaciones de todo género.

— Usted, señor, dijo Siliceo, sírvase ordenar cómo se procede para dejar terminado este asunto que tan bien empieza.

— ¿No sería bueno, preguntó Navarro, que las músicas de la guarnición recorrieran mañana la ciudad y que se fijaran en los lugares públicos ejemplares del plan, que se sabe de cierto será bien recibido?

— Con tanta mayor razón, interrumpió Payno, cuanto que será la primera vez que algún plan político se acepte y consienta pacíficamente, sin que haya tiros ni efusión de sangre. Afortunadamente, contamos con la mayoría de los Estados, y esta será una revolución pacífica.

— No, no, no, dijo Comonfort denegando con la cabeza y las manos; nada de escandalito ni de bulla. Que la brigada de mi compadre se venga esta noche de Tacubaya, que ocupe la ciudad y que todo pase como la cosa más natural del mundo... Ahora, á comunicar todo lo hecho á Zamora y á Doblado.

Bajaron aquellos señores á los telégrafos de Veracruz

y del interior que estaban en Palacio, y transmitieron el plan íntegro á Veracruz y Guanajuato. Payno me entretuvo la mayor parte de la noche escribiendo oficios á Toluca, Puebla, Cuernavaca, San Luis y Guerrero.

Al día siguiente ya se sabía que Veracruz estaba pronunciado por el plan de Tacubaya; que don Ignacio de la Llave había marchado á Córdoba y Orizaba para allanar algunas dificultades: que Echeagaray había ocupado á Puebla con su brigada, dejando salir al gobernador Alatriste que se había adherido al movimiento.

De Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca, San Luis, Tampico y toda la costa de Sotavento y Barlovento se tenían excelentes noticias. Sólo faltaban Doblado, que conferenciaba largamente por telégrafo con el jefe, y Parrodi, que se sabía era la bandera de los *puros* descontentos.

Luego vinieron manifiestos de Quijano, de Alcérreca, de Rangel y de una multitud de los jefes de cuerpos, manifestando las más fervientes simpatías por el nuevo orden de cosas y la esperanza de que la vida nacional se normalizara y llegaran á acabarse los pronunciamientos... pronunciándose recio y tupido.

Estaban, pues, en la verde, y había que echarse á dormir confiados. No hay cómo el genio y la habilidad.

¡Y vaya si se necesitaba genio! Por obra de la reunión de unos cuántos hábiles, de la redacción de un papelucho que ni siquiera tenía el mérito de la originalidad, pues

considerandos y parte resolutiva, podían haberse tomado á la letra de otros cien abortos por el estilo que forman toda una literatura exclusivamente mexicana, y de la voluntad de media docena de pretorianos, todo estaba cambiado y vuelto de revés.

La odiada Constitución, «obstáculo único á la unión de los mexicanos», estaba abolida; el Plan de Ayutla, destruído por el mismo que lo había reformado en Acapulco sosteniéndolo con todas sus fuerzas; el bando progresista, humillado, malquisto, sin crédito, y la nación al parecer contenta.

Diariamente se recibía noticia de nuevas adhesiones, seguridad de nuevos pronunciamientos, aviso de otras defecciones. El triunfo estaba asegurado y había que batir palmas.

Era cierto que Prieto y Gutiérrez Correa habían renunciado sus empleos; que Degollado y los dos Farías se habían retirado al interior; que todos los subsecretarios de los Ministerios habían dejado sus puestos; que Miguel López, uno de los mejores jefes de la Guardia nacional, se había retirado á su casa, y que lo mismo había hecho el general Trías.

Verdad que se sabía que ni Arteaga, ni Doblado, ni Parrodi, ni Huerta estaban por el plan; que Lacunza, Flores, Fuente, Riva Palacio y Yáñez se manifestaban reservados y hasta hostiles; pero para ellos se tenían las

tropas de línea, muchos Estados amigos y mucha gente favorable, pues no se vaciaban ni de día ni de noche las antecámaras de Palacio dejando entrar y salir multitud de personas que repetían en todos los tonos que la revolución estaba hecha, la situación salvada y la nación contenta por aquel discreto golpe.

El obstáculo consistía únicamente en un indezuelo bajito de cuerpo, de escasa voz, vestido siempre de negro, que había sido puesto preso el día que el plan se proclamó. Tenía la audacia de hablar de su investidura legal y de no sé qué otras patochadas; pero se reían de él con todas sus bocas los cañones y los fusiles de la brigada del compadre, dispuestos á hacerlo añicos. ¡Lucido quedaba Juárez hablando de derecho delante de esos armamentos!

El diez y nueve, como si Comonfort hubiera querido borrar hasta la atenuante de la precipitación, se declaró que el Presidente aceptaba el Plan de Tacubaya, y se mandó publicar éste por bando nacional, con acompañamiento de música y chirimías.

Todos los días se efectuaban conferencias en el Palacio, con asistencia de los prohombres de uno y otro partido, que el Presidente había tenido empeño en poner frente á frente.

En el Consejo de Estado, que se formó con arreglo al plan nuevecito, se hallaban liberales como Cardoso, Riva Palacio, Lerdo de Tejada, Baz, Pizarro, La Llave, Iglesias,

Lacunza, Flores y Ramírez, junto á Couto, Cuevas, Gárate y Echeverría, que eran de lo más delicado y exquisito de la *conserva*.

El bueno del jefe se había imaginado que bastaría dejarlos un rato á solas para que pasara lo que en los dramones cursis, esto es, que todos se echaran en brazos unos de otros, con aquello de «Madre mía», «Hijo mío», «Hermano», «Señor Padre», etc., con mucho besuqueo, lagrimeo y balbuceo de frases cariñosas, hasta que llegara el barba, que de seguro lo habría sido el propio don Ignacio, para echar una docena de bendiciones, exhortar á todos á la paz, al cariño y á la mansedumbre, autorizar las nupcias de la *chinaca* y la *mochitanga*, y hacer mutis por el fondo en medio de las aclamaciones de todos los agradecidos.

Desgraciadamente, este ideal digno de Bouchardy no llegó á cumplirse. Los nombrados, ó no concurrieron, ó concurrieron para enseñar los dientes á sus contrarios y demostrarles que no influían en nada las recomendaciones del conciliador.

Una mañana, sentado á la mesa, con mi pluma en la mano, para tomar nota del acta de la junta, conforme me lo había dispuesto el Presidente, escuché la discusión más curiosa que he oído en mi vida.

Personajes: don Luis Gonzaga Cuevas, *leader* de los cangrejos, viejecito que parecía incapaz de ensartar dos

palabras seguidas, pero que con su corbata de dogal, sus patillitas á lo Crescencio Rejón y su carilla de *doyme á Dios,* era capaz de ponérsele enfrente al mismísimo Robespierre.

Había escrito un libro que era el testamento del partido conservador.

Don Joaquín Cardoso, apodado el Indio, gran latino, casi tanto como Montes, gran sarcástico, casi tanto como Ramírez, gran orador y gran erudito. Era apasionado de Horacio, al que apellidaba su *flaco.*

Don Mariano Riva Palacio, hombre de muchísimo talento, excelente abogado y persona de buena fe á toda prueba. Era el tipo del caballero mexicano, leal, honrado y franco á carta cabal.

Don José María Iglesias, carácter de gran fuerza, abogado de sólida instrucción, autor de la ley de obvenciones parroquiales.

Don Juan José Baz, con quien ya hemos topado en el curso de este relato.

Cuevas á Comonfort. Desconfíe usted, señor Presidente, de los términos medios. Echese sin reservas en brazos del partido clerical, y saldrá bien librado; armas, dinero, gente, cuanto necesite, lo tendrá en seguida.

Comonfort con vehemencia. Señor Cuevas: ¿puedo abandonar á mis amigos, destruir mi historia militar y política, perseguir á los que me han ayudado á levantarme y

á fundar mis ideales? ¿Puedo hacer eso como hombre honrado?

Cuevas. No lo puede usted.

Comonfort. Pues lo que no puedo hacer como hombre honrado, nunca lo haré como Presidente.

Iglesias. Entonces, échese usted en brazos del partido puro, que olvidará todo lo que ha pasado.

Baz. Pero es menester, en ese caso, declarar bienes nacionales los del clero, reducir las monjas, acabar con los frailes, echar á unas cuantas docenas de hombres de la República, y quizás fusilar á otras; en fin, entrar de lleno en el camino del progreso.

Riva Palacio. Y hecho esto, convocar una asamblea que dé una nueva Constitución al país; así aceptará el partido puro la revolución de Diciembre.

Comonfort. Imposible: ¿cómo voy á desterrar al arzobispo, para que se muera en el camino y me llamen asesino toda mi vida? ¿Cómo voy á hacer que los soldados peleen con valor y con fe, si saben que no los han de absolver á la hora de su muerte y que no los han de enterrar en sagrado? Yo no perderé el camino honrado, yo no iré para atrás; pero que se me deje tiempo y pensaremos cómo las reformas se van planteando, sin violentar la conciencia de la gente timorata.

Cuevas. Y lo peor sería que, desterrado el arzobispo, seguirían en su lugar el deán, el provisor y en fin toda la jerarquía eclesiástica.

Baz. Lo que se haga aquí con el arzobispo, tendremos que hacerlo con todos los obispos y todos los canónigos. Desterrados los canónigos, tendremos que seguir con los curas y con los simples vicarios.

Comonfort. Y esos curas y esos vicarios, ceden á la ley ó resisten. Si resisten, es menester dejar á la mayor parte de los pueblos sin patrones; si ceden, como la administración de los sacramentos es asunto de jurisdicción, quedarán sin ella desde el momento que se las retire el prelado, como ya lo ha hecho.

D. Luis Gonzaga Cuevas

Yo no sé si la nación sufrirá esto; pero, aunque lo sufriera, el Gobierno tiene que gobernar á las mujeres, á los timoratos, á los fanáticos, si se quiere, porque no todos son filósofos ni despreocupados, para dar á sus hijos en matrimonio sin la bendición de la Iglesia y para morir sin confesión, por el gusto de sostener la adquisición de una casa que, en último resultado, no pueden llevarse al otro mundo.

Cuevas. Tiene razón que le sobra el señor Presidente;

por eso, para no contrariar las creencias de un pueblo netamente católico, debe abolir esas leyes absurdas que han establecido el divorcio entre el Gobierno y la sociedad.

Comonfort. Poco á poco, señor don Luis; yo no subscribo los excesos, pero tampoco estoy por volver á los tiempos del rey mi señor.

Iglesias. En tal caso, señor, hay que persistir en lo hecho é ir un poco más lejos.

Comonfort. Señores... ¡por los clavos de Cristo!, me marean ustedes con ese ir y venir de opiniones; yo tengo la mía, tan buena como cualquiera, y ya verán cómo todo resulta tal cual lo pretendo: ni predominio de unos ni preponderancia de otros; ni demasiada libertad, ni demasiada opresión, ni demasiadas restricciones.

Cuevas. Pues así, señor general, se va á la demagogia y á la anarquía.

Baz. Pues con ese sistema, señor Presidente, se va á la teocracia y al clericalismo.

Comonfort (con aire de abatimiento). ¡Qué desgracia estar siempre en el justo medio, recibiendo descargas por derecha é izquierda!

D. Miguel Lerdo de Tejada

CAPÍTULO XXIX

Peligra el pellejo de Juan José

JUEVES treinta y uno de Diciembre, á las nueve de la noche, se estrenó, después de anunciarse muchas veces, la ópera *Giovanna d'Arco,* cantando la Cortessi, la Tomassi y Ottaviani.

Hacía un frío que partía las carnes; así es que á la entrada del coliseo no se veían sino gentes envueltas en *raglands, paletós-levitas, montecristos, talmas, románticas,* capas y barraganes. Posadas, Dios las diera: con la seguridad de que de una hora á otra vendría el cuartelazo que pusiera fin á aquella situación tirante, nadie pensaba en divertirse, pues aun el teatro estaba casi vacío, á pesar de que las familias habían dejado apartadas sus localidades.

En el pórtico del *Nacional* topé con Juan Díaz, Sánchez y otros chicos alegres.

— Vamos á comer el pavo al Hotel del Bazar. Allí te presentaremos con un muchacho á quien debes conocer, Sabino Flores, que ha sido ya gobernador de Querétaro y que viene ahora en misión cerca de Comonfort.

— Ah, sí, es el emisario de Doblado. Dicen que el otro día duró el Consejo de ministros seis horas seguidas, y que tu amigo se plantó bonito, demostrando que don Manuel no ha traicionado á sus compromisos respecto de Comonfort.

— El caso es que, traicionándolo ó no, le ha de dar muchos dolores de cabeza, pues nada menos Guanajuato acaba de asumir su soberanía, autorizando al Gobierno para ofrecer á los poderes de la República un asilo en la ciudad del Estado que guste elegir.

— Y lo mismo ha hecho Jalisco; aun la correspondencia con los poderes del centro ha interrumpido Parrodi.

— É igual cosa hace Querétaro: he visto la proclama de Arteaga.

— Y Michoacán obra en el mismo sentido; ya han llegado proclamas del gobernador Silva, del general Huerta, del Congreso y de no sé quién más.

— Pero en cambio expulsan á Alatriste de Zacatlán de las manzanas, con todo y su legislatura trashumante.

— Y ni Jalisco, ni Guanajuato, ni Querétaro, ni Michoacán, ofrecen dietas á los diputados.

— Bah, interrumpió un chusco; pero con camotes

de Querétaro, *ates* de Morelia, jarros de Guadalajara y plata de Guanajuato, algo se puede contar.

— Estos no son sino enjuagues de Doblado; es el hombre más ambicioso del mundo.

— Pues ahora no lo demuestra, porque la coalición acaba de nombrar jefe de las tropas á Parrodi.

En eso estábamos, cuando llegó el ex-polizonte Nicolás Cuevas:

— Novedad, señores, novedad; Zacatecas, San Luis Potosí y Aguascalientes se adhieren á la coalición.

— Otra más gorda, exclamó Florencio del Castillo; el señor capitán de ingenieros don Leandro del Valle, á quien les presento y que acaba de regresar de Europa, me dice que Veracruz se ha *despronunciado,* volviendo al régimen constitucional.

— E Iglesias, Zamora y Llave, dijo del Valle, han declarado que no siguen á don Ignacio, á causa de que aquí se ha hecho pronunciamiento por el clero y Santa Anna. Hoy al salir del Congreso, supo estas cosas el Presidente.

— ¡Qué barbaridad, ni quién piensa en Santa Anna!

— Pero él sí piensa en nosotros, gritó Covarrubias; hoy he visto una carta que le dirige á un su pariente, hablándole de los males que aquejan *á esta desgraciada patria, tan digna de mejor suerte,* y declara que está dispuesto á hacer el último sacrificio por ella viniendo á

sacarla de las garras de la demagogia. Que para esto se rodeará de gentes de buena voluntad...

— Y de arraigo, dijo Castillo riendo á carcajadas.

— Y de buenos principios, seguí yo.

— Y que no le traicionen, completó Sánchez.

— Es el caso que en Puebla, uno de esos oficialillos de anillo de plata en el dedo y cruz de terciopelo en el pecho, brindó la otra noche por el desterrado de Kingston.

— Y que *El Eco* habla de la vuelta de Santa Anna como de una cosa de clavo pasado.

— ¿Y qué *Eco* es ese? pregunté.

— Es el sucesor de *El Universal,* un mocho feroz. No tiene más de apreciable que su literatura. Ahora publica una novela llamada *Diana,* original de Pepe Roa, y pronto insertará otras cosas.

— Menos mal.

— Leandro, ¿y qué se dice de México en Europa? preguntó Covarrubias.

— En Madrid duran todavía indignados por los que ellos llaman nuestros crímenes. Lafragua no ha sido ni será recibido, pues los periódicos sienten convulsiones epileptiformes, sólo al pensar que no se les dé antes satisfacción plenísima.

— ¿Y en París?

— En París publica *L'Univers,* diario de Luis Veuillot, artículos formidables contra México. Dice que sólo la

prensa protestante y revolucionaria de Europa y América elogia á Comonfort; que no hubo pretexto para desterrar al obispo de Puebla; vaticina que el señor Comonfort será traicionado por los suyos, y que aspiran á sucederle tres enemigos de la Iglesia: don Benito Juárez, don Miguel Lerdo de Tejada y don Juan José Baz. Hablando de la ley, Lerdo dice que la palabra desamortización, en el lenguaje revolucionario, significa *robo sacrílego.*

— Pues lucidos quedarán los diputados que aprobaron la ley, los ministros que la autorizaron, los gobernadores que la publicaron, los jueces que la cumplieron y los escritores que la defendieron.

— Sobre todo, si tienen casitas como algún periodista, que ahora está metido en una disputa con el mayordomo de las monjas de Regina Cœli, por si ha pagado ó no ha pagado los réditos de las fincas que guarda, denunciadas conforme á la ley de Junio.

— Por lo demás, continuó Valle, los ricos mexicanos son aceptados en Europa como en todas partes. Varios de ellos fueron invitados á Compiègne para acompañar al Emperador y la Emperatriz.

En la cacería de ciervos que hubo en el bosque, la señorita doña Manuela Errazu fué la primera en alcanzar el animal tras de correr doce leguas. El Emperador le dió el premio, presentándole la pata derecha...

— ¿Pues no se la tenía dada á Eugenia Montijo?

— ¡La pata derecha del animal, hombres! Mereció por esto las aclamaciones de toda la corte.

— ¡Qué honra para la patria!

— Concurrieron además el general Almonte, Gutiérrez de Estrada, creo que también el infeliz de José Manuel Hidalgo, y no sé cuántos más. Dicen que el Emperador se interesa mucho por nuestras cosas y que piensa redimirnos, lo mismo que á toda la América latina.

— *Abrenuncio.*

— Y lo mismo decimos todos, continuó Valle; pero esos ensueños no tienen trazas de realizarse.

— ¿Y por qué estuviste tan poco tiempo en Ultramar?

— Cuestión de fondos; apenas pude vivir un año, y de ese no pasé un mes en París, sino que anduve peregrinando por colegios, polígonos, fábricas de armas y cuarteles, instruyéndome en las cosas del oficio. Traigo multitud de apuntes, datos y proyectos; ya verán.

Se nos incorporó un amigo, el ayudante López Romo, y llamándome aparte me dijo:

— El señor Comonfort dispone que se presente usted en seguida.

Me despedí de prisa y llegué al Palacio, teniendo que esperar mucho para hablar al Presidente, pues estaban dentro del aposento dos ó tres personas. Luego que salieron y que el ayudante de guardia avisó que yo había llegado, pasé á presencia del General, que me recibió de

pie y con muestras visibles de agitación. Estaba pálido, sudoroso, cortaba la estancia en todas direcciones al dar sus paseos, y me dictó órdenes con ceño que yo no conocía.

— Va usted, aprehende á don Juan José Baz, y le trae á mi presencia vivo ó muerto... No, dijo corrigiéndose y de prisa; no le aprehende usted para traérmele, sino para fusilarle desde luego y sobre la marcha en la plazuela de Mixcalco... Puede usted tomar diez hombres de la guardia del principal... Le voy á dar las órdenes.

— Señor, interrumpió Payno, descolorido como un pan de cera y temblorosa la barbilla; me tomo la libertad de advertirle que quizá no sean ciertas las presunciones de usted. Esperemos á Brito; veamos qué nos dice de las causas del suceso, y entonces quizá convenga esperar.

— Yo no espero á nadie, exclamó el Presidente, tirando la pluma con furia. ¿Qué mejor demostración quiere usted de la doblez de ese hombre, que el despronunciamiento de Veracruz?

— Quizá él no lo haya promovido, señor. Sobre todo, lo que yo quiero evitar á usted es la pena, el remordimiento de haber cometido un atentado.

— ¡Atentado! ¿Y cuántos han cometido contra mi persona? ¿Cuántas veces he perdonado para que en seguida se vuelvan contra mí, y me traicionen? Si hubiera fusilado á Osollos, á Miramón, á Gutiérrez, á Herrán, á toda la canalla cuando la tuve en mis manos, puede usted

estar seguro, don Manuel, que, á la hora de ésta, todo marcharía maravillosamente. No, no hay que ser bueno es este país, porque nada hay más cierto que al que se vuelve miel, se lo comen las moscas... Cuando se vea el

cadáver de ese hombre de dos caras, se conprenderá que soy el mismo que durante su vida ha luchado con varia fortuna, pero con valor, contra todas las picardías y todas las infamias.

— Sin embargo, señor, replicó Payno, nada se pierde

con esperar; yo no pretendo que usted no castigue, sino que castigue con justificación.

— Bien, tiene usted razón. Retírese, Pérez, y usted, don Manuel, diga á ese hombre que salga de México para el interior, para Veracruz, para donde guste; que le perdono, con la sola condición de no saber más de él.

Salió Payno, salí yo, y al pasar por los aposentos del ministro en el entresuelo, me dijo don Manuel al oído:

— Si don Ignacio se hubiera empeñado en llevar á efecto esa orden tan descabellada, no habría usted tenido necesidad de grandes trabajos para cumplimentarla: Baz está encerrado aquí, en mi cuarto, y mañana mismo sale para Querétaro. Su equipaje está ya en la casa de diligencias.

CAPÍTULO XXX

Triunfo de los cangrejos

REVOLUCIÓN que no avanza, ha dicho después Payno, es revolución muerta. Y eso pasó con la revolución de Diciembre: los liberales execraban á Comonfort, pero le detestaban más los conservadores. Los unos le echaban en cara que no hubiera podido plantear el juicio de amparo, la división de poderes y la soberanía de los Estados, demostrando de paso que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. Los otros se quejaban de que la inquisición, la horca, la picota y los azotes no estuvieran ya vigentes y en uso.

Diariamente se recibían noticias de complots conservadores ó de conjuraciones liberales; pero el Gobierno dejaba hacer y dejaba pasar sin preocuparse de atajar aquello.

El Palacio estaba vacío, sola la presidencia; pero, en cambio, ¡qué llenos los mentideros y lugares de conversación, donde podían recogerse nuevas y soltarse la sin hueso!

El once de Enero, por la mañana, reventó al fin la bomba y salimos de apuros. Me moví de mi alojamiento en el diez de las Escalerillas, para ir á tomar lenguas á la casa de mi invicto amigo Gordoa, cuando me interrumpió el paso un jinete alto, blanco, de nariz aguileña y de buen porte, que montando un caballo melado y empuñando un truculento chafarote, se me dirigió haciendo *santiaguitos:*

— ¡Aquí no se pasa, paisano; Santo Domingo está pronunciado!

No me eran desconocidos aquel rostro rasurado, aquella mirada de hombre altivo y valiente y aquella voz de barítono bien timbrada; pero, sin fijarme, volví grupas hasta *El Puerto de Liverpool*, donde topé con el perínclito propietario urbano, Gordoa.

— Mal andamos, amigo; la finquita, ocupada por la soldadesca; Zuloaga, pronunciado en la Ciudadela; San Agustín y Santo Domingo desconociendo al señor Comonfort porque no ha llevado á efecto el plan de Tacubaya, y todo hecho un verdadero campo de Agramante.

— Pero ¿á quién proclaman? ¿qué pretenden? ¿qué sostienen esos pronunciados?

— Unos quieren que el Presidente sea Zuloaga, otros piden las Bases orgánicas, y otros tratan de llamar á Santa Anna.

— ¡Pero no es posible! ¡si Santa Anna está muerto y olvidado!

— No lo está tanto; mire usted esta proclama que se reparte de chitito y con reservas:

«¡¡¡Mexicanos!!! ¡La tremenda hora de la reparación ha sonado! ¡Ay de aquellos que llenaron la medida de la copa con sus iniquidades!... El ilustre caudillo de la Religión santa de nuestros mayores, el genio invencible de la guerra, el restaurador de nuestras venerandas *órdenes*, en una palabra, el inmortal Santa Anna, está con nosotros. ¿Quién no se conmueve al oir ese nombre tan querido? ¿Quién por indiferente, por egoísta que sea, no siente latir su corazón de noble orgullo al contemplar los bienes de la administración de Su Alteza Serenísima? Recordad, mexicanos, los felices días del año de 54; frescas deben estar en vuestras memorias las glorias de aquella época; comparadlas con las del año que terminó. En aquélla, los impíos, los blasfemos, los ateos, estaban encadenados; el venerable clero, como es justo, en los sillones del Consejo dirigiendo con sabias é inagotables luces á aquel paternal Gobierno...

»Toda la República pide á su salvador; tened fe, haced un pequeño esfuerzo, y el triunfo será vuestro. Militares

valientes, pundonorosos y decididos, se pondrán á vuestra cabeza y os guiarán al campo de la gloria.

»¡Mexicanos! ¡Viva Su Alteza Serenísima! ¡Viva el hombre ilustre, el hombre grande de América, el invicto generalísimo don Antonio López de Santa Anna! ¡Viva nuestra santa Religión y sus ejemplarísimos y virtuosos Príncipes! ¡Mueran los liberales y sus infernales principios!»

— ¡Jesús, hijo de David! dijo el padre Huerta al escuchar aquella prosa chabacana; ya tenemos otra complicación más, otro nuevo pretexto para que esta gente, que parece endemoniada, se mate y se asesine.

Tiempo hacía que no encontraba al padre, y le hallé muy distinto de su estado antiguo. Envejecido, pelado el cráneo, las sienes y las mejillas hundidas, de color cetrino y enfermizo, apenas llevaba encima trozos de hábito, el sombrero de teja se le caía á pedazos y manifestaba en todo una pobreza y sordidez que ponían espanto. Pero lo que sobre todo le daba aspecto raro era el fosforecer de sus ojos, el brillar insólito de su mirada, en que á ratos aparecía, para apagarse de súbito, una lucecilla que indicaba osadía, resolución, propósito de obrar sin reservas.

— Y se dice, apuntó Díaz Covarrubias, que el general Gayoso está en la Ciudadela.

— Y hoy por la tarde llega Osollos, gritó el vozarrón del padre Agredano.

— Hoy por la mañana, dijo Gordoa con voz que le salía del alma, quiso el Presidente entrar á Santo Domingo y le negaron el paso. El padre Miranda, que caracoleaba montado en un *cuaco* melado de mucho poder, se puso frente á frente del señor don Ignacio.

— Cabal, cabal, repliqué; fué el mismo charro con aspecto de cura, que á mí me impidió pasar la bocacalle.

— ¿Y qué fuerzas, preguntó Covarrubias, tiene Comonfort para defenderse?

— Cuenta, contesté, con dos mil hombres, quince piezas de artillería y el Palacio, San Francisco y la Santísima, que deben de permanecerle fieles.

— Parece que Balbontín y otros jefes se han rehusado á pronunciarse. Portilla y don Benito Haro, que mandan las caballerías del Gobierno, recorren la ciudad.

— Comonfort arengó á las tropas y acaba de instalarse en los bajos del Palacio, como en su tienda de campaña, dispuesto á asaltar la Ciudadela.

— El general Zuloaga, que fué á Palacio esta mañana temprano, está preso.

— Ya salió libre; alguien de su familia fué á suplicar á Comonfort que le soltara, y el Presidente dijo que podía marcharse cuando quisiera.

— También Olvera y Juárez están libres; don Isidoro se fugó de acuerdo con Comonfort; don Benito se rehusó á fugarse, y sólo consintió en salir de la prisión si se le

ponía en libertad sin ambages ni rodeos; se marcha al interior y ya debe de haber salido.

— Los que ahora están presos son el padre don Francisco Carbajal y el padre Castillo.

— ¿Cómo presos? rugió Agredano. Ya las pagará todas juntas el pillo de Comonfort si pone la mano en esos cristos.

— ¿Y quién mete á los cristos, preguntó el padre Huerta, á conspirar contra el Gobierno, ni á armar á los ciudadanos unos contra otros?

— ¿Quién? Dios mismo. Él, por boca del apóstol, ha dicho que el campo en que la mies se haya perdido, debe purificarse por el fuego; Él, que destruyó á los amonitas, á los amalescitas, á los amorreos, á los cananeos, á los babilonios y á los madianitas; El, que se llama Dios de justicia; El, que ofreció castigar la iniquidad de los padres hasta la quinta generación, arma el brazo de los buenos para que maten y destruyan.

— No, padre, no ofenda usted al Señor suponiéndolo un Huitzilopochtli sanguinario. Si dando tormento á su palabra santa, logra usted canonizar la violencia y el desafuero, se encuentra con mandamientos clarísimos: *No matarás, ama á tus enemigos, no resistas al malvado,* y estas máximas, no sólo prohiben el asesinato individual, sino los asesinatos organizados que se llaman guerras. No hay diferencia entre el homicidio que comete el ladrón en lo oculto del bosque para despojar al pasajero, y los

homicidios colectivos realizados en el campo de batalla por tropas organizadas, que alcanzan la mentida gloria humana.

— Pero contra el error, cualquiera es juez.

— ¡El error! ¿Y qué es la verdad? Nuestro Maestro, que lo sabía, nunca lo explicó. ¿Quiénes somos nosotros, criaturas débiles é insignificantes, para castigar á otra criatura tan falible, tan pequeña, tan frágil como nosotros? ¿Acaso el ciego castiga á otro ciego, haciéndole cargos porque no ve?

— ¡Oh! pero con esa lógica, padre...

— Con esa lógica serían dichosos los hombres y se realizaría la obra de Dios y no la de Belial.

— Y de Echeagaray, ¿qué se sabe? dijo Juan Díaz interrumpiendo bruscamente á los discutidores.

— ¡Oh! dijo Florencio del Castillo que acababa de añadirse al corro, Echeagaray es el hombre del día en Puebla. No importa que Negrete y Alatriste se hayan coaligado; en favor de don Miguel están todos los poetas del rumbo, y eso ya es bastante para darle el triunfo. Uno suena el *teponaxtle* y le habla de

Las muchas bellezas de ojos ardientes,
De boca encendida y breve cintura,
Que caen á sus plantas, rendidas, candentes,
Pidiendo de amores limosna ó hartura.

Otro dice:

Echeagaray, llegóse tu partida
Y el bello sexo por tu ausencia llora,
Y por ti, pide al Ser que da la vida,
Al que la mar sujeta bramadora.

— Pues más bramadora, exclamó el jalapeño, estuvo aún la musa de otro poetastro, que dice al propio general:

Esta es la era brillante de tu vida,
Insigne Echeagaray, joven valiente;
Tu gloria es inmortal, es eminente
Cuando rompe tu espada embravecida.
Una constitución soez, prostituída,
Un cuerno de abundancia disolvente,
De la sana moral del inocente
Que de su madre recibe querida.
A quien difundes hoy á mano armada
¡Gloria para ti, soldado de la *Cruz!*
Gloria á tu valiente y fiel brigada,
Dispuesta con el fusil y el arcabuz
A defender la religión sagrada!

Todos rieron, hasta el torvo padre Huerta, y Covarrubias, animado por el éxito, descerrajó esta

OCTAVA

Dichosa tu mano, ¡oh, Echeagaray!
Que el estandarte del Crucificado
Feliz y fuertemente ha empuñado
Para llevarlo hasta el Paraguay;
Pueblo infeliz, ciego y extraviado
Que su reprobación ve en su último ¡ay!
Feliz tú que en la época presente
A una guerra campal harás frente (1).

— Pues si en vez de llamarse Echeagaray el sujeto de la oración, atina á llamarse Santa Anna, le manda el poeta á conquistar á Ecbatana.

— Y si Comonfort, á introducir orden en la Dieta de Francfort.

Comentábamos el tenesmo poético, que habían desarrollado los acontecimientos políticos, cuando oimos gritos, aclamaciones y vivas. No tardamos en ver á dos jinetes que, pistola en mano y acompañados de dos ayudantes, corrían á galope seguidos de una multitud de gente. Eran Miramón y Osollos que iban á la Ciudadela.

Luego que los vió Zuloaga, les dijo, según cuentan:

— Señores, yo me he pronunciado por el plan de

(1) Estos y otros muchos *versos* se publicaron en *La Libertad y La Religión,* periódico de Puebla, en Enero de 1858.

Tacubaya, que ustedes habrán ya visto, y contra los puros: si están conformes, tomarán parte en el servicio.

Osollos manifestó claramente su adhesión; Miramón nada dijo. El jefe nuevo nombró entonces á Osollos Mayor general y á Miramón jefe de una columna; las músicas y bandas tocaron diana y el público aplaudió. Al saber Osollos su ascenso, dijo á Zuloaga que no podía aceptar la banda, si no se le otorgaba también á su compañero de esfuerzos y fatigas, á Miguel Miramón. Don Felix proveyó de conformidad, y al salir Miguel se dirigió á la casa de don Manuel Lombardo, solicitó hablar á solas con su hija, arrojó á sus pies la insignia ganada tan legítimamente, y le exigió el cumplimiento de su promesa.

Concha vacilaba, pero vencida por la elocuencia de los ojos de Miguel y por la de la palabra de Luis, que fué más tarde á confirmar la solicitud de su amigo, consintió en otorgar su mano al joven caudillo, luego que hubiera terminado la pacificación del interior.

Eran Miramón y Osollos, que corrían á la Ciudadela

CAPÍTULO XXXI

Consumatum...

PARECÍA el mal sin remedio; pero Payno, el gran expedientero, lo halló ó imaginó que lo hallaba. Él, Piña y Elguero, exponiéndose á los fuegos del Palacio, San Agustín y la Ciudadela, determinaron reunirse en la casa de Sánchez Navarro; pero, quién sabe por qué razones, mudaron de opinión y se juntaron en la casa de don José M. Lacunza, número 5 de la calle de Tiburcio.

Dos días duraron los diplomáticos imaginando que arreglaban aquel tremendo embolismo. En medio del terror y de la desolación que reinaban, aquellos hombres pensaban, discutían, arreglaban, quitaban y ponían artículos, y luego se sentaban tan ternes á una mesa bien servida á engullir manjares exquisitos y á charlar sobre lo mismo.

Pero no hubo arreglo ni podía haberlo; entre el agua y el aceite, entre lo blanco y lo negro, no hay componenda posible, y aunque Talleyrand y Metternich se propongan emulsionarlos y reunirlos, los elementos se separarán sin remedio.

Todo el mundo comprendía que más que mediaciones y arreglitos se necesitaba una lucha porfiada y larga, y que quien triunfara tras ella, sería quien tuviera la razón.

Comonfort había transportado sus habitaciones á la planta baja del Palacio, no, como han dicho algunos detractores sin conciencia, para escaparse en caso de un bombardeo, sino al contrario, para estar listo y poder ocurrir á todas partes.

Estaba impasible, seguro de la justicia de su causa y aguardando lo que viniera con tranquilidad de estoico, no con arrogancia de jaque ó con extremos de bravucón.

Pasadas las cuarenta y ocho horas del armisticio, que los tacubayistas habían empleado en aumentar y reforzar sus posiciones, se oyó de nuevo el cañón por el rumbo de la Ciudadela y el Paseo: continuó el fuego toda la noche, pero sin causar grandes daños.

A las doce, Comonfort me ordenó saliera á pie, en su compañía, para recorrer las líneas fortificadas. Casi todo estaba abandonado.

Castillo Velasco tenía por todo contingente disponible

veinte hombres de su batallón; García Torres contaba con otros tantos del suyo; Del Río esperaba gente de Tlalpam, pero no tenía rifles para armarla ni dinero para socorrerla; Revilla, que veía completo el cuerpo de su mando, había notado ya síntomas de alzamiento.

Las defecciones eran muchas: se había pasado al enemigo una compañía de carabineros que se hallaba en la Alameda; la caballería, situada en la plazuela de Guardiola, se había declarado por los otros, llevándose una pieza de á ocho, y había sido preciso hacer entrar al convento la gente que defendía el atrio de San Francisco, por temerse un pronunciamiento.

La Acordada y el Hospicio contaban con trescientos hombres escasos; la artillería se había tenido que replegar, por no haber quien la defendiera.

El jefe veía impasible todo esto, y no demostraba extrañeza ni enojo: ya contaba con las picardías de la mala mujer á quien llamamos suerte.

El veinte amaneció nublado, un si es no es lluvioso y triste. Las multitudes, que todo el mundo llama inconscientes no sé por qué, conocen, como los ratones de los navíos, los momentos de peligro mejor que los generales y peritos en el arte de hacer daño.

Lo primero que hería los ojos en aquella mañana memorable, era la multitud de gente que corría apresurada á proveerse de comestibles, aun antes de que sonara la

hora que señalaba el bando firmado por el licenciado don Vicente Riva Palacio, secretario del Ayuntamiento.

Pero nadie se hablaba, nadie se hacía confidencias, nadie comunicaba lo que temía. A las diez me envió el señor Comonfort con un recado para don Angel Trías, jefe de toda la línea de San Francisco. Le mandaba á decir que tenía noticia del ataque que intentaría el enemigo; pero que estaba dispuesto con fuerzas superiores para contrastar la acometida, pues á pesar de todas las defecciones y pillerías, contaba con cerca de tres mil hombres.

A las once en punto sonó un cañonazo que lanzó contra la Acordada y el Hospicio la batería situada en el Paseo Nuevo, puesta á cubierto con la estatua de Carlos IV. Al mismo tiempo tronaron las piezas de la Ciudadela, de San Diego, de San José, de la calle de San Juan, del edificio de las Hermanas de la Caridad, de la Concepción, de Santo Domingo y San Agustín, unas contra el Palacio y otras contra San Francisco, y las más contra el Hospicio y puntos cercanos.

Al sonar los primeros disparos, el señor Comonfort salió de su cuarto acompañado de varios hombres que portaban huacales, y él, el Presidente en persona. empezó á repartir á la tropa piezas de fruta.

Apenas iría á medias la operación, cuando oimos las cornetas de la Acordada asordando los aires en solicitud de auxilio.

— Pérez, me ordenó don Ignacio, vaya usted violentamente y diga que ya sale una columna.

Monté á caballo, y por Plateros y San Francisco llegué hasta el convento. Si ahora me dispusieran algo semejante á lo que en aquella vez me dispuso Comonfort, probablemente no lo haría ni por el estímulo de todo el oro del mundo, ni por el aguijón del honor, más poderoso siempre que el del dinero.

El camino estaba envuelto en humo, pero en humo tan denso, que impedía enterarse de los accidentes más notables del tránsito. Recuerdo que me guiaron una muestra que decía: *Bouvier, callista de París,* un inmenso paletot pintado que estaba en la esquina que es hoy *La Sorpresa,* y el saliente de la capilla que ocupaba la que ahora se llama calle de Gante.

El cañoneo y la fusilería no cesaban un momento, viéndose, como inmensos relámpagos que atravesaban la atmósfera negrísima, las balas de obús y de rifle, que si las más veces desconchaban muros ó rompían vidrios, otras reventaban matando é hiriendo. Los puntos que estaban por el Gobierno, no se descuidaban en la tarea de contribuir á aumentar aquella tormenta siniestra, y los fuegos se cruzaban sin cesar.

Al comunicar á Trías la consigna que llevaba, me le encontré en el atrio de San Francisco, fumando un cigarrillo, sin más compañía que una *trigueña* repleta de

cognac, y tan indiferente á todo como si sólo sintiera llover y no tuviera temor de mojarse.

— ¡Hola, Peritos! ¿conque dice don Ignacio que nos sostengamos? Pues pásese á la Acordada, le dice su encargo á Balbontín y vuelve acá.

Haciendo de tripas corazón, me encaminé al punto atacado. Cuando llegaba á la esquina ví venir en dispersión á unos setenta soldados de á pie que aquí tiraban sus mochilas, allí caían bajo los tiros contrarios, más allá se ocultaban en los vanos de las puertas y en casi todas partes huían acobardados y temerosos.

La cosa no era para menos: del rumbo del paseo venían á paso veloz dos columnas, fuertes cada una de más de mil quinientos hombres, según se ha dicho después. Los fuegos de los nuestros se avivaron; los cañones, que ya habían sido restituídos á su sitio, empezaron á vomitar metralla, y los contrarios á hacer fuego valientemente. Un alemán, un tal Schoeck, vendedor de cosas de óptica, estaba de pie, repechado contra un punto entrante de la pared, mirándolo todo con ademán de quien contempla un espectáculo divertido. Al ver que yo me acercaba tratando de ponerme á salvo, pues al mismo tiempo me fusilaban los fuegos de San Francisco y los del Hospicio, me dijo el teutón en su media lengua:

— Son Mirramón y Osollos; se van á meter baco los fuecos de los del cobierno.

Y en efecto, las columnas avanzaban perdiendo mucha gente, pero seguras de salir adelante.

Todavía discutíamos don Augusto y yo cuando vimos

pasar junto á nosotros á un fraile de hábito azul, corriendo á toda prisa y lanzando al parecer gritos inarticulados, que no se podían escuchar en medio de aquel estruendo. Vimos llegar al padre hasta muy cerca de donde los combatientes se hallaban, accionar con las manos y segura-

mente desgañitarse; pero á poco tornó trastabillando, dando grandes pasos y accionando más desesperadamente que nunca. Al subir el escalón de la banqueta, cayó pesadamente, arrojando á borbotones sangre por boca y narices.

Violentamente me bajé del caballo y fuí á recoger á aquel desgraciado, que no era otro que el pobre padre Huerta, que en aquellos días había acabado de perder el poco juicio que le restaba.

Todavía le oí, aunque apagadas, frases como «un nuevo mandato os doy... que os améis los unos á los otros... según tu gran misericordia...»

A poco sentí que había expirado, pero sin hacer más extremo que un pajarillo que se hubiera ahogado en la mano. Sólo se conoció su vitalidad en el torrente inacabable de sangre que arrojaba, como si hubiera sido una bestia que degollaran.

¡Pobre filántropo dislocado de su centro, y á quien yo mismo llamé loco porque trataba de alcanzar una utopía irrealizable: unir á los que se aborrecían con alma y vida!

¡Quién había de haber dicho á aquel sacerdote, que había de ver su muerte el chiquillo delante de quien solía lanzar sus fogosas prédicas! Como él, moría (y quizás haya sido su símbolo) aquel liberalismo sencillo, cándido, bien intencionado, sin apego á la práctica; pero honrado y justo, que había sido la aspiración de nuestros padres.

Introduje el cadáver á un zaguán, dí media onza al portero que lo metió en su cuartucho, para que le comprara unos cirios que le alumbraran en su tránsito, y me marché por no poder cumplir mi comisión: el Hospicio, la Acordada, San Juan de Dios y la Santa Veracruz, estaban en poder de los reaccionarios.

Tornaba al centro al paso de la bestia, y casi habituado á aquel espectáculo horrendo, cuando me encontré al general Rangel, que iba con cuatrocientos hombres y una pieza chica á auxiliar los puntos que habían sido ocupados por la fuerza de las armas y por otras fuerzas todavía más temibles: la del dinero y la de la traición.

Todavía anduvo Comonfort por la tarde recorriendo las fortificaciones y exponiéndose á las balas que caían á su derredor en la calle Nueva; todavía presenció cuando el general don José Justo Alvarez levantó una trinchera con saquillos en la esquina del puente de San Francisco.

Ya obscurecía, cuando el general me ordenó fuera á ver qué pasaba en San Francisco. Apenas estaba allí Trías con cuatro ayudantes, dispuesto, dijo, á constituirse prisionero de los conservadores.

—No le harán prisionero, mi general, exclamó al punto el coronel Sánchez; le asesinarán á usted. Vámonos; no sea temerario.

Y cogido del brazo de Sánchez y seguido de sus ayudantes, salió Trías por la horadación de la calle Nueva.

Yo volví al Palacio, pero apenas oyó Comonfort el parte que le dí. Se paseaba á veces febril, á veces indiferente, en un cuarto en que estábamos con él únicamente sus ayudantes.

A las tres de la madrugada se embozó en su capa, después de ceñirse un par de pistolas, y salió absolutamente solo á recorrer las fortificaciones.

Al poco rato volvió, y arrojando la pañosa en un asiento, nos dijo cómo quien continúa un monólogo comenzado:

— Todo solo, todo abandonado, ni un solo hombre; no se ve más que armas y cartuchos tirados por el suelo... ¡Hay más muertos!... Y por la calle ni un alma... Los míos, los puros, me han abandonado, y los otros, los cangrejos, me han traicionado... Todos me dejan, todos me rechazan, porque comprendo tarde que en este país y en este tiempo hay, ó que fanatizar, ó que descatolizar al pueblo... Pero Dios proveerá...

Le oímos en silencio, sin osar decir una palabra que indicara conformidad ó disentimiento, y seguimos en nuestro sitio mientras el Presidente se tumbaba en un sofá á descabezar un sueño.

Por su respiración acompasada, conocimos que el general dormía; á las cinco en punto se levantó tranquilo y sereno.

— Nos defenderemos hasta el último extremo; somos

pocos, pero aún les queda hueso que roer. Antes que tomen este Palacio, morirán algunos...

A poco, después de conferenciar con Rangel y Pardo, determinó dejar todo sin ocasionar más efusión de sangre; pero quiso alejarse, no como facineroso que se fuga, sino como campeón vencido que confiesa á su pesar que le ha sido adversa la suerte de las armas.

Nos situamos con el jefe enfrente del Palacio, en el punto en que hoy empieza la banqueta del zócalo, y allí aguardamos la vuelta de los que habían ido en nombre de don Ignacio á conferenciar con el general de la Parra, jefe del punto inmediato.

— Amigos, dijo el general dirigiéndose á nosotros; me han servido ustedes con lealtad y decisión. No tengo queja de ninguno y sí motivos de agradecimiento para todos. Pero no necesito sino á dos, que designaré si los demás no se ofenden.

Callamos nosotros y él entonces eligió á dos jóvenes parientes suyos, diciéndonos á los demás que debíamos marcharnos á cualquier parte, pues no quería que le atribuyeran el querer llevar boato de Presidente en aquella tristísima coyuntura.

Pasó un rato de silencio embarazoso, cuando oímos la voz de un riflero de Lampazos, de los que Blanco acaudillaba, cantar con esa voz entre quejido y arrullo que es propia de la gente de campo, una cancioncilla que decía:

Casacas y sotanas
Dominan donde quiera;
Los sabios de montera
Felices nos harán;
  Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás.
¡Zis, zis y zas!
Marchemos para atrás.

¡Maldita federata!
¡Qué oprobios nos recuerda!...
Hoy los pueblos en cuerda
Se miran desfilar...
  Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás...

Si indómito el comanche
Nuestra frontera asola...
La escuadra de Loyola
En México dirá:
  Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás...

Orden, ¡gobierno fuerte!
Y en holgorio el jesuita
Y el guarda de garita
Y el fuero militar...

Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás...

Heroicos vencedores
De juegos y portales,
Ya aplacan nuestros males
La espada y el cirial...
Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás...

Horrible el contrabando;
Cual plaga lo denuncio,
Pero entre tanto el nuncio
Repite sin cesar.
Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás...

En ocio, el artesano
Se oculta por la leva,
Ya ni al mercado lleva
El indio su *huacal*...
Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás...

De lo alto del palacio
Soldado matasiete

Poniéndose un bonete
Se le escuchó exclamar:
Cangrejos, á compás,
Marchemos para atrás,
¡Zis, zis y zas!
Marchemos para atrás...

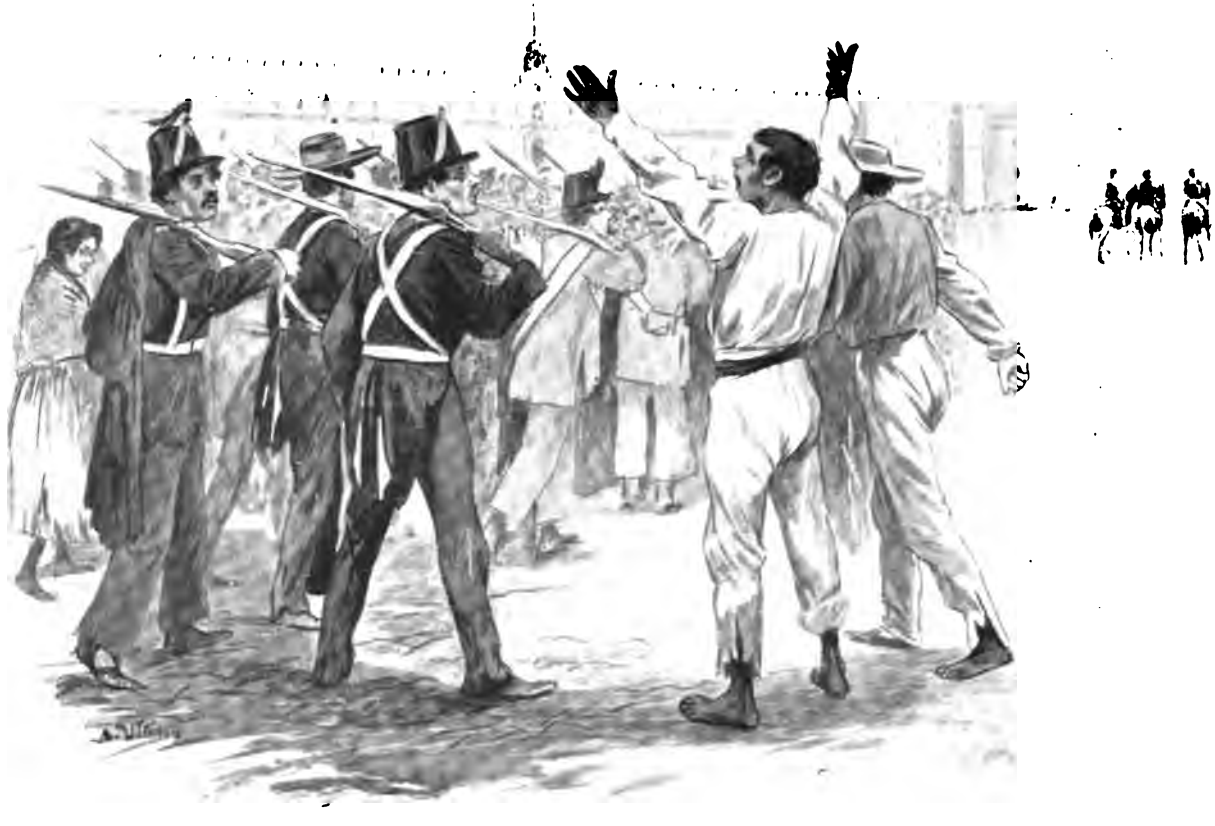
Todavía sonaban en nuestros oídos los acentos de aquel rústico himno, que sintetizó durante toda una época los agravios del pueblo contra las clases privilegiadas, cuando vimos desembocar una columna de infantería, por la calle de Flamencos. Comonfort le ordenó se detuviera, amenazándola, si no hacía alto, con disparar dos cañones que estaban en posición.

La columna se detuvo.

Un golpe de pelados apareció por el lado de Tacuba, gritando vivas á la religión; pero quedó callado al ver el severo continente de aquel hombre, quizá más grande en aquel momento de infortunio tan decorosamente llevado, que en los días de poderío y de fuerza, tan mal y tan escasamente empleados.

A las ocho volvió Rangel avisando que el Presidente podía tomar la escolta que quisiera.

Montó el jefe á caballo, le siguieron algunos de sus íntimos, y nosotros miramos alejarse á aquel hombre todo bondad, ternura, abnegación y patriotismo, que



Las tropas reaccionarias entraban en ese momento...

hizo á México más daño que muchos de sus enemigos jurados.

Las tropas reaccionarias entraban en ese momento, en medio del sonido de charangas, del brillar de entorchados y uniformes y del aullar de pelados ebrios, para no salir sino después de tres años de lucha tenaz.

LOS MÁRTIRES DE TACUBAYA

CAPÍTULO PRIMERO

La batalla de Salamanca

Un literato de esos que llaman ahora coloristas, habría sentido que le llenaba las medidas aquel campo nuestro, en que se hallaban representadas todas las razas, todas las latitudes, todas las provincias y todos los tipos de nuestro bendito país.

Ahora que los ferrocarriles han hecho comunes los vínculos entre los Estados, el yucateco no tiene diferencia con el chihuahuense, ni el habitante de las costas con el del interior, ni el fronterizo con el vecino de la capital; entonces, es decir, en pleno año de 1858, las cosas marchaban de otro modo; y ya no de región á región, sino de pueblo á pueblo, existían murallas de China inviolables é invioladas.

El oriundo de Aguascalientes sentía orgullo en oirse llamar *chilero,* y en apellidar *quince pesos nada menos,* á los de San Juan de los Lagos; *chapulineros,* á los de Tlaxochimaco; *tapatíos,* á los de Guadalajara; *tusos,* á los de Zacatecas, y *alacranes* á los de Durango, sin perjuicio de hacer rabiar á los de Lagos con los mil cuentecillos que han obligado á los de esa tierra á demostrar que son más listos que Cardona.

En mi tiempo llamaban la atención los vecinos de otros lugares, como podrían llamarla un ternero de ocho patas ó un enano de media vara; *la poblana, las jalapeñas, los colimotes,* eran los nombres que se aplicaban á los extraños para distinguirlos de las gentes de la tierra. Un extranjero tenía que ser á la fuerza un ser extraordinario. Mr. Mac Goun se conocía en todo el Estado y aun en toda la República por *el inglés de Guadalajara;* Arnaud era ante todo el mundo *el francés,* y nada más que el francés.

¡Tiempos dichosos, en que se tenía noticia de las naciones extranjeras por las borrosas y chillonas vistas de un cosmorama, y en que se miraba á Fray José María de Jesús Guzmán, que había estado en Tierra Santa, con el asombro mezclado de terror con que veían sus paisanos á Marco Polo veneciano, que había ido á las tierras del Preste Juan, ó al Dante que había bajado hasta las calderas de Pero Botero! ¡Tiempos dichosos, en que se discutían en la botica los trasnochados *telegramos* que traía la

prensa como cosa del otro mundo, preguntándose todos si Crimea no caería hacia Samarcanda, y si Orsini no sería sectario de Lutero!

Pero volvamos á nuestros carneros, esto es, volvamos á nuestro campo de Salamanca, más acá de Cerro Gordo, donde estábamos estacionados desde el día ocho de Marzo.

La diana resonó á las cuatro, despertando á los aletargados, haciendo rabiar á los dormilones, poniendo en pie á los listos y recordando á todos que en aquel día teníamos que resolver el albur que desde el anterior se corría.

Las tiendas de los oficiales se destacaban entre la bruma como *coecillos* desparramados al azar; los soldados, que habían dormido al raso, saltaban de los lechos que

cada uno se había improvisado, ora quitando los sudaderos del caballo, ora poniendo por cabecera el fusil, ora recostándose simplemente sobre el brazo.

Una sucesión de cantos de gallo, de balidos de cordero, de mugidos de buey, de *alabados* y de palabrotas salía de las gargantas de los militares. Estaba de buen humor la gente, y había que esperar que se batiría con ánimo.

Entre tanto, la diana daba vuelta al campo, enredaba sus notas con las de la banda del regimiento cercano; las movía, las estrechaba, las separaba, las confundía, las dispersaba, formaba con ellas un collar y engarzaba el tambor con la corneta, los gritos con los rumores y los vivas con los mueras. ¡Quién había de creer que en aquella sonriente mañana primaveral, á la hora en que el último fulgor de la luna luchaba con la faja blanquecina que aparecía á nuestro frente, todos aquellos hombres sólo pensaban en matar á otros que habían dormido á unos cuantos pasos de ellos!

Las *grandes guardias* recorrieron el campamento; no se hubiera emboscado por la noche el enemigo en el recinto nuestro. A poco empezaron á formarse los batallones y regimientos, respondiendo á la llamada de lista.

Había jinetes de hacienda, con el sombrero de anchas alas y copa baja, el zarape del Saltillo, la pechera, las armas de agua y la reata en los *tientos*, rigiendo potros chiquitines y al parecer sin vigor, pero hechos en realidad

á la carrera, á la fatiga y al alcance. Había indios de calzón blanco, de sombrero de palma, y de *guarachi* de correas, portando por todo armamento el viejo fusil de chispa y el machete *guango* de los costeños, y por todo atavío el morral de manta en que cargaban el *parque* y las gordas.

Había rancheros de buen rostro, guapos, barbudos, serios, de chaqueta de cuero con gran águila bordada en la espalda, ya á horcajadas en sus caballos de buena boca. Y había, en fin, barreteros zacatecanos y guanajuatenses, hortelanos de Aguascalientes, pelados de Morelia y de Guadalajara y gentes de todas clases y procedencias. Y sobre toda esa masa colecticia se destacaba el ejército, los uniformados, los cuerpos que habían peleado en la Magdalena ó en Puebla, los que sabían ya de cosas guerreras y que sentían carne de gallina, porque estaban enterados de lo que era dar y recibir.

El rancho fué parco y escaso; las *galletas* recorrían las filas llevando á sus hombres el café, el trozo de carne, los frijoles y las gordas de comal, y los soldados, descansando en sus armas, comían aquellos rústicos manjares que muchos de seguro no volverían á ingerir.

Ya estaban formadas en el Molino de Soria las dos columnas que debían iniciar el ataque, una á las órdenes de don Mariano Morett y otra á las de Pepe Calderón, mandando Morett el movimiento. Calderón llevaba á sus

órdenes el primer cuerpo de Lanceros de Jalisco y el escuadrón de Sierra Gorda; Morett conducía tropas de Guanajuato y de Michoacán, en que yo estaba alistado.

Mientras se hacían estos movimientos preliminares, el sol salía extendiéndose como un gran manto de fuego, dorando la hierba, haciendo cabrillear el agua de las grandes charcas que á derecha é izquierda se habían formado artificialmente, detonando en las armas é hiriendo los colores de las mantas, los estambres de las monturas, las toquillas de los sombreros y las rodajas de las espuelas.

Sonaban las seis en la iglesita del pueblo, cuando vimos formada al frente de nuestras tropas, entre Cerro Gordo y Salamanca, una masa de infantes en línea muy prolongada. Pasó una comitiva de oficiales acompañando á un jefe, á cuyo paso batieron marcha todas las bandas y tocaron el Himno nacional todas las músicas. Se distinguían bordados y arneses, colores de cabalgaduras y matices de guiones... De repente se oyeron cuatro tiros, luego otro más, después una salva nutrida.

— Ya se quemaron los primeros cartuchos, dijo un soldado; debe de ser la guerrilla de Rocha; no ha de pasar de un reconocimiento.

Pero el fuego no cesaba, y pronto se oyó un cañonazo que levantó una columnita de humo; luego siguióse escuchando la *esquitera*, que hacía el efecto de rumor de fuegos artificiales á distancia: hasta parecía como que la confla-

gración se comunicaba de uno á otro extremo como en los castillos de las verbenas.

Veíamos al principio los campamentos de Huerta y de Doblado; pero á poco nos los ocultó el humo.

En un grupo de oficiales se miraba discutir á los dos jefes; Morett, gordo, *chaparrón,* de cabello rubio ensortijado, de color enrojecido, lo que se llama en el país un *güero camarón;* Calderón, alto, de ojos negros centelleantes y terribles, vestido con nimia escrupulosidad, cabello cortado al rape y barba de *crêpe.* Montaba un precioso caballo negro, de buena alzada, aunque no tan grande como el bayo-lobo de Morett. Les rodeaban diez ó doce jefes jóvenes, entre los cuales distinguí á Leandro del Valle.

De repente, Calderón se incorporó á la tropa, se afianzó en los estribos, sacó la espada, miró á sus gentes con aire de mando, de desafío, de reto, de imprecación, de insulto, y cuando todos aguardaban un discurso, alguna de esas frases que se clavan en el alma del soldado, como los aguijones se clavan en la carne, se limitó á decir, poniendo el caballo á media rienda: *¡A ellos!,* y señaló la hueste enemiga que descansaba sobre las armas.

Vimos á los contrarios que emprendían un movimiento, y al General del lucido cortejo dirigirse hacia una mancha de monte que se descubría á la derecha.

Pero Calderón no parecía notar esas cosas. Al paso de las bestias marchaba su *culebra* de caballería; vadeó un

pequeño torrente, subió á una colina, desde donde podían otearse á maravilla los dos campos, rompió por el portillo de una cerca, atravesando el sembrado inmediato, y entonces los caballos tomaron un trote largo.

Los contrarios no querían creer en la osadía de aquellos hombres, que á poco se lanzaban al galope, como una tempestad, como una fuerza de la naturaleza, sin considerar obstáculos, sin ver dificultades, arrolladores, vengadores, tremendos.

Penetraron por la izquierda y vimos desorganizarse á un batallón y caer á muchos infantes al poder de la inercia.

— Es la brigada Blancarte, dijo el teniente de mi compañía; ya esa naranja se heló; vea, capitán, cómo corren tirando mochilas y quepis los malditos retrógrados... Ya cae otro batallón.

Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios como una cuña, como una flecha impulsada por mano certera. Veíamos el fulgor de los sables, las manos morenas en lo alto, una confusión de caballos y caballeros que, agrupándose, reuniéndose, apretándose unos contra otros, producían á los ojos la sensación de un caleidoscopio. Cuando se lograba ver caballos tordillos melados, llevando á la grupa frazadas rojas, no se tardaba en mirar otros negros ó bayos con que se barajaban y confundían, perdiéndose al fin como una gota de color claro entre los ocres y los betunes de la paleta.

Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios...

Los sombreros y quepis no se distinguían. Agachados como iban los jinetes, los paños de sol y las alas de los fieltros semejaban la concha de una tortuga que se removía con las convulsiones de la muerte.

— ¡Bien, Calderón! gritábase de todos los extremos del campo.

— Ese coronel vale más oro que pesa. ¡Arriba, San Luis!

— ¡Arriba, Guanajuato!

— ¡Ahora, Morett!

De repente oímos un estruendo que nos heló la sangre en las venas: doce cañones ocultos en el bosquecito tronaban al unísono y desorganizaban la columna, como no lo había podido hacer el fuego graneado de los infantes de Casanova.

Un grupo de jinetes quiso huir y fué á caer al flanco izquierdo, al punto de donde salían los tiros. Muchos se derrumbaron abriendo los brazos, cayendo de bruces al suelo; algunos conservaban todavía el sable en la mano, otros eran arrastrados, pendientes todavía de un estribo, por la cabalgadura enloquecida.

Un jefe de barbas blancas, á caballo sobre un penco colorado cuatralbo, accionaba, pedía, suplicaba y halagaba; pero como la desbandada continuara, sacó el revólver, y después de dejar tres infelices en el sitio, detuvo la dispersión.

Al fin la cuña se desmoronó; cada quien corrió por su lado y sólo se vió caballos que olfateaban el viento, relinchando con suprema angustia, llenos de sangre, arrastrando herrajes y mantas, y buscando la salida de aquel círculo de fuego que los envolvía.

Un *cuaco* prieto, de buena alzada, con montura de coronel, una pistola en las pistoleras, y un capote militar en ancas, pasó trabajosamente frente á nosotros: iba pisándose los intestinos y destrozándose las entrañas como caballo de lidia.

— Es el caballo de Pepe Calderón, dijo alguien... Es el *Merlín*.

— Debe de haber muerto Pepe.

— Debe de estar herido.

— Esos disparos de cañón fueron de don Ceferino Rodríguez, estoy seguro de ello.

— ¡Lástima de Calderón! ¡tan bonito jefe!

— Era todo un caballero.

— Era todo un valiente.

Entre tanto, se extendían murmullos por toda nuestra columna.

— Los dejamos solos y sin auxilio.

— Ya viene un ayudante y habla con Morett.

— ¡Por fin es la nuestra, compañeros; ya viene la orden de atacar! dijo un oficial de ojos chiquitines y dientes blancos.

— No se necesitaba orden, porque el movimiento estaba concertado desde anoche.

Al fin nos movimos; pero ¡oh, vergüenza! para meternos á campo traviesa por un sembrado y dar vuelta á Salamanca, donde ya se introducía Miramón, mientras Casanova se acercaba al rancho del Perú.

Todavía nos figurábamos que iríamos á atacar á Mejía, á quien hacía retroceder Huerta, aunque en buen orden, pero nos engañamos; cuando llegaban el escuadrón de Guías y el segundo de caballería á las órdenes de Osollos, Morett esquivó el paso, y siguió poco á poco con su Estado mayor en dirección á Celaya.

— Estamos vendidos.

— ¡Traición! ¡Nos entregó el tacubayista Morett!

— ¡Muera el Judas!

— ¡Muera el que dejó perecer á nuestros compañeros de Jalisco y Michoacán!

La dispersión se inició entonces: pero no ordenada, sino tremenda, furiosa, de sálvese quien pueda.

Yo azucé á mi caballo y emprendí el camino de Irapuato, en cuya dirección veía que se alejaban grupos ordenados de tropas nuestras.

¡Qué pequeña es la especie humana! Los mismos que hacía un rato hablaban de morir y que quizás habrían muerto gloriosamente, ahora huían como liebres asustadas. Quién se despojaba del uniforme, quién arrojaba el

fusil á una zanja, quién seguía disparando tiros al azar, maquinalmente, con embriaguez de enajenado.

Llegué al centro del campo, donde se había librado la batalla, y ví alejarse las tropas conservadoras tocando dianas y tremolando al aire banderas y guiones.

Un soldado estaba por el suelo, con una sola herida que le abarcaba desde el cráneo hasta la barba: tenía los ojos salidos, el cabello lleno de sangre todavía tibia, los dientes á la vista, las manos crispadas y en ademán de herir.

Un indio, de calzón blanco inmaculado, estaba como dormido, recostado sobre una gran piedra; un hilo de sangre le manaba de la boca y enrojecía el zacate en que saltaban unos insectillos.

Un viejo estaba de cara al sol, con un enorme balazo que le había echado fuera la masa encefálica.

... estaba un grupo de *pepenadores* rodeando un cuerpo...

A medida que avanzaba más, el número de cuerpos tirados por el suelo era mayor. Unos me miraban con ojos de terror, desde los limbos de la muerte en que yacían; otros pedían agua; otros que los remataran para acabar con sus sufrimientos.

En un recodo del camino, junto á tres hombres y un caballo muertos, estaba un grupo de *pepenadores* (1) rodeando un cuerpo, difunto al parecer.

Ya le habían desnudado del uniforme tomando reloj, cartera y papeles, y una arpía de rostro amondongado, que parecía mandar á aquella turba de rufianes, se preparaba á cortar un dedo al casi difunto para sacarle una *tumbaga*, cuando me presenté blandiendo el machete. Echaron á correr los despojadores, y yo bajé del caballo por ver si podía prestar auxilio al caído.

Era éste mozo trigueño, de facciones finas, de formas hercúleas, vestido al uso de nuestra gente de campo. Tenía en la cabeza una gran herida que le había roto el jarano y el cuero cabelludo y quizás el hueso; los cabellos, que eran negros y abundantes, estaban apelmazados con la sangre; frente, nariz y barba, se veían rojos, y el suelo también estaba manchado á trechos.

---

(1) *Pepenar* se llama el acto de juntar granos ú objetos menudos, y *pepenadores* se apellidaba, en tiempo de guerra, á los merodeadores que despojaban cadáveres ó recogían lo que los ejércitos habían dejado á su paso.

Cogí el cuerpo, que estaba inerte, pero con calor de vida, y seguí mi camino con él atravesado sobre la silla. Cerca de Irapuato, el número de fugitivos era mayor; los soldados ya obedecían á los jefes; las armas se iban recogiendo, y todo presentaba aspecto más ordenado.

Caminaba con el cuerpo del herido á cuestas, cuando oí que me hablaban por mi nombre. Era un ayudante del cuartel general, llamado Ríos, que celebró mucho el haberme encontrado.

— Tras de usted andaba, la Llana; el general dispone que se presente sin excusa ni pretexto.

— Voy en seguida; no más deposito en lugar seguro á este herido, que no quise dejar expuesto á que le remataran los *pepenadores*.

— ¿Es de los nuestros?

— Parece que no, pues en este chaleco, única prenda que le dejaron, está la cruz roja.

— Entonces échelo al suelo y que se lo coman los zopilotes; el hospital está atestado de heridos nuestros, y no es cosa de ejercer obras de misericordia con extraños. Mire usted—y me señalaba las camillas de ambulancia — cómo siguen trayendo gente del campo de batalla. Lucido quedó usted levantando á un mocho bellaco. ¿Por qué no se trajo á todos los que se encontró al paso? ¿Y sabe usted siquiera qué bicho es ese?

— Debe de ser persona decente, porque su ropa interior es de bretaña y estopilla.

— Vea, capitán, podemos salir de dudas muy fácilmente; le asoma la oreja de una cartita por el bolsillo izquierdo.

Tomé el papel, y al pasar la vista por el sobrescrito, me estremecí. Decía éste en letra detestable, como hecha con carrizo puntiagudo:

A manos de buena
ventura hortís.
Onde sialle.

Era él, mi rival, mi mal genio, que aparecía cuando menos deseaba recordar cosas pasadas. ¡Pues qué! ¿También él sentiría el estímulo del honor? ¿También él sería capaz de interesarse por el triunfo ó la derrota de ideales, aunque fueran viejos y sin consistencia? ¿O buscaría acaso la manera de olvidar penas y hasta de inmolarse por ellas?

Pero mientras tanto, el sol que picaba, el aire que oreaba el campo, la juventud del herido ó lo insignificante de la aparatosa lesión, hicieron su efecto y Venturita empezó á quejarse.

— Ya vamos á llegar, hijo, le dije; ahora te pondré en manos de los médicos, que te curarán hasta dejarte bueno.

Cabalmente pasaba una camilla de ambulancia, y en

ella metí á Ventura en unión de un ranchero que se tenía con la mano los intestinos que se le escapaban, y de una vieja herida en un pie por un casco de metralla. Lo pensé mucho; pero al fin me decidí, y dentro de la cubierta de la esquelilla puse una cartulina con mi nombre y la fecha.

CAPÍTULO II

UN PAQUETE DE CARTAS

De Nicolás Cuevas á Juan Pérez de la Llana.

México, Abril 8 de 1858.

Mi querido Juanito: te debo una explicación de mi conducta, pues hace meses que no me ves, oyes ni entiendes. Si mal no recuerdo, la vez última que nos encontramos fué una en que te dije estaba dedicado á negocios de comercio, de agio ó de no sé qué. Ya ha llovido desde entonces.

Hoy te puedo decir la causa de aquel súbito cambio mío: conspiraba á favor de Santa Anna. Acabo de venir de Turbaco, donde me pasé dos semanas mano á mano con su Bajeza, y te puedo dar razón de cuanto se hace en aquel lejano país.

Me encontré la casa verdaderamente desolada. Acababa de morir la niña Carmen, adoración de la señora, y la pobre Doloritas había perdido completamente la razón.

Don Antonio, en cambio, estaba lleno de ilusiones. Un chico de veinte años á quien ha correspondido la doncella á quien corteja, no es tan entusiasta como el bueno del general. Ríe, platica, se excita, hace cuentos alegres y se comunica con todo el mundo.

Unas veces quiere el auxilio de España, otras no quiere oir hablar de España; algunas designa para jefe de los suyos á Miranda, otras á Aguilar y otras á Osollos. Respecto de Presidente provisional de la República, no resuelve todavía; pero, en general, dice que lo será quien primero consiga apoderarse de la ciudad de México, á fin de que los generales tengan entre sí una saludable emulación.

Te reirías si oyeras la multitud de palabras cariñosas, de finezas espirituales y afectuosos requiebros que me dirigía; esas cosas las tomaba yo como las felicitaciones de aguinaldo, de cumpleaños y de año nuevo, que no son más que jarabe de pico.

Cuando me volvía le pedí para mí pasaje, y terminantemente me negó cualquier auxilio, pues cree que en vez de dar, debe recibir todo cuanto los mexicanos le quieran regalar por su linda cara.

Disimulé y tomé la vuelta para Veracruz; pero al llegar á la Habana saqué una correspondencia destinada á Márquez, y con ella en el bolsillo, me tracé mi plan. La ofrecí al general Concha, á Rafael y á Lord Palmerston; éste avisó del caso á Lafragua, y don Pepe me remitió por el paquete inglés cincuenta onzas.

Saqué traslado fiel de esas cartas, lo vendí á Zuloaga al llegar á México, y por eso la misma correspondencia se capturó en Tampico y en la capital. Te mando copia del memorándum que el vencedor del Pánuco enviaba para poner en ejecución su plan de entronizamiento. Ya verás cómo su negocio consistía en el auxilio español.

Para concluir con don Antonio, te diré que el hombre está chocho; para mí ya acabó este tremendo revolucionario, y debe substituirlo gente nueva; tiene tales inocencias, tales debilidades, tales pequeñeces, que te asombrarías de verle tú que le conociste en época mejor. ¡Ríete un año seguido: á mí, al polizonte malquisto, al que quemó su casa y su estatua, le había prometido hacerle ministro! ¡Ministro tu amigo Nicolás Cuevas! ¡Tiene gracia!

Naturalmente, al llegar aquí me coloqué en la policía. El señor Lagarde, que sabe lo que yo valgo, me dió mi antiguo empleíto de jefe de la secreta, mejorado en cuarto y quinto. Ayer me estrené aprehendiendo un paquete de cartas que se remitían los jefes liberalescos. Te envío

copia de esa correspondencia con sus comentarios, para que sepas lo que se comunican tus amigos.

Aquí todo marcha bien: la bienaventurada y tanto tiempo pretendida unión entre el Estado y la Iglesia, es ya un hecho inconcuso y que de seguro pondrá furiosa á toda la *chinaca brava*. Ya verás qué Semana santa la próxima; ya verás qué oficios; ya verás qué monumentos; ya verás qué esplendores del culto. Ahora vamos á desagraviar á Dios de todos los horrores de la última Semana mayor, en que tanto probó al cielo el maldecido Baz.

Y á propósito de esta buena pieza, has de saber que pretendí aprehenderle la otra noche, que me pidió permiso para entrar á coger una prenda de abrigo, y que á poco, *ojo relojo;* se me volvió duende. Ya me ocupo de buscarle.

Deseo que te sea leve el hambre constitucionalista, y me repito tu amigo que mucho te quiere.

N. CUEVAS.

Memorándum (1). Los señores don Rafael de Rafael y don Pedro P. Vélez, pasarán inmediatamente á la Habana, aunque no ha llegado el vapor de aquel punto, y allí visitarán al señor Capitán general, á quien entregarán la carta que conduce el señor Rafael, le presentarán mis cumplimientos y le pedirán los oiga benignamente. Le

(1) Auténtico, así como la correspondencia que viene en seguida

manifestarán el peligro inminente en que la revolución de México se encuentra, circunscrita á la capital y á las ciudades de Puebla y Toluca, según las últimas noticias, amenazada por el Norte, el Oriente y el Occidente de las fuerzas que los demagogos han reunido, y que es consiguiente se dirijan todos al centro para ocupar la capital, la que no podrá resistirlas y sucumbirá cuando tiene también en su seno activos enemigos, suceso que lamentaríamos siempre, porque no sería fácil rehacerse de tan terrible golpe.

Que si Veracruz hubiera caído en nuestro poder en el tiempo que debió suceder, la cuestión estaría terminada favorablemente á la buena causa, y los mexicanos bendecirían la mano benéfica que tanto bien les hubiera proporcionado. En fin, que si se nos abandona enteramente, todo será perdido y sin que valgan los esfuerzos que se harán seguramente antes de sucumbir.

En vista de lo expuesto, los señores comisionados cerca de S. E. el Capitán general de la isla de Cuba, guiados por su buena inteligencia, por su celo y patriotismo, se esforzarán en conseguir un pronto auxilio en los mismos términos que se solicitó el primero, de dos mil voluntarios para desembarcar en San Carlos y obrar con ellos contra las fuerzas del faccioso Llave, de manera que quede la plaza de Veracruz aislada y se pronuncie sin necesidad de hostilidad alguna. Los detalles de dicha operación los

darán dichos señores, según que desee enterarse de ellos.

Si, no obstante cuanto se expusiere al señor Capitán general, no se consiguiere el auxilio de dos mil voluntarios, que nos serían sumamente útiles para decidir la revolución, y no se conformare con el pedido que el Gobierno provisionario de México le hiciere al efecto, en ese caso impetrarán de S. E. un vapor que los conduzca á la barra de Tecolutla, para de allí dirigirse á la capital por la vía más recta. Este vapor podía voltejear los días necesarios para volver á recibir á su bordo á los señores comisionados, quienes regresarán en el propio vapor para venir con mayor rapidez y seguridad.

Si ni aun esto pudiera conseguirse y quedáramos entregados á nuestros propios recursos, entonces los señores comisionados buscarán los modos de dirigirse á México, siempre por el rumbo de Tecolutla como el más seguro, y allá convendrían con el Gobierno provisorio lo más conveniente para dar impulso á la revolución en los términos que van autorizados dichos señores para ofrecer mis servicios en los puertos que los crean convenientes, proporcionándome un apoyo en el punto de desembarco que se me señalare.

Estando en el territorio de la República mexicana, solicitarán al Excmo. señor General don Antonio Corona, para hacerle saber la decisión en que me encuentro de auxiliar personalmente la revolución comenzada en la

capital, y que si se puede hacer de algunas fuerzas, procure ganar un puerto para proteger mi desembarco; entre tanto, obre con energía y actividad para cooperar al completo triunfo de la buena causa.

Se hará saber á todos que en este puerto espero saber lo que se determine, á fin de que si mis servicios no son de ninguna necesidad, retirarme á mi tranquila vida, deseando á mi patria la mejor ventura.

Al muy recomendable doctor don Francisco Javier Miranda, y á los demás amigos Aguilar, Osollos, Pérez Gómez, etc., etc., les manifestarán la omnímoda confianza que en ellos tengo y que espero de la elevación de sus sentimientos y del interés que toman en favor de nuestra desgraciada patria, no transigirán en lo más mínimo en cuanto á los sanos principios que se han proclamado, á fin de que sean las últimas desgracias que se deploren las causadas por Comonfort y su pandilla, contando con que, por mi parte, no omitiré sacrificio alguno por tan noble objeto, si los mexicanos creyeren que mis servicios les sean aún necesarios.

Como el señor don Pedro P. Vélez me haya manifestado que el señor don Luis G. de Vidal y Rivas retiene en su poder un crédito de $ 10.000 conseguido bajo la firma del primero, y como no es justo el perjuicio particular de ninguno, los señores comisionados harán entender al señor Vidal y Rivas la obligación de devolver

dicho crédito á su dueño, supuesto que la operación de Tampico no tuvo efecto, que fué la que obligó al señor Vélez á contraer ese compromiso. Asimismo recogerán el memorándum que llevó el señor Vélez y me lo remitirán en primera oportunidad.

Se advertirá asimismo al señor Vidal y Rivas que no contraiga serios compromisos con ningún individuo, pues habiendo un Gobierno ya en México, éste probablemente no reconocerá por legítima la deuda que sin su autorización se contrajera; y en cuanto á las contraídas, sabido es que los acreedores no tendrán derecho al cobro sino después de terminada la revolución favorablemente, siendo el deber de los que hayan contraído tales deudas, el presentar en su oportunidad las distribuciones documentadas á la Tesorería general de la nación.

A. L. DE SANTA ANNA.

San Thomas, Marzo 19 de 1858.

De don Eulalio Degollado á don Santos Degollado

Venado, Marzo 3 de 1858.

Mi muy estimado amigo y pariente: Una circular que recibí ayer por extraordinario, me indica que usted se ha encargado del Ministerio de Gobernación. Este acontecimiento, que no había llegado á mi noticia, es una preciosa

garantía que el Gobierno de la Unión otorga al país y al partido liberal. Con funcionarios de tan gloriosos antecedentes como usted, no debe dudarse un momento del éxito favorable que obtendremos.

D. Santos Degollado

Espero que usted se dignará decirme de qué cartera se ha encargado, por fin, el señor don Melchor Ocampo.

Por las comunicaciones oficiales que ahora dirijo á ese Ministerio, se impondrá usted de la situación en que nos encontramos, así como del pronunciamiento de la guarnición de Tampico, acaudillado por el coronel don Rafael Moreno.

Calculando la importancia que tiene la toma de la plaza de San Luis, dirigí anoche, por extraordinario, una comunicación al señor Vidaurri, excitándole á que violente su marcha con ese objeto.

Por mi parte, sólo espero á Zayas, que debe de llegar hoy á esta ciudad, con la fuerza que tenía en Matehuala y Catorce, para que conferenciemos sobre los movimientos

que deben hacerse para acercar nuestras fuerzas á San Luis, y para otros negocios interesantes de mi gobierno.

Recomiendo á usted me comunique cuanto sepa respecto del teatro principal de la guerra y de las fuerzas de los señores Alvarez, Alatriste, La Llave, etc.

Deseo á usted mil prosperidades y me repito su pariente y amigo afmo. q. b. s. m.

EULALIO DEGOLLADO.

Excmo. señor don Santos Degollado. — Guadalajara.

De don Santiago Vidaurri á don Juan Álvarez

Este documento es notable, por el cariño filial de que está saturado.

Parece que hasta la fecha no han llegado á San Luis las fuerzas que Vidaurri tenía ya en marcha el 10 de Febrero.

Monterrey, Febrero 10 de 1858.

Mi muy querido amigo y amado padre: Con mucho retardo recibí su muy grata de fecha 14 del pasado Diciembre, que me dirigió sobrecartándosela á don Manuel María del Llano. Bien sabe usted que su voz es para mí de grande autoridad y peso, y como su ya citada llegó á mí después de haber cometido su crimen el señor Comon-

fort, y de haber comenzado á tomar por mi parte algunas providencias para contrariar el motín de Tacubaya, el contenido de su carta lo considero como una aprobación de mis disposiciones.

D. Santiago Vidaurri

No dude usted, padre mío, de que por mi parte se hará cuanto sea posible por que se restablezca el imperio de la Constitución de 1857 en toda su pureza, y al efecto tengo ya en marcha sobre San Luis mil hombres, y dentro de unos días saldrán dos mil más de todas armas, porque me temo que el desenlace de la presente crisis sea un pastel que acabe con nuestras libertades; lo que no sucederá si el triunfo es absoluto y completo en favor de la Constitución, dejando las reformas de nuestro código al soberano Congreso nacional.

Deseo á usted completa salud, y suplicándole salude cordialmente á mi hermano don Diego, me repito suyo amigo, amante hijo y atento servidor q. b. s. m.

Santiago Vidaurri.

Excmo. Sr. General.—D. Juan Alvarez.—Providencia.

De don Ricardo Palacios á don Santos Degollado

Esta carta pinta las exigencias de algunos diputados respecto á dietas, y la penuria democrática en Colima:

Excmo. señor don Santos Degollado.

Colima, Marzo 4 de 1858.

Mi respetable amigo y señor mío: Por la comunicación oficial que dirijo á usted, verá que el señor don Juan Brizuela, diputado suplente, marchará pronto á esa ciudad á desempeñar su encargo en el Congreso general, por falta del propietario, nuestro amigo el señor licenciado don Anselmo Cano.

Respecto del señor don Manuel Salazar, no puedo decir á usted lo mismo, pues pretende que se le paguen las dietas atrasadas, aseguramiento de las que venzan en lo sucesivo y viáticos para hacer el viaje.

La jefatura de hacienda está en la imposibilidad de hacer estos pagos, y por el próximo correo daré á usted cuenta con el informe que se rinda.

Por acá marchamos sin novedad, y sólo con la congoja diaria de que faltan recursos para la guarnición, sobre cuyo particular me tomo la libertad de rogarle hable con el señor Ministro de Hacienda. Si autoriza á la aduana marítima para que solicite un préstamo en casos

muy extremos, sólo para las atenciones de la tropa, tendremos ese recurso.

Parecerá á usted que esto es ajeno del gobierno del Estado; pero considere usted que es mi interés conservarlo á todo trance, y que confío más en mis propios esfuerzos para buscar dinero, que en los de los empleados de la aduana, porque bien sabe usted que se necesita genio aparte para esta clase de negocios.

Si hay dinero para la tropa, yo le aseguro á usted que este punto será conservado á las órdenes del Gobierno constitucional.

Sin más asunto por ahora, me repito de usted su muy atento amigo y seguro servidor q. b. s. m.

RICARDO PALACIOS.

De don Guillermo Prieto á don Sabás Iturbide

Esta carta contiene algunas cuentas alegres respecto de Vidaurri y de don Juan Alvarez:

Guadalajara, Marzo 8 de 1858.

Mosquetero querido: Me has dado un buen susto, porque supe que te habían llevado en camilla á Morelia; pero Ocampo me tranquilizó. Te remití dinero.

Hoy te comunico que las fuerzas del señor Vidaurri, en número de dos mil quinientos hombres y veinticuatro

piezas de artillería, se encuentran ya en San Luis, y esperamos que los reaccionarios de aquel punto sean derrotados por esos rifleros. También te digo que pronto se establecerá una línea de comunicación de Veracruz á Guadalajara, por el puerto de Tampico ó por Soto la Marina. Igualmente te hago saber que el señor don Juan Alvarez nos acaba de comunicar por extraordinario, que dentro de ocho días se hallará con el grueso de su división en Cuernavaca; todo lo que me apresuro á comunicarte por la influencia que puede tener entre amigos y enemigos y para que de ello hagas el uso que te convenga.

No me extiendo más, por mis ocupaciones; pero sabes que siempre espera tus órdenes

PRIETO.

De don Melchor Ocampo á don Santos Degollado

En esta carta se nota la impaciencia del gabinete constitucionalista á causa de que Parrodi no se movía. Además se ve en ella que don Juan Alvarez había ofrecido levantar mil hombres si le daban recursos. Te recomiendo la lectura de la posdata, pues el *Mexican Extraordinary* nos dió la descomunal noticia de que tres mil pintos habían atravesado el Mexcala y venían sobre Cuernavaca.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DEL MINISTRO DE RELACIONES

Excmo. señor don Santos Degollado.

Guadalajara, Marzo 8 de 1858.

Muy querido amigo: Remito á usted las inclusas, que últimamente he recibido con su dirección. Por ellas verá las buenas y nuevas noticias que hemos tenido de San Luis. En este Estado no hay novedad.

Hace tres días que estamos arreglando que el señor Ramírez Lazo forme un batallón; todas las medidas están ya en acción para esto. En la mañana de hoy me he ocupado de que el señor Suro forme otro.

Vamos á recibir dos mil fusiles de Colima, y además compraremos el corto resto que allí quedaba para darlo á los pueblos. Todo lo dicho, sin más objeto que tener una reserva, porque en todo evento creemos que es, si no necesaria, por lo menos conveniente.

»En esta misma semana comenzaremos á labrar parque, para el que no teníamos antes un medio real. Estamos mejor de bolsa, pues que por este mismo correo remitimos al señor Parrodi diez y nueve mil pesos. Usted cuidará de recomendarle que los distribuya con igualdad proporcional, á fin de que no quede una brigada adelantada en pagos, mientras alguna otra muera de hambre.

De Morelia se me ha quitado parte de la pena, no por los cuatro mil y corto pico de pesos que remitimos

D. Anastasio Parrodi

al señor Silva, sino porque ahora he sabido que Régules traía hasta Zinapécuaro doscientos hombres y dos piezas que nada más jugaron en lo de Cobos de Maravatío, y que en Morelia habían quedado ciento sesenta hombres, contando la gendarmería. Por pocos, pues, que hayan sido los dispersos de Langberg, que hayan unídose, atrincherados todos en Morelia no deben temer ya á Cobos, cuya posición me parece así peligrosa para él.

Ojalá que usted consiga, como lo esperamos, que el señor Parrodi se mueva: la inacción nos está matando. ¿Qué espera? ¿Que el enemigo mejore sus elementos?

Salude á los señores Huerta y Arteaga, y de usted quedo muy adicto amigo

M. Ocampo.

Posdata.—Alvarez dice que pondrá hasta mil hombres si le mandamos recursos. Luego que completemos la mesada de Celaya le enviaremos.

He leídole yo mismo las instrucciones á Prieto; mañana comenzará á andar oficialmente lo del clero.

De don Guillermo Prieto á don Manuel Doblado

En ella se ven descritas las congojas del Ministro de Hacienda para conseguir dinero, y se ve estampada en letras muy claras la confesión de que la causa constitucionalista carece de crédito. En la misma carta se dice que don Manuel Doblado padece *flatos* y que don Guillermo Prieto se aguanta firme porque no quiere ser menos hombre que su corresponsal.

Marzo 8 de 1858.

Manuel muy querido: Ayer no recibí carta de usted y tuve esa dolorosa carencia en los momentos en que aquí se desatan las noticias más funestas.

Langberg derrotado, Islas muerto, Iturbide conducido en camilla á Michoacán; veo como uno de tantos milagros haber conseguido diez y nueve mil pesos que remití hoy al señor Parrodi, y que me han costado diez y nueve millones de amarguras.

Ustedes están creyendo que yo, encerrado en mi sistema de apocamiento y dificultades, desecho á los Rubios, á los Escandones, á los Lizardis, que me vienen á ofrecer montones de oro por la hipoteca del Limbo, porque el cielo no es de los puros, el infierno está ocupado y el purgatorio es de los padres.

No, Manuel querido; ando de puerta en puerta, em-

prendo seducciones á la Lovelace con comerciantes energúmenos; crédito no hay; por un peso duro puede darse un ojo de la cara, y la gala de estos señores es decir que no tienen que ver con el Gobierno, y que si tuvieran no darían, porque no son agiotistas.

Hoy llegó un extraordinario con noticias de Vidaurri; está sobre San Luis con dos mil quinientos hombres y dos piezas de artillería.

Ya le dije á usted mi parecer sobre préstamo; no crea usted, Manuel, que me duermo; trabajo doce horas y mis incomodidades son tales, que he tenido cólico dos veces.

Además del dinero que se ha enviado á ustedes, ha habido que mandar á Vidaurri, á Iturbide, á Degollado, y sólo en extraordinarios, raro es el día que no gasto cien ó doscientos pesos.

Sobre todo, no me escriba tan flatoso, como en el correo pasado, porque crea que sólo aguanto por no ser menos hombre que usted.

Sepa que le quiere muy de corazón

GUILLERMO PRIETO.

Excmo. señor don Manuel Doblado.

CAPÍTULO III

Mensajero de malas nuevas

PARRODI — todavía viven muchos que le conocieron — era un cubano que difería de todos los de su raza por la flema que le era peculiar. No se inmutaba aunque le comunicaran que acababa de brotar bajo sus pies un Jorullo que iba á destruirle. Me recibió con el purillo en los labios, limpia la melena, bien peinadas las barbas, irreprochable el uniforme, más tranquilo que si volviera de un torneo en que se hubiera combatido con espadas de cortesía y con fusiles cargados de mentirijillas.

Su pachorra era famosa en toda la República, y más famosas eran sus respuestas sentenciosas, lacónicas y hasta monosilábicas. Referían los chuscos que en una ocasión se le había presentado Pantaleón Pacheco, uno de

esos chistosos jurados que existen en cada población corta, y que, á pesar de su sal, solía de cuando en cuando echar el cuarto á espadas y conspirar como cualquier hijo de vecino. Deseoso de meterse á buen vivir, y conociendo que el Comandante militar de Jalisco no era un Cruz Aedo que se comiera á los niños crudos, se le acercó, pasando entre ellos este diálogo:

— Señor general, yo soy Pantaleón Pacheco, de quien debe de haberle hablado el señor Angulo.

— ¡Ah!

— Y vengo con objeto de comunicarle que en algunas ocasiones he conspirado contra el Gobierno...

— ¿Eh?

— Ahora nada menos me encuentro perseguido, fugitivo, falto de auxilios...

— ¿Y...?

— Y querría volver á Guadalajara, al lado de mi familia, contando con la venia del Gobierno y con la seguridad de que no se me perseguirá...

— ¡Oh!

— Y como estoy escaso de recursos, quisiera se me agraciara con un empleo, pues he desempeñado varios á satisfacción de mis jefes.

— ¡Uh!...

. . . . . .

No faltó quien me indicara la casa en que se aposen-

taba el General. Le hice saber que allí estaba y me ordenó pasar.

Cuando me vió hizo seña que me aguardara, y continuó dictando á un escribiente.

«El estado, que en su oportunidad remitiré á V. S., lo impondrá del número de muertos y heridos que tuvo este ejército, así como de su situación definitiva, pues aguardo todavía que numerosos dispersos se unan á sus cuerpos.

»El fracaso parcial de las tropas del Gobierno, en nada ha amenguado los bríos de mis soldados, pues noto en todos ellos un grande y levantado espíritu.

»Renuevo á V. S. las seguridades de mi particular y distinguido aprecio. — Dios y Libertad, campo de Irapuato, Marzo 10 de 1858. — ANASTASIO PARRODI. — A S. E. El Ministro de la Guerra del Gobierno de la República Mexicana. — Guadalajara.»

— Señor capitán, me dijo llamándome aparte, va usted á Guadalajara á mata caballo y pone este parte en manos del ministro Ocampo. Usted me responde de que el pliego llegará á su destino.

Me incliné respetuosamente, tomé un caballo de los del general, y me retiré á toda prisa para ponerme en camino.

Serían las siete de la noche y hacía luna cuando salí para Guadalajara.

Llevaba el pliego oculto en los lomos de la silla, y en los bolsillos la carta que dirigía su madre á Buenaventura

Ortiz, teniente de zapadores en el ejército restaurador de las garantías.

Al tranco primero y después al trote seguí mi camino, seguro de que no habría quien me interrumpiera el paso. Las caballerías reaccionarias habían recorrido buen espacio buscando dispersos para hacerlos prisioneros; mas á aquella hora todo estaba tranquilo y apenas, turbando el silencio de la noche, se oían voces lejanas de alerta, y se miraban fogatas que parecían astros caídos.

Hice el primer alto en Silao; me levanté á la madrugada, y á media noche rendí la jornada en Venta de Pegueros. Mi caballo no podía más, y me vi obligado á ocupar la diligencia, dejando la bestia al mesonero para que la atendiera.

Iba á entrar en el coche, cuando oí voces alegres que se callaron á mi llegada. A poco un joven delgado y de voz firme salió á la portezuela diciéndome:

— Caballero, usted dispense; pero este carruaje está ocupado: lo requisamos de orden del señor general Parrodi, que viene detrás con su tropa. Comprendo que usted habrá pagado su pasaje y que quizás tendrá negocio urgente; pero es imposible que pueda pasar.

— Sí pagué el pasaje; pero no veo razón para no ir en un coche donde van enviados del señor Parrodi y amigos míos como el capitán don Leandro del Valle.

— Usted es Peritos; ¡qué fortuna el verle!... Yo creía

D. José María Calderón

que se había *pelado* en la trifulca: deje que le presente á mis amigos Poucel y Pacheco.

— No hubo tal, y aquí me tiene bueno y sano, dispuesto á seguir dando guerra.

— Guerra la que nos va á dar la mochitanga, interrumpió Pacheco.

— Sólo el pobre Pepe Calderón no tendrá que sufrirla, dijo Poucel.

— Pobre ¿por qué? repuso Valle. ¿No es el soldado mil veces más dichoso muerto en el combate que vivo en la fuga? Pepe cayó como un valiente, como un caballero, y él sabía bien que ese era el fin que le aguardaba. Morir en un campo verde, á la luz del sol, rodeado de armas, de caballos, de insignias, esgrimiendo la espada y sin pestañear, es la muerte que cuadra á un hombre como Calderón. Que no me den á mí la muerte en un aposento estrecho, lleno el cuerpo de vejigatorios y cáusticos, atada la cabeza con pañuelos, oliendo la cera de las velas de la Candelaria y escuchando los *padre nuestros del camarero* y los gimoteos de las viejas que rezan el *sal, alma cristiana, de este mundo...* Así revientan los notarios ó los dueños de tiendas de abarrotes; los soldados mueren como murió Calderón. Una herida de sable en la cabeza y cinco de bala en diferentes partes del cuerpo tenía el valiente Pepe, y su cadáver quedó entre los de la tropa, que de veras supo conducir.

— Y lo cierto es que hasta el enemigo le ha hecho justicia, dijo Pacheco.

— Ya lo creo que se la ha hecho; Miguel Miramón alaba, como conocedor que es, la carga de Calderón, y dice que habría sido digna de mejor empleo; Casanova, según dicen, declara que no ha habido nada igual en nuestros anales guerreros.

— Osollos dispuso que le hicieran honores militares.

— Por supuesto, dijo Leandro, tanto que el cura de Salamanca se rehusaba á enterrar en sagrado al hereje y desorejado liberal, y Osollos tuvo el rasgo de anunciarle que si no hacía lo que se le mandaba, lo enterraría á él con todo y difunto en la fosa prevenida.

— ¡Oh, lo que se pierde con la falta de ese valiente!

— Tanto se pierde, que no vacilo en decir que no había en el ejército mexicano media docena de soldados como Pepe. Su hermana, la esposa de don Juan Hierro, ministro de Zuloaga, le había escrito pidiéndole se retirara del lado de los liberales. ¿Saben ustedes la respuesta de Pepe? Que le estaba prohibido mantener comunicación con el enemigo...

A poco notamos que íbamos ya cerca de Guadalajara. En efecto, desde San Pedro nos encontramos retenes de tropas, y en la ciudad aspecto de defensa. Dimos á conocer nuestro carácter y pudimos pasar al centro sin ser molestados.

Al bajar de la diligencia tomé mis pliegos, que habían pasado de los lomillos de la silla al forro de mi jarano, y me encaminé al Palacio preguntando por el señor Ocampo.

A don Melchor ya le conocía por haberle visto en el Constituyente. Me recibió con calma y sangre fría completas; se enteró de las comunicaciones sin pestañear siquiera, me mandó á descansar y pasó al aposento del Presidente, de seguro á participarle la desgracia acaecida á nuestras armas.

CAPÍTULO IV

Donde se empieza á hacer conocimiento con la *familia enferma*

Oh, *la familia enferma!* ¡Oh, *el Gobierno metafísico!* ¡Oh, *la legalidad trashumante!* ¡Cómo os injuriaron, os befaron, os burlaron, os llenaron de dicterios y satirillas el Gobierno de México y la prensa que mantenía y pagaba!

Cuando Juárez avisó que había tomado posesión de la Presidencia, cuando Prieto expidió una serie de circulares pidiendo á la nación que contribuyera con setecientos mil pesos para los gastos de la guerra, cuando Zamora y Ocampo exhortaban á los pueblos á tener fe en la idea republicana, desde Atzcapotzalco hasta San Angel se oyó una sola y tremenda carcajada que lanzaron todas las

gentes cuerdas, todos los hombres de arraigo, todos los sujetos que tenían algo que perder.

—¡Cómo! preguntaban los discretos; ¡pues qué! ¿es posible que estos locos piensen que son tal gobierno y que tienen tal representación y demás zarandajas? Siempre ha triunfado una revolución cuando uno de los bandos se ha adueñado de la ciudad de México. Pues si ahora Zuloaga, no sólo tiene y retiene á la capital, sino que además cuenta con la obediencia del ejército, la adhesión del clero y la confirmación del Padre Santo, que le escribe en latín y le apellida *clarísimo varón*, ¿qué van á hacer los descontentos, ni cómo podrán resistir?

Y luego, el pensar cómo se escaparon los *puros* de las fauces del lobo reaccionario, era para causar más risa y para infundir mayor seguridad en la solidez del Gobierno tacubayista.

Juárez estuvo preso en el jardín del Palacio, oyendo el rumor de la soldadesca que se las prometía felices y hablaba sin cesar de concluir con los enemigos de los fueros. Cuando Comonfort se convenció de que los conservadores se habían burlado de él, y le habían dejado en ridículo, puso libre al Presidente de la Corte Suprema, proporcionó la fuga al del Congreso, y Juárez, en unión de don Manuel Ruiz, de Pizarro y del *mosquetero* Iturbide, salió de México firme, sereno, sin perder ni un momento la sangre fría.

En San Juan del Río toparon con Mejía, que se figuró no tramaban cosa buena aquellos cuatro sujetos, de los cuales tres parecían curiales y uno matoncillo de comedia vieja; pero cuando le explicaron que cabalmente Sabás Iturbide era un niño de buena casa que llevaba á su abogado, Ruiz, al juez, Juárez, y al secretario del juzgado, Pizarro, para que hicieran el inventario, avalúo y partición de los bienes que habían quedado por fin y muerte del padre de Sabás, y que tenían que rendir jornada al otro lado de Apaseo, donde comenzaban las posesiones rústicas del intestado, los dejó pasar sin decir palabra.

Degollado, flacucho, falto de garbo, de ojos tiernos y llorosos, salió por la garita de San Cosme, caballero en un rocín, junto al cual el famoso de Gonela era un prodigio de brío y de vigor. Llevaba en las *cantinas* bultos que parecían de arroz ó de frijol, y que no eran sino de cartas y papeles comprometedores, entre otros la clave con que se comunicaban los gobernadores de la coalición; colgados en los tientos paquetes de género y tasajos de carne, y en las cabezadas del freno del *cuaco* un haz de velas de sebo de las de á doce con ganancia, por supuesto huecas y atestadas de cartas y despachos.

Los alcabaleros y empleados de la policía, que estaban deseosísimos de echar el guante á algún demagogo de nota, no se figuraron que tras de aquel pobre demandadero se ocultara un hombre como el ex gobernador de

Jalisco; pero sí, juzgándolo conductor de correspondencia, le registraron, esculcaron, voltearon, insultaron y llenaron de injurias. Cuando el pobre aquel tuvo permiso de mar-

charse, taloneó á la bestia, que al parecer iba más cansada que si hubiera andado sin parar ocho días, y al alejarse unos cuantos pasos de la garita, el jinete se irguió, gritó mueras al plan de Tacubaya y vivas á la federación. Salieron soldados y gariteros, se dispararon armas, se corrió tras el osado; pero ya era tarde: el penco había

sacado fuerzas de flaqueza, é iba veloz como una pluma.

Prieto salió disfrazado de burrero, y tan bien supo caracterizar su papel, que sus mismos colegas creyeron que no había en su vida hecho otra cosa que *fletear,* pues nadie *borneaba* los bultos con más prisa, nadie los descargaba con más cuidado, y nadie conocía mejor que él la *enjalma,* la *sobrenjalma,* la *grupera* y los buenos aparejos.

El ha contado que, para salvar su vida, tuvo que echarse por un barranco en Omealca; no hubo tal, cayó en el barranco por causa de su miopía, y no pudo salir fácilmente, debido á su obesidad. Cuando le recibió Doblado en Querétaro, llamándole ministro de Juárez, el asombro de los honorables arrieros colegas de Guillermo fué tan grande como fundado.

Ramírez, Morales Puente, Mateos y Bablot estuvieron á punto de ser fusilados en Querétaro por Mejía, y cada uno de los fugitivos de México relataba aventuras que causaban risa por graciosas.

Porque aquellos tiempos eran de alegría, de buen humor, de francas y sinceras carcajadas. Se hacían chistes en las situaciones más comprometidas, se lanzaba un epigrama lo mismo al arzobispo que al último cura rural, y sobre todo había fibra, entusiasmo, afán de triunfar, no por tener una pitanza más ó menos pingüe, sino por implantar lo que se creía bueno y justo.

Los jóvenes de hoy, miopes, de ademanes mesura-

dos, de voz apagada y sin brío, no tienen idea de lo que fueron aquellos simpáticos tarambanas que se llamaron Leandro del Valle, Miguel Cruz Aedo, Ignacio Vallarta, Pancho Vélez, Francisco Buchelli, Miguel Miramón y otros cien que no sabían una palabra de la evolución, del origen de las especies, ni de otras muchas cosas con que se llenan la boca los chicos de ahora; pero que sí sabían realizar los dos actos más trascendentales: morir con la sonrisa en los labios, y matar cuando era menester...

El Gobierno de Juárez se estableció primero en Guanajuato; de allí salió, á la aproximación de Osollos, en sillas de posta cubiertas de negro, á media noche, con mozos que conducían hachas encendidas... Parecía el entierro de aquel caballero noble, á quien quiso vengar don Quijote de las calenturas pútridas que le habían quitado la vida.

Pasó *la familia enferma* á Guadalajara, á acogerse bajo el amparo de la coalición para gozar de la vecindad del mar y de las barrancas, y á fin de evadirse cuando fuera menester.

En cinco años, Guadalajara había cambiado lo que no es decible... La ciudad levítica y monacal de mis tiempos, se había convertido en verdadero centro de intelectualidad, en hervidero de opiniones, en *nido de águilas* en que se hablaba y se escribía sin temor á nadie.

Decir los malos días que dió á los beatos el famoso

Miguel Cruz Aedo, sería materia de nunca acabar. El, en unión de Contreras Medellín, González Castro, Gómez y Vigil, dirigía pláticas al pueblo, hablando de cosas que hasta entonces no se habían escuchado: de abusos del clero, de la necesidad de reformar lo existente y de poner en cintura á los que explotaban la credulidad del vulgo.

El obispo enderezó una pastoral con motivo de aquellas prédicas, y entonces seis muchachos faltos de experiencia, pero llenos de osadía, Cruz Aedo, Epitacio Ríos, Ignacio Vallarta, José María Vigil, Urbano Gómez y Jesús Leandro Camarena, le dirigieron una carta que puso los pelos de punta á todos los timoratos.

«Hemos colocado, decían esos estudiantes, el dedo en la llaga; hemos tocado la fibra sensible, porque nada ama el avaro tanto como sus tesoros; en consecuencia, el monstruo herido se rebullirá y pondrá en juego todas las tenebrosas maquinaciones que acostumbra. Pero ya es tarde, Ilmo. Sr.; estamos en medio del siglo XIX, en que el pensamiento se transmite, con la velocidad del rayo, del uno al otro extremo de la tierra; millones de cabezas pensadoras se ocupan sin descanso del porvenir del mundo, y escarnecerán y harán añicos al embaucador que pretenda engañar al pueblo con intereses disfrazados...»

Se llamaba también á la pastoral *documento farisaico, toque de alarma con que los conservadores pretenden preparar*

una reacción, mugidos de la bestia apocalíptica y otras lindezas.

Pero la piedra de escándalo la constituyeron estos versos, de Beranger, que se creyó había traducido Cruz Aedo; pero que eran en realidad obra de un historiador insigne, que todavía vive y que ojalá siga viviendo por muchos años para gloria del bien decir y del mejor obrar:

«Las dos Hermanas de la Caridad

Muerta una hermana de San Vicente
Halló en las puertas del alto cielo
Joven cubierta de rico velo,
Que llora el teatro con gran dolor.
Las dos llegaban dignas de aplauso,
Cruzando el éter cual dos destellos,
La una en las alas de ángeles bellos,
La otra en los brazos del tierno amor.

San Pedro, arriba de centinela,
Después de un *ave*, monjil saludo,
A la actriz dice: Siempre se pudo
Entrar al cielo sin confesor.
Ella responde: Aunque fuí buena
Yace mi cuerpo sin sepultura;
¡Ah! Dios perdone á mi buen cura,
Que ignora el pobre lo que es amar.

Sí, la paloma casta suplica,
Más que un ministro de los altares
Hizo mi acento que en paz, millares
La triste muerte vieran llegar.
Y yo ofreciendo, la ninfa dice,
Dulces errores, vi conmovida
Que ellos amaban así la vida,
Pues la creencia les da el gozar.

Cuando mis preces, la monja añade,
Hacia los buenos yo dirigía,
Llevaba al pobre, que bendecía
Mi tierna mano, del rico don.
Yo, dice la otra, viendo abatido
Por la miseria, por la injusticia
Dí con el precio de una caricia,
Al hombre honrado su salvación.

Entrad al punto, tiernas mujeres,
Dice el portero del alto cielo;
Amar al prójimo fué vuestro anhelo,
Mi Dios no exige más del mortal.»

¿Cómo, gritaban los beatos, se atribuye á San Pedro el haber dicho que se *podía entrar al cielo sin confesor,* sin haber tenido *más creencia que gozar,* después de *ofrecer á*

otros el error, y de vender caricias á los sensuales? ¿No equivale esto á negar la justificación, la autoridad celestial de Jesucristo y la virtud sobrenatural de sus sacerdotes?

Poco después se veía con espanto que los prelados de los conventos iban entre filas por orden del gobernador Herrera y Cairo; y luego, que el juez Robles Martínez y el escribano Román extraían once mil pesos pertenecientes á réditos de capellanías y que se hallaban depositados en la casa de Palomar.

Figúrese cualquiera cómo se recibiría en Guadalajara la llegada de Juárez y cómo los liberales por un lado y los conservadores por otro, han de haber celebrado ó maldecido la presencia de los *caballeros de la vida errante.*

D. Leandro del Valle

CAPÍTULO V

Frailes y tinterillos conspiradores

CANSANCIO de cuerpo y espíritu, deseo de no oir más comentarios sobre si la carga debió haber sido oblicua, si las infanterías con bayoneta calada equivalen á verdaderos muros, si el papel de la caballería tiene que disminuirse á medida que el tiempo pase, y sobre todo la obsesión de dormir en colchón, en recinto cerrado y obscuro, me hicieron aceptar la invitación de Valle, Poucel y Pacheco, para ir á pasar el resto de la noche á una casita de la calle del Mesón de Animas.

Brillaba la luna en todo su esplendor, las calles estaban solitarias y tristes; apenas un sereno que anunciaba con voz tipluda y con notorio desacato de la verdad «las doce y media y nublado», era lo que se veía y oía á aquellas horas.

Leandro del Valle, alto, blanco de tez, delgado, pero musculoso y recio de miembros, de ojos verdes, piocha formada con cuatro pelos rubios, un diente mellado y cabello cortado al rape, estuvo con el señor Ocampo algo después que yo, y salió del Palacio triste y pensativo; pero aquella soledad, aquel misterio, aquella luna que ponía á todos los objetos un sello de tristeza y de pena, le inspiraron y le hicieron prorrumpir en una tirada que quisiera recordar.

«¡Qué hermosa es, decía, la luna en estas tierras; parece un cendal de plata sobre el seno de la noche! Para amar á las ciudades, hay que conocerlas de día, cuando los barrenderos y los vendedores las pueblan levantando montones de polvo y despertando con sus gritos, con los cascabeles de sus cabalgaduras, con las ruedas de sus carros y con el trajín de sus pasos á las devotas, que en pergenio de mañana van á la misa conventual, que llama la campana movida por una mano aterida de frío.

Hay que verlas á medio día, cuando el sol las calienta, cuando piedras y muros arrojan calor de hornaza, cuando entregados á las faenas cotidianas corren apresurados y sudorosos, hombres y animales.

Hay que contemplarlas por la tarde, entre la pompa triunfal del sol, ó cuando el polvo de oro del crepúsculo llena calles y plazas, y se avecina la noche apagando con sus manos de sombra colores y matices, destruyendo con-

tornos, matando ruidos y trayendo la paz á todo y á todos.

Pero á ninguna hora son las ciudades tan hermosas como á ésta. Parece que, como las mujeres, así se entregan mejor en brazos de quien las ama. Cómo se destacan las torres de las iglesias, los azulejos de las cúpulas y el enjalbegado de las casas; cómo saca chispas al empedrado, reflejos á los hierros de las ventanas y cabrilleos á los vidrios esta luz velada y exquisita, como de un fanal aéreo.

Allá se ve San Felipe, con su cúpula vieja; adelante, en esa torre pequeñina, se esconde Jesús María, lleno de vírgenes en oración; hacia la izquierda, se ve Santa Mónica con sus arcos alicatados, su pórtico moruno y sus relaciones de milagros, que parecen arrancados al *Flos sanctorum;* á nuestra espalda se halla Santa María de Gracia, con su área inmensa, que más bien parece rural que urbana; al frente San Francisco, el *alma mater* de Guadalajara, de donde salieron la religión y el trabajo á regenerar comarcas enteras.

¡Qué paz, que bienestar se siente en estas ciudades viejas, que apenas conocen el tuyo y el mío, que apenas despiertan á la vida civilizada! El sueño colonial todavía no termina aquí; se vive como en 1808; se tienen los anhelos, las ambiciones, los ideales de los tiempos de Iturrigaray. Yo vengo de Europa, y allá sí hay fatiga, sí hay

lucha, sí hay circulación. ¿Son más dichosos? No sé; sólo sé que son más fuertes que nosotros.

Nosotros, queriéndolo ó no, tenemos que entrar en esa corriente. Dentro de pocos años quizás desaparezcan estos inmensos conventos, estos caserones vetustos, estas calles estrechas, y entrará el progreso recibido y aclamado como un dios grande y justo.

Pero la labor previa es dura, es penosa, es terrible: nuestros cañones tienen que emprenderla, y que emprenderla llevándose consigo muchos muros que parecen firmes y muchas bóvedas que parecen bien trabadas; y en medio del polvo y la ruina, tienen que caer muchas preocupaciones que parecen de vida segura; muchas creencias que ahora consuelan y ayudan, tienen que venir al suelo en medio de la explosión de las minas y el estruendo de la piqueta.

Llegamos á la casa, que era propiedad de Pacheco y de las que allá llaman *alcaicerías*. Era vasta, enorme, silenciosa y triste; nos instalamos en la pieza mejor, nos echamos á dormir en las cuatro camas que la honraban, y á los pocos minutos ya roncábamos como unos benditos.

Llevaríamos media hora de descansar, cuando sentí que me movían con furia. Me desperté asustado, y oí la voz de Valle que me decía:

— La Llana, ¿no oye usted contar dinero?

Agucé el oído, pero nada percibí, sino un rumor de

voces que á veces parecía proceder del suelo, á veces de la habitación de al lado, y á veces de la de atrás de la casa.

— No oigo más que voces de gentes que hablan.

— Yo también; pero no percibo palabras.

— Fíjese usted, ya habla uno de voz gruesa.

Y escuchamos. «Sí, padre, quinientos que tenía ya recibidos y setecientos más que ahora me entrega V. P., son los mil doscientos convenidos; pero eso no me basta para seducir á la tropa.»

Luego hubo un intervalo en que no escuchamos sino un murmullo que nada decía, hasta que una vocecilla unciosa y atiplada se mezcló á las otras: «Tiene razón el señor licenciado Mancilla; tres mil cuatrocientos pesos, ya es buena cantidad; y lo cierto es que, aunque la religión carmelita es amante como ninguna del orden y del predo-

minio de las buenas ideas, también es pobre, pobrísima, y no es cosa de que ella haga todo; dineros tienen San Francisco, Santo Domingo, San Agustín y los conventos de monjas, y sin embargo no se piensa en ellos. ¿Verdad, señor licenciado La Hoz?» «Cierto, contestó otra voz; y el señor coronel no tiene en cuenta lo que ya se entregó al señor general Blancarte.»

Poucel y Pacheco ya habían despertado, y en unión de nosotros espiaban.

«¿De manera que decididamente mañana?» preguntó Mancilla.

«Sí, mañana,» respondió el que había hablado primero. «Sí, añadió La Hoz; todo lo que sea retardar este movimiento, lo hace más aventurado; Parrodi viene pasado mañana cuando más tarde; hoy debe de haber dormido en San Juan de los Lagos, y si al llegar se halla esto pronunciado, no podrá hacerse fuerte en Guadalajara... y quizás, quizás podríamos contar con su paso á nuestras filas... No son pocos los oficiales pundonorosos, como el señor coronel, que, pensando bien las cosas, no sean capaces de hacer armas por la buena causa, consiguiendo así la salvación de la República, de las garras de la maldita anarquía.»

«Y ahora, vámonos, que tiempo habrá de arreglar todo; abriremos la puerta poco á poco, que esto es *panino* de pulmonías.»—«Y los aires colados matan más gente

que las balas liberalescas, dijo el padre; acuérdense ustedes de lo que el diablo dijo á Lutero: «Lutero, cúidate de los aires colados, porque te necesito.»—Rieron todos y Mancilla añadió: «Pues de seguro también se lo dijo al diablillo de Santa Rosalía, vulgo don Benito Juárez, porque está con salud de roble... ¿Y qué, no entrarán las balas de fusil á las carnes de ese diablillo?» preguntó con sardónica risa el fraile.

Calculamos que los conspiradores estarían próximos á ausentarse, y quisimos ponernos á su paso para impedir que realizaran sus designios perversos.

Salimos y nada hallamos; aguardamos más espacio y el mismo silencio; volvimos á la pieza desde donde habíamos oído la conversación, aplicamos el oído á todas las paredes, é idéntica respuesta: la caza se había evaporado filtrándose por las grietas del muro.

Despertamos á la casera y llegó malhumorada.

— No, amo; si nadie vive aquí, aparte de mi viejo y yo.

Y con el manojo de llaves en la mano nos enseñó pieza por pieza, patio por patio, corral por corral.

Cuando le explicamos que habíamos oído voces y en qué dirección, dijo santiguándose:

— No, si no son espantos; es una casa vacía del señor canónigo Tovar, donde se juntan por las noches muchos padrecitos santos á tratar de las misiones que van á mandar entre los apaches. Por la azotea se ve el cuarto; nada

menos ese padrecito de la voz tipluda, es Fray Joaquín de San Alberto, el prior del Carmen.

Subimos á la azotea y vimos todavía un cabo de vela que agonizaba en un candelero de latón.

Bajamos hasta el patio y exploramos toda la casa sin encontrar nada de extraordinario en ella: la puerta caía á la calle del Tesmo y estaba cerrada con llave.

En el cuarto había una cajetilla de cigarros del estanco, un paliacate de holancillo, media docena de *equipales* y un devocionario abierto en el salmo *Miserere*.

Como no podíamos ni pensar en encontrar á los conspiradores, volvimos á nuestro cuarto cuando sonaban las cinco de la madrugada.

Luego que amaneció Dios, Leandro organizó las cosas. El y los dos ingenieros militares á reconocer la ciudad y á organizar la fortificación, fin con que se les había mandado; yo, á dar cuenta al señor Ocampo de lo que habíamos descubierto, á fin de que tomara providencias inmediatamente.

Llegué al Palacio á las siete de la mañana; pero supe que no me recibiría el señor Ministro, porque tenía consejo dentro de unos minutos. Poco después vi salir de sus habitaciones á Guzmán, á Cendejas y á Pizarro. Guillermo Prieto pasó acompañado de uno de los Farías, y al verme tendióme los brazos.

— Mensajero de Maratón, ya sé las noticias que te has

traído. ¿Conque nos destrozaron los mochos? Pues, paciencia y barajar.

— No ha sido tanto, repuse; todavía le falta el rabo por desollar al señor Osollos.

— Sí, ya sé; anoche me impuso Leandro de todo lo sucedido; pues ahora no hay más que batir el cobre muy fuerte, jóvenes militares.

Se incorporó al grupo Contreras Medellín, que salía del aposento presidencial, en compañía de Camarena.

— Tenemos novedad; hay algo que acabo de comunicar á don Benito.

— ¡Oh, gritó Guillermo, malditos sean estos profetas de desgracias! ¿Otra vez se habla de la defección de algún cuerpo? Acabo de parlamentar largo y tendido con Núñez, y él responde de la guarnición con su cabeza... con su vida.

Alguien llamó á Prieto, y al retirarse me dijo:

— Me voy y le aviso á Juárez de tu presencia; no tardamos.

Seguí charlando con Cruz Aedo y Contreras, cuando un ordenanza me dijo podía pasar al aposento presidencial.

Quisiera escribir con rayos de luz esta página, para pintar la primer figura de mi patria con el brío de entonación y la firmeza de colorido que merece. y con la ternura y el amor que por ella siento.

Don Benito estaba vestido con sus perpetuos frac, pantalón y chaleco negros; los ojos los tenía pequeños y algo papujados; pero á pesar de todo expresaban á un

mismo tiempo seguridad, indulgencia y tesón de carácter. El color era cobrizo, pero limpio; el cabello lacio, pero dócil; las manos trigueñas, pero chicas y bien formadas.

Estaba arrellanado en una poltrona, hojeando un

expediente de cubierta amarilla con las armas nacionales grabadas, y con exquisita cortesía se levantó del asiento al verme. Prieto, Cendejas, Ocampo y Guzmán, estaban alrededor de la mesa.

Saludé al concurso, y Juárez, dirigiéndoseme, me dijo con voz algo velada, pero firme:

— El señor ministro Prieto me asegura tiene usted detalles que suministrar al Gobierno acerca de la acción librada en Salamanca. Sírvase decirnos lo que sepa, que aunque el parte del señor General Parrodi está bastante explícito, quizás se le haya escapado algún detalle.

Tomé la palabra, y con lenguaje sencillo referí las peripecias de la acción, haciendo hincapié en circunstancias que á mi parecer habían influído para el resultado final. Juárez me oía imperturbable, sereno, como si estuviera yo relatando las campañas de Napoleón ó las de Morelos. Apenas cuando esbocé que, en mi concepto, había habido traición, me miró á la cara frunciendo las cejas ligeramente, é hizo un signo de asentimiento.

Cuando concluí, el Presidente se volvió á Prieto, y con ademán no de broma, sino de seriedad, le dijo:

— Guillermo, le han quitado una pluma á nuestro gallo; y volviéndose á mí:

— Muy bien, señor capitán; he quedado satisfecho de las explicaciones de usted, que me han proporcionado plena luz acerca de muchas cosas que ignoraba.

Cogí mi quepis, pero antes de despedirme hablé al señor Juárez:

— Si me lo permite usted, señor Presidente, referiré algo que vimos anoche yo y los ingenieros Valle, Pacheco y Poucel, pues creo tiene interés; al menos así lo hemos creído mis amigos y yo.

— Entonces, replicó Juárez cuando hube concluído, la cosa tiene visos de fundamento; vaya usted, Núñez, á averiguar lo que este oficial acaba de contarnos.

El General Núñez, que había entrado hacía un rato corto, era alto, guapo, moreno, de buenos ojos, de barba corrida y de cabeza inclinada hacia el lado izquierdo. Se disponía á salir del aposento, cuando por una puerta excusada penetró el gobernador Camarena para confirmar lo mismo que yo acababa de exponer.

— Vaya usted, vaya usted, dijo Juárez; y se volvió á Ocampo para tratar no sé qué negocio.

Pedí permiso para retirarme, é iba á salir del Palacio cuando me detuvieron en la escalera Mejía, Gochicoa y Banda, que me pedían noticias de la acción recién librada.

Apenas empezaba, cuando oímos un gran estrépito, voces, carreras, gritos, disparos, escándalo inmenso. Algo me dijo que lo que temíamos se había realizado, cuando el piquete que estaba á las puertas de la habitación presidencial lanzó el fatídico «¡Viva la religión!». Los tiros

se repetían, no contra nadie que resistiera, sino al aire, sin objeto, por el solo placer de disparar.

Tratamos de bajar, pero ya era tarde; un pelotón de soldados subía la escalera, lanzando alaridos, mueras á los puros y vivas á la religión. A un pobre anciano, quizás escribiente ó empleado de clase inferior, que subía paso á paso con un rollo de papeles bajo el brazo, le tundieron á golpes, le echaron al suelo, y lleno de sangre, de polvo y de saliva, le dejaron para acometer á bayonetazos á dos caballeros de sombrero de copa que charlaban en el descanso de la escalera.

— ¡Adentro esos bandidos! gritó un cura de rostro blanco y de buena estatura, en quien reconocí al padre López de Nava, famoso en mis tiempos de seminario. ¡Adentro esos *puros* indecentes! y el grupo de soldados nos encaminó hacia el salón del Tribunal de Justicia, befándonos, injuriándonos y golpeándonos.

Una visión tremenda nos cerró el paso, impidiéndonos ver á Juárez y sus ministros, que eran conducidos por el corredor del otro extremo: los presidiarios de la cárcel, situada en el Palacio, bajaban de las azoteas en racimos, á montones, descolgándose de cuerdas, pendientes de las gárgolas de las canales, cogidos de los pilares de piedra, desgreñados, ostentando guiñapos multicolores, desvergonzadas roturas, fragmentos de calzado, escapularios cafés y rojos, que se campaneaban en los pechos velludos,

y blandiendo, á guisa de arma de combate, los grillos que alguien acababa de limar de sus manos y pies de gañanes toscos...

Cuando entramos al salón, ya estaba casi lleno; imposible recordar á todos los prisioneros. Había oficinistas de todos los ministerios, militares, abogados y sujetos particulares.

A poco vimos entrar á Prieto ensangrentado, con el traje roto, conducido entre una multitud de ebrios y de furiosos.

Después entró el general Núñez, nítido, elegante, pulquérrimo; ni un rizo de la barba nazarena se le había descompuesto, ni un músculo de la fisonomía había perdido su aspecto normal.

Se dirigió al señor Juárez, dándole cuenta del resultado de su comisión, como si tuviera que referir una evolución que habían realizado sus tropas en una revista de mentirijillas. Se había encontrado al quinto en plena rebelión, había tratado de castigar á Landa, y entonces un soldado le había disparado su fusil á quema ropa, achatándole las tapas del reloj, pero sin causarle más daño que una contusión...

Nos asomábamos á las puertas, y el escándalo no cesaba; el sol brillaba en todo su esplendor, y sólo lo opacaban una nube de polvo y el brillar de muchas armas meneadas por cien manos.

De repente sentimos que la confusión aumentaba; nuevos gritos, nuevos aspavientos, nuevo alboroto.

— ¡Traición, traición! gritaban muchos.

— Vienen á fusilarlos, dijo como á la sordina, poniéndose las manos en las mejillas, uno de cara pecosa, de barbas rubias y ojos azules que apareció en la puerta.

No tardó la estancia en ser invadida por la soldadesca. Eran como veinte ganapanes uniformados, lo más *tocho* y lo más desgraciado de nuestras clases rurales; toda la miseria y toda la sujeción estaban pintados en aquellas fisonomías de reclutas vencidos y tristes.

Juárez, impávido, estaba cogido del pestillo de la puerta; junto á él Ocampo; detrás Prieto, Ruiz y Guzmán.

En aquel momento recordé, no sé por qué misteriosa asociación de ideas, las labores de madera amarilla que tenía incrustadas la mesa del Presidente, una *garra* de zarape rojo y verde que traía uno de los presos de la cárcel, la celda fresca y recién blanqueada de mi maestro Luna, un bastión del castillo de Acapulco, y el dibujo de un traje que había tenido cuando empecé á estudiar.

Luego me vinieron á la memoria multitud de axiomas de forma lapidaria, de sentencias de filósofos estoicos, de académicos alejandrinos, de ascetas cristianos, de moralistas escépticos acerca de la muerte; cerré los ojos y apreté los dientes. Cuando oí los movimientos de la *carretilla de once voces* y las de ¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Prepa-

ren! ¡Apunten!, una inmensa amargura me invadió la boca. Todo esto lo he referido en muchas líneas; pero el sentirlo y el pensarlo fué obra de instantes, quizás de espacio inapreciable.

Cuando esperaba oir que se mandara *¡Fuego!,* después del ruido de los muelles de los fusiles, una voz estentórea, tonante, como salida de un instrumento que vibrara y no de un pecho humano, gritó con todas sus fuerzas: «¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan, los valientes no matan á mansalva... El quinto batallón ha defendido siempre á la patria, ha atacado á los enemigos de México, no se ha cebado en hombres indefensos, en hombres que esperan la muerte cruzados de brazos... ¡Levanten esas armas!...» Y siguió hablando, hablando hasta transformarse, hasta perderse de vista. Ya no era el alegre compañero, el poeta festivo, el cantor de los regocijos populares; era un ser desconocido, un hombre extraordinario, que á todos nos electrizaba, á todos nos hacía derramar lágrimas como si ventilara una causa ajena y no nuestra propia causa, la causa de nuestra vida. Los soldados primero quedaron atónitos, con las armas preparadas y listos los gatillos, después se conmovieron hasta el enternecimiento... Prieto seguía hablando; ya no era el orador que increpaba; era el huracán que bramaba, el león que rugía, el profeta que amenazaba con castigos y daños...

¡Levanten esas armas! ¡levanten esas armas! Los valientes no asesinan...

Al fin los ejecutores alzaron las armas, Guillermo vitoreó á Jalisco y un grupo tierno, pero heterogéneo, se formó entonces: los soldados que nos abrazaban, jurando que no nos matarían; Bravo, el jefe de la escolta, que se adhería á nosotros y tomaba nuestro partido; y todos, principalmente Juárez y Ocampo, que felicitábamos á Prieto llamándole el salvador de la Reforma, el salvador de vidas preciosísimas...

Luego supimos que la causa de aquella intempestiva acometida había sido el ataque de Cruz Aedo, que ignoraba el armisticio concertado; supimos que Camarena, Contreras, Díaz, Alvarez y sus guardias nacionales nos habían salvado la vida poniéndose frente á Landa; y en fin, que se estaba en tratos con los pronunciados para salir de la ciudad y evitar las consecuencias de aquella situación.

CAPITULO VI

Aparecen personajes que el lector no debe de haber echado en olvido

Mi primer cuidado al verme libre fué saludar á mis amigos y visitar el convento del Carmen, que encontré muy cambiado por los derribos que había mandado hacer el Gobierno. El convento, en vez del sabio Nájera, tenía como prior al revoltoso Fray Joaquín de San Alberto.

Naturalmente, fuí á ver también á mi excelsa patrona doña Mencía, que estaba tan fresca, guapa y rozagante como el día que la dejé para irme de aventura por esos mundos. Regaba una macetita de albahaca cuando entré á la casa con gran estruendo de espuelas y sable, gritando como un desesperado y queriendo meter muchísimo ruido.

—¡Ay, *hachero* (1) de mi vida! Ya creía que no lo volvía á ver. *Dende que aque* estaba preguntando por usted sin que nadie me diera razón. ¿Con que iba á estacar la zalea?

(1) Los motes de *hachero, tagarno, chinaco, colorado,* impío, demagogo y otros, se daban á los liberales; los de *mochos, cangrejos, reaccionarios* y *retrógrados,* á los conservadores. *Hacheros,* según parece, se apellidó á los liberales porque en uno de los sitios de Guadalajara, la plebe que se unió á los asaltantes rompió puertas con hachas y cometió robos y desmanes. *Chinaco* y *colorado* deben de haber tenido por origen

¡Ah, qué Juanito tan tracista! ¡Dios lo haga un santo!... Aquí, todo en su lugar... El pobre don Rómulo (y una lagrimilla importuna mojó las largas pestañas de aquel espejo de las pupileras) murió hace seis meses: unas calenturas que no cedieron con el cuerno de venado, ni con la manteca de vinagre lavada en nueve aguas, que es tan fresca, ni con la rosa de Castilla con unto; se lo llevaron al cementerio.

—Y de seguro la dejó á usted su única y universal heredera.

—Cualquier cosa; unas cuantas casitas, un rancho por Cuquio y una miseria de dinero; pero, en fin, se portó como un caballero.

—¿Y no hubo sucesión?

—Mire, hablador, *lengón,* lengua larga, no me ande diciendo esas cosas, porque me enojo con usted y no le vuelvo á hablar! Bien se conoce que anda metido con esa chinaca brava, que es capaz de levantarle un falso á María Santísima.

---

el uso de las blusas rojas características al principio de los guerrilleros del Norte y después de todo el ejército liberal, semejantes á los trajes de las *chinas* poblanas. *Mochos*, según parece, se llamó á los conservadores reclutados en México en 1858, que no teniendo chacós usaban sombreros de palma con el ala cortada y con una tira blanca que decía: «Viva la religión». Lo de *cangrejos* tuvo origen en la famosa canción de Guillermo Prieto. *Tagarnos* se llamó á los rifleros neolonenses que trajo Vidaurri, según se cree por una bolsa en que portaban tabaco de pésima clase (tagarnina).

Contenté como pude á la indignada señora, y le pregunté por el padre don Esteban.

—No me diga de él, Juanito; que los muchachos como usted se anden en estas cosas, es malo; pero los sacerdotes, que toman á Dios con sus manos, ¿cómo han de hacer eso sin mancharse? ¡Jesús, qué cosas! Vivir para ver. ¿Y sabe que esta pobre vieja, fabricante de chocolate, que se mantiene de vender caramelos á los chiquillos...?

—Y de las rentas de las casitas que hereda de los solterones.

—¡No me interrumpa, malcriado! ¿Sabe, digo, que esta momia con el pie en el seplucro, ha empleado largas horas en hablar bien de un ingratón que me está escuchando?

—¿Y quién gustaba oir hablar de mí, señora doña Mencía de mi alma?

—La muchacha más guapa, más recatada, más graciosa y más buena de toda la ciudad.

—¿Y dónde está esa perla que se ocupa de mí, para buscarla y darle las gracias?

—Eso no lo ha de saber, porque tengo prohibido decírselo, y porque no lo merece.

—¿Será acaso la niña...?

—Usted pica bien, pero muy alto.

—¿Quizás será doña...?

— ¡Ni por asomo, calaverón!

— Pues ¿quién es? ¿qué señas tiene?

— Tiene los ojos más lindos, el color más rosado, el pelo más negro y el cuerpo más elegante que yo conozco.

— Pues conoce usted poco. ¿Y dónde vive?

— Aquí.

— ¿En esta casa?

— En esta tierra, en Guadalajara.

— ¿En qué calle, en qué casa?

— Anda usted esta cuadra, se encuentra con una casa muy grande, muy grande, y allí, en los altos, la halla usted pensando en el bellaco que le ha traído tanto daño y á quien no puede olvidar.

— Aquí derecho está... el convento de Santa Mónica... Trini... ¡Mencía, por Dios! ¡no gaste usted esas bromas!... ¿Es posible...?

— Y poderoso... Ayer, nada menos, acabamos el *trido* que hicimos á la *Preciosa sangre* porque salieran bien de su encierro usted y los demás herejes que estaban presos. Antes habíamos rezado las *Tres Necesidades,* la novena de Santa Rita de Casia y el *Sábado Mariano,* y habíamos empezado los *Trece Viernes* de San Francisco.

— Pero si Trini es monja...

— No diga usted disparates; novicia, señora de piso, asilada en el convento, lo que usted quiera; pero monja... monja...

— Pues Aurelio Luis Gallardo refirió el caso y dijo haber presenciado la toma de velo.

— Pues Aurelio Luis Gallardo se burló de usted, ó á él mismo le engañaron, porque no ha habido tal toma de velo... Sí llegó á decirse la cosa y hasta á señalarse día; pero no se decidió la interesada, y es tan monja á la fecha como usted y yo.

— ¿Y podría verla?

— No sea usted tonto. La tiene tan agraviada, que no quiere siquiera saber de usted.

— Siendo yo el agraviado...

— No, quien se portó mal, como se portan todos los hombres, fué usted, que dejó de escribirle, creyó en su traición y no pidió explicaciones.

— ¡Explicaciones, para que se quedaran en poder de la tornera del convento!

— Bueno, hombre, no hay que acalorarse ni que tomar las cosas por la tremenda. No lo hizo usted, y vamos á ver qué *remiendo* tiene eso.

— ¿Usted me ofrece hablarle, interesarse por mí, gestionar mis asuntos como si fueran propios?

— ¡Hijo, qué prisa! No estoy tan vieja que merezca dedicarme á ese oficio; pero, en fin... por ser á usted... y me lanzó una de esas sonrisas que son la especialidad de los dependientes de tienda de ropa.

Al día siguiente, muy temprano, estuve á ver á Men-

... El palacio estaba convertido en una imagen del Valle de Josafat

cía; pero no era de visita en el convento. Por la noche, me encontré á Guillermo Prieto subiendo la escalera del Palacio.

—¿Sabes que esta noche nos vamos? Si quieres venir con nosotros, yo le hablo á don Benito. Te echas una paseadita por mar y paramos quién sabe en dónde, probablemente en Veracruz, donde Zamora está *como tranca*... Pero, ya sabes: *pico de cera;* te lo comulgas, porque hasta ahora no hay nada decidido. Tú, trae tus *tiliches* á las nueve, procura que sea lo menos *bromoso* posible, y ten listos tu caballo y tus armas.

Arriba me encontré á Leandro del Valle; lo sondeé; pero el maldito no quiso soltar prenda. Sin embargo, urgido por mi labia, me confesó que él también era de la partida.

Apenas tuve tiempo de despedirme de la noble pupilera, dejándole un papelito para Trini, porque la hora llegaba más que de prisa. A las nueve, el Palacio estaba convertido en una imagen del Valle de Josafat. Mundos, baúles, maletas, almofrejes, mulas que se cargaban, mulas que se descargaban, arrieros que blasfemaban, *sabaneros* y arriadores que echaban por el aire reatas de siete hilos, oficiales que arrastraban por el suelo sable y espuelas examinando de paso el bocado de sus bestias, y covachuelos que remachaban cajones llenos de papeles amarillos.

A las doce salieron noventa hombres de la Guardia municipal de México, bajo las órdenes de Iniestra, á situarse en la garita de Mexicaltzingo; á la una y media en punto bajó el señor Juárez de sus habitaciones. Vestía chaqueta y pantalón blancos, bufanda de estambre, y en la cabeza llevaba sombrero tendido poblano. Junto á él venían don Melchor Ocampo, don Manuel Ruiz, Prieto y Guzmán. Detrás, muchos oficiales, políticos y gente de pluma.

El Presidente subió á un coche acompañado nada más que de Ocampo y Cendejas; en otros se fueron acomodando los ministros y oficiales mayores; los acompañantes montábamos á caballo.

Los coches marcharon casi á la sordina por las calles de la ciudad; al llegar á la garita, hubo que detenerse largo rato para esperar á una mula que se había extraviado y para dar algunas disposiciones.

Eran las tres cuando se emprendió la marcha definitiva, á la luz de la luna, que empezaba á salir. El camino estaba lleno de baches y estorbos, que se miraban crecidos á la luz aquella tan difusa. Los coches caminaban pausadamente, con sus cortinas de lona corridas, con sus mulas negras sin cascabeles ni atavíos.

Yo iba cerca de tres oficiales que hablaban en voz baja.

—Sí, esperar; otra cosa no convenía.

—¿Y sabes tú qué fuerzas trae Parrodi, si le han dado alcance en el camino, y si convenía trabar batalla ó sujetar á Guadalajara á las consecuencias de un sitio?

—Parrodi, por lo menos sacó dos mil hombres ilesos de la batalla de Salamanca; pues dos mil hombres, unidos á los que pudiéramos levantar en Guadalajara, servirían para sostener un sitio regular, mientras se recibían refuerzos.

—¿Y si Parrodi y sus tropas vienen acobardados?

—Por lo menos, no corríamos riesgo de que Landa nos cogiera nuevamente.

—¡Qué miedo le tienes á Landa!

—Bien sabes que no es por mí.

—No, es por tu pellejo.

—No, es por las vidas de todos los grandes, que me son mucho más caras que la mía.

—¡Adiós, filántropo!

—No, filántropo, pero sí patriota.

—¿Desde cuándo acá?

—Desde poco antes que tú, que nunca lo has sido.

Para atajar la disputa, me metí en la conversación.

—¿Y por qué puede atacarnos Landa?

—Casi nada, porque lleva nuestro mismo camino; él salió para Cocula y nosotros para Zapotlán; nada difícil será, pues, que nos encontremos en el camino.

—¿Y vamos á resistir, los cien que vamos aquí, á los quinientos ó más que sacó Landa?

—¡Ayúdeme á sentir!

—¿Y Juárez no lo sabe?

—Sí, lo sabe; pero tiene una especie de valor extraordinario, que confina con el fatalismo y la ceguedad. ¡Con decirle que el día doce, víspera del pronunciamiento, se fué á bañar con todos sus ministros á los baños de los Colomos!

—Arriba está quien reparte.

—Pero él no debiera tener esa ciega confianza, porque nada menos simboliza una causa.

El sol había aparecido ya enorme y fulgurante, poniendo á la vista los singulares atavíos de la pobre

familia enferma. Había muchas blusas, muchas chaquetas, muchas sillas vaqueras, muchas bufandas, muchos sombreros anchos y muchas toquillas; pero las blusas eran viejas, desgarradas y llenas de polvo; las chaquetas carecían de alamares, de botones ó de cintas; las sillas tenían destrozado el pergamino y calvo en parte el pelo de los vaquerillos, cantinas, tapaderas y chivarras; las bufandas tenían más puntos que las medias de Don Quijote y los sombreros estaban picados de *broca,* llenos de sudor y de lacras.

Pero (y este argumento se lo regalo á un moralista para que escriba una elocuente tirada, poniendo en parangón el espíritu y la materia) los espíritus no estaban lacios, ni aplanados, ni rendidos; las voluntades estaban enhiestas y el entusiasmo era más grande que si hubiéramos marchado en una gran parada, lleno el pecho de cordones de oro, los hombros de espiguillas, los quepis de bordados y al compás de una música marcial que tocara un paso doble de autor alemán acreditado.

Todos nos lanzábamos epigramas, nos decíamos chanzonetas y nos reíamos con risa de colegiales que han obtenido una suelta de las aulas. ¡Cuántos generales de división, que ahora se inclinan bajo el peso de las medallas, de los laureles, de los diplomas, de los honores... y de los años, envidiarán al subtenientillo que se quitaba los calzones para lavarlos, que se cosía los pantalones con pita

floja, que no tenía nunca un real para puros y que vivía siempre entrampado con las patronas y las fonderas! ¡Bendita sea la juventud, y más bendita la juventud que tiene ideales luminosos y grandes!

A las once empezó á apretar el sol; los carruajes tomaron el trote largo, y á eso de las doce divisamos el campanario de Santa Ana. Poco después, entre nubes de polvo y vecinos de caras torvas, entramos á la población.

A mí, en unión de otros dos oficiales, me destinaron á la casa de los señores Portillos, inmediata al mesón del pueblo. Mis amigos, que no sabían abusar de las situaciones, salieron en mi compañía á recorrer las fondas para buscar que comer.

Así llegamos á un jacalillo lleno de humo, desde el fogón hasta la viga madre.

—¡Eh, viejas! dijo uno de aquellos muchachos, que era ranchero de antigua cepa, ¿qué les dan á tres hambreados que se presentan aquí?

—Pase el *siñor tiniente;* siéntese, que allí están unos banquitos *pa* que sus buenas personas aguarden.

—¿Y qué tenemos?

—*Siñor,* hay unos *blanquillos* estrellados, unos *chilaquilitos,* unos frijolitos refritos con su chilito bravo...

—¡De los cielos! gritó el ranchero.

—¿Y no habría, aventuró tímidamente el otro oficial,

que era cortesano y mirado como un polco, un trozo de carne?

— Y un poquito de *foie-gras* ó de fricassé fricandó á la Chato Adrián, ¿no tendría la madama? preguntó el rasgadote riendo á carcajadas.

— Es que no puedo tolerar los huevos fritos.

— Pues, amigo, se va á morir de hambre; aquí no espere encontrarse gallipavos como en su casa de México. Si no se decide por los *parraleños,* la cecina asada, los huevos y las tortillitas del comal, se queda con la lengua pegada á la *pader*. Aprenda á mi capitán La Llana; ése se aviene á todo: en la mesa de Comonfort se hartaba de primores de cocina; aquí, mírelo con su *tecomate* entre las piernas, entrándole á las *nejas* como cualquier *jijo e su madre.* Y dígame, *güera,* ¿no tendría entre sus curiosidades tantita sal de la de Colima? Dispensándome las molestias... Eso es, ni Zuloaga almuerza *ahorita* como nosotros.

Nos retiramos, después de pagar, á nuestro alojamiento, y nos quedamos maravillados de la cantidad de trabajo que se había gastado en aquella estancia.

Sobrecamas, visillos, cojines, cortinas de las puertas, cubiertas de los muebles, adornos de las paredes, todo lo que estaba á la vista era de tejido de malla en alguna de sus múltiples y variadas formas. Había rosas, estrellas, puntas, ondas, discos, espirales, círculos y cuadriláteros.

El tejido romboidal, circular, exagonal, con hilitos en el centro, á los lados ó en la punta, reinaba como soberano indisputable.

Sólo se distinguían de aquella uniformidad el retrato de un militar, hecho con tejido de pelo y con boca, narices y ojos que ponían espanto; un gato, perro ó león (que en esto no andan muy conformes los autores) fabricado con seda de color y reposando, lustros hacía, sobre un libro que llevaba en el lomo la letra: *A mi querido papá*, y un manojo de flores que parecían tronchos de rábanos, dentro de un vidrio que las moscas habían ennegrecido más de la cuenta.

Dormimos un buen rato, y á eso de las cuatro despertamos asustados, oyendo un estruendo que parecía de fusilería.

— Es el retrato que disputa con el animalito de lanas y le lanza pedacitos de vidrio sobre el de su cuadro.

— Es que llueve sobre la ventana.

— Son purísimos plomazos, muchachos, gritó el ranchero levantándose. ¡A la resta, caballo ligero!

En efecto, en la altura de la finca se oían gritos de gentes que retaban á otras que al parecer estaban distantes.

— ¡Éntrenle, mochos; éntrenle al *rejuego,* sacristanes!

— ¡Ay, poder de Dios!

— ¡Mueran los de sotana!

—¡Abajo los curas!

Más que de prisa subimos á la azotea, y ya vimos en

las lomas cercanas á las tropas conservadoras atacándonos con saña.

Cogí mi carabina y empecé á disparar con tino.

—¡Ahora, á ese del caballo melado!

—¡Pégale á dar!

—¡Muera la *mochitanga!*

Y caían, caían enemigos, que eran substituídos por otros, como si los brotara la tierra. De los nuestros morían pocos; pero á la hora de obscurecer, ya eran como veinte ó treinta los que estaban muertos ó heridos.

—¿Y don Benito?

—Se pasea en la sala del mesón, con las manos á la espalda, decía uno.

—¿Y qué hace?

—Dicta una carta á uno que escribe.

—¡Ah qué hombre tan de ley! ¡Ese no se da ni muerto!

Y seguían los disparos, más repetidos á medida que la luz se ocultaba.

A las oraciones de la noche, que sonaron más lúgubres que nunca en el campanario de la iglesita, los fuegos se suspendieron totalmente.

—Hay un armisticio, dijo uno que se las echaba de bien informado.

—No es armisticio; es que el enemigo ha mandado un parlamentario.

—Pues á buen seguro que don Benito pide paz; acabo de saber, repuso un oficial que bajaba de la azotea, que Juárez ha dicho á los ministros que escapen yéndose al campo ú ocultándose en las casas del pueblo; que en cambio él se queda con nosotros.

—¿Y qué dijeron los señores?

—Que corrían la suerte del jefe.

—¡Esos son tamaños; bien hayan los hombres!

Oímos en el campo contrario el toque de llamada de tropa, y á poco siguió el tiroteo.

Cargaba mi carabina, cuando sentí que me partían la piel de la cabeza, arrojé el arma, cerré los ojos y caí al suelo. Apenas escuché, entre un tremendo zumbar de

oídos que se prolongó hasta que perdí la conciencia de mi persona, una voz que dijo:

— Lo que es éste se fué á *frir jongos*.

Luego vinieron muchos pasos, y sentí que me alzaban en peso. Después, nada...

CAPITULO VII

Cómo vuelvo á la vida

La casa era de las de modelo antiguo; gran corredor hacia el camino, piezas de habitación en las dos alas, huerta á la espalda, dos corrales á los lados y en ellos vacas, bueyes y carneros. En seguida se extendía la *cuadrilla* con las casas de los peones, jacales de paja con puertas de petates, humeadas hasta el techo y con las madres también llenas de hollín.

En la casa principal se fabricaban el queso, las *panelas,* el requesón, la mantequilla y los *jocoquis;* en las viviendas de los trabajadores se molía maíz y se hacían tortillas; en los campos, en previsión de las próximas lluvias, se volteaba la tierra, que habían endurecido las heladas, y en todas partes se notaba el movimiento y la vida.

Aquel día, uno de los calurosos de Abril, desperté con una singular sensación de bienestar. La luz entraba á torrentes por la ventana abierta, los cachivaches de montar, el suelo limpio *(en que se podía tomar chocolate)*, el baúl de madera blanca con cinchos de hierro que yacía por el suelo, la estampa de la Refugiana que desde la pared frontera se miraba aupando á un niño gordo y colorado como manzana californiana, adquirieron vida nueva al conjuro de aquel torrente de luz que se había colado como Pedro por su casa, sin estorbos de cortinas ni colgaduras.

Serían las once; mientras una gallina cacareaba asustada, sin resolverse á arrojarse de lo alto de un mezquite, un gallo de plumas de seda que alzaba la pata derecha como rezongando, se plantó en los dos pies, alzó la cabeza, como tenor que ataca una nota de empeño y lanzó un *quiquiriquí,* que de otros gallineros le contestaron con un *Cristo nació... en Belén,* mientras los *cóconos*, haciendo la rueda, barriendo el suelo, hinchando los corales é irguiendo el moco, decían á una: *gordo... gordo... gordo...*

La ternera *Corbata,* atada á un poste, se esperezó, abrió el hocico, se restregó contra la pared y mugió tristemente, mientras le contestaban con voces aflautadas los becerrillos que con bozal de púas en el hocico se encontraban en el corral distante.

De mi cama podía contemplar los prados que empezaban á cubrirse de verdura, las montañas azules que limitaban el horizonte, los huizaches, mezquites y chaparros que bordeaban la barranca cercana, y sobre todo el sol, el *almo sol,* como le llamaba con frase poética, que entonces se me figuraba la verdad pura.

Cuando más entretenido me hallaba, gozando, con la dulce delectación del convaleciente, de aquel panorama que me recordaba días de calma y de placer, oí unos pasos pesados, una tos cascada y un gargajear rudo y resonante, y ví aparecer á un sacerdote alto, ya viejo, atildado de traje y basto de facciones.

— Parece que sigue mejor el señor capitán, cuando tan *alebrestado* le veo, y hasta sentadito en su cama; pero, por Dios, no hay que sacar mucho el pie del plato: esas heridas de la cabeza son traicioneras, y el día menos pensado puede una recaída tener consecuencias tremendas. ¡De buena ha escapado usted, hombre, de buena ha escapado! Por lo menos, de tener un pedazo de la *chirimoya* hecho de *jícara,* ó de plata, como dicen lo tenía el bienaventurado Juan Fernández de Híjar, encomendadero de esta jurisdicción.

Sacó una hoja de maíz, la lamió, tomó un tabaco del saquillo de labores que traía al costado, requirió unas tenacitas de plata con cadena, me miró al sesgo mientras echaba yescas con un pedernal y un eslabón de acero

castel (sic), y con el cigarrillo retorcido y puntiagudo dentro de la boca, me preguntó:

—¿No quiere un *macuchito?* ¡Ah, que usted no *chupa!* y empezó á apretar la tagarnina, haciendo al mismo tiempo los más graciosos visajes con la boca desdentada, la nariz episcopal y los ojillos resguardados por unas cejas peludas que parecían gusanos quemadores.

—¿Y qué noticias hay de la guerra, padre?

—¡Caray! maldita sea la guerra y el cochino que la inventó. Está ese mundo que se arde. Con decirle que en el rancho de al lado había un muchachillo á quien llamaban *Bueyes pintos,* porque, con perdón de usted, cuidaba los de la finca... Pues ese, el día menos pensado, tomando por pretexto que el amo lo había puesto en el cepo por alguna picardía, salió decidido, diz que á vengarse de la ofensa; y ahí tiene usted que el maldito, en menos que se lo cuento, ha levantado una tropa de rancheros que da miedo. Cerca de aquí, en el potrero de *La Majada,* hizo el otro día alarde de sus huestes, y contó hasta doscientos desarrapados, cuál con pistola, cuál con sable, cuál con mosquete, cuál con yoga, cuál con bocamarta; y como muchos no llevaran arma, sino un gancho, se añadieron á la turba. Esos, al pasar por los ranchos, cogen de aquí una gallina, de allí un *cuinito* que ya se reviene de manteca, de la otra parte unas enaguas, un rebozo ó unos calzones de pana. Y allá van los descamisados, amenaza-

... y con el cigarrillo retorcido y puntiagudo...

dores, feroces, matando gente y asaltando fincas. Dicen que ahora ya son más de quinientos los pronunciados; que más de la mitad trae caballos; que han nombrado coroneles y generales; pero que todavía mandan los de *puro gancho*...

Me quedé pensativo, y dije después de un rato:

—No hay duda, padre, todo eso es terrible; pero la libertad tiene que implantarse á costa de muchas cosas así...

—¡La libertad! me interrumpió el viejo, mirándome con ojos entre risueños y enojados. No, aquí no se trata de libertad; aquí se trata de algo más importante: se trata de gentes que tienen hambre y que van á coger su pan de manos de quienes lo han gozado siempre. Esta no es guerra de *principios,* sino de *sopas;* se necesita un nuevo reparto de la tierra, del dinero, de la instrucción, de la felicidad, y lo habrá, pese á quien pese. Esta revolución, que sólo Dios sabe cuándo acabe, tiene que diferenciarse de las otras en que cambiará todo de arriba á abajo. Que el presidente sea Juárez, ó Zuloaga, ó Doblado, ó Miramón, es lo de menos; lo de más es quien va á gozar de las riquísimas haciendas, de las sumas acumuladas, de los tesoros de los conventos y las catedrales...

—Y ¿qué se sabe? insistí preguntando.

—Casi nada, amigo. El constitucionalismo va de capa caída; Juárez y los suyos se embarcaron en Manzanillo;

don Santos Degollado quedó de jefe de los *chinacos;* don Pedro Ogazón de gobernador de Jalisco por los puros; Casanova de lo mismo por la *mochitanga* brava.

—¿Y Parrodi?

—Ese entregó todas las tropas á los conservadores, y cuando sus amigos de usted, Aedo y Medellín, le instaban para que fraccionara su gente, contestó que no sabía hacer la guerra de bandidos.

—¡El bandido será él! grité soltando un taco más redondo que una bola.

—¿Y sabe usted lo que es de actualidad? Un caldo que es el vivo *saccarum. Ego vidi,* y señalaba los ojos con dos dedos abiertos á manera de compás; se trata de una gallina con más enjundia que los escritos de Couto, y más substanciosa que un silogismo de Pesado. Hay también una cajeta de membrillo para alabar á Dios, y un par de huevos frescos que dan gusto. No más atole blanco, no más cerato simple, no más hilas, no más podre asquerosa, que parecía que diariamente echaba los sesos; ahora, mucho reposo, mucha dieta, mucha quietud y mucho alimentarse bien para que no tengamos una vuelta á las andadas. ¿Qué tal se encontraría para dar una vueltecita?. Eso es, muy bien; hay fuerza, hay individuo... Poquito á poco, sin apresurarse, como si tuviera año y medio y quisiera echar el paso... No, no tan de prisa; cuidado, no vaya á caerse y á abrírsele ese boquete por donde le

cabían los dedos de una mano.... ¿Ve usted? Era claro; ya le vino un vértigo, porque está débil como quien ha perdido tantísima sangre... Ahora voy á decir que le pongan unas *substancias* de pan con vino blanco, y verá cómo se fortalece...

Me colocó en la cama con el cuidado que demandaría un objeto frágil de cristal ó alfeñique, y siguió diciendo, mientras ahuyentaba el humo de su cigarro con la mano que tenía libre:

—Mañana llegan don Alonso y doña *Iduvigen,* los dueños de este rancho. Son las mejores personas del mundo, y traen consigo á sus hijas Leonorcita y Lupe. La chiquilla es de la piel de Judas; me hace ver mi suerte escondiéndome el manteo, la sotana y el sombrero de teja. ¿Ve este remiendo que tiene la pasta de mi breviario, cabalmente donde dice *Verna?* Pues ella hizo la lesión correspondiente. La ampolleta sólo se salva porque la traigo siempre conmigo... La grande, es seria, pa-

ciente y recatadísima... Y en cuanto á guapa, le aseguro que vale lo que pesa de oro.

Yo oía estas noticias entre trasudores y desmayos; me apliqué un limón á la nariz y logré recobrarme un poco, pero no tardé en sentirme más trastornado.

— Ya, ya se conoce que está usted sufriendo con mi charla... Permítame un momento. Y asomándose á la puerta gritó hasta tres veces:

— Pantaleón, Trinidad... Petra...

No tardó en aparecer un mocetona, *alta de pechos, de ademán brioso,* que dijo al entrar:

— ¿Hablaba su mercé?

— ¡Caray, que si hablaba! Hombre, me parece; aquí está este caballero que si le dicen Jesús, entrega el alma á Nuestro Señor, y ni quien se duela de él... Anda, floja, tráele su comida, que ya no puede aguantar más.

A poco llegaron la criada, un azafate que soportaba el consabido banquete, un botellón que sudaba agua por todos sus poros y una botella de benicarló de vieja data.

— Un dedito, nada más que un dedito de este vino, porque si lo averiguara Herrera y Cairo, de fijo que me daba de coscorrones.

— ¿Quién es Herrera y Cairo?

El padre detuvo el chorro, que caía poco á poco en el vaso de cristal con tapadera, que por cierto tenía embutida una onza de oro en el fondo.

—Herrera y Cairo es el médico de usted, el antiguo gobernador, el enemigo de los frailes.

—¿Y á qué santos viene aquí?

—¡Caray! ¿luego no sabe que vive en la hacienda de la Providencia, lejos de la política y de los enredos? Y por cierto que hace mucho bien; ni una peseta cobra de honorarios, y en cambio no pasa día sin que deje algunas á la cabecera de los enfermos. Es un sabio...

Cuando acabé de comer, dí gracias á Dios y me recosté en el almohadón, de lino limpísimo.

—A ver si concilia el sueño; entretanto, yo leeré alguna cosa que le entretenga.

Salió con sus pies de viejo, borrachos y vacilantes, echando un paso para adelante y dos para atrás, y al poco rato volvió con un libro.

—El vivo *saccarum;* casi nada, *Los nombres de Cristo* del maestro León.

Y leyó:

«*Nómbrase también PRÍNCIPE DE PAZ y nómbrase* »*ESPOSO. Lo primero se lee en el capítulo nueve de Esaías,* »*donde hablando dél el profeta dice: Y será llamado PRÍN-* »*CIPE DE PAZ. De lo segundo, él mismo, en el Evangelio* »*de San Juan, en el capítulo tercero dice:* El que tiene »esposa, esposo es y su amigo oye la voz del ESPOSO, y »gózase».

A poco roncaba como un bendito; pero el padre, que

había tomado entonación de púlpito, sólo se escuchaba á sí mismo:

«*Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.* »Y como decíamos poco ha, Esaías canta dél: *No será* »*bullicioso, ni apagará una estopa que humee, ni una caña* »*quebrantada la quebrará.* Y el profeta Zacarías también: »*No quieras temer, hija de Sion, que tu REY viene á ti justo y* »*salvador y pobre*, ó como dice otra letra, *manso y asentado* »*sobre un pollino...*»

De toda aquella metafísica sublime, poco se me alcanzaba; pero las cláusulas de oro seguían resonando en mis oídos como campanillas de timbre gratísimo, llevando el ritmo de mi letargo y haciéndome soñar en praderas verdes donde se veían corderillos blanquísimos, niños rubios coronados de rosas, y un joven melancólico y sereno, de áurea barba y mirada honda que proclamaba la paz para el mundo.

Desperté cuando el sol ya estaba próximo á esconderse tras los crestones que me daban frente; un vaho suave y odorífico subía de los campos que nos rodeaban; se oían silbidos, voces entrecortadas:

— ¡*Mascada!*

— ¡*Epa, Escribana!*

— ¡Córtate, *Tapatía!*

— ¡Sácate, *Rabón!*

— ¡*Mialo!* ¡*Mosco!* ¡deja á la *Corales!*

— ¡Andale tú, toro *rejego!*

Era el ganado que entraba á los encierros armando estrépito, mugiendo, bramando, lleno de regocijo por el reposo próximo.

A poco, regresaron del campo las yuntas que venían de trabajar y los perros atraillados que acompañaban á los pastores; se encendieron varias luminarias en el patio; salió Venus resplandeciente de hermosura, y de todas las gargantas varoniles brotó un cántico solemne, dulce, pausado, grave y hondo: el *Alabado,* la acción de gracias á Dios por el humo que salía de las chozas, por el trabajo benéfico y remunerador, por las mieses que no tardarían en dorar los campos, por el reposo después de la fatiga, por el hogar caliente y amoroso, por la compañera amante, por los hijos, por todo lo que de más hermoso tiene el hombre sobre la tierra.

CAPITULO VIII

Bucólica

Yá todo esto, dijo el capellán al otro día entrando cuando el sol estaba ya muy alto, usted no sabe con quién trata ni por qué le dirijo la palabra. Yo soy Eulogio Flores, llamado en el Seminario *La Toronja,* y vivo aquí como capellán que soy de este rancho con honores de hacienda. Tengo setenta y cinco años, pocas ilusiones, mucha indulgencia para las faltas ajenas y mucho rigor para las mías. Mi capital lo forman esta sotana que usted ve, dos mudas de ropa blanca, algunos libros de religión, el *Quijote* y el *Periquillo.* No soy conservador ni liberal; aunque gozaba de un beneficio pingüe, á mi prelado le pareció conveniente quitármelo á causa de que había confesado á un juramentado. Traté de defenderme, quiso hacerme decir si el penitente se había

retractado antes de morir, me rehusé por creer que eso era parte del sigilo confesional, y me quedé sin curato. Poco después, dos jóvenes á quien no habían querido casar por causa de las opiniones del varón, se presentaron ante mí mientras decía la misa, declararon que se tomaban por marido y mujer y yo dije que era perfecta la unión. Esto ha bastado para que me tachen de *colorado,* de *hachero* y de no sé cuántas cosas más. Ahora vivo aquí como capellán, por el favor que me quiere hacer señor don Alonso.

Ese día me levanté por mi propio esfuerzo, y me estuve en la ventana del cuarto contemplando el campo. Era domingo, los peones habían ido al lugar cercano, á proveerse de manta, de carne, de velas... y sobre todo de aguardiente.

A un tiempo mismo renacíamos la naturaleza y yo; ella pujante, lozana, manifestándose en forma de renuevos en los troncos, de yemas en las ramas, de nidos en las copas, de verdura en el suelo, de musgo en las paredes y de amor en los animales. Yo, que me figuraba casi muerto, sentía renacer nueva vida. conocía que algo desconocido brotaba dentro de mí, y me afianzaba á ello para recomenzar la existencia y vivirla con más brío.

Don Alonso llegó el lunes siguiente acompañado de su mujer y sus hijas. Era un ranchero bueno, simpático, de los de pan pan, vino vino. Su cara era de las que ya no

se usan ahora, que el tipo criollo se va perdiendo más y más todos los días. Era de color blanco, gran nariz, patillas á lo Iturbide, ojos zarcos, cara larga y gesto noble. Sabía de mi presencia en el rancho y lo había aprobado porque, decía, al fin á él el Gobierno no le mantenía ni tenía que andarle pidiendo pareceres sobre á quién había de recibir en su casa.

Su mujer, mi señora doña Eduviges, era el tipo de la dama de aquellos tiempos, franca, servicial, amante de su marido y de sus hijos. En sus juventudes, ¡ay! algo distantes, se puso el tápalo de tres vistas, el *bullarengue,* el *zorongo,* las medias de *la patente* y el zapato bajo; hay también indicios, y así lo refieren muy graves autores, de que la rancherita lució

como nadie el rebozo *calandrio* y el *ametalado,* las *puntas enchiladas* y el zagalejo de *castor;* pero todo eso se encontraba muy lejos de la buena señora, que se limitaba á vestir un antipático *túnico* de grano de oro, que le cubría desde la barba hasta los pies.

Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas* y vergonzosas, como si no hubieran visto otro hombre en su vida.

Cuando ya me sentí fuerte, don Alonso me dijo una noche:

— Mañana, con la fresca, se va usted á reconocer este rancho, que es suyo; no es grande, apenas un sitio de ganado mayor, otro de menor, y tres caballerías; pero, en cambio, no me quejo de él; tiene montes, tierras de regadío y de labor, agua bastante, su molino y su magueyera. Yo no podré acompañarle, porque tengo que ir al pueblo; pero irá con usted Guadalupe, mi mozo de estribo, que yo sé le dejará contento. Con que á descansar, y prepárese á darse una *argollada.*

A las tres me tocó la puerta el muchacho. Como dormía desde las ocho, desperté listo y avispado.

— Amo, *alevántese,* que ya salió la *guía* y no tarda el *lucero.* Está chula la mañana; si se da priesa, largamos al sol y no viene á calentarnos hasta más allá del monte de la Tapona.

En un periquete me puse en pie y llegué á la puerta cuando todavía era noche cerrada.

Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas*...

—¿No decías que era ya de mañana?

—Sí, *siñor;* y como el amo me dijo que *dispertara* á la buena persona de usté á la muy mañana, *ansina* lo hice.

En el patio estaban atados dos caballos, uno de bonita estampa, otro *chaparrón,* peludo y de recios corvejones. Monté en el *Comanche,* como se llamaba el *cuaco* que me destinaron, y Guadalupe se *horquetó* en el chiquitín y feucho.

—No más me dice por *ónde,* amo.

—¡Qué te voy á decir, hombre, si tú eres quien va á guiar!

—*Asigún* eso, vamos á *vesitar* el rancho. *Pos ampezaremos* por el ojo de agua del *Perverso,* seguiremos por lo de *Soto,* nos meteremos por *Juanchorena,* de allí cogeremos de *jilo* por la *Treseña* pa bajar *endilgaos* á comer al potrero de Santos Elórtegui.

—Tú mandas; yo no sé nada de eso.

—Pos á caballo, mi amo. Le ruego á su buena persona tenga cuenta con el *andantito,* que *anque* es un burro, con *enmienda* de usté, tiene su brío, y de que se *aplasta* á los reparos, es cosa que tumba hasta á Santo Santiago... No más no le clave las espuelas ni le *anseñe* la cuarta porque mide sus tierras. Yo ya sé que su *mercé* es *melitar* y que ha de haber *montao* pencos de condición; pero hay caballos mañosos y *paresos* no vale la *cencia,* porque le *comen el trigo á cualquera.*

Arrebujados, yo en mis mangas azules y el mozo en su *gabán* del Saltillo, *embrocado,* salimos al *tranco* de las bestias. Guadalupe compuso un cigarro tirando de la hoja, que asomaba por entre el sombrero y la frente, sacó el eslabón, encendió el pitillo y empezó á cantar. Unas veces eran *mañanitas* como

Chula la mañana,
Chula la mañana,
La mañana chula...

Son las tres de la mañana,
Ya viene alboreando el día;
Acaríciame, tirana,
En tus brazos, vida mía,
Hasta que toque la diana
El dos de caballería...

Saludemos con gusto, señores,
Este día de placer tan hermoso;
Don Juanito se encuentra gozoso
Y contento su fiel corazón.

Otras veces eran cancioncillas melancólicas, ó *sones abajeños,* que se dicen al son de un arpa enorme:

Palmero, sube á la palma
Y dile á la palmerita

Que si ya sabe de amores
Oiga á quien la solicita.

Eres arenita de oro,
Te lleva el agua,
Te lleva el río,
Asina se va llevando
Tu amor al mío
Tu amor al mío.

¡Ay, ay, ay qué malo estoy,
Ay, ay, ay cuánto me duele!
¿Dónde encontraré un ay ay
Un ay, ay que me consuele?

O picarescas como:

Si porque viste de *curro*
Cortar quiere ese clavel,
Sepa, hombre, que no es la miel
Para la boca del burro;
Güela y aléjese de él...

Estoy que de frío reniego
Y de un colchón tengo gana;
Trasquila, *mi alma,* al borrego,
Que yo *variaré* la lana
Y verás la obra que *entriego*...

Estando en San Juan Capire
Me dijo una capireña:
Si me ve con mi marido
No me haga ninguna seña.

Como lo había dicho el mozo, sentimos el sol cuando bajábamos la cuesta de la Tapona, entre madroños, robles y retamas.

— Amo, con su permiso aquí me bajo á coger tantita yerba del cáncer, gordolobo y yerba de la golondrina *pa* curar un pasmo. *Aspéreme* un poquito.

Estuve parado descansando sobre la cabeza de la silla, los pies salidos de los estribos y la barba en la mano, viendo el horizonte inmenso que ante mí se desenvolvía: el dombo azul del cielo cubriéndolo todo, unas cuantas nubes, verdaderos copos de algodón, navegando á voluntad del viento; luego montañas obscuras; en seguida, chozas de pastores, manadas de caballos ó de vacas, y abajo la llanura verde, lujuriosa, mostrando sólo, como remiendos en el recamo de un manto real, de trecho en trecho, *cuamiles* agostados de yerba amarillenta y parásita...

— ¿Y tú eres de aquí, Guadalupe?

— Criollo y nacido, *siñor* amo. Mi *siñor* padre era de San Julián, una hacienda á las seis leguas; pero como casó con mi *siñora* madre, yo me crié aquí, en terrenos de *siñor* don Alonso.

—¿Y eres casado?

—No, amito; me ando camelando á una muchacha, la hija de *ñor* Gregorio Quintero, el de la estancia de los Delgadillos, para ponerme en *graciediós* con ella; pero hasta ahora estoy *íngrimo* y sólo como la pluma en el *aigre;* ¡alabada sea su Divina Majestá!

—¿Y tus padres?

—Los dos murieron; mi *siñora* madre se sepultó por estas *pixcas* hará dos años; mi padrecito falleció de un *acidente* que le vino de que al andar coleando se *trompezó* con una piedra su caballo, y la botó tan alto con perdón de usté, que aunque le echamos *fresadas* y gabanes pa que no le diera un *aigre,* quedó *insultao* y como *bienaventurao.*

—¿Y estás contento en el rancho?

—*Algame,* amito, ¿cómo *nabía* de estar, si *siñor* don Alonso es la puritita miel en penca? Aquí no hay cepo, ni tienda de raya, ni castigos á la gente; aquí el que *quere* estar es porque se le antoja, no porque lo tienen, ¡bendito sea Dios!

Conversando así recorrimos plantíos, potreros, estancias, el molino y la huerta.

—Esta tierra prieta, me advertía Guadalupe, da trescientos por uno; tiene un migajón *palabar* á Dios.

—En ese potrerito, cerca del río, se dan las sandías más famosas.

—En aquel llanito nacen unas milpas, en que se pierde un cristiano *contoi* caballo.

—Esa barranca se llama del Gato, porque hay unas peñas *resbalosas* como jabón en que viven gatos monteses, águilas, tigres y no sé qué *jais* de animales coludos que dan unas mordidas que Dios me guarde.

A veces olvidaba su papel de cicerone y me preguntaba por las cosas que yo había visto.

—Y dígame, amo, dispensando su mercé, *¿ezque* México está *sentao* en agua y que abajo hay *ilesias* con campanas y padres y todo, que se miran el jueves santo, cuando baja la laguna?

—*¿Ezque* las gentes comen tamales de tripas de *pescao* y beben puritito pulque porque l'agua hace daño?

—*¿Ezque* el caballito de *Trioya* se está haciendo de oro de tanto que le ha *dao* el sol?

—*¿Ezque* la *catredal* es tan grande, que se miran las gentes chiquititas, como ora la hacienda de Navajas?

—*¿Ezque* hay tantos coches que *pa* pasar de una calle á otra se necesita hasta tres horas?

Satisfacía la sencilla curiosidad del campesino, y cuando le invitaba á ver esos primores, me respondía:

—No, amito; *estátelo con tu nana y no lo mal impliés.* Si yo soy de aquí, ¿qué voy á hacer á lejos tierras, *onde* ni me conocen ni nada y es capaz que me ponga *trasijao,* con las tripas pegadas al espinazo y la lengua arrimada

á la *pader* de no echar nada á la barriga? No, salir de mi tierra será *lúltima* droga que le haré al diablo, con perdón de su buena persona.

Cuando llegamos á la casa nos esperaban el patrón y las niñas sentados en sendos *equipales*.

—¿Qué tal? ¿se divirtió el señor de Pérez?

—¡Encantado, señor! la propiedad es preciosa y le felicito por ella.

—Pues está á sus órdenes, amigo. Si Dios me da vida, aumentaré los lienzos de cerca, pondré otros *bordos* para regar cien fanegas más, meteré ganado texano y haré otras cosas. Y ahora, vámonos á rezar, que el padre don Eulogio está queriéndose dormir.

Rezamos el rosario con su acompañamiento de sudarios, estaciones, plegarias á este santo y al otro, y cuando concluimos, criados é hijos pidieron la mano al padre Flores.

Y luego, á dormir hasta el día siguiente.

Vivía los días de paseo á pie y á caballo, comiendo bien, durmiendo mejor y engordando á ojos vistas. El tiempo se pasaba jugando tute, brisca, malilla callada, conquián, porrazo y burro castigado y sin castigo. Don Eulogio, gran punto en ajedrez, reñía desde el caer la tarde largas y formidables luchas con el castellano de aquel castillo, mientras los criados, la señora y las niñas contaban desde otros ángulos de la sala cuentos de apa-

recidos ó ejemplos piadosos. Era gracioso oir mezclado:

—Jaque á la reina. El peón del *arfil* del rey, dos casillas.

—Dispénseme, señor cura; pero su mercé no sabe de la misa la media.

—Cuando Taide estaba emparedada no cesaba de preguntar entre lágrimas...

—Tilín, tilín, ya voy llegando á los pies de tu cama... Daca mi asadura...

Generalmente este grupo era el mío. Allí saqué á re-

lucir los famosos cuentos de *La Llorona,* de *La Pachona,* de los *llanos de Hermelinda y las casas de quiquiriquí* y de la *Campana de oro,* terminando con el del niño á quien mataron sus hermanos y que convertido en flor gemía:

Pítame, mi cedacero,
Pítame con grande amor;
Mis hermanos me mataron,
Soy espina de la flor.

Pero conocía que estaba allí de más, que mi vida no podría prolongarse en aquella bienaventuranza abreviada, y un día, con muchos circunloquios, pedí licencia al buen campesino para salir de nuevo á tomar mi antiguo ejercicio.

—Sí, amigo, me contestó el viejo, hay gentes hijas de la mala vida, y una de ellas es usted. ¿Quién le corre ni quién le echa de aquí? Allá va á pasar hambres por esos caminos en vez de estarse aquí donde tan bien se le quiere... Pero, lo cierto es que ni yo le traje ni yo le echo; sus amigos me le endilgaron acá y mi obligación es no dejarle ir hasta que el médico declare que ya está bueno y sano... Pasado mañana viene Herrera y Cairo, y él le dará ó no la licencia que quiere para marcharse á correr aventuras.

Efectivamente, á los dos días llegó el médico, que era

joven, guapo, alegre y decidor. Las muchachas lo recibieron en palmitas, la señora comenzó á consultarle acerca de sus eternos vapores y á preguntarle qué tal le vendría el agua de *contra latido*.

Cuando nos quedamos solos con él las muchachas y yo, don Ignacio dijo dirigiéndose á mí y hablando de la mayor de las niñas, Leonorcita:

— Aquí tiene usted, señor La Llana, á la prometida de un amigo á quien usted y yo queremos mucho, de Miguel Cruz Aedo.

La muchacha se tapó la cara con el delantal y yo repliqué:

— Pues ya me explico por qué la señorita tenía tanto empeño en saber si se corren riesgos, y si era muy valiente el amigo Miguel.

— Pues haláguele usted el oído, que en nada carga su conciencia diciéndole que Miguel es uno de los muchachos más buenos y más guapos que visten uniforme.

El examen no fué favorable; pero dispuso Herrera que me quedara en la hacienda por lo menos otro mes, pues corría riesgo inminente de recaer.

— Déjese usted querer, que al fin y al cabo, en la profesión de usted no caen muchas de estas en libra; aguántese unos días, y cuando ya esté sano, se va á correr montes y montañas, á buscar *mochos* y traidores.

Una mañana de las primeras de Mayo, Guadalupe me

dijo preguntaba por mí un mozo que, al parecer, traía negocio urgente. Convencido el hombre de que era yo la persona que buscaba, me entregó un pliego en que reconocí la escritura ancha y resuelta de Cruz Aedo. La carta decía así:

Sayula, Mayo 6 de 1858.

SR. D. JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Hda. de San Antonio.

Mi querido Juan: A pesar de tu herida en la cabeza y de tu semi-muerte, eres á la fecha una de las personas á quien más envidio y he envidiado. Habitar bajo el mismo techo, hablar frecuentemente y hasta poder tocar la mano de la criatura más guapa de la República mexicana é islas adyacentes, no debía estar reservado á ti, hombre sin átomo de sensibilidad, sino á un sujeto como yo, que soy lo más rendido que se puede dar. Pero, por lo menos, ya que no puedo transformarme en tu persona ni substituirte, es bueno que te conviertas tú en mediador de estos *amores caseros.*

En serio, puedes creer que me encuentro *ferido de punta de amor,* y que, si Dios no lo remedia, aquí me voy á ver obligado á anclar para siempre. Te mando una cartita para que la pongas en manos de la niña, y si puedes recoger la respuesta, harás el servicio cabal.

De asuntos políticos tenemos novedades. No todo ha de ser *muera, muera;* algún día se había de *hacer la chica,* y, ó mucho me equivoco, ó la salvación ha de venir del Norte. Al lado de Vidaurri hay un joven valiente, audaz, de mirada certera, hábil en todas las combinaciones, conocedor de la topografía del país, y capaz de los golpes más tremendos y aventurados.

Su teatro ha sido el desierto, su escuela la guerra contra los bárbaros, su amor la hostilidad franca y declarada al enemigo. Dotado de puntería admirable, de actividad nunca vista, de decisión á toda prueba, tiene equipado un cuerpo de tropas que es el asombro nuestro y el terror de los enemigos. Vestidos con blusas rojas y pantalones de piel de venado, tocados con sombreros de anchas alas y montando caballos ligerísimos, criados en las soledades de Nuevo León y Coahuila, manejan el rifle y la pistola con la seguridad que manejarían un instrumento matemático. Su alimento lo llevan consigo en las *cantinas* del caballo ó en la punta del agudo cuchillo de monte que traen á la cintura. Se movilizan con habilidad nunca vista, y pueden hoy estar aquí, mañana dar un *albazo* á las treinta leguas, cooperar al otro día á una batalla campal, á los quince incendiar un albergue de reaccionarios en lo más fragoso de un monte, y tornar á los seis días á su punto de partida para seguir incansables, tenaces, activísimos, la lucha por la libertad, cuya causa han

Son los guerrilleros ideales...

abrazado. Tienen las ventajas de la infantería, y no su pesadez; las de la caballería, y no su precisión de marchar en grandes masas. Son los guerrilleros ideales, los guerrilleros que han de cambiar la faz de nuestras cosas; son los *tagarnos,* en fin.

D. Juan Zuazua

Juan Zuazua, como se llama el jefe que manda á esos valientes, acaba de destrozar á las tropas de Miramón en el puerto de Carretas, y aunque el general reaccionario se ha atribuído el vencimiento, lo cierto es que dejó en el campo quinientos ó seiscientos muertos, la tercera parte del total de sus tropas, muchos infelices heridos y gran cantidad de material de guerra.

Como si hubiera querido desmentir las fanfarronadas de los *mochos*, cuando se le juzgaba derrotado, atacó á Zacatecas, tomó la Bufa, donde se habían refugiado los conservadores, cogió presos á Manero, Aduna, Drechi, Antonio Gallardo, y Landa, nuestro viejo conocido.

He tenido en las manos la carta que el pícaro Landa

dirigió á su mujer, Elena Castro, á quien tú conoces bien, y la verdad es que me ha conmovido. Pero si queremos destruir la mala semilla, necesitamos *arrancar diente y dolor*. Estamos en la brecha y es menester decidirse á matar ó á que nos maten; es triste que hijos de la misma patria se destruyan como los judíos en Jerusalén; pero no hay conciliación ni arreglo posible entre lo viejo, lo caduco y lo abusivo que ellos representan, y lo nuevo, lo luminoso y lo grande que representamos nosotros. La suerte está echada y hay que aguardar á que se decida.

Hablé al señor Degollado de tus buenas partes, y quiere que te vengas con nosotros; pero antes desea realices un servicio de importancia. Como tú eres originario del rumbo de Lagos y conoces ese camino á las mil maravillas, quiere acompañes al coronel don Miguel Blanco, que debe venir en estos días, no sólo para indicarle el camino, cosa que podría hacer un peón, sino para que sirvas de intermediario entre los rifleros del Norte y los soldados del interior, cosa que pocos pueden hacer. ¿Qué te parece la comisioncilla?

Ahora bien, oh Juan Pérez, espejo de los caballeros, modelo de los políticos, desesperación de los militares, amor de las muchachas y coco de las viejas, sacude la inercia, deja las ociosas plumas y vete á la guerra y á la diplomacia, que son tus elementos. ¡Dios te guíe y

Jesús Nazareno, patrón de tu pueblo, te dé ventura en lides, gloria en amores, placer en la bonanza y resignación en la adversidad!

Tuyo hasta la muerte, tu hermano

MIGUEL.

Al día siguiente anuncié á don Alonso mi firme voluntad de marcharme dejando las ollas de Egipto de su casa.

—Hombre, pues de veras es usted cargante, me dijo haciendo alarde de mal humor; si el doctor ha dicho que no-pue-de-us-ted-sa-lir-an-tes-de-un-mes. ¿Me ha entendido?

—Sí, señor; pero tengo asuntos...

—Bueno, hombre, bueno; ¡váyase bendito de Dios!.. No más el día que le traigan con la cabeza hecha una olla rajada, no pretenda que lo reciban aquí... Al arroyo se va á dar, que en esta casa no hay gentes mal agradecidas.

—Aquí y no más aquí he de venir, porque sólo aquí me encontraré pechos cristianos y gente buena. Y en cuanto á lo de mal agradecido, será lo que tase un sastre: por usted que es el amo y hasta por el último perro de esta casa, estoy dispuesto á dejar cuanto tengo.

—Sí, hombre, sí; haya farolón... No es lo mismo *decido* que *acido*. Y se retiró refunfuñando, todo encor-

vado, y haciéndose aire con un gran pañuelo de yerbas.

El padre don Eulogio me miró con rabia:

—¡Hombre, me gusta! conque ahora que empezamos á tenerle ley y á quererle, se larga usted con esa frescura! ¡Vaya con el niño! ¿Y qué va á hacer entre la tropa, á que le perviertan su buen natural y le vuelvan un mal sujeto, blasfemador y ateo? No se ría, que es cosa seria; como si los ejércitos se compusieran de puros angelitos del Señor... ¡Vaya si los conoceré yo, que he estado entre ellos, cuando acompañé á mi amigo Paredes Arrillaga desde Guadalajara hasta Pénjamo! ¡Jesús, y las cosas que vi, las atrocidades que oí y las infamias que ante mí pasaron! Pero, vaya, vaya; que todo sea para bien y que Dios nuestro Señor lo lleve por buen camino.

Leonorcita recibió la carta con resolución.

—Sí, ya sé que Miguel anda en la guerra con Ogazón y que están todos contentísimos de él. Que crezca, que sea feliz, que llegue á donde ha de llegar, que al fin el Señor de la Penitencia le ha de salvar de peligros, como se lo tengo pedido. Lo único que me amarga el gusto es pensar que no nos podrán casar por la Iglesia si no vamos á coger de sorpresa al sacerdote, como cuenta el padre don Eulogio que hicieron con él. Pero yo estoy dispuesta á todo; mi suerte hizo que quisiera á un *chinaco:* pues suya seré á pesar de todos los pesares. A mis padrecitos, ni por aquí les pasa lo que tengo yo pensado, y

cuando lo sepan van á tener una mohina que ya! ya! pero ¿qué remedio? Dígale á Miguel que no le mando más que este papelito, porque no tengo libertad de escribirle largo; y luego que escribo tan mal... Mis padrecitos no quisieron que me enseñaran, porque no me comunicara con el novio... Apenas tres veces me echó renglón el *maistro* don Modesto Pérez...

La señora nada dijo; se limitó á prepararme para bastimento una cantidad tal de capones, *panelas,* requesones, mantequillas, lomos y *cajetas,* que habría bastado para cargar una bestia mediana y dar de comer á una docena de hambrientos, no sólo á mí, que estaba tan bien cebado.

CAPÍTULO IX

El calvario de un justo

Ya estaba todo dispuesto para la salida, y Guadalupe tenía á punto los caballos y la carga, cuando cayó como una bomba la noticia de que el doctor Herrera estaba preso en Ahualulco.

—Nobleza obliga, dijo don Alonso; es de gentes ir á ver por qué causa tienen en chirona á mi compadre; bien que él, que es un santo, no puede durar allí... Si no declaran delitos el curar de balde y con amor á todo el que lo pide, hacer caridad y querer á su familia, no sé qué delito le achaquen al doctor... Todo debe de ser un *equívoco*.

Yo me ofrecí para acompañar á don Alonso, y me dijo:

—¡Bien haya lo bien parido! Cada quien da de lo bueno que tiene, y usted no puede negar de qué gente

pende... Sí, hombre; vamos, acompáñeme, que así tendremos ocasión, luego que veamos libre á mi compadre *Inacio,* de preguntarle qué *jais* de pelota es esta que he *asgado* aquí cerca de la *ollita.*

En vez de salir para el *Bajío,* fuí nada más á Ahualulco, que distaba del rancho obra de cuatro leguas. Don Alonso salió dejándome en el mesón, pues no es bueno, dijo, que sepan anda por aquí un *chinacate;* si le conocen, puede costarle caro.

A las dos horas volvió el pobre hacendado más muerto que vivo.

— ¡Qué *tanteada,* hombre! diez horas tiene mi compadre para entregar diez mil pesos, y si no le *truenan.*

— Pero el doctor es tan conocido y tan querido, que eso y más juntará.

— ¡Ya lo creo que podría juntarlos! pero ¿usted cree que sea tan fácil tener diez talegas aquí y á estas alturas? Ya nos cansamos de rogarle al maldito jefe, mi compadre Madrid, yo y todos los propietarios del rumbo, y el condenado está en sus trece: ¡que no y que no!... Le ofrecimos libranzas sobre Guadalajara, hipotecas de nuestras fincas, cuanto usted quiera, y siempre no; dice que le fusila si no tiene lueguito el dinero.

Volvió á salir don Alonso, y al cabo de poco rato se presentó en el cuarto.

— Albricias; ya se juntó el dinero; con cien pesos de

aquí, ochenta de allá y mil de la otra parte, reunimos á tiro y tirón los diez mil del ala... Voy á decírselo á mi compadre.

D. Ignacio Herrera y Cairo

Poco después, en sus diferentes entradas, me dijo el ranchero:

—Piélago ha doblado la parada y está más intratable que nunca.

— Ha declarado que ni por todo el oro del mundo deja de fusilar á Herrera.

— Andan buscando á don Florentino Cuervo que se les escapó... Dicen que apenas su sombrero hallaron, en una cama, y las huellas de que se había ido por una tapia.

— ¿Se atrevería usted á llevar á don Ignacio un poco de cloroformo? Lo necesita para curarse una terrible jaqueca que padece.

A las ocho de la noche, disfrazado con sombrero ancho *alacranado* con águilas bordadas, cotona de cuero, calzonera de *tapa-balazo* y botas de campana, pedí permiso para entrar á llevar la cena al preso.

Registraron el portaviandas, el pan, la comida y mi

traje; pero no esculcaron igualmente el zarape que llevaba al hombro.

—¡Andale, bruto! me dijo un centinela que cuidaba la puerta; métete y no tardes, que tiene que entrar el señor cura á confesar al preso... ¡Qué bien cargarías tú la mochila, *bocaepalo!*

Entré al calabozo, y el condenado se puso en pie. Estaba excitadísimo, con el cabello alborotado y los ojos fuera de las órbitas.

—¿Quién manda á usted aquí? ¿Viene á nombre de esos verdugos para quitarme la vida ocultamente, porque temen la luz del día?

Me dí á conocer, y el preso, ya más tranquilo, me dijo:

—Hace usted mal en venir; si supieran quién era usted, quizás se iba delante de mí. Son fieras sanguinarias, que no tienen más afán que matar, y no les retraen, sino que los excitan, la juventud, el mérito y la dicha... Mi desgracia es poseer la primera y la última de esas cosas, y voy á ser sacrificado obscuramente y sin gloria... No me pueden perdonar que haya llevado entre filas á los prelados de los conventos, á fin de demostrarles que eran iguales á cualquier hombre que elude una disposición legal...

Pero, en fin, ya todo eso se acabó... Usted verá á mis amigos; dígales que muero en la misma fe democrática

que amé y seguí toda mi vida... Dígales que cuando la patria sea dichosa y ellos sean grandes y hayan recibido el premio de sus sacrificios, se acuerden de este soldado de filas que pereció en una encrucijada, en una escaramuza, sin que el grueso del ejército notara su falta... Pero no; mi alma me dice que es necesario que mueran muchos obreros antes de que el edificio se concluya, que tiene que fecundar mucha sangre el arbusto de la libertad, antes que le veamos árbol frondoso que eche ramas y hojas... antes de que le vean, que mis pobres ojos no tardarán en cerrarse á la luz. ¿Trae usted el cloroformo? Siento que allí está el alivio de mis males, que así se me apartará este dolor que me hiende el cráneo como con mil sierras. A mis amigos de aquí, dígales cuánto les agradezco sus sacrificios, cuán obligado les estoy. Y á todos dígales que quisiera enviarles por su medio el discurso sereno y elegante de un Sócrates; pero que no les mando sino la manifestación del dolor de un hombre que ama, que cree, que no hacía mal á nadie y que esperaba vivir y ser dichoso al lado de una esposa amante y de una hija adorada... El cáliz pasará de mí; pero créame que es más amargo que el de cicuta que bebió el filósofo impasible; es de dolor humano, de noble y sincero dolor, como el que apuró mi maestro, el noble mártir del Calvario que tanto amo... Pero ¿qué hace usted? ¿Llora por mí, que me voy á regiones de luz? No sea usted niño; ¿cómo me he de

vestir ese traje exponiéndole á que le fusilen? Si ni en edad, ni en estatura, ni en color somos parecidos... Sacrificaría á usted cobardemente sin que ninguno de los dos avanzara un paso... Vaya usted, vaya usted, que bastante hemos tardado.

Y levantándose de la cama de tablas en que se había sentado, me dijo echándome los brazos:

—Salude usted á don Santos, á Cruz Aedo, á Ogazón, á todos los amigos... Entregue esta sortija á mi cuñado para que la dé á mi esposa; bese á mi hijita, y márchese.

Yo insistía en que aceptara mi disfraz, y él, quizá por consolarme, me animó á salir:

—No, no hay necesidad de eso; tengo un medio infalible de salvarme, y puede creer que no necesito de su nobilísimo sacrificio, que le agradezco con todo mi corazón: tomaré cloroformo, y no se animarán á matarme: mientras tanto, ustedes pueden mover recursos y hasta mandar propios á Guadalajara.

Salí al golpe, me registraron nuevamente, me alumbraron el rostro y me dejaron marchar tranquilo.

Al día siguiente aguardábamos confiados la hora que se había anunciado para la ejecución, y sólo por curiosidad nos asomamos á la plaza como se asomó un concurso inmenso de gentes, favorecidos ó amigos del noble mártir.

En punto de las seis vimos un cuadro que nos horripiló: en brazos de dos soldados salía un hombre pálido,

con palidez de difunto; los cabellos los traía echados sobre la cara; la barba, la hermosa barba rubia, estaba alborotada y llena de polvo; los ojos los tenía entrecerrados; de la boca le manaba una espuma sanguinolenta. Al levantarle los brazos le alzaban la chaqueta, le sacaban las faldas de la camisa y le hacían caer los pantalones. Se le veía el cañón de badana roja de una bota, mientras el pie contrario llevaba sólo calcetín.

En los cinco ó seis pasos que había hasta un gran fresno en que le ataron, le ayudaron á caminar varios de los presentes.

Cuando sujetaron el cuerpo con una cuerda fuerte, la cabeza quedó caída hacia un lado y el tronco desviado para el contrario.

—No le matan, decía la gente.

—Está muriéndose y le han indultado.

—¡Si ya va á formarse el cuadro!

En efecto, el cuadro estaba listo, y á una voz del oficial los soldados dispararon sobre aquel cuerpo casi exánime.

—Está bien muerto, dijo el jefe del pelotón.

Y dispuso que se alejara ordenadamente la tropa.

Y allí quedó por el suelo aquel cadáver, pues la violencia de los disparos había roto las cuerdas. Estaba reclinado, con la cabeza en el lodo, el pecho lleno de sangre y la cara casi limpia. Apenas una veta roja que le

manaba de una oreja, empapaba la barba, el cabello sedoso y se metía por la boca, que mostraba un rictus terrible, expresando al mismo tiempo desdén y venganza.

Levantamos el cuerpo, le amortajamos y lloramos sobre él como herramienta de trabajo que había sido de tan gran corazón, como armadura de combate que había sido de tan gran espíritu.

El padre Eulogio, que rezó devotamente el oficio de difuntos, no se conmovió ni lloró, sino que enristrando los puños gritó entre dientes:

—¡Maldita sea la guerra civil!

Y en su ademán abarcaba al oriente, al occidente, al septentrión y al mediodía.

CAPÍTULO X

Sacrilegio

PERPLEJO y mohino emprendí mi viaje, pasando por los pueblos que tanto conocía. Don Alonso quiso que me acompañara un mozo; pero yo preferí marchar solo, á vuelta con mis tristes imaginaciones.

¡La guerra! ¿Qué cosa más tremenda? Pero nosotros no la hemos desencadenado, ¡vive Dios! Hemos hecho lo que habría hecho cualquier partido en nuestro caso. Nosotros queremos el movimiento, el progreso, la vida; sacar á nuestra patria de la atonía colonial, hacerla semejante á los países en que los hombres adoran á Dios como les place, se tratan como iguales y gozan de deberes y derechos. ¡Pocos empeños habrá más santos! En cambio, dos grupos privilegiados, que medran á costa de la ignorancia

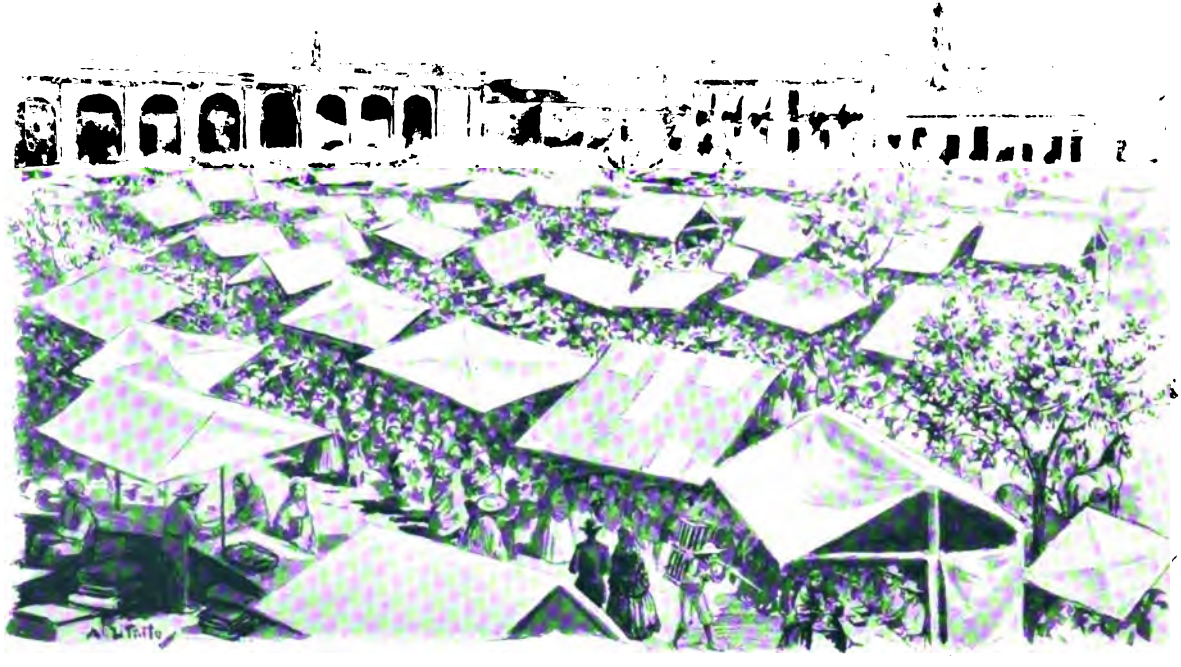
y de las desigualdades, se oponen á esos fines. ¡Que sea suya la culpa, y que sobre ellos caiga la sangre derramada!

A medida que avanzaba el camino, encontraba que no todo era como el oasis que acababa de dejar. Campos talados, chozas incendiadas, gentes miserables, desconfianza, pobreza, miseria, dolor y desgracia se veían donde quiera.

En Encarnación topé con los rifleros de Blanco, que no eran por cierto los soldados flacos y estragados que conocía, sino hombres fornidos, atléticos, llenos de vida y vigor.

El veintisiete de Mayo llegamos á San Juan de los Lagos, pueblo que había visitado en mis tiernos años. Eran famosas en muchas leguas á la redonda aquella Virgen taumaturga, que contaba sus milagros por millones y á quien venían á ver de todos los puntos de América peregrinos que solicitaban la salud, la fortuna ó la vida; aquellas torres que se decía habían sido hechas por manos de ángeles; aquella iglesia hermosa y afiligranada, que contenía siempre un pueblo de gentes postradas en posición de éxtasis, de adoración ó de ruego.

En otros tiempos, cuando el comercio se practicaba lenta y perezosamente, cuando una carga tenía que pasar por tantos vehículos como trámites oficinescos, y cuando el caballo, el carro, la mula, el burro y el *tamene* corres-



Allí era de proveerse de las piezas de silesia...

pondían al pase, al guía, á la tornaguía y á las cien mil trabas fiscales, todos veían el cielo abierto con la feria de San Juan.

Allí el devoto pagaba la manda y colgaba la muleta de veras ó el ojo, la pierna ó el brazo hechos de cera ó de plata; el tahur jugaba y ganaba los miles de onzas que había en las partidas; el comerciante realizaba los efectos que tenía disponibles; el volatinero, el cómico, el cantor ó el bailarín, se exhibían y ganaban más dinero que en todo el resto del año, y el *ranchero,* el *bocaepalo,* el *payo,* sacaban á luz el chorizo de onzas, la red de pesos duros ó por lo menos la bolsa repleta de medios chinitos.

Allí era el proveerse de las piezas de silesia, de estopilla ó de bretaña; de los *granos de oro,* los merinos y los paños veintiochenos; de los fieltros alemanes con chapetas de plata y de las medias de la patente; de los casimires alemanes y de los zapatos finísimos; del cacao y las almendras mejores para fabricar el chocolate exquisito.

La feria era para las poblaciones del interior algo como un prólogo del paraíso. Allí se salía de la rutina y de la economía diarias, y se gastaba con garbo que nadie habría imaginado en gentes que todo el año lo pasaban contando los bocados y economizando el *tlaco* y el *medio tlaco.*

Me ponderaban mis tías el jamón como cosa celestial, y en una feria lo probé por vez primera, por cierto que

no quería convencerme de que se había de comer crudo.

Me hablaban de los grandes músicos y cantantes, y en San Juan escuché á la Alboni, á Henri Herz y á Frantz Coenen, que me gustaron mucho menos que el mágico Emilio Rossi, que arrojaba cintas y flores por boca y narices, y sacaba pesos duros de los ojos y de las orejas de los espectadores.

Cuando mis triunfos escolares me hicieron acreedor á la recompensa de un caballo, fué en el *egido* de San Juan donde me compraron el potrillito pinto, que se conocía en mi pueblo con el nombre de *Café con leche.*

Pero lo que no podré olvidar nunca, será mi entrada al santuario donde se adoraba á la Virgen prodigiosa. Era edificio grande, de altas bóvedas, lleno de luz y de ventilación; pero allá, junto al presbiterio, se veía una aglomeración de cosas obscuras é informes. Más cerca se distinguían harapos, rodillas llagadas, caras destrozadas

por el lupus, brazos secos que imploraban, piernas torcidas que se arrastraban, ojos vendados que buscaban la luz, semblantes macilentos que celebraban la reconquista de la salud, mujeres dolientes, niños cacoquimios, viejos inválidos, soldados ostentando muñones que parecían desnudeces erubescentes...

Y dominando el conjunto de cirios crepitantes, de rezos discretos y suspiros ahogados, subió una voz, una gran voz compuesta de todos aquellos sollozos, de todas aquellas imprecaciones, de todos aquellos dolores, de todas aquellas escaseces, de todas aquellas penas: la tristeza del enfermo que agoniza á la hora del crepúsculo, la del que abandona mujer é hijos en la noche obscura, la del soldado que cae en el campo de batalla, siente pasar sobre su cabeza á los fugitivos y se abraza á la estampita milagrosa que su madre le dió al salir del pueblo...

Eran unas alabanzas á la Virgen, tiernas, sencillas y acariciadoras. Se la alababa por su pureza, por su candor, por su hermosura, por su gracia y por su fuerza. La canción tenía un estribillo disparatado y sin cohesión, seguía una estrofa tierna y cariñosa y acababa con una voz de dolor del alma.

Pero la letra no era nada; todo lo era la música, un grito solo, un grito potente, que se escapaba del alma galvanizando los huesos áridos, crispando los cabellos

introduciendo un soplo de fe en las almas que dudaban, recordando que sobre los hombres y sobre el mundo había poderes ocultos á quien reverenciar.

Y seguía el estribillo banal, flojo y sin fuerza, para dejar sitio á la estrofa colorida, potente y tremenda como la trompeta del juicio en el *dies irae,* transformando aquellos rostros estragados, aquellos cuerpos macilentos, aquellos ojos sin luz que llamaban á María *Casa de oro, Arca de la alianza, Puerta del cielo, Consuelo de afligidos, Refugio de pecadores, Paloma, Estrella, Reina, Madre, Vaso de elección y Concebida sin obra humana...*

Las transacciones eran inmensas; la concurrencia era tanta, que no pudiendo los miles de peregrinos pagar los alquileres altísimos que corrían en la población, se acampaban en el *Cerro de las bolitas* ó en las plazas y calles.

Y durante quince días, en el espacio reducido del poblacho, se aglomeraban cientos de miles de personas que giraban solo al rededor de una estatuilla de madera corroída por los años, que se había renovado para resucitar á la hija de un saltimbanqui.

Cualquiera puede figurarse la riqueza del santuario, teniendo presente que sólo de cabos de vela de cera que dejaban los peregrinos, se recogían anualmente treinta ó cuarenta mil pesos; que los ex-votos de plata y oro valían otro tanto, y que las limosnas montaban á cantidades inverosímiles.

Ciudad que vivía por la iglesia y de la iglesia, San Juan era esencialmente levítica. Se pensaba que el entronizamiento de los liberales traería la mengua y quizá la destrucción del culto en el floreciente santuario; y por consecuencia el abatimiento de la población y la pérdida de su comercio.

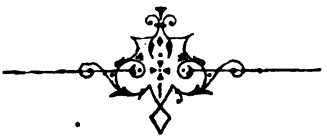
Se recibió al ejército con una escaramuza, y por la tarde del día de la entrada, Blanco mandó abrir las puertas del Santuario y penetró á él. Se nos mostraron por dos sacerdotes que temblaban de miedo las dalmáticas bordadas en Toledo, los estandartes tachonados de pedrería, las casullas hechas de telas del oriente, los frontales recamados de oro, los candelabros cincelados, los ostensorios que irradiaban luces, los candiles de plata maciza, los ciriales hechos á martillo, los viejos misales con tapas y lomos exquisitamente miniados, y nada de esto quiso Blanco.

Sin esperar á que le dijeran cosa mandó abrir el camarín, vasta pieza abovedada y llena de luz, y dispuso se excavara al pie de un cuadro de Lucas Jordaens que representa un pasaje bíblico. En dirección de la cola del poderoso caballo blanco que llena el cuadro, se empezó el trabajo, y al cuarto de hora ya se habían extraído cien mil pesos que fueron á llenar las cajas del ejército.

Uno de los sacerdotes, viejo y cansado, nos miraba con espanto, no queriendo dar crédito á sus propios ojos; otro,

joven, pálido, de cara larga, con aspecto de San Luis de Gonzaga, lloraba tristemente y habría querido hacer caer sobre nosotros los rayos que consumieron á Coré, Datán y Abirón.

El mismo día salimos para Guadalajara, llevando preso al padre Santillán. El pueblo se nos mostró tan hostil, que no vimos una sola cara amable ó ceñuda que nos deseara buen viaje ó calamidades próximas; todo estaba cerrado, triste, quieto, sin movimiento, como si la ciudad hubiera muerto y acabara de ser desenterrada.



CAPITULO XI

Un hachero

Era flacucho; su fisonomía, de rasgos vulgares, no inspiraba temor ni causaba espanto, ni servía de coco á los niños; su andar era acompasado y su voz apagada; padecía eso que llaman *ternura de ojos,* granulaciones de los párpados que hacen lagrimear constantemente y obligan á hacer muecas involuntarias, moviendo labios y narices.

Para dar una orden empleaba circunloquios y rodeos, de modo que no pareciera que se imponía; usaba pocas veces el traje militar y casi siempre el ciudadano; no llevaba melena, no se vestía estrepitoso ni llamativo, no hacía alarde de conocimientos, ni de autoridad, ni de valer.

Su ciencia en lo que hoy llaman exégesis, era inmensa.

Había leído todos los libros que hasta entonces se habían escrito sobre la materia, y poseía opiniones propias sobre casi todos los puntos controvertidos. En el año de cincuenta y cinco, cuando empezaron las primeras manifestaciones de la tremenda revolución, el obispo de Guadalajara publicó una pastoral asegurando que el Gobierno era impío, y él, gobernador á la sazón, sostuvo que se acataba el dogma en todos sus ápices.

¿Cómo aquel obscuro empleado de la clavería de la catedral de Morelia, llegó á penetrar las altas cuestiones que ligaban al dogma y á la vida social? ¿Qué libros leyó, qué conversaciones tuvo, qué amigos frecuentó, quién fué su guía, quién su maestro y quién su mentor?

No lo sé; pero sí sé que don Nemesio Santos Degollado, cuyo es este retrato, era uno de los más raros ejemplares de aquella época.

Cuando se habla de los reformistas, se piensa que andaban siempre «con el acero en la mano y la blasfemia en la boca», derribando iglesias, quemando imágenes y destripando sacerdotes. Y no era así; muchos había, y uno de ellos era Degollado, que creían hacer y tal vez hacían obra cristiana sujetando el poder del clero, volviéndolo á la sencillez evangélica, repartiendo la enorme riqueza acumulada y cambiando el modo de ser de la nación.

Degollado, no sólo era creyente, sino observante; diariamente rezaba un rosario, hacía decir misa para sus

tropas y cuidaba de que nadie blasfemara, ni faltara á la verdad, ni dejara de cumplir con los deberes de caballero cristiano.

Cuando me presentaron á él, estaba en su alojamiento

de la villa de San Pedro. Me vió con curiosidad á través de sus anteojos ahumados, y me invitó á sentarme.

— He sabido, me dijo, el comportamiento del señor capitán La Llana y su decisión por los buenos principios; he tenido conocimiento de su deseo de seguir sirviendo en el ejército, y he pensado que le alentaría en sus buenos propósitos un ascenso que tiene bien merecido... Desde hoy figura usted como comandante de batallón y adscripto á mi Estado mayor.

Dí las gracias al General en términos calurosos, y él me interrumpió diciendo:

—No tiene que agradecerme á mí, sino al período agitado en que nos encontramos. A buen seguro que si estuviéramos en tiempo de paz, diera usted estos saltos; pero cuando *macheteros* sin antecedentes se encumbran llamándose por sí y ante sí generales, ó por lo menos coroneles, no hay razón para no alentar á los pocos hombres decentes que vienen de nuestro lado, animándoles aunque sea con el husmo de grados que poco dejan.

Si fuera un poco mentirosillo, nada más que un poco, y esta narración no fuera la pura y desnuda verdad, aquí pondría la relación de portentosos hechos de armas en que intervine, destruyendo ejércitos, capturando convoyes y dando muestras de serenidad é hidalguía.

Los días que duró el primer sitio de Guadalajara, estuve empleado en la Administración militar, haciendo unos cuadritos de tinta roja con letrita gótica explicando la cantidad de acémilas, carros, cañones, balas y obuses que teníamos, pues Degollado era en esto miradísimo, como que no quería que se le tildara de despilfarro ni de tolerancia en el robo.

Las hazañas de Cruz Aedo, de Núñez, de Blanco y de sus rifleros y de todo el ejército liberal, las supe de oídas; no voy, pues, á contar lo que me contaron, sino lo que ví:

Molidos y hechos pedazos, pero, eso sí, chanceros y

bromistas como buenos mexicanos, emprendimos el viaje á Colima, donde debíamos aguardar á las huestes de Miramón, que nos iban pisando los talones.

Se había acabado el acarreo de trenes y cañones, que había sido penosísimo, y apenas descansábamos en el fondo de la barranca de Atenquique cuando un cañonazo vino á ponernos en alarma. Nuestros espías nada sabían, la retaguardia estaba íntegra; pero no cabía duda de que, á pesar de todo, Miramón se había movido con vertiginosa actividad.

El Estado mayor miraba el descenso de los últimos trenes, y yo, con mis viejas tendencias al ensueño, calculaba la fuerza extraordinaria que había abierto aquel antro, que parecía hecho por la clava de un gigante, cuando recibí orden de Degollado para prevenir al general Núñez, que alistara todo para el combate anunciado.

Aquel hombre cortesano, guapo, bien criado, que caminaba á la campaña llevando su tina de baño y sus útiles de tocador, á la aproximación del peligro se había transformado convirtiéndose en un león. Ordenó sus tropas, las colocó en los claros de la hondonada, resguardándolas cuanto le era dable de los tiros de cañón y de la fusilería, y aguardó el ataque como podía haber esperado la visita del más cordial de sus amigos.

La ventaja era de los conservadores; desde la altura

disparaban una lluvia de balas que abría enormes claros en nuestras filas. Pero la gente no se movía y esperaba á pie firme la acometida, que no tardó en llegar.

Desde nuestra atalaya divisábamos los grupos, pero no veíamos nada; el humo de la pólvora nos cegaba los ojos, los gritos de rabia ó de gozo nos atronaban los oídos, las quebraduras del terreno nos impedían ver los detalles de la acción.

El jefe, con su catalejo ante los ojos, daba señales de impaciencia ó de aprobación, se empinaba en los estribos ó tronaba los dedos como disgustado, pero nada decía. Las filas anónimas continuaban el fuego; mas no como en los simulacros, sino con intermitencias, con espacios apreciables, sin la regularidad geométrica de lo aprendido y de lo meditado.

Hubiera querido bajar á la llanura y tomar parte en la disputa, pero no podía; me encadenaba mi deber al lado del General. Me cansaba formarme idea de lo que sucedía como se forma idea de lo que sucede en la tierra el gavilán que vuela por los aires. Sólo veíamos atravesar de aquí para allá, á toda prisa, lanzando gritos que no podíamos entender, agitado, nervioso, febril, á un jinete que caracoleaba en un caballejo manchado y que blandía la espada sin cesar. De repente vimos que el jinete caía, que le rodeaban otros muchos hombres y que un clamor, no sabíamos si de júbilo ó de horror, acogía aquel descenso.

Don Santos, quitándose el catalejo de los ojos, me dijo impaciente:

—Han matado á Núñez ó lo han herido gravemente; corra usted á ver qué pasa.

Bajé la eminencia, puse mi caballo al galope y me encontré á Núñez nuevamente á caballo, otra vez gritando, ordenando con la voz y la espada, terrible, agitado y lleno de ira.

Lo que es oir en el suelo un repique sonoro, triunfal y glorioso, en que se unen las notas graves de las grandes campanas á las agudas de las esquilas; y oirlo en lo alto de la torre, cuando parece que los badajos de los bronces mayores van á romper el tímpano y los de los menores á taladrar la cabeza; eso es ver y oir una batalla desde una altura y contemplarla de cerca.

¡Qué confusión, qué estrépito, qué voces tan discordes y desconocidas se escuchaban! Los regimientos se mezclaban á los regimientos, los batallones á los batallones, la caballería á la infantería, los rancheros y las viejas á la gente que peleaba.

Iba de vencida nuestra gente; pero retrocedía poco á poco, sin desorden y sin priesa. Desde abajo veíamos una inmensa arboleda, un camino que serpeaba por entre la maleza, y unas cuantas cosas que aparecían en el plan; pero no distinguíamos la artillería que tronaba, ni la tropa emboscada, ni los verdaderos elementos de la acción.

De repente el núcleo liberal se desbarató con ese característico desmoronamiento de las masas faltas de

D. José S. Núñez

cohesión, y comenzó á ascender al lado inverso del que ocupaban los tacubayistas.

Un joven delgado, de ojos centelleantes, de ademán atrevido, Vélez, se pone á la cabeza de su gente y persigue á los constitucionalistas. Sube cuatro tramos del caracol, llega al cuarto, pero se rehacen los contrarios y rechazan con ímpetu la embestida.

Al fin cesa de oirse el fuego de la fusilería y hasta los gritos de los combatientes; vuelvo la cabeza creyendo que las hostilidades se han suspendido, y veo á las dos fracciones furiosas, confundidas, mezclados azules con blancos, infantes con jinetes.

Llego á lo alto del lugar de observación y Degollado me dice:

—Se tardó usted tanto, que tuvieron tiempo de matarle otra vez el caballo á Núñez. También Escobedo perdió el suyo; pero él está ileso. ¡Bendito sea Dios!... Ya bajan los enemigos, ya nos dejan.

La obscuridad venía á toda prisa, después de ocho horas de lucha terrible en que se habían agotado las energías y el *parque,* pero no el valor.

Todavía resonaron dos cañonazos y un ruido aislado de fusilería, pero no se volvió á oir más. La noche, como siempre, puso fin á la disputa, haciendo el papel de extinguidora de odios y maldades.

Concurrieron al entierro las tropas...

CAPÍTULO XII

Cartas interesantes

De Buenaventura Ortiz á Crescencio Torres Lares.

San Luis Potosí, á 20 de Junio de 1858.

Mi querido Chencho: Prometí escribirte dándote noticia de todo cuanto pasara en nuestro campo, y gustoso cumplo mi oferta. El 30 del pasado llegamos á esta ciudad, que por cierto es muy linda y donde abunda la gente buena.

Nos recibieron con un gusto de que tú no puedes tener idea; pues nada menos temían que les atacara el bárbaro Zuazua, que, como tú sabes, es el espanto de estos rumbos. Parece que, de acuerdo con su compadre Vidaurri, se ha propuesto acabar con el ejército reaccionario, pues tras los horribles asesinatos de Zacatecas, de que te dí noticia, ha dispuesto que se mate al señor cura Santillán y á un

oficial de cada uno de los cuerpos que han caído en su poder.

Entramos bajo arcos de flores, entre músicas, cohetes, repiques, palomas que arrojaban de los balcones y gritos de la gente entusiasmada. Diez pollas de las más guapas de esta capital, donde las hay muy guapas, recibieron á nuestros generales, y mientras una les arengaba diciéndoles que merecían la gratitud de las gentes por defender la religión, tres prendieron una medalla en el pecho del señor Osollos, y tres otra medalla en el del señor Miramón.

Luego el gobernador Othón dirigió al jefe un discursito muy bien hilado, diciéndole, entre otras cosas, que era consanguíneo del pueblo potosino, ya que había mezclado su sangre con la de éste en la famosa batalla de la Magdalena. Osollos contestó con pocas palabras; pero tan bien, que le aclamó la gente por un rato larguísimo.

Apenas habían pasado cuatro días, y cuando nos figurábamos que íbamos á salir á toda prisa en persecución de los demagogos, supimos que el General estaba enfermo. Creímos en un resfriadillo cualquiera; pero á los dos días se averiguó que el mal era fiebre, y que don Miguel Jiménez, el famoso doctor de México, vendría á encargarse de su curación.

No sé por qué; pero apenas conoció la tropa lo que pasaba y pensó que el General no se levantaba de esa, y

lo que era peor, que la enfermedad provenía de algún bebedizo que le habían dado los *tagarnos* ó los meros *carcamaneros* de la política de México.

Unos días se decía que don Luis seguía mejor, otros por el contrario, que seguía peor, y la gente no sabía á qué atenerse. Miramón salió de partida á perseguir liberaletes, y entretanto la cosa seguía aquí peor. Don Luis estaba en sus cinco sentidos, haciendo encargos y dando á conocer que sabía cuán cerca estaba su muerte.

Al recibir el Viático, que le dió el señor obispo Barajas, cuando le presentaron una imagen de la Virgen, dijo con voz fuerte: «Madre mía, dile á tu Santísimo Hijo que todo cuanto he hecho ha sido para conseguir el brillo de su religión sagrada y el bien de mi patria.»

Al doctor Jiménez le dijo: «Cuando hables con el señor Zuloaga, dile que muero su amigo; que exhorto desde la orilla del sepulcro á él y todos los nuestros á que se sacrifiquen por el bien de México, pues sólo seremos dichosos cuando se acaben los partidos personalistas.»

Y hablando, hablando, se quedó como paloma el grande hombre á quien no pudieron vencer los cañones constitucionalistas, y venció una calenturita tenaz. Nosotros los oficiales estamos, como te figurarás, muertos de aflicción y sin saber á quién volver los ojos, pues este general de treinta años era nuestro sostén y nuestra fuerza. ¡Dios le tenga en su santo seno!

El entierro fué como tenía que esperarse de la calidad del difunto y de la adhesión de este pueblo á los buenos principios; se tendió el cadáver de gran uniforme, teniendo al pecho la única mano que le restaba, pues la otra la había perdido defendiendo la causa del orden.

Concurrieron al entierro las tropas, autoridades, religiones, particulares notables y demás gentes distinguidas. Sobre el féretro iban la espada invencible del caudillo y su sombrero montado.

Este general, que si hubiera sido progresista no habría dejado de adueñarse de varias docenas de casas y haciendas, siendo conservador y hombre honrado se conformó con su sueldo. Deja apenas tres caballos por herencia, y recomienda se paguen cien pesos que del valor de uno debe todavía. Si el Supremo Gobierno no se acuerda de su familia, no tendrá ésta, para subsistir, ni la paga de estos días.

Ya ves que mi carta tiene su interés y que hice bien en escribirte. — Tuyo,

B. O.

De don Manuel Toribio Alvirez á don Bernardo Couto

Morelia, 27 de Septiembre de 1858.

Muy estimado señor y compañero: Le escribo á usted para darle cuenta de los tremendos acontecimientos que

hemos presenciado en esta ciudad durante los últimos días, acontecimientos que han llenado de luto mi corazón, ocasionándome de paso una nueva pena personal.

Usted recuerda la situación en que me colocó mi carta acerca de los bienes del clero; hasta los Santos Sacramentos se me han negado y estoy ahora como un paria y un pecador público. Usted, que sabe lo que significa para un espíritu creyente y lleno de fe una prohibición de esa clase, podrá medir mi inmenso desconsuelo. ¡Dios mejore mis horas y me las dé más prósperas!

D. Epitacio Huerta

Difiriendo como diferimos en muchos puntos de disciplina, creo nos encontramos de acuerdo en el amor á nuestra sagrada religión. ¡Lástima que mi espíritu sea un inquieto y que no logre por más que se esfuerza, el equilibrio que tanto necesita!

Epitacio Huerta, nuestro gobernador, reunió al clero y particulares para hacerles presente que necesitaba una

suma muy grande para continuar la guerra, amenazando en otro caso con entrar á saquear la catedral y tomar la plata y alhajas.

Se hicieron á Huerta ofrecimientos sobre ofrecimientos; pero como ninguno llegaba á la suma pedida, se preparó á poner por obra sus amenazas.

El martes á las cinco de la mañana, más de doscientos soldados de Régules asaltaron la catedral. Como estaba cerrada y no quisieron abrirla, rompieron la puerta de hierro que comunica con el sagrario, aprehendieron al teniente cura, vicarios y acólitos, al padre sacristán Dueñas, á los sacristanes García Bermúdez y Nicolás. Catearon el templo en busca de dinero, cogieron herreros y plateros de la calle y los metieron por fuerza; todo esto por acuerdo de Huerta y Blanco y órdenes de aquél, que ejecutó á su gusto el Porfirio García, que era agente de Baz, con Mariano Ortiz y otros que todavía no sé, ayudados por el tuerto prefecto González.

El veintitrés comenzaron á quitar la plata de la crujía, frontales, lámparas, blandones, ciriales, ambones, atriles, candeleros, ánforas, y un San Miguel de plata que sirve en las letanías. Algunos aseguran que el robo alcanzó á custodias, cálices, copones, incensarios, navetas y vinajeras de oro y cajas de reliquias. Yo nada digo, por no calumniar á nadie: ya usted sabe que no es permitido levantar falsos ni al mismo diablo.

Se asegura también que quitaron un rico anillo al señor Portugal y que cogieron la pila bautismal, que es de plata. Hay quien diga que arrastraron con el dinero de la mutua beneficencia.

Hasta ayer tenían empacados ciento sesenta tercios. Llevaron al escribano Valdovinos á que diera fe del peso y empaque de la plata... Igualitos á los gatos de la fábula, se comieron el capón; pero sintieron remordimiento á la hora que se trató de devorar el asador. ¡Era caso de conciencia!

Como muchas alhajas estaban escondidas, golpearon á los sacristanes y los amenazaron con fusilarlos si no denunciaban. Uno de ellos cantó.

No permitió Huerta que se trasladase á Nuestro Amo á otro templo, y cuando los señores gobernadores de la mitra ordenaron que se consumiera, y lo iba á ejecutar el padre sacristán en el Sagrario, el ejecutor García de León impidió que se verificara tal acto, diciendo que fueran á consumir... Aquí no puede la lengua, ni la pluma consiente, estampar las terribles blasfemias, propias para dichas por condenados y para oídas en los infiernos.

Dícese que tienen contratada la plata con una casa alemana de Colima, y que para allá sacan el inmenso cargamento.

Todo esto es terrible, ¿verdad?; pues más espantosa es

todavía la manera con que se ejecutó el despojo. La infame soldadesca pasó tres días comiendo, bebiendo y fumando en presencia de su Divina Majestad; recorrió todos los rincones del templo y quitó de los dedos descarnados de los pastores muertos, las esposas de ametistas que los engalanaban.

El pillo de García de León se vistió amitos, casullas y capas pluviales riquísimos, se lió cíngulos de oro, se colocó en la cabeza la tiara que tenía una imagen de San Pedro, y sentado en el más lujoso sillón del coro recibió los homenajes de todos aquellos demonios desencadenados, á quien encabezaban un tal Moreto, italiano, secretario de Blanco, y un moreliano de pésima fama, Francisco Martínez, alias el *Mono*. Todos estaban beodos con el vino de celebrar que hallaron en la sacristía, y que bebieron á pasto en los cálices y vinajeras consagradas.

Para colmo de atrocidades, el Porfirio García subió al púlpito enteramente trastornado por la bebida, dijo una serie de disparates predicando la disolución y el vicio más horrorosos, y concluyó por echar sobre los réprobos que lo escuchaban, las bocanadas del alcohol de que se había llenado la barriga.

Yo ví á ese malvado recorrer las calles en carretela abierta, vestido de charro, tocado con lujoso sombrero que tenía una riqueza en brillantes, calzado un pie con bota ordinaria y el otro, que tenía enfermo, con sandalia

arzobispal cuajada de pedrería y procedente del horrible atentado.

Las gentes se detenían á mirarle y él se limitaba á lanzar bocanadas de humo y miradas de desdén. No se salvó del robo más que el báculo bendito del bienaventurado don Vasco de Quiroga, que con grandes honores se llevó á palacio... y eso porque el báculo era de otate.

Todas estas cosas me han consternado terriblemente. ¿Serán un signo de los tiempos? ¿Será que vayamos á ver aquí abominaciones como las que en Francia se vieron en tiempo de la gran revolución?

Yo escribí al señor Huerta una larga carta en que le demuestro que incurre en múltiples censuras por haber violado el Santuario, por haber tomado á la fuerza cosas que la Iglesia tenía consagradas al culto y por haberse aprovechado de ellas.

Le pruebo que no se está en el caso de la *bula Aurum* que se invocó cuando Trujillo tomó bienes con el consentimiento de la Iglesia, y lo exhorto á devolver lo robado.

Cierto estoy de que va usted á contristarse con estos sucesos, verdaderamente inauditos; pero se los comunico para que esté enterado de todo cuanto pase. Dios quiera devolver la paz á su Iglesia, el reposo á las conciencias y sus bienes al templo.

Se me pasaba decir á usted que, si por mi carta ante-

rior me felicitaron todos los prohombres liberales, y hasta me declararon benemérito del Estado, por la nueva me han declarado loco y chiflado. ¡Variaciones de los hombres y aberraciones naturales en ellos!

Soy de usted adicto amigo, compañero y s. s. q. b. s. m.

MANUEL T. ALVIREZ.

CAPITULO XIII

Entre covachuelistas

IGA usted, mi querido Avecilla, ¿qué noticias hay sobre pecunia? ¿Se paga por fin á las tropas, ó «todavía se aguarda un esfuerzo más de parte de los dignos ciudadanos que han seguido al gobierno legítimo en el éxodo que se ha visto obligado á emprender?»

—Malas noticias, señor Pliego, contestó el llamado Avecilla, tajando la pluma de barbas azules con un cahicuerno que introdujo respetuosamente en su vaina, después de probar los puntos de la péñola. Me acaban de decir que no habrá pagas hasta la semana que viene, pues á lo que parece, nos movemos de Sayula para ir á encontrar al enemigo.

—¡Y nosotros que pensábamos que á los días de salir de Guadalajara lograríamos

Volver como suele el conde,
De Toledo vencedor!

—Pues ya ve usted, esto se prolonga más de la cuenta y todavía no sabemos si nos tocará algún tirito por el gusto de defender «el sacrosanto código que á la nación le plugo darse.»

—Y mientras tanto, que á nuestras familias las muerda un perro; la pobre de Bonifacia ha de estar con el Jesús en la boca, y gracias que doña Baltasara—mi madre política—la tiene allí á sus expensas, dándole cuarto y plato; pero cuando la buena señora se enfade ó acabe con lo poquito que tiene, en ese caso *volavérunt*... quién sabe qué hará la desgraciada!

—Todos como usted, don Martín, que yo estoy más atribulado que el que van á fusilar dentro de dos horas. Con perdón de usted, tengo mi señora y cuatro niñas como cuatro orientales perlas. No temo por su *mantención,* que al fin manos tienen con que ganársela; porque eso sí, ellas randas, ellas deshilados, ellas embutidos, ellas calados, ellas bordados en blanco y en oro... ¿Que llega el día del santo del señor canónigo, ó del prior, ó del comandante de armas?... allí están los encargos para que se borden las

zapatillas, la pechera, el amito ó la docena de pañuelos, para que se hagan los platones de postre con el nombre del interesado en canela ó grajea, la compotera llena de dulce de durazno ó de perón; la media arroba de tirilla ó de jalea, los buñuelos ó cualquiera de tantas cosas como salen de aquellos divinos entendimientos... Pero, amigo, Guadalajara está ahora llena de soldaditos y soldadotes, y unas veces porque entran los conservadores, y otras porque salen los liberales, y otras porque los moderados se adueñan de las cosas, ello es que las familias no tienen asiento; porque con esta maldita tendencia de las muchachas á apasionarse de los galancetes y de las espiguillas y de los quepis, el día menos pensado la familia de usted se disminuye, aunque al fin resulte aumentada si la niña vuelve á la casa paterna llena de arrepentimiento y... con ganancia.

— No se puede negar lo que dice, señor de Pliego; pero lo cierto es que cada momento me confirmo más en que hicimos un pan como unas hostias al atrevernos á formar en la famosa *Brigada pluma,* conque creíamos acabar con los reaccionarios para sentarnos al día siguiente á la diestra de Dios Padre, llenos de gloria y majestad.

— No, señor; no cabe duda que no todos los negocios salen bien.

— Y eso, á pesor del discurso que acabamos de oirle al famoso Nacho Vallarta, en que toma un texto del Evan-

gelio, aquel que dice: «En verdad os digo, que no pasará esta generación sin que veamos realizarse las cosas que anuncio.»

— Pues si tan largo me lo fiáis, quizá mis hijos ó mis nietos gozarán de la breva de alguna plenipotencia ó de alguna haciendita de manos muertas.

— Si es que tienen las manos vivas, Avecilla, que si no, sacarán lo que el negro del sermón... Pero hablando seriamente, ¿no le horripiló lo que decía ese orador, que quiere que *la revolución llene los grandiosos destinos de destruir y sentarse á descansar sobre las ruinas?*

— Y aquello de *las ideas más avanzadas de progreso social andan encontrándose con el fanatismo más abominable: junto al suntuoso edificio de un establecimiento fabril, se levanta la carcomida y desplomada torre de un monasterio, y el ruido y la actividad de aquél contrasta con el silencio de la ociosidad de éste. Las costumbres de abandono, de superstición, de tiranía, que nos dejaron los españoles, campean al lado de la previsión en los cálculos y en las empresas...*

— Pero, amigo, usted tomó de memoria el discursito. ¡Feliz usted, que tiene tiempo para tanto! Yo que vivo deslomado sobre el bufete, copiando cuentas, órdenes, comunicaciones, y que todavía me echan como sobornal el trasladar proclamas y cartas, no podría hacer lo mismo.

— *Áyscale,* pues lo mismo me pasa; yo sé de memoria

Y los dos covachuelistas, con sus manguillos de lustrina...

el discursito porque he hecho de él como diez y seis copias para mandarlas á Veracruz, á Morelia, á México, al mundo entero.

— Pero, montémonos, que sino, nos dejan los meros trotones, como el otro día.

— Pues á caballo, que si nos tocan *tordillos*...

Y los dos covachuelos, con sus manguillos de lustrina, sus chaquetillas de dril, sus pantalones á media pierna y sus anteojos atados con cintas de algodón, montaron trabajosamente en los dos pencos que primero hallaron.

— Ahora, según entiendo, tendremos función. Parece que Casanova ha salido de Guadalajara con miles y *quimiles* de hombres, y va á ser cosa de gusto el encuentro.

— ¡Y pensar que á padres de familia honrados, como lo somos nosotros, nos puede tocar un confitazo sin saber cuándo ni á qué horas!

— Y todo por cuidar estos papelotes que Dios confunda. Oiga usted: «Formarán á la retaguardia y entre la impedimenta las mulas que cargan el archivo y documentos, bajo el cuidado del teniente en comisión Martín Avecilla, ayudado por el de su clase Juan Antonio Pliego; quedando sujetos en todo á las órdenes del teniente coronel Guadalupe J. Gallegos, quien arreglará los detalles de la conducción.»

— ¡Caramba! creo que ya empieza el tiroteo...

— ¡Hombre, á usted los dedos se le figuran huéspedes! No hay tales carneros.

— Acaba de sonar un cañonazo; sobre apuesta.

— Creo que sí... No, fué cohete... Ahora sí...

— ¡Ya se agarraron; y es aquí muy cerca, por Atoyac.

— No, amigo; es por Techaluta. ¡Pero qué fuerte está el tiroteo!...

Transcurrió un buen espacio en que el fuego de fusilería y cañón no cesó. Al fin, los conductores de acémilas recibieron orden de avanzar.

— Para mí, hubo triunfo, dijo Avecilla.

— ¡Qué triunfo va á haber! ¿no ve usted que al gran don Santos le llaman el héroe de las derrotas? corrigió Pliego.

— ¡Cuidado, que las paredes tienen oídos!

—Ya, ya; victoria hubo. Mire usted cómo están los nuestros de satisfechos. Espéreme usted aquí, que voy á tomar lenguas y vuelvo en menos que se persigna un cura loco.

Se alejó el escribiente, y á poco rato volvió con la sonrisa en los labios.

—Pues ganancia ha sido, y de las famosas. Muchos muertos y heridos de los conservadores, mucho parque y pertrechos abandonados, y Casanova salvándose á uña de caballo con unos cuantos de los suyos; á la hora de esta debe de estar viendo las torres de Guadalajara. Dentro de una semana estaremos en nuestras casas, sentados á la mesa, en compañía de nuestras respectivas esposas é hijos.

—¡Dios lo quiera, amigo mío, Dios lo quiera! ¿Y cómo se llamará esta batalla?

—No lo sé; al lugar le dicen *Cuevitas ó Cuevas de Techoluta...*

—Pues la fortuna de don Santos es que no estamos en un régimen monárquico, que si estuviéramos y le quisieran recompensar por esta acción, le llamarían conde ó marqués de Cuevitas, y no es un título envidiable, ciertamente.

—Es la verdad.

CAPÍTULO XIV

Cartas interceptadas

De Trinidad Torres Lares á doña Mencía López de Quiñones

IHS.

4 de Octubre de 1858.

UY querida amiga: Recibí la nueva carta que me envía nuestro amigo, y crea que me he conmovido. ¡Pobrecillo, solo y sin auxilio en tierras distantes, herido y á punto de perder la vida! De buena ha escapado, y quizá su alivio sea un milagro que le aproveche para su salvación.

El disgustillo que sentía contra él ya está olvidado; Juan llevaba razón y yo estaba equivocada, ó mejor, ninguno de los dos teníamos motivo de enojo. Dígale usted que soy la misma de siempre, y que yo, que nunca llegué á creer en su traición, no tengo por qué no creer en la duración de su cariño.

Sólo me aflige una cosa: como mis padrecitos saben de seguro, que Juan, engañado por malos amigos, anda en unión de los pícaros constitucioneros, pueden pensar que no tiene ya las buenas ideas que recibió de su familia, y que se ha vuelto ladrón y asesino como esos malvados. Usted y yo sabemos que eso no es cierto y que Juan es el mismo de siempre; pero, ¿cómo hacemos creer lo mismo á mis señores padres?

La conserva de limón, tal como la hacía mi bendita madre Sor Expectación del Santísimo Sacramento, que obtuvo la receta de Sor Manuela de las Cinco llagas, que la hubo de Sor María Teresa de Santa Mónica, que la hubo á su vez del Padre Feliciano Pimentel, nuestro fundador, es como sigue: Se escogen los limones más verdes, frescos y porosos; se echan en agua y se rallan en una piedra pómez, procurando quitarles no más lo de encima, y que conserven su color verde; se abren en cruz para que salga el jugo y se ponen al horno un corto rato: al segundo hervor se les pueden sacar las tripas para que más pronto se desamarguen, haciendo esto con cuidado para no maltratarlos, advirtiendo que los hervores deben ser muchos, pero cortos, para que se les quite completamente el mal sabor, y que cada vez que se haga esto se deben echar en agua fría para pasmarlos.

En el almíbar sólo han de dar uno ó dos hervores, que son suficientes. Fíjese mucho en los varios hervores, pues

de otro modo la fruta se hace talluda y adquiere sabor de cuero.

La mermelada está bien según me la describe.

Adiós, mi buena amiga; la abraza en Nuestro Señor.

TRINIDAD TORRES LARES.

Aumento. — Ya concluída ésta, ha comenzado el horrible estruendo del sitio. Desde ayer á medio día hasta hoy á las ocho y media nos han desvelado el ruido de la fusilería y de los cañonazos. El resplandor era tan vivo, que se podía leer una carta á la luz de las balas.

Nosotras pasamos la noche postradas en el suelo, en oración hacia el Divinísimo, que estaba expuesto. Parece que al mismo tiempo que este convento se atacaron los de Jesús María, San Felipe y Santo Domingo. ¡Qué horror! Dicen que hay por las calles muchísimos cadáveres de hombres y de viejos, multitud de niños que buscan á sus padres, y muchas mujeres que han perdido á sus hermanos ó esposos.

¡Dios mejore nuestras horas y haga cesar esta maldita y desastrosa guerra!

A mí no se me apartan un punto mis padres, mis hermanos y el pobrecito Juan. La Mano poderosa del Señor les auxilie sacándoles con bien. *Vale.*

De Buenaventura Ortiz á Juan Pérez de la Llana.

(La fecha anterior).

Mi querido Juan: Sé ya la manera con que me salvaste y tu generosa conducta hasta entregarme en manos de un médico del ejército liberal, que me puso bueno después de quince días de batallar entre la vida y la muerte. ¡Dios te lo pague!

Luego que pude me puse en pie, y en el ejército del señor Miramón he recorrido media República, y tengo esperanzas de recorrer la otra media. Ahora me vino de lo alto encerrarme en Guadalajara, pues me enfermé aquí á fines del mes pasado. ¡Ojalá no me toque pelear contra mi salvador, ni tener que hacer armas contra él, como en otra vez, poco antes de tener las obligaciones que ahora!

Mientras mis compañeros luchan en el Norte contra el fantasmón de Vidaurri, yo estoy aquí resuelto á caer sin gloria, pero con honra, pues de seguro vamos á acabar antes de mucho, caso que no nos auxilien como creemos y aguardamos.

El día siguiente al en que Casanova perdió los cuantiosos elementos que el Gobierno había puesto en sus manos, se reunió en Palacio una junta de guerra, y en ella manifestó el general en jefe lo escaso de los recursos con que se contaba, lo desmantelado de la plaza y la falta de tropas regulares con que resistir un asedio; y terminó

proponiendo el abandono de la ciudad para volver contra ella en tiempos mejores.

El general don José María Blancarte, que es un valiente y un hombre de acción, sostuvo que la plaza podía defenderse y propuso los medios para evitar que cayera en manos de las chusmas de Degollado. Casanova dijo que su parecer era el que había dicho; pero que si el general Blancarte ú otro jefe querían tomar el mando, él estaría de su parte y defendería el punto que se le señalara, como el último y más obediente soldado. Replicó Blancarte diciendo que, caso de aceptar la oferta de Casanova, era contando con su espada, y quedó resuelto que el viejo pronunciado del 52 fuera el jefe de la ciudad.

En seguida salió el General á la plaza, y dirigiéndose á la pequeña guarnición que allí estaba formada y que no pasaba de cuatrocientos hombres, le dijo: «Muchachos, el que quiera morir conmigo que dé tres pasos al frente; el que no quiera morir conmigo, que se retire, pues no se le seguirá ningún perjuicio.» Todos dieron tres pasos al frente vitoreando á Blancarte, como él vitoreó la causa de la religión y del orden.

Desde ese día quedó decidida nuestra suerte, y esos cuatrocientos, unidos á novecientos paisanos que se reclutaron después, fué toda la tropa con que contamos.

Ya veremos quién obtiene el triunfo. Por de pronto te digo que me siento horrorizado de saber que esos de-

pravados que se llaman Cruz Aedo y González prediquen diariamente desde los fortines, achacando al clero vicios y picardías que á todo tirar tendrán esos apóstoles cimarrones. Que se presenten por este fortín de los *Valientes*, esquina del Santuario de Guadalupe, y verán cómo son recibidos á balazos.

También me arde el alma de considerar que esos mismos farsantes ú otros colocaron en un baluarte un muñeco vestido de obispo, abrazado á una muñeca con traje de china poblana, y con sendos letreros que decían: *¡Muera Espinosa! ¡Muera la religión!*

Pero no quiero seguir contándote cosas que de seguro á ti te desagradan tanto como á mí, y prefiero solamente desearte toda la salud que es menester para sufrir hambres, pestes y guerras, sin estacar la zalea más de una vez.

Mucho te quiere tu hermano.

BUENAVENTURA.

De Juan Pérez de la Llana á Juan Díaz Covarrubias

20 de Octubre de 1858.

Mi querido hermano Juan: Aquí nos tienes frente á esta ciudad, sin dar un solo paso definitivo y sin resolvernos á obrar con la celeridad y la fuerza que serían menester.

Don Santos no se atreve á dar un ataque enérgico que aparte de ser aventurado traería grandes males á la ciudad, dejándola en un estado de ruina espantoso.

D. Juan Díaz Covarrubias

Ayer Ogazón y Vallarta hablaron largamente con el jefe, y le excitaron á obrar, pues Miramón puede venir á la hora menos pensada en auxilio de la plaza y malograr todos los esfuerzos hechos. El General les advirtió que necesitaba aguardar tropas de refresco, pues acababa de recibir cartas de Sánchez Román, Langlois y Coronado, anunciándole su arribo para dentro de poco.

Nuestro General, que es el hombre mejor del mundo, está enormemente disgustado con el giro que toman los sucesos. No bastaría toda la energía imaginable para sofocar los instintos de desórden de las gavillas que se han añadido al ejército y que aseguran estar trabajando por la libertad. No hay palabras con que pintarte la disolución de ciertos grupos que se encuentran entre nosotros, dando más quehacer que el mismo enemigo.

El peor de todos es el ya famoso Antonio Rojas, que ha ilustrado sus anales con el asesinato del desgraciado Piña. Es hombre como de cuarenta años, de color blanco, de buenos ojos negros, ancho de espaldas, patiestevado y que lleva toda la barba. Manda la sección que lleva su nombre, que es la más floreciente reunión de racimos de horca que pueda encontrarse bajo las estrellas. En días pasados cayeron sobre una tienda situada por la capilla de Jesús, amarraron é hirieron al dueño, violaron en su presencia á las hijas, la mujer y la hermana, y cuando el desgraciado pedía la muerte á gritos para no mirar tanta infamia, los bandidos se alejaron cantando y diciendo chistes.

Un bribón llamado «El Gallito» recorre constantemente los barrios, detiene á los hombres, mujeres ó muchachos que halla indefensos, y con su frase favorita, *pélate ahí,* los despoja de cuanto llevan.

Un tal Mariconviche, sacerdote italiano, predica diariamente contra el clero, poniendo á los padres mexicanos que no hay por dónde cogerles. Parece que este sujeto, que era capellán de la sección Pérez Gómez, fué expulsado por creerse que no fuera tal sacerdote y que ahora se ocupa de despachar gentes al cielo como capellán de la brigada Blanco.

A las predicaciones de Mariconviche les hacen consonante las publicaciones de Filomeno Medina, el *Perico,* colimote que ha empezado á publicar una serie de cuader-

nitos en verso para burlarse de Dios y de los santos en el único tono que tiene: el de una absurda y necia chocarrería. Este Pablo Luis Courrier, casero, acaba de publicar una conversación con Santiago Apóstol, que no carece de cierta gracia pesada y ordinaria.

Como tú comprendes, á don Santos le saben á rejalgar estas cosas, pues como honrado y amigo del orden, es el primero nuestro General; pero ni puede prescindir de ciertos elementos, ni aunque pudiera sería conveniente que entrara en pugna con sujetos que creen que así debe conducirse la guerra.

Ya te mantendré al corriente de todo; entre tanto, diviértete mucho en esa *ciudad maldita*, como llamamos á México los constitucionalistas, y manda á tu amigo que de veras te quiere,

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De Buenaventura Ortiz á Juan Pérez de la Llana

Tala, 31 de Octubre de 1858.

Mi querido Juan: Quisiera escribirte por menudo todos y cada uno de los terribles sucesos que se han desarrollado en estos días, á fin de que en caso ofrecido, puedas decir lo que pasó la sufrida y débil guarnición de Guadalajara.

Principio por decirte que yo me encuentro á la hora

de esta sin pantalones, sin sombrero, sin zapatos, y para decirlo todo de una vez, sin prendas de militar ni de paisano.

Salí de esa disfrazado de fraile, con cerquillo abierto y sayal de lana, después de permanecer oculto en el convento de Zapopan durante dos días. Ya sabes el refrán: vale más salto de mata que ruego de buenos.

Todos los días aguardábamos el auxilio. Mientras ustedes recibían del norte y del sur, del oriente y del occidente, tropas nuevas y de refresco que les servían para llenar sus bajas y aumentar su efectivo, nosotros sólo teníamos pérdidas y más pérdidas. El Gobierno de México nos abandonó á nuestra suerte, y durante un mes largo estuvimos á merced del que quisiera acabar con nosotros.

El combate del veinticinco, fué como el destello de una lámpara que se apaga. En el del veintisiete, ya no hubo duda de que todo iba á terminar de una manera fatal para nosotros. El ingenio bárbaro de las minas, que puso en planta el bandido Chesman, que confunda Dios, surtió excelentes resultados para ustedes. Frustrada la de San Felipe dió fuego la del Santuario, y por allí y por el fortín de la Catedral penetraron dos columnas como de mil hombres, que en vano quisieron detener á la bayoneta doscientos que estaban en la plaza de la Soledad.

¡Qué noche! Entre el estruendo de la fusilería y de los cañones, de los edificios que se derrumbaban, de los heri-

De allí tomaron más de cien mil pesos...

dos que gemían y de los batallones que avanzaban, multitud de pelados ebrios rompía con hachas las puertas de las tiendas del portal, robando la peluquería de Lacroix y las tiendas de Cogordan, Arce y otras muchas. Fué menester que una patrulla que venía del rumbo del Santuario disparara con bala rasa contra esos discípulos de Rojas, para que se detuvieran los robos.

Me refugié en Jesús María, punto que estaba á cargo de Casanova, y me encontré allí la confusión más grande. El padre Rojas Vértiz y el canónigo Cueva trataban de impedir el paso de los constitucionalistas mandados por Maciel y Rojas; el canónigo fué herido en la cabeza, mientras el capellán quedaba con una mano traspasada por un tiro. De allí tomaron más de cien mil pesos en dinero y en alhajas que habían depositado los ricos de la ciudad, ultrajaron á las religiosas y salieron como unos verdaderos demonios.

De todas las otras iglesias tomaron incensarios, navetas, cálices, patenas, vestiduras sagradas y campanas. ¡Qué horror!

Luego que pude salí de Guadalajara, no queriendo ponerte en el trance de que me salves la vida nuevamente, pues quizás ahora no lo lograras.

Pronto nos veremos, sino en el mismo, en diferentes campos. Mientras eso pasa, te envío mi abrazo muy cariñoso.

BUENAVENTURA.

De Juan Pérez de la Llana á Juan Díaz Covarrubias

29 de Octubre de 1858.

Aquí me tienes, Juan mío, descansando en grande como si hubiera ascendido de una vez al Colima, y vuelta. Ha terminado el sitio de Guadalajara, que me produjo las conmociones más terribles que he sufrido en mi vida.

Por de pronto, te aviso que la ciudad cayó ayer por la tarde. Reducido Blancarte al puesto de San Francisco, continuó defendiéndose con tesón de desesperado, hasta que comprendió que era menester capitular. Así lo hizo, saliendo con su escasa guarnición á refugiarse en la casa de don Antonio Alvarez del Castillo. Allí estaba, cuando el bandido Rojas, el mayor bellaco y facineroso que come pan en el país, se presentó acompañado de otros tan bribones como él, diciendo que llamaba Degollado al general vencido para aclarar algún punto de la capitulación. Replicó Blancarte que no había capitulado, insistió Rojas, se enardecieron los ánimos (que era lo que el bandido buscaba), salieron á luz las pistolas, don José María disparó la suya matando á tres de los asaltantes, y él quedó acribillado á tiros y puñaladas al pie de la cama donde había dormido.

Yo ví huellas de las manos sangrientas estampadas todavía en las paredes y en el lecho, y el arma de Blancarte tirada al lado de donde estuvo su cuerpo difunto.

¿Vas á decirme que Blancarte era un pillo y un mal hombre? Nunca lo creí tanto; pero suponiéndolo un monstruo, un Rojas, vamos al decir, no merecía que se le hubiera tratado como se le trató, cuando él descansaba en la palabra de nuestro General y en la honorabilidad de nuestra causa.

Don Santos declaró fuera de la ley á Rojas, mandó á buscarle por medio de Rocha, y trató de imponerle el castigo debido; pero apoyado como está el bribonazo por gente muy alta que le mima y quizá le aplaude las gracias, se ha salido de Guadalajara, riéndose de que le pongan *fuera del bacín* (son sus palabras).

Antes el mismo bandido había muerto, también por su propia mano, al licenciado don Felipe Rodríguez, antiguo secretario de Blancarte, en una casa de extramuros donde se ocultaba.

Pero el acto más terrible de todo el drama fué la ejecución de Piélago y Monayo. Te acordarás de que uno y otro fueron los asesinos de Herrera y Cairo. Los liberales se la tenían sentenciada, y ellos, que lo sabían, se ocultaron prudentemente al acabar el sitio. Se les buscó como ojo de hormiga, se dió con ellos, y sin figura de juicio se les ahorcó.

Yo ví cuando sacaron á Piélago del convento de Jesús María, en donde se ocultaba. Era hombre de estatura procerosa, bien proporcionado de su persona, de gran barba

rubia, de ojos zarcos y color blanco. Le llevaron en una silla, tapada la cara con un velo y al parecer ya muerto de miedo.

Estuvo un rato, en unión de su compañero, en una de

las piezas de la planta baja del palacio de gobierno, y á poco entraron por él sus delatores, jueces y verdugos.

Pidió no se le diera la afrentosa muerte de horca; pero no hubo remedio, la sentencia estaba dictada y no tenía apelación. Estaba el hombre herido de un balazo en el pecho, y á través de las vendas mal unidas corría á torrentes sangre que le llenaba todo el busto. No llevaba

ninguna clase de vestido de medio cuerpo arriba, y de medio abajo traía lo más elemental que pudo guardar.

Pasó atado por entre una turba que le insultaba, le vejaba, le arrojaba piedras y lodo, le golpeaba con palos y machetes, le picaba con bayonetas y cuchillos, y se ensañaba contra él como inmunda y venenosa bestia de un millón de patas.

Al llegar á la puerta de la casa del obispo le subieron en una carreta de bueyes, colgaron del balcón de en medio la reata de que estaba pendiente y sacando la carreta le dejaron caer. Pero ó la cuerda era débil, ó el peso excesivo, ó como dicen algunos, de intento la cortaron los ejecutores; ello es que vino el cuerpo hasta el suelo haciendo el ruido de un costal de huesos que se desplomara de lo alto.

Florentino Cuervo, cuñado de Herrera, vió lo acontecido, desató de la silla la de Chavinda que llevaba pendiente y la entregó para que se terminara la obra, sin perjuicio de colgarse de los pies de Piélago hasta que expiró el reo. A poco el desgraciado Piélago estaba á la vista de todos con pesos en los pies y lleno èl cuerpo de heridas y moretes.

Monayo pereció de idéntica manera en la plaza de armas.

Largo sería mencionarte á los sacerdotes que han sido obligados á trabajar en los fortines, á vestirse de solda-

dos y á sufrir afrentas y mortificaciones tremendas.

Uno de los más ofendidos ha sido Agustín Rivera, joven sacerdote simpatizador nuestro, á quien el bárbaro Maciel vejó sin compasión hasta que Cruz Aedo ocurrió á ponerle libre.

A cambio de esos acontecimientos dolorosos y quizás inseparables de una contienda así, tuvimos rasgos de valor y de hidalguía que dan á conocer cómo *algo no está podrido en Dinamarca*.

Antonio Bravo, un español dependiente de comercio, que viajaba por la República por causa de negocios, se nos adhirió con cariño y decisión extraordinarios, y realizó durante el sitio cosas que si te contara eclipsarían á cuanto se refiere de los *Tres Mosqueteros*. El día que se tomó la ciudad, dudoso don Santos de si las tropas estarían ya en la plaza, mandó á Bravo que se enterara de los sucesos, y no había pasado un cuarto de hora cuando regresó... llevando atada á la cintura la bandera que los conservadores tenían izada en el palacio y que él había quitado en medio del tiroteo y la refriega.

Otro español, poetastro él, llamado don Tomás Ruiseco, había insultado á los liberales, tratándolos de ladrones y gorrinos en general, especializándose respecto de Miguel Cruz Aedo. Ya estaba el pobre plumífero en un cuadro, dispuesto á ser fusilado, cuando lo supo Cruz Aedo y le salvó de una muerte cierta.

Ya sabrás que desde los primeros días del sitio tuvimos la pérdida del general Núñez. Recibió un balazo que, según el certificado médico, dió tres ó cuatro vueltas desde los pies hasta la cabeza, rompiendo de paso las tripas y el cerebro.

Yo opino que el físico que escribió el tal documento sabe de su arte menos que yo; pero sepa ó no sepa, ello es que don José Silverio murió de resultas del tiro.

Los mochos hicieron creer que se le había cloroformizado para que no se retractara de sus errores. No hubo tal; Núñez murió abrazado á su fe democrática, y el cloroformo que se le aplicó fué para intentar una operación que al fin no se practicó.

Pero aquí dejo esta, pues de otro modo corría riesgo de mandarte una *carta magna*. Quizás pronto nos veremos, pues tengo que ir á esa ciudad; pero de todos modos te abraza,

JUAN.

Postdata. Te aviso que mi asunto amoroso lleva muy buen camino, pues no hubo nada de monjío como nos habían dicho, sino que la niña es más libre que el viento... digo que el viento guardado entre cuatro paredes y que tiene guardianes á Dios dar.

Del general don Francisco García Casanova al general don Miguel Miramón

3 de Octubre de 1858.

Muy estimado y respetable general: No tengo para qué enviar á usted nota circunstanciada de los sucesos de Guadalajara, porque ya conoce todo tal como pasó. Por más que se dijo que me habían encontrado en la barranca cercana á la ciudad, vestido de arriero, y que había sido ahorcado en Guadalajara, nada de eso fué cierto, como puede usted convencerse leyendo ésta.

Me salvé, ¡quién lo diría! arrojando uniforme y armas, vistiéndome una blusa roja que encontré sobre el cuerpo de un *tagarno*, y gritando sin cesar *mueras* á todas las cosas, personas é instituciones divinas y humanas.

Así conseguí llegar á una casa que tenía muchísimas banderas con letreros como estos: *¡Viva la primera división del ejército mexicano!*

¡Loor eterno al señor general don Santos Degollado!

A los frailes y soldados, no hay que verlos ni pintados.

Aqui hay puros y chinacos, y no mochos ni bellacos.

Era la casa de mi amigo el arquitecto Gómez Ibarra. Este me recibió con los brazos abiertos y me introdujo á la sala, donde estaban sus hijas y otras muchas señoras que allá se habían refugiado.

Llegaron los bandidos echando por aquellas bocas...

Empezaba á referir mis aventuras, cuando oímos que por la escalera subía una sección de ladrones de los que manda Rojas. En un momento me sentí empujado, comprimido y ocultado bajo un sofá en que se sentaban tres ó cuatro niñas guapas, ataviadas con unas crinolinas de esas que parecen bóvedas de catedral.

Llegaron los bandidos echando por aquellas bocas las pestes que usted se figura, y exigiendo se presentara el mocho maldito que estaba por allí.

Mi amigo el arquitecto, sin inmutarse, dijo que ni había allí mocho ninguno, ni aunque le hubiera le ocultarían, pues todos en aquella casa eran más liberales que Juárez.

Buscaron sin embargo en todas partes; y cuando ya desesperados se marchaban, exigieron que se pusieran en pie las niñas que estaban en el sofá.

Entonces una, Dios le pague su caridad, alzó la falda y pude meterme dentro del miriñaque muy desembarazadamente.

Cuando los rojeños se alejaron, don Manuel fué á ver á Degollado pidiéndole un salvoconducto para mí. Lo obtuvo con facilidad, á condición de que entregara á usted la carta que va adjunta y que le envío para cumplir mi promesa.

Parece que el cabecilla constitucionalista, propone á usted la paz; ya verá lo que responde.

También por agencias de Degollado se escaparon de novelesca manera casi todos los canónigos, superiores de conventos y personas más calificadas de la ciudad. Degollado ha hecho la contrapartida á los bandidos á quien manda, y ha conseguido que la guerra no sea sólo de asesinatos.

Deseando á usted toda clase de prosperidades, me repito su adicto amigo y subordinado

FRANCISCO G. CASANOVA.

De don Crescencio Torres Lares á su esposa doña María Antonia.

Guadalajara, á 2 de Octubre de 1858.

No puedes figurarte, hija de mi alma, los días que he pasado atravesando los caminos infestados de ladrones, los pueblos arruinados, los ranchos quemados, y contemplando la miseria en que hemos caído, pues por todas partes no se ven sino mujeres, muchachos y viejos, pidiendo por caridad una limosna que casi nunca obtienen. Los hombres no piden, porque no los hay; se han ido á engrosar las partidas.

Pero cuanto he visto en el tránsito es nada en comparación de lo que ha pasado en Guadalajara. La ciudad está casi destruída; sus iglesias, sus asilos, sus casas, sus

fábricas admirables, han venido al suelo ó vendrán muy pronto, pues las que han quedado en pie están llenas de grietas y cuarteaduras.

Para colmo de desgracias, los nuevos han cerrado muchas iglesias y derribado otras. Entre estas últimas se cuentan el Carmen y Santo Domingo, donde he visto, conducidos por un sombrerero llamado Eulogio Rico, gran

denunciante de fincas y por consecuencia gran liberal, á muchos cientos de operarios.

¿Hasta cuándo cesará esta situación? No es fácil saberlo; aunque es doctrina de nuestra madre Santa Teresa, que cuando Dios da tanta multitud de trabajos juntos, suele dar buenos sucesos: que como nos conoce por tan flacos y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme á las fuerzas. Y así pienso nos ha de suceder en estas tempestades de tantos días, pues habría algunas veces temido que han de salir los émulos con lo que pretenden, según las astucias que trae el demonio, que parece le ha dado Dios licencia que haga su poder en esto.

Mucho celebro, siguiendo tu inspiración, haber resuelto la venida; nuestro hombre está entre los malvados constitucionalistas, y es nada menos que ayudante ó cosa así del pícaro Degollado. Estuvo en ésta cuando lo de Landa, y se escapó de dejar la pelleja en compañía del indio Juárez; después, quedó libre, estuvo herido y aun le dieron por muerto; pero como cosa mala nunca muere, y si muere no hace maldita la falta, allí le tienes ya tan campante y resuelto á seguir la carrera que ha adoptado.

Cuando te sostenía que en el convento estaba la niña más segura que en ninguna parte, me había equivocado de todo en todo; hasta á esos asilos de oración entraron esos demonios, sin que los detuvieran los honrados saya-

les, ni las reverendas tocas, ni los votos, ni la clausura, ni nada. ¡Todo sea por Dios!

Ya doy providencias para pasar á Trini á la casa de Palomar, caso que haya necesidad de ello, pues afortunadamente la pobreza de las mónicas las ha salvado del saqueo.

Lunes ó martes me restituiré á esa, dejando arreglados algunos asuntos. Ramón se me ha ocultado; pero sé que está entre los sitiadores. Otro motivo más de pena para mi alma.

Cuando nos veamos y te dé el estrecho abrazo que te mando en ésta, te contaré muchas cosas que se me escapan ahora.—Tu esposo,

CRESCENCIO TORRES LARES.

Del mismo á la misma.

Guadalajara, el 6 de Octubre de 1858.

Mi adorada esposa: Te escribo á toda prisa, sólo para decirte que mandes sin demora avío para dos personas. Me llevo á la niña conmigo; pues prefiero con mucho que pase cualquier cosa á nuestro lado, que dejarla aquí, expuesta á un ultraje.

Nuestro hombre no es un extraviado, sino un bribón lleno hasta los tuétanos de la maldad más grande y más

terrible. Me dicen que es de los que predican en clubs y fortines contra nuestra religión y contra la Iglesia, pues se ha propuesto destruir una y otra. Menudo trabajo le mando si se propone salirse con la suya.

Ayer salía del locutorio del convento y ví enfrente una compañía de constitucionalistas más desarrapados que jugador pobre. Iban, según dijeron, á sacar una suma fuerte, doscientos ó trescientos mil pesos que tuvieron soplo estaban allí guardados. Al frente de los soldados iba tu ahijado y protegido, Juanito la Llana. El malvado está hecho un hombre; alto, grueso, embarnecido y con cara de santo. ¡Pero ve á fiarte de esos santitos!

Estoy seguro de que piensas lo mismo que yo: ¿no daría el tal soplo él mismo, interesado en entrar al convento, cueste lo que cueste? Quizás sea así, y por eso me apresuraré á poner por obra lo del viaje.

No sé qué haremos con tantas aflicciones, todas á cual más tremendas. Quizás esté para realizarse aquello que había hablado el Venerable Avila: «Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, río abajo y río arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prenda del todo el anzuelo.» Deben de ser. pues, nuestra voluntad y nuestro parecer, «recios de tomar y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan sino en la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor.»

Ya, pues, que no entendimos las palabras con que su Divina Majestad nos amonestaba, tenemos que sufrir sus azotes. ¡Que sea bendito su Santo nombre!

Aguardo el avío para el sábado ó domingo; al día siguiente nos pondremos en camino. Te abraza tu esposo,

CRESCENCIO.

Postdata. Encomienda á Dios al padre Moralitos; ayer murió á consecuencia de los golpes que le dieron los chinacos de Rojas. Los últimos días los pasó delirando y lleno de imaginaciones alegres. Dicen que te llamaba en su agonía, convidándote á oir una misa por su intención. Es bueno se la mandes decir y oigas cuantas puedas por su alma, que, piadosamente juzgando, estará en el cielo.

Del licenciado don Sabino Flores á don Guillermo Prieto

México, hoy viernes.

¿Quién dijo, mi querido Guillermo, que la vida era romántica? No sé si el autor de tan profunda sentencia fué Lamartine, si lo fuiste tú, ó si á mí se me acaba de ocurrir en este mismo instante. Sea quien fuere el que tan bien habló, no por eso tuvo menos razón, y al ver las andanzas y mudanzas que están pasando en esta *ciudad proterva en que se adora á la Bestia,* como ustedes dicen, no

puedo menos de convenir en que la vida es lo más romántico que se pueda hallar, pues la muy arrastrada, aparte de otros defectillos, tiene el de no conocer la lógica ni aun para servirla.

Porque figúrate que á Manuel Peredo, á don Joaquín Pesado ó á Alejandro Arango le hagan leer una tragedia en que entren y salgan gentes, y un sujeto deje de ser rey, ó senescal ó archipámpano, sin saber por qué deja de serlo; y otra suba al solio sin saber por qué sube, y diez más sucedan á aquellos en horas veinticuatro sin que se den cuenta de cómo entran, ni cómo salen, ni quién les lleva ni quién les trae, ¿qué piensas que dirían nuestros críticos? Parece que les oigo. «Disparate, necedad, escándalo, profanación;» é invocando á las tres unidades y á las cuatro poéticas, y á Aristóteles y á Bateux, declararían que el pecador que había escrito la atrocidad en discusión sabía de arte menos que el famoso don Eleuterio Crispín de Andorra, autor de «El gran cerco de Viena.»

Pues figúrate que la historia de México no está ideada en estos días por algún Moratín que arregle las cosas conforme á razón, sino por un don Eleuterio ó por cualquier romántico desaforado que las trueca, desarregla y vuelve como le conviene, y tendrás idea de lo que pasa en esta ciudad de los palacios.

Pero no te quiero dar los elementos para la digestión,

antes de que te comas el pastel: *marchemos y yo el primero por la senda constitucional,* como dijo el otro.

Has de saber, oh Guillermo (y esto te lo digo antes que lo olvide, pues pronto tengo de empuñar la trompa épica, y entonces no me podré ocupar de minucias), has de saber que cuanto te han referido es la pura verdad.

En efecto, te llaman «loco que grita en medio del gentío», «ministro sin hacienda», «cantor de la Migajita... del presupuesto» y otras muchas cosas. Además, dicen que no tienes en tus cajas un solo real; que la otra mañana dejaste espantados á Juárez y á todos tus compañeros de Ministerio enseñándoles una peseta que habías recaudado; que pides fiados diariamente los frijoles que come el gabinete constitucionalista, y otras cosas así de falsas y exageradas.

Pero ríete, oh filósofo, de tales mentiras; para las grandes coyunturas se hicieron los grandes caracteres, y tú debes despreciar eso que te ofende, por tonto y exagerado.

Pero, volvamos á nuestros carneros; es decir, volvamos á que te explique este capítulo de nuestra historia, que cuando se escriba se llamará de seguro «De Ayutla á Ayotla». Echeagaray, deseando acabar con la anarquía y reunir en un abrazo á liberales y conservadores, proclamó un plan en Ayotla; la guarnición de México, «con la celeridad con que se transmite el golpe eléctrico», según dijo

el *Diario de Avisos*, subscribió la iniciativa y nombró presidente provisional á *Lobles Peruela;* Zuloaga, haciendo mutis, se retiró por el foro *arrastrando el alfange por la arena;* al conocer el plan, Miramón lo consideró detestable y se negó á sancionarlo; pidió que le reconocieran como jefe del ejército, y nombró en su lugar á Salas para que lo representara; llegó el héroe invictísimo y colocó en su lugar á Zuloaga, que se sintió satisfecho creyendo que volvía á coger la breva que se le escapaba. Pero no le duró el gusto mucho tiempo: pasados apenas unos cuantos días, Miramón tomó el mando, se declaró Presidente de la República, y allí me le tienes arreglándolo todo para ir hasta Veracruz y acabar con el «nido que la infame demagogia ha fabricado en aquellos calientes arenales.»

Todo esto se dice en unas cuantas líneas; pero lo que no se dirá en tomos enteros es la enorme cantidad de conferencias, arreglos, disputas, cuestiones, trampas, gambitos, chicanas, enredos y dificultades que ha costado. Pura pastelería, hijo, purísima pastelería.

Hemos tenido, en dos meses, tres pronunciamientos: á Zuloaga, como presidente; á Robles Pezuela, como presidente; á Salas, como presidente, otra vez á Zuloaga y luego á Miramón. Hay en donde escoger y con que darse gusto.

En cuanto á los personajes, son de lo más vario que te puedas figurar.

Zuloaga, hombre sin honor, sin probidad, sin palabra, sin humanidad; un hipócrita perfecto, sin fe, sin Dios, sin ley y sin alma; soldado cruel, mandatario débil y hombre de valor problemático.

Robles Pezuela, joven de buen entendimiento y de

D. Manuel Robles Pezuela

buena instrucción; pero seguro de valer más que todos los estratégicos del universo.

Miramón, talento clarísimo, con golpes y destellos de genio, ambicioso, emprendedor, tenaz, duro de corazón y con esa vista certera que constituye los grandes caracteres y los grandes capitanes.

Y al rededor de éstos se mueve y gravita una turba tal

de adictos, amigos, conocidos, parásitos, favoritos y aduladores, que habría para llenar con ellos los puestos de media docena de repúblicas como la nuestra.

¿Qué dices de esto, *Fidel* loco, *Fidel* extravagante, *Fidel* desgraciado? Ríete, hombre, ríete, que si no te ríes llorarás por todo lo que te queda de vida. Ahora sí que viene bien aquello de *no tenemos remedio*. ¡Qué remedio vamos á tener, cuando nos aplicamos tantos y tan sin seso!

Y mientras aquí los políticos se disputan el mendrugo, queriendo ser cada cual el primero que lo atrape, por allí corren los campos los pobres soldados desangrándose, regando sus miembros por el camino y acabando con lo único sano que queda de la sociedad actual.

De los amigos no tengo que decirte, porque casi á nadie veo. Pancho Zarco ha tomado muy á pechos su papel de representante de Juárez, y recorre escritorios de agiotistas y tiendas de mercachifles, solicitando dinero para que ustedes vayan tirando. Pero lo gracioso está en que Pancho, que es un Quijote, quiere siempre sacar los capitales con premios insignificantes, que los prestamistas se resisten, y que nuestro amigo ha cargado el juicio de un modo que da compasión verle. Por allí anda con los bigotes caídos, la nariz más crecida que nunca y con aspecto de tristeza y abatimiento, que sólo deja cuando tiene que realizar una operación ventajosa para esa insaciable *familia enferma,* que pide y pide sin cesar para consumir y luego volver á pedir.

De novedades literarias, ningunas hay; la muerte de Osollos dió motivo para una serie de esperpentos poéticos; los triunfos de Miramón ocasionaron una enorme cantidad de acrósticos, letrillas, sonetos, baladas y otras muchas cosas: total, nada que valga dos cominos. Apenas si la elegía de Roa Bárcena á la muerte de Osollos, tiene algún ambiente poético, que no podía faltar en obra de ese discreto amigo nuestro; lo demás es peor que el chocolate de los jesuitas.

A la fecha, debes de saberlo, no hay más periódicos que el *Diario de Avisos, El Orden, La Sociedad* y algún otro conservador que se consagra día y noche á poner por las nubes al régimen vigente. *El Siglo* quedó suprimido desde Julio del año pasado. Reclamó Cumplico diciendo que no se ocupaba de política; pero fué igual: no le consintieron ni aun que copiara al *Diario Oficial.*

Por poco que sepas, no ignorarás que los Seguras han contraído la rabia. Son, sin género de duda, los foliculario más virulentos que ha habido en México.

De teatros, casi nada. La Cortesi, como empresaria de la ópera, ha trabajado con fe; pero ya te figurarás qué poco ha de conseguir en estas revueltas circunstancias. Se ha visto obligada á juntar la ópera con la zarzuela y el drama, y á dar la misma noche actos de la *Flauta encantada,* del *Tío Caniyitas,* de *La Cola del Diablo* y de *La Medea.* Que es cabalmente lo que estamos haciendo en México

hace mucho tiempo, lo mismo en literatura, que en política, que en industria. Y así nos va.

Pero no quiero quitarle á la nación ni uno más de los preciosos momentos que tú le dedicas, y de que después me exigiría cuenta con pago. Te manda un estrecho abrazo,

SABINO FLORES.

De Buenaventura Ortiz á Crescencio Torres Lares.

Guadalajara, 11 de Enero de 1859.

Mal empieza, Chencho querido, este año nuevo en que nos las prometíamos tan felices. Eran prueba del favor que el cielo dispensa á nuestra causa la captura de esta plaza importantísima después de varias escaramuzas en que salimos victoriosos, y el triunfo de San Joaquín, en que encontramos á las gentes de Degollado durmiendo á pierna suelta y tan descuidadas, que en la confusión se hirieron unas á otras, proporcionando al señor Miramón una de las más fáciles victorias que haya alcanzado.

Pero los sucesos de ayer me han convencido de que ó la maldad humana no tiene límite ni medida, ó de que Dios está airado contra este pueblo y ha dispuesto borrarle del número de los que llenan la tierra.

Para hoy estaba anunciada la salida del señor Mi-

ramón; los aprestos para el viaje se hacían á toda prisa, pues el General deseaba estar en México lo más pronto posible, á fin de poner término al embolismo que han anudado los políticos de allá. Serían las diez cuando bajó del coche acompañado del general Márquez, recibiendo á uno y otro aclamaciones de la tropa y de la multitud que llenaba los patios y corredores.

Yo trataba de ver al señor Miramón para solicitar de él el favor de ir en su ejército á la campaña de oriente; las antesalas estaban llenas de pretendientes paisanos y militares, de señoras, hijas, viudas ó esposas de los soldados y de empleados del gobierno del departamento y del cuartel general del héroe.

Yo no conocía á nadie; pero las caras que allí ví no las podría olvidar nunca, aunque cien años viviera. Dos viejecillos con aspecto de covachuelistas, enjutos, pálidos, de anteojos ahumados y tan parecidos entre sí, que cualquiera los habría creído, si no la misma persona, por lo menos hermano el uno del otro, andaban de aquí para allá haciendo saber el objeto que los llevaba á aquellas antesalas.

— Al fin le veo por aquí, amigo Pliego; hasta que quiso Dios que dejara usted á esa chinaca infecta que tanto mal le hacía.

— Sí, amigo Avecilla, contestó el llamado Pliego; al fin me he metido á buen vivir, y aquí me tiene resuelto á

buscar colocación cerca del nuevo Gobierno. Hay que convencerse de ello; no somos nosotros para aquellos trotes en que andábamos, ni menos para contemporizar con ateos

y *framasones*. Señor Avecilla (y aquí tomó un tono solemne el orador), lo que se mama, lo que se aprende desde la infancia, las lecciones de una madre buena y piadosa, no lo pueden borrar las predicaciones de cuatro locos descastados. Año nuevo, vida nueva; si la necesidad de conquistar las malditas tortillas nos hizo aceptar una posición en que, Dios bien lo sabe, no estábamos conformes, hay

que hacer un esfuerzo y proponerse no ayudar más á la irreligión.

—Dice bien, señor Pliego, dice bien; yo vengo aquí con recomendación de señor don Dionisio Rodríguez, y estoy seguro de que el presidente (porque presidente es Miramón, quiéranlo ó no) me considerará y me hará justicia.

—Pero ¿qué demonio de ruido es ese, que no deja conversar tranquilamente?

—Clavan las cajas del *parque,* que ha de llevar el señor Presidente á la campaña.

—¿Luego sale el señor Miramón? dijo una señora entrometida.

—Mañana ó pasado á más tardar, respondió Avecilla, ufano de estar tan bien informado.

—A acabar con los *puros.*

—A destrozar á la canalla.

—A ganar nuevas acciones de armas.

—A acorralar á Juárez y su ridículo ministerio.

—A res. . . . . .

. . . . . .

No concluyó Pliego la palabra: repentinamente nos cegó los ojos un resplandor cárdeno, fosforescente, mezcla de rojo naranjado, de azul pálido y negro infernal, que se introdujo por la puerta de la habitación, destrozándola é inundando ésta, primero, de luz extraña que contrastaba

con la del sol, después de humo, de polvo y de obscuridad.

Al mismo tiempo sentimos caer ladrillos, crujir puertas, desmoronarse techos, y vimos una columna de humo negruzco, que subía, subía por el aire, dardeando el cielo azul, opacando la luz del sol y al fin se extendía por el espacio en volutas obscuras que revoloteaban sin cesar hasta perderse de vista, mientras la gran masa negra sostenía trozos de madera, miembros humanos y piedras y ladrillos.

¿Y el ruido?.El ruido fué espantoso, porque si al principio pareció sofocado, como oculto en un espacio estrecho, después repercutió enormemente por todos los vientos, mezclado con un grito humano de pena, de sorpresa y de pavor.

Me registré á ver si estaba herido y nada encontré que me doliera; sólo sentía los ojos llenos de polvo, las manos raspadas y la cabeza pesada. Busqué á mi derredor y no encontré á ninguno de los que estaban á mi lado; apenas, hincada de rodillas en un fragmento de piso despedazado, ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes, ensartando *magníficas*, padre nuestros, salves y Ave Marías.

Como pude, cogiéndome de los maderos que habían formado el piso de la habitación, y que ardían en los lugares que habían quedado íntegros, apoyándome en la-

... ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes...

drillos destrozados y en paredes agrietadas, logré salir de allí.

Mi primer impulso fué emprender una carrera loca para escaparme de aquel lugar de horrores; pero no podía moverme sino poco á poco, tantos eran los obstáculos acumulados al paso.

¡Dios de Dios, qué espectáculo tan espantoso! Los escombros llenaron los que habían sido patios, los que habían sido corredores, las que habían sido habitaciones; y colmando los montones de piedras, maderas, ladrillos, cascote, claves derrumbadas, arcos á medio caer, plintos y capiteles, lo más triste, lo más doloroso, lo más tremendo: cadáveres, miembros hechos pedazos, prendas de vestir, sombreros y chacós.

Un desgraciado, metido hasta la cintura entre la tierra y las piedras, tenía en el pecho una horrible herida de que le manaba sangre en cantidad, y la cara y las manos desfiguradas por la pólvora. Pedía á ratos la muerte, entre gritos de desesperación, y á ratos un confesor que le absolviera. Expiró en mi presencia en un sacudimiento terrible y después de un ¡ay! que me conmovió hasta las fibras más hondas.

Un cadáver de oficial no tenía cabeza; pero con la mano derecha, nerviosa y crispada, empuñaba el sable que estaba á medio salir de la vaina.

Luego había un rebozo de mujer, una piqueta de

oficial, unos anteojos con varillas de oro, y desperdigados aquí y allá, una mano fina con mitón, un pie burdo de soldado, calzado con huarachi, una pistola Lefaucheux, y en segundo término, estampados en un pilar del corredor que tenía pendiente todavía un trozo de barandal pintado de verde hecho charamusca, unos sesos y unos ojos que habían *retachado* en un impulso formidable.

Descubrí un claro y me orienté para salir de allí; pero lo que me encontré era peor que el infierno mismo. Había gritos, una atmósfera pesada llenaba aquel espacio, que me parece ha de haber sido el de un corredor; se chapoteaba en un líquido negro. ¿Sangre? ¿Pólvora mojada? ¿Agua que se había derramado de las cañerías rotas? Quizá todo junto; pero ello es que hacía mal pisar aquel fango que se adhería á la suela de los zapatos.

De seguro había allí mucha gente viva, pues se oían los rezos de un sacerdote y los gritos de muchos heridos.

El cuadro no era atractivo; pero á pesar de ello me sentí alegre: ya no era yo el único que existía después de aquella tremenda catástrofe. El padre, empezaba á verle en aquella obscuridad, auxiliaba á los heridos y cerraba los ojos á los muertos. Me acerqué á él preguntándole qué era aquello, y me respondió:

—Hijo, no sé, quizás sea obra de los *puros,* que han servido de instrumento á la Providencia.

—¿La Providencia? ¿Y la Providencia se encarga de

matar á estos inocentes, que estaban dispuestos á salir á luchar por Ella?

— Hijo, no hay que excrutar los juicios de Dios ni que explorar sus caminos. Bendigámosle é inclinémonos ante El, que es lo único que nos toca á nosotros, débiles criaturas; y lo mismo debemos bendecirle los que por su misericordia nos hemos salvado, que los que han servido de hostia y de figura del Cordero sin mancilla...

Y se alejó para meterse en el cañón obscuro é infecto, oliente á azufre y á carne quemada. A poco volvió:

— Salga por aquí, que este corredor no tardará en venirse abajo.

— ¿Y usted, padre?

— Yo voy á mi obligación.

Y me señaló el antro en que gemían desesperados los pobres heridos.

Bajé la escalera en parte por los escalones, en parte por una cuerda que me arrojaron desde abajo.

En el patio, obstruído casi del todo, se hallaba extendido un cordón de soldados; una batería de cañones, cuidada por artilleros que permanecían con las mechas encendidas, estaba de pie firme.

Había empezado ya la tarea del salvamento; pero poco se pudo lograr; centenares de cadáveres estaban bajo los escombros, y los contados heridos que han salido, murieron á poco. Era un dolor ver en la calle á las familias

aguardando que se descubrieran los restos de deudos suyos que pensaban se habían de encontrar entre las ruinas.

Hasta ahora se sabe de la muerte del licenciado don Antonio Escoto, secretario del comandante general, del coronel Rocha y de algunas otras personas notables; la lista completa se tendrá dentro de algunos días ó no se tendrá nunca. Los centinelas que estaban á la puerta del Palacio, quedaron estrellados en la fuente de la plaza de armas, á cincuenta varas de distancia.

El señor general Miramón y su segundo Márquez, se salvaron bajando á toda prisa por uno de los balcones del palacio sin sufrir lesión ninguna.

Dícese que la explosión es obra de los demagogos, que al abandonar la ciudad dejaron minado el terreno. Se sabe que un tal Eulogio Rico fué quien puso la mecha y el depósito de pólvora. ¡Maldito sea! Están presos muchos liberales, entre ellos los Camarenas.

A ver si la próxima no es el relato de alguna calamidad.

Tuyo siempre,

BUENAVENTURA.

Postdata. Parece que se ha descubierto que no fueron los anarquistas los autores de la explosión, sino que la provocaron los que clavaron las cajas de parque sin pre-

caución ninguna. Se dice que el señor Miramón había advertido que la operación estaba ejecutándose mal. ¡Quiera Dios sea cierto!

Del mismo al mismo.

Córdoba, á 2 de Marzo de 1859.

Ahora sí estoy en mi elemento, amigo mío querido; ahora sí obtuve lo que deseaba, que era marchar á la campaña de oriente en compañía del grande hombre que la Providencia nos mandó para sujetar á la inmunda y asquerosa casta de los liberales.

Se dudaba si sería Miramón, ó Robles Pezuela, ó algún otro jefe, quien nos guiara en esta ocasión para nosotros decisiva; pero al fin tuvimos buena suerte: el Presidente (porque ya lo es nuestro General) dejando las combinaciones políticas, las adulaciones de los parásitos y las comodidades del Gobierno, se decidió á guiar á sus buenos amigos, á los que le han acompañado en Atenquique, Atequiza, Ahualulco y San Joaquín, para que conquisten nuevos lauros en esta campaña arriesgada por las circunstancias y el tiempo en que se emprende, no por las gentes contra quien se va á luchar.

Venimos los del *Segundo ligero,* que hemos peleado sin descanso por toda la República; los del sexto de infantería,

que manda Negrete, y otros muchos cuerpos muy arrogantes y bien equipados.

El Presidente entró á Puebla en medio del júbilo de todos los habitantes de la heroica ciudad, que recuerdan con amor al joven de veintitrés años que detuvo durante cuarenta y tres días á un ejército de diez mil hombres.

Ayer empleó todo el día el ejército en pasar revista de comisario. Somos más de cinco mil hombres, con cuarenta y seis piezas de artillería y un tren de ciento veintitrés carros. ¡Qué escuadrones tan bien montados, qué batallones tan brillantes, qué caballos tan lucidos y briosos! Esto es tropa, y no los pobres indios vestidos de manta que traen los constitucioneros.

Por la tarde se presentó nuestro General vestido de gran uniforme, lleno de bordados y condecoraciones, el sombrero montado con la pluma rizada, á caballo sobre un potro negro que relinchaba gozoso como si conociera el noble peso que lo oprimía.

Miramón está algo más grueso que cuando era cadete; más que grueso embarnecido, guapo y de buen porte. La cara es más seria, los movimientos más mesurados, la actitud más tranquila; pero lo que no le desaparece ni le desaparecerá nunca, porque es el sello de su individualidad, el distintivo de su persona y la marca de su genio, es el brillo de su mirada aquilina, que no lee ni examina ni penetra á los corazones, sino que todo lo tiene ya sabido

y averiguado, y sólo funda y rectifica de un vistazo aquello de que necesita enterarse.

No he oído á Miramón en las grandes ocasiones, cuando dirige la palabra á las tropas y las electriza, haciéndolas marchar contra parapetos bien defendidos, arrebatar cañones y quitar banderas; pero aun estando tranquilo, su voz es varonil, persuasiva y vibrante.

Habló al sexto de infantería, diciéndole que más que las seducciones del poder le atraían las fatigas de la campaña, y que como sabía que entre nosotros contaba con sus mejores y más leales amigos, buscaba nuestra compañía más bien que la de los políticos encopetados que le rodearían en la capital. Recomendó á los del sexto siguieran en todo el ejemplo de su General, que era un verdadero soldado, y acabó entre las aclamaciones delirantes del cuerpo que le escuchaba y del público todo.

Por supuesto, y en esto me aparto de la opinión de S. E., no creo que fuera muy conveniente que los soldados de Negrete siguieran su ejemplo, pues se pronunciarían en tal caso diez ó doce veces cada año, en pro ó en contra de distintas cosas, y eso no me parece debido.

Concluída la arenga del joven General, el batallón maniobró á la voz de aquel, dando á conocer una instrucción amplísima y una organización inmejorable.

6 de Marzo. — *San Juan Coscomatepec.* — Hoy recibieron su bautismo de sangre nuestras valientes tropas. Los constitucionalistas, que se fían en lo inexpugnable de las posiciones que tienen conquistadas, están atrincherados en la barranca de Jamapa. Cobardes como son, tenían fortificado uno de los lados del desfiladero. Todas nuestras gentes dieron muestra de arrojo y bizarría, sobre todo el 11.° batallón, que llevó su bandera hasta los parapetos que deseaba conquistar.

13 de Marzo.— La Soledad.— Aquí tenemos en campaña á otro Rojas, discípulo ó sectario del de occidente. Este, además de robar y saquear, se dedica á algo nuevo: volar puentes y destruir caminos.

Los hermosos puentes del Atoyac y el Chiquihuite estaban hechos pedazos. De aquél apenas quedaba un trozo de arco sobre el enorme cantil, como un diente solitario en lo que había sido una linda boca. Del puente de Chiquihuite, en el lugar que había estado la clave, solo existía un crestón de tierra suelta con un matojo suelto por penacho para indicar por donde habían pasado la ruina y la barbarie.

Osado como ninguno, el Presidente se adelantó á pasar aquel precipicio; pero el Ministro de la Guerra le detuvo á tiempo, y solamente cuando dos personas hubieron vadeado aquel obstáculo sin novedad, consintieron sus fieles en que pasara el General.

Desde que trepamos á la otra margen vimos una linea de fuego y humo que se extendía por todo el camino real: era la huella de los constitucionalistas que dejaban impresa su firma en aquellos lugares antes prósperos y llenos de vida.

La yerba de los campos, los pueblos, las haciendas y hasta las más insignificantes rancherías ardían á una, elevando unas serpientes de llamas que se retorcían y se juntaban en lenguas rugientes, constituyendo las otras

pequeños incendios que iban devorando el pasto agostado, las yerbas rastreras y las cañuelas, restos de la última cosecha.

Los infelices habitantes habían sido echados de sus casas, y contemplaban sus muebles, sus animales y su humilde vajilla desparramados y en confusión.

Una viuda con seis hijos lamentaba, no sólo la pérdida de su casita y de su pobre ajuar, sino también la de un par de vacas que constituían el sustento de toda la familia.

Mr. Baché, súbdito francés que tenía una fonda en Paso Ancho, había enarbolado el pabellón del imperio en la esquina de su vivienda. No sólo perdió cuanto tenía, sino que quedó mal herido. Mientras las llamas barrían y desquiciaban las habitaciones de tablas mal unidas, la bandera francesa permanecía enhiesta, como presenciando el desastre para apercibirse á la venganza.

El Presidente dispuso se acercase á toda prisa la segunda división. ¡Pobres soldados! no habían probado el rancho, y tuvieron que andar siete leguas casi á la carrera para apagar el incendio del Camarón.

Pero el General no economizaba las fatigas: para alcanzar á los chinacos emprendió el camino de Paso Ancho á Camarón é hizo menos de una hora. Le seguimos unos cuantos que llegamos con los caballos asoleados. La división continuó su camino y llegó á tiempo de evitar el incendio del pueblo de la Soledad.

Las seis de la tarde serían cuando llegamos á la Soledad. Desde el declive de la colina en que el pueblecillo se halla asentado, se domina todo el ámbito disponible, y si se defiende el puente, se puede tener la seguridad de detener á un enemigo tres veces mayor del que atacaba á los constitucioneros.

Sin embargo, nada hicieron porque nada podían hacer. Obligados á batirse, resistieron por espacio de dos horas, y á eso de las ocho se dispersaron por todas las lomas cercanas; nuestras tropas entraron á la Soledad en medio de las bendiciones de los pobres moradores, que ya creían ver arrasadas sus propiedades.

Tejería, 18 de Marzo.— Hoy hizo el General Presidente un reconocimiento de la ciudad que tomaremos, desde el médano del Encanto. Luego que nos vieron los constitucionalistas, empezaron á disparar contra el grupo que formábamos los acompañantes del señor Miramón; pero sin conseguir colocar siquiera un proyectil en dirección al punto atacado. El coronel Ramírez de Arellano dijo con mucha razón: «había oído contar que los mejores artilleros eran los de Veracruz; pero lo cierto es que las punterías de ahora han dejado tan mal puesta su reputación, que estoy tentado de creer que no tuvieron intención de herir.»

Medellín, á 24 de Marzo.—Hay positivo terror en el

campamento. Se sabe que no han salido aún de México los auxilios de parque y dinero que se aguardaban para comenzar el asedio de Veracruz. La carga de maíz costaba cinco pesos el día 17; el 19 valía treinta; una onza de pan vale medio real, y en proporción todos los demás efectos. La paga de general no bastaría para la manutención de un subalterno, y esto cuando el soldado lleva nueve días de no recibir un sólo centavo de su prest.

El clima, que se había manifestado benigno, está ahora insoportable. Hay multitud de enfermos de insolación, fiebres intermitentes y disenterías; las bajas llegan á varios centenares. Pero nada le hace; hoy mismo empezarán las operaciones contra la plaza, y allí conquistaremos cuanto nos hace falta: dinero, elementos de guerra, reposo y paz.

Si esta noche se intentara un buen asalto, mañana podríamos estar en el interior de Veracruz, recreándonos con el aspecto del mar... y el de las horcas que levantaríamos para Juárez, Prieto, Ocampo, Emparan y comparsa.

La misma fecha (por la tarde). — Hoy ha salido la orden para que el ejército se retire hacia Orizaba. El General ha pensado bien: esta situación era insostenible, y si los defensores de la plaza, confiados en sus fosos, en

Hoy descansamos y recibimos paga

sus alambrados, en sus estacadas y en sus obras exteriores, por más que no tienen ningún valer como militares, hubieran resistido un solo día, ni el ejército habría aguantado, y, caso que no se hubiera podido tomar la posición, habrían dicho que nos habían vencido. De esta manera, no pueden asegurar que hayan ganado triunfo ninguno.

Córdoba, 2 de Abril.—Hoy descansamos y recibimos paga. El General se adelantó hasta Orizaba, impuso un préstamo forzoso de sesenta mil pesos, y aquí nos tienes ya *socorridos* y *satisfechos*.

Esta es, someramente narrada, la expedición de Veracruz. No es un triunfo brillante; pero sí la demostración de que el ejército nuestro es invencible y de que la fortuna de los constitucioneros ha consistido en el clima, que ha sido su único fiel aliado.

Si en vez de obrar como obramos, se hubiera emprendido el ataque, ¿cómo habrían ascendido á héroes todos los pobres que están parapetados tras de los muros de la exheroica? Así, ya sabe todo el mundo que no hubo vencimiento, sino una honrosa retirada.

Muchos abrazos para todos.

BUENAVENTURA.

Del Padre don Eulogio Flores á Juan Pérez de la Llana

Sayula, el 7 de Enero de 1859.

Muy querido amigo don Juan: Como me obligué, desde que nos separamos en Ahualulco hace cosa de un año, á referirle todos los lances de amor y fortuna que acontecieran á las gentes de esta su casa, le comunico ahora que la maldad de los hombres, la de los tiempos y la de la naturaleza combinadas, han caído sobre nuestro amigo don Alonso, tan digno de todas las bendiciones del cielo y de todos los favores de la suerte. Pero ¡tonto de mí! estoy hablando de favores de la suerte y picardías de la naturaleza, como si hubiera en este bajo mundo otra cosa que la voluntad de Dios clara y visible. Decididamente, empiezo á chochear; su Divina Majestad me lo tenga en cuenta para no juzgarme contaminado de las malas ideas.

Pero vuelvo á nuestro asunto. Es, pues, el caso que el primero de este mes, como á las cuatro de la madrugada, se sintió en la hacienda un gran tropel de caballos que venía del rumbo de las Guásimas. Era la gavilla de Valeriano Larrumbide, que hacía cuatro días merodeaba por el valle: delataban su presencia las hogueras que se veían hacia *El Zapotillo, La Cofradía, Puerta de ánimas* y *El Reposo*. Largo rato estuvimos oyendo el tiroteo con que se

recibió á los bandidos (porque bandidos son aunque se llamen soldados de Dios) en la *Yerba-buena;* y al cabo de un cuarto de hora miramos las lenguas de fuego que as-

cendían por los aires enrojeciendo el cielo y como delatándole las infamias de esas gentes que se dicen intérpretes de sus voluntades.

Señor don Alonso estaba resuelto á defenderse, pues había armado con buenos mosquetes y yogas á veinte de sus mozos; pero movido de mis exhortaciones y de los ruegos de la santa señora doña Eduviges, dispuso abrir las puertas de la finca á la gentuza.

Apenas esclarecía, cuando el tropel se escuchó más cercano, ya en el potrero de Buenavista. Monté en mi mula tordilla, y solo y mi alma me dirigí al encuentro del bandido para anunciarle que la hacienda estaba dispuesta á recibirles á él y á su gente.

No es mal presentado Larrumbide; dicen que es gachupín é hijo de buena familia; pero si eso es cierto, sus padres deben de haberse muerto de dolor al ver el retoño que de ellos había salido. Me recibió con altanería como si quisiera hacer burla de mí y de mi investidura.

— Vaya con el curácuaro, me dijo, ¿y de cuando acá tienen los masones capellanes á su servicio?

Repliqué con deferencia, pero con firmeza, que no sabía á qué masones se refería, pues el señor don Alonso era un caballero cristiano, que nada tenía que ver con enjuagues políticos.

— Eso será lo que tase un sastre, me contestó amoscado; continuemos nuestro camino, que estoy que ardo de gana de desayunarme... y de dar su merecido á alguno de esos que protegen liberales.

Mientras este diálogo pasaba, ya habíamos llegado al portal de la hacienda. Bajó Larrumbide del rosillo que montaba, echó las riendas en manos del primer mozo que llegó, y todavía con espuelas, chivarras, bufanda al cuello y sombrero calado subió las gradas que conducen á la casa.

Don Alonso estaba en lo alto de la escalera, y cuando el capitanejo se acercó á él dispuesto á empezar las feroces chanzonetas que acostumbra, el amo se limitó á decirle:

— Señor, todo cuanto hay en esta casa puede usted tomarlo; sólo le suplico haga que los soldados que manda respeten el honor de mi familia.

Interrumpió el Larrumbide su marcha, y mirando á don Alonso con unos ojos inyectados de sangre que parecían los de esos cántaros figurando muñecos que los chicos ponen en la noche para asustarse unos á otros, dijo escupiendo por un colmillo y arrojando al suelo la colilla del puro que fumaba:

— Señor mío, hace usted bien en no dar coces contra el aguijón; pero no se figure que esa aparente buena voluntad ha de servirle de algo.

Dicho y hecho; al poco rato vimos que los facinerosos empezaban á romper puertas, á derribar tabiques y á destrozar aquella finquita, que, como usted recuerda, era una primorosa tacita de plata.

Con vigas que entre tres ó cuatro blandían á pulso, echaban abajo las puertas de las trojes, y el grano que llenaba el cuarto hasta lo más alto, salía en montones inundando corredores y aposentos. Allí ponían á comer á sus caballos, que por cierto ya estaban hartos y apenas baboseaban el maíz; tanto pasto habían tenido en las haciendas del rumbo.

Cogieron la vaca *Chabacana,* que estaba tan gordita que podía rayarse con la uña, y la mataron en pleno patio.

Guadalupe, el mozo que usted conoce, se demoró en ejecutar una orden que le dió uno de los segundos del Valeriano, le regañaron, contestó de mala manera, y allí me tiene usted á aquellos demonios *armados de potencia* á fusilar al muchacho. Fué menester rogar muy seriamente al jefe para que consintiera en que no hicieran aquella atrocidad.

Luego entraron á los cuartos, y aquí cojo, allí agarro, me dejaron todo pelón en un santiamén. Pero aún nos faltaba ver algo más. Los baúles forrados de cuero y las grandes cajas de alcanfor, que por orden del dueño no se habían movido de sus sitios, fueron abiertas á tiros; ni siquiera aguardaron aquellos réprobos la llegada de las llaves, que estaban en el gran mazo que la señora traía á la cintura. Así sacaron trajes de *tarlatana,* de gro y de terciopelo, tápalos de burato, zapatos de raso, pantaloneras plateadas y bandas de seda; todo lo cogían con tal precipitación, con tal afán de destruir, que quedaba deshecho en sus manos antes de entrar en las maletas que traían á las grupas de sus pencos.

Luego, arriaron más de cien reses, frieron en un perol cerdos gordos, mataron á balazos los demás y echaron al monte la caballada que no pudieron llevarse. Le habría dado horror ver el juego á que se dedicaron: pusieron en

el patio toda la becerrada, y á la hora que tuvieron bien mancornados á los inocentes animales, fueron pasando á caballo uno tras otro y ensartando con sus lanzas á los pobres mamones sin hacer caso de los mugidos de dolor con que llamaban á sus madres. A uno de los ternerillos le decían Degollado, á otro Ogazón y así á los demás; y sólo cuando dejaron hechos picadillo á los que creían sus enemigos, se alejaron de aquel lugar.

Ni don Alonso ni ninguno de nosotros había dicho palabra ante estas atrocidades; pero estando ya á caballo el jefecillo, se volvió á mí y me dijo con salvajismo que quería ser chiste:

— Padre cura, por allí anda una chatita que me *cuadra;* ¿cómo no dice que me la traigan aquí? Ya estoy montado y no quisiera perder tiempo.

Le repliqué, poniéndome de todos colores, que no sabía qué chatita era aquella; pero él, sin aguardar más respuesta, dispuso que cuatro de sus bribones llevaran á Leonorcita.

Exhorté á Larrumbide y le dije que la mancha que trataba de echar sobre una familia honrada que le había recibido de paz, no dejaría de castigársela Dios; pero el bandido, sin oirme, se limitó á vociferar:

— Pero, *tata pagre,* ¿qué no ve que traemos muy recomendado este rancho, en que el bandido Herrera tenía su abrevadero, y en que se admitía á los juaristas á libre plática?

Mientras yo exhortaba al monstruo amenazándolo con todos los castigos eternos, los tagarotes salían con la pobre Leonorcita desmayada, y la echaban en uno de los caballos que traía montura de mujer, trepando en ancas uno de ellos.

Tras los infames raptores salió el pobre don Alonso, disparando tiros con una pistola giratoria que había escondido en previsión, aunque remota, de un caso así. Creo que hirió á uno de los que le habían sujetado; pero los otros y sobre todo el jefe, que pasó sobre mí para lograr que le soltara la rienda de su caballo, se marcharon á todo correr.

Ahora don Alonso está con fiebre de horas; doña Eduviges azorada y azotando de pie y mano como convelida, y toda la casa llena de la desolación que usted puede figurarse.

Yo, sin tomar parecer de nadie, escribí á don Miguel Cruz Aedo participándole lo sucedido, á ver si puede rescatar á la niña.

Perdone que le envíe tan malas nuevas, y mande á su afligido capellán que mucho le aprecia,

EULOGIO FLORES.

P. S. Los vaqueros que mandamos tras de los ladrones, dicen que anteayer, jueves diez, derrotaron las tropas de los *puros* á las de Larrumbide, dispersándole su gente.

... parecía una loca por lo triste y desesperada

A Leonorcita se la encontraron en el fondo de la barranca del Izote; hacía veinticuatro horas que no probaba bocado y parecía una loca por lo triste y desesperada.

Pida usted á Dios que nos ayude y nos mande salud y conformidad, ya que no puede enviarnos el olvido de nuestras penas. Adiós.

De Mencía López de Quiñones

á Trinidad Torres Lares.

Guadalajara, 1.º de Diciembre de 1858.

Amiga muy querida: ¡Cuán bien hizo usted en marcharse de aquí para no presenciar los horrores que pasamos! No puede imaginar los sustos que nos dieron los rojeños, los de Maciel y los diablos encarnados que se desencadenaron sobre esta desgraciada ciudad. Dicen que al Rojas lo nombró su defensor uno de los presos de la cárcel, un bribón á quien sus jueces habían condenado á muerte, y que pasaron entre ellos estas palabras poco más ó menos:

— ¿Por qué me nombras defensor, si sabes que no soy Licenciado ni cosa que lo parezca?

— Porque estoy tan amolado, que sólo me puede salvar uno que sea muy hombre; y como el más hombre del

mundo es el coronel Rojas, he nombrado mi defensor á la buena persona de usted.

Reflexionó el Rojas, y luego, como si sintiera una inspiración de momento, tomó del brazo al otro bandido, que probablemente lo era menos que el patrono, y le sacó de la cárcel á pesar de las respetuosas protestas del alcaide.

Pero como no hay pillo que deje de tener algún lado bueno, ayer hizo lo siguiente, que va á ponerla perpleja.

Como usted recuerda, en el convento de Santa Mónica se anuncia la necesidad tocando una campanilla, y una vez que las familias oyen el toque, se apresuran á mandar socorros á las benditas madres. Ahora se empieza á sentir la escasez más fuerte que en ningún tiempo, y la campanita suena hasta hacerse rajas.

Según parece, uno de estos días estaban en el despacho del palacio los mandones de ahora, Ogazón, Vallarta y otros, cuando se comenzó á oir el tintineo aquel con una insistencia que acabó por molestar los augustos oídos de los señorones. Uno, más enojado que los demás, preguntó furioso qué significaba aquel toque, otro lo explicó y entonces alguno dijo:

— ¡Maldítas viejas! no hemos de tardar en echarlas á la calle para que no sigan fastidiando... No más son lloronas, porque casas y dinero les sobran.

Rojas hizo que nada había oído, pero se salió á la deshilada como quien no quiere la cosa. Ya en la calle, llamó

á un conductor de carreta de bueyes, fué al comercio y en una tienda pidió zarapes, en otra *géneros blancos,* en la de más allá frijol, azúcar, panocha, sal y toda clase de man-

tenimientos, y con toda su carga, que por supuesto no pagó, llegó al convento.

Luego que la hermana tornera supo que estaba á la puerta don Antonio Rojas, pensó en un nuevo saqueo, quizás en una expulsión ó en un incendio. La superiora se apresuró á encerrar á las monjas y novicias guapas, y con el Jesús en la boca salió á recibir al bandido.

Don Antonio se quitó el sombrero, y con el tono *zongo* y arrancherado que le distingue, dijo á la madre que allí llevaba aquello para remediar la necesidad del convento. Si la bendita Sor hubiera visto á Satanás comulgando devotamente, no se habría sentido tan espantada como se sintió; pero su asombro fué más grande cuando el coronel, con el jarano en las manos, y como acortado, añadió:

— Y cuando tengan necesidad no toquen la campanita, porque los mandones se ofenden. Manden llamar á Antonio Rojas, y él les dará cuanto hayan menester.

Desde ese día las mejores mermeladas, el chocolate más exquisito y la cajeta de membrillo mejor y más blanca son para Rojas. Curiosísimo, ¿verdad?

Adiós, Trini; mucho la quiere su

MENCÍA.

De don Pedro Gallardo

al Padre don Eulogio Flores.

En el Rancho del Venado, á 27 de Abril de 1859.

Muy querido don Eulogio: Quien le escribe no es un espectro, ni un aparecido, ni un alma del otro mundo; es su amigo, su viejo amigo el mayor Gallardo, milagrosamente salvado de la muerte.

Como sabría usted, caímos en Zacatecas hace cosa de

un año, Manero, que era nuestro jefe, Landa, Aduna, Drechi y yo. Sentenciados á muerte por Zuazua, se dispuso nuestra ejecución; se nos llevó al patíbulo, se formó el cuadro y se disparó sobre nosotros.

Todos mis compañeros quedaron muertos y yo mal herido. Supo el señor cura don Ignacio Castro, por un sepulturero piadoso y discreto, mi salvación milagrosa, y pagando quien me curara y ocultara, protegió mi fuga.

Sé que ahora se sigue proceso á mi bienhechor el señor cura, pues él, obrando como el buen samaritano, aparte de ungir mis heridas con aceite y vino, oculta ahora su hermoso rasgo.

Me había propuesto no revelar nada de lo sucedido, y permanecer dedicado á la oración en estas asperezas todo el tiempo que me reste de vida nueva: cuando el Señor me dejó vivir, debe de ser seguramente para que emplee mi existencia en su santo servicio. Pero ¿debo dejar que se ignore lo sucedido, y quizás que se perjudique al hombre á quien tanto debo?

Contésteme pronto con el nombre de Pedro Aceves, que es el que llevo ahora, pues deseo obrar conforme á conciencia. Suyo

PEDRO GALLARDO.

Del padre don Eulogio Flores

al mayor don Pedro Gallardo

Guadalajara, 22 de Mayo de 1859.

En estos tiempos, en que dan ganas de creer que Dios ha dejado al malo el gobierno de este mundo protervo, sucesos como el que usted me relata, amigo mío, sirven para levantar el ánimo y postrarse ante el Señor. ¡Bendito sea su nombre santísimo y benditas las pruebas que nos manda!

No debe usted revelar nada que su bienhechor no quiera que se sepa; déjele usted la parte más hermosa de su acción, la gloria de mantenerla oculta; y si él sufre, si es perseguido, si se le maltrata, tendrá al cabo una recompensa más delicada que cuantas pudiera ambicionar. ¡Dios habla en vez de los que callan!

Por lo demás, tiene usted razón; Dios por algo le dejó la vida, y salvo opinión menos gruesa y material que la mía, creo que usted debe consagrar su nueva existencia á la tarea más agradable que pueda haber para Él: á ayudar á que acabe esta maldita guerra que destroza y divide á las familias, siendo para ellas manantial de dolores y penas.

Haga usted eso, y su obra será sobre todas acepta á Dios. Su amigo y capellán afectísimo,

EULOGIO FLORES.

De Juan Pérez de la Llana á don Guillermo Prieto

México, 18 de Abril de 1859.

¿Conque insistes, Guillermo querido, en que te refiera lo que presencié en Tacubaya? Allá va, y no te horrorices ni atribuyas á afán de artista mi deseo de contarte las cosas como pasaron; que si pusiera un poco de exageración en mi relato, resultaría una tragedia que te horrorizaría.

Nada te digo de la jornada del dos, porque no tomé parte en ella; desde Calamanda había recibido en un pie una contusión que me hizo guardar cama al llegar aquí, y hasta él diez pasé del cuartel general del señor Degollado á situarme en el Arzobispado de Tacubaya.

Para que tengas mejor idea de los sucesos, te diré que el señor coronel Zaragoza, don Ignacio, tenía á su cargo la defensa del castillo de Chapultepec, Molino del Rey y Casa Mata, y el señor general Alvarez, don José Justo, la de la línea toda de Tacubaya.

No puedes figurarte el estado de destrozo en que se hallan nuestras fuerzas; batallones enteros hay en que no existe un abrigo, no digamos capote militar, pero ni siquiera la más humilde é indecorosa frazada. Los cuerpos están reunidos unos con otros, los artilleros combaten al lado de los infantes, los de caballería con los zapadores, los guerrilleros con el ejército regular; la parte más flo-

rida de nuestras tropas la forman las blusas del norte.

Un poetastro conservador los ha descrito así:

Si usted los ve, queda yerta
Porque son cosa muy rara
Su tranchetazo en la cara
Mirada falsa é incierta.
Todo en ellos es risible
Porque visten zagalejo,
Y por lo demás un dejo...
No reir es imposible.

Un Sebastopol cada uno
Parece de tan armado,
Pistola y daga al costado
Y sable y rifle á la vez.
Un sombrero á la pastora,
Barba que oculta la cara,
En mano chicote ó vara
Y un hermoso *cachenez*.

Su zagalejo encarnado
Desde el cuello á la cintura,
Calzón con botonadura
Y su bota á la *derniere*.
Es decir, su bota fuerte
Como en el siglo pasado,

Y dentro de ella encajado
Un *guangocho* pantalón.

Lo que es del pié la punta,
Cuya planta se halla en ruina,
Voltea primero la esquina
Que su amo, dueño y señor.

En fin, ¿para qué prosigo
Narración que ha de cansarnos?
Dejemos á los tagarnos,
Las heces de Monterrey.

Las armas, Dios las dé; hay de todo, desde carabinas inglesas hasta *bocamartas* del tiempo de la conquista, pasando por las yogas, tercerolas, mosquetes, fusiles de chispa de todas edades, y escopetas de caza.

Nada te digo de la población, porque es para partir el alma. Los pobres habitantes están esquilmados, exprimi-

dos y destrozados; en el interior, ya se sabe, las expoliaciones son diarias y los desgraciados han tenido que apechugar con todo, de manera que han cimentado un ordenado desorden. Aquí, donde poco han tenido que sufrir, sus lamentos nos han consternado. Para que se vayan *jaciendo* á estas cosas, mucho ha de pasar.

Vi ayer á pobres familias que conducían al viejo valetudinario, cuatro ó cinco niños que lloraban á grito herido, y la vaca, único recurso de la familia, que mugía triste al dejar el pesebre nativo, en que abandonaba también la yerba fresca, el descanso fácil y la ternera amada.

Venían después pobres indios azorados llevando las ollas llenas de tizne, la cama de *tapextle*, la ponedora cresta-rosa y los trozos de cal para el *nejayote*.

Luego, á lo lejos, huían las carretas que se temía fueran requisadas, las mulas y caballos de los arrieros á quienes había sorprendido el tiempo entre los dos ejércitos y los hombres que temían la leva.

Solo á nuestra derecha, en la Condesa, un pobre viejo guiaba dos bueyes *cuatezones* más derrengados que su dueño, y echaba las primeras semillas en un barbecho que abría trabajosamente la reja del arado; al fin aquello tenía que pasar como pasaron Tolome, el Gallinero, el Molino del Rey y tantas otras, y el sol seguiría alumbrando, germinando las plantas y la tierra dándole sus jugos.

Como á las tres se vió la aproximación de grandes grupos que se movían en dirección de Chapultepec; eran los reaccionarios, que en número de siete mil llegaban por Tacuba y Popotla, la hacienda de los Morales y las lomas del Rey.

No se distinguían ni aun con anteojo los cuerpos y sus denominaciones; pero sí se veían brillar las piezas de artillería, que se encontraban muy distantes de nosotros.

El primer anuncio de la presencia de los conservadores fué el disparo de un cañón que casi no oímos, pero del que notamos la espiral de humo blanco que salía de la boca. Más de una hora duró el cañoneo sin resultados, hasta que á las seis cesaron los disparos.

Poco antes me avisaron que alguien me buscaba, y me encontré con mis dos amigos más queridos, Juan Díaz Covarrubias, el poeta, y José María Sánchez, el chico más regocijado de la República.

—Vinimos, me dijo Juan, porque sabíamos que faltaban médicos en el ejército federal, y como esto se espera lucido, es menester no dejar que perezca sin auxilios tanto desgraciado. Ya nos presentamos á Rivero y nos recibió muy bien; hoy charlaremos un rato y nos acostaremos temprano, porque mañana á buena hora hay que cortar mucha carne.

—¡Cómo te regocijas, traidor!

—¡Regocijarme, replicó Juan, cuando nada hay que

me duela más que lo que pasa! Créemelo, no me dolería más mi propia carne que la del infeliz soldado á quien destrozo; pero nobleza obliga. Este (por Sánchez) y yo estábamos *macheteándole* á la anatomía, porque debes saber que en Julio, Dios mediante, seremos médicos, y estamos en ciertas cosas tan *botas,* tan *aventados,* que quizá seas más médico tú que nosotros.

—El *bota* es él, dijo Sánchez; yo dejo bizco á don Miguel Jiménez con mi ciencia...

—¿A que te echo un *toro* y no me respondes?

—¿A que yo te echo otro?

—A verlo.

—¿Cómo se dice: periné, peroné ó peritoneo?

Nos reímos Juan y yo, y los tres seguimos de charla hasta la media noche, en que nos fuimos á descansar... El poeta, melancólico de ordinario, ese día estaba alegre y hasta locuaz; nos hizo partícipes de sus esperanzas de triunfo, de sus deseos de nombradía y de fama. Seguiría al ejército liberal, sería médico de hospitales, haría mucho bien curando á heridos de todos los bandos, y cuando esto se hubiera pacificado, cuando liberales y conservadores se dieran el abrazo de hermanos, él vendría á México, establecería un gran consultorio, sería el médico favorito de los ricos, y luego que tuviera mucho dinero reunido iría á Europa, conocería á Lamartine y á Víctor Hugo, y volvería á casarse con una muchacha sencillota y buena, á

... un oficial de Quiroga que estaba á mi lado, escribía ..

llenarse de hijos, á que le llamaran señor doctor los banqueros, los comerciantes y los hacendados, y á recibir el pago de sus consultas á razón de una onza cada una, ni un real menos.

Versos, los haría, ¡claro que los haría! pero para él, para publicarlos, ya viejo, en una edición bien impresa en papel rico, de cien ejemplares á lo más, y con unas orlas, unas capitales ornamentadas y una riqueza de detalles, que la hicieran buscar como una joya.

El alegre estaba, por el contrario, lleno de murria. No creía en la medicina; pensaba que los médicos eran unos grandísimos farsantes y estaba seguro de morirse de hambre ejerciendo la noble profesión.

No volví á ver á los pobres muchachos, porque á las seis ya estábamos en las alturas aguardando el ataque: el hormiguero se movía, se alborotaba, entraba en actividad. Llovía lentamente, caía ese chipi-chipi propio del tiempo, y parecían más negra la tierra, más triste el ambiente, más escuetos los árboles, que, como enfermos convalecientes, apenas empezaban á recobrar el vigor.

En ese momento que precede á las batallas, en que cada cual recuerda á lo que ama, recapitula su vida pasada, deplora sus errores y se propone recomenzar su existencia para hacerla mejor y más útil, yo sentía en el estómago un gran vacío, una sensación física de náusea, de asco, de disgusto; un oficial de Quiroga, que estaba á

mi lado, escribía sus disposiciones testamentarias; otro cosía á su chaqueta, del lado del corazón, un escapulario bendito, y un soldado remojaba un trozo de *pambazo* en un jarro que contenía café.

Las siete daban en el reloj de la parroquia cuando

oímos el primer disparo; siguióle otro á los tres ó cuatro minutos y luego como diez más; uno de obús cayó á diez metros de distancia y destrozó el techo de un jacal incendiándolo y haciendo añicos, al estallar, dos de las cuatro paredes.

Todos estábamos pálidos; un soldado á quien veía á distancia, repasaba las cuentas de su rosario; otro se limpiaba el sudor, á pesar de que la lluvia nos mojaba hasta tenernos hechos una sopa.

Pero los cañonazos eran sólo batidores y anuncios de la aproximación de las columnas de infantería. Cuatro mandó el enemigo á atacar el Arzobispado, llevando como acompañantes á las terribles piezas que habían tratado de abrir la brecha.

Se oía el tronar de los fusiles como el golpetear del granizo en los cristales, y periódicamente — me figuro que cada cuatro ó cinco minutos,— los cañones mezclaban su voz soberana á aquel concierto espantoso. Al mismo tiempo se estremecía la tierra, se desconchaban las paredes, se hacían trizas los vidrios y se abrían boquetes en puertas y ventanas.

Los nuestros permanecían en silencio; nadie disparaba un tiro, ni hacía un comentario, ni decía una palabra; ya llegaban los contrarios á las tapias de la huerta, cuando la voz ronca y tremenda de no sé quién, gritó:

— ¡Fuego, muchachos, y apunten bien para que no yerren!

El estruendo se redobló entonces; los soldados, que tenían la mano en el llamador del fusil, y que sentían agarrotados los dedos, se pusieron á disparar sin interrupción, como poseídos de un frenesí de oir estallidos.

El fuego siguió como hora y media larga, sin que supiéramos el efecto que hacía; al fin notamos que disminuía el número de los contrarios, luego que disminuía su

empuje, y por fin que se alejaban disparando tiros y causando destrozos.

—¡Ya corren los malditos mochos! decía un soldado. ¡Vénganse, mochos *coyones;* aquí hay *pirata!*

Y cuando más satisfecho lanzaba un ¡uy! ¡juy! ¡juy! de triunfo, vino una bala de rifle que le ahogó la voz en la garganta.

Cuando miré á mi derredor, noté el cuadro más tremendo que había visto — yo habituado á todos los horrores y connaturalizado con ellos tiempo hacía. A mi lado estaban dos soldados, uno con el vientre hendido como si le hubieran pasado un arma cortante meneándosela de arriba abajo; otro con una sola herida de bala que manaba sangre poco á poco. Delante, detrás, encaramados en el muro, recostados en las troneras, al pie de los árboles, había más muertos; pero no eran tantos como los heridos, que se lamentaban mostrando desnudeces, dando gritos, solicitando la compasión con ayes y bramidos de dolor.

Los vivos nos mirábamos unos á otros con ojos de espanto: todos teníamos las caras negras, las barbas hirsutas, los cabellos desordenados, los trajes rotos.

De repente un sargento me llamó la atención.

— Vea, mi comandante, los mochos han dejado una... dos... tres... cuatro... nueve piezas abandonadas. ¡Qué buena oportunidad para cogerlas! ¿Dónde están esos

tagarnos que no salen á dar una carga... Si no ahora, ¿cuándo? Ser su cuerda y no tocarla.

En efecto, brillaban abandonados en dirección de la Casa Mata los nueve cañones de diferentes tamaños.

— ¡Qué *tanteada!* decía uno; con un impulso de los de Quiroga se ganaba todo.

— ¡Pero si han dividido á los blusas en fracciones de diez y quince hombres!

— ¡Animas, que se muevan esas gentes, que sino, no va á haber tiempo!

Fué profeta el pesimista, porque apenas pasado un cuarto de hora llegaron los contrarios y marcharon con los cañones.

Dos piezas, creo que de la brigada Zaragoza, causaban daño á la columna de Márquez defendiendo al mismo tiempo nuestra posición; pero no tardó el enemigo en voltear su artillería y en desmontar la nuestra apagándole los fuegos. Entonces cambió todo el aspecto de la jornada; un hombrecillo bajo de cuerpo, blanco de rostro y llevando toda la barba, montó á caballo y arengó á sus gentes.

¿Aquellos hombres eran diez, eran mil, eran un millón? No sé; lo que me consta es que caminaban decididos á conquistar nuestra posición.

Auxiliados por los dos obuses de que disponían se acercaron á las bardas, brincaron á las troneras, se asieron

de los fusiles mismos que se les oponían y acabaron por hallarse dentro de la huerta.

¡Cuántos soldados murieron abrazados, confundiéndose en un solo estertor el lamento del mocho y el grito de rabia del liberal! ¡cuántos fusiles embalados; cuántos combates singulares á bayoneta, á sable, á mazazos, á mordiscos y á arañazos! Aquellos no eran hombres ni eran fieras; eran demonios furiosos, con ánimo de destrozarse.

Al norte del Arzobispado, en la casa única del rumbo, se colocó una batería de montaña; resistimos unos cuantos minutos, pero ya no era posible la defensa; no había quedado uno para referirlo y de nada habría valido esa muestra insensata de valor.

Cuando penetraba el bajito de cuerpo por la puerta de campo del jardín, nuestra brigada Aranda huía á todo correr; pero no en retirada, no poco á poco y defendiéndose, sino en carrera loca, desenfrenada, sin orden ni arreglo.

Las doce serían cuando caíamos el punto y nosotros prisioneros; todavía escuchamos tiros por la Casa Mata, por la Loma del Rey y por Mixcoac; pero estábamos seguros de que los nuestros huían perseguidos de cerca.

Pero déjame tomar aquí un poco de aliento para referirte lo que falta, que es peor aún que lo contado.

Hasta mañana.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

Del mismo al mismo.

México, 19 de Abril de 1859.

Guillermo mío: *Como decíamos ayer,* quedé triste y quebrantado, sumido en el estupor y la inconsciencia durante un rato larguísimo. Tenía una rozadura de bala en el rostro, los ojos ardientes, la piel seca y el estómago ahilado; la sensación de hambre me dominaba, pero pensar en comer cualquier cosa, ¡puah, qué asco!

Estaba en una habitación grande y ventilada: la luz, que se colaba por las altísimas rejas, entraba como temerosa, como asustada, como recatándose y de tapujo; era una luz gris que daba aspecto más sórdido á las frazadas de los que dormían echados en el suelo, mostraba más tristes los harapos de nuestros uniformes y ponía más pavor en el ánimo de todos.

Un sujeto rubio, fornido y con acento extranjero, me dijo despacio:

— A *ostedes los fosilan;* á mí me *traxeron* por *eqüivoco* y lo mandé decir á mi cónsul.

Era claro, sí, nos fusilarían siguiendo la ley terrible que regía las relaciones de los dos bandos: no dar ni esperar cuartel; pero ello es que nadie se movía, y apenas si en una habitación distante se oían voces y trajín.

Anduve todo el trecho que me separaba de la puerta, otra pieza más larga que la en que había estado y llena

también de gente, y al llegar á la otra me recibió dándome en las narices un olor desagradable que me recordó á Núñez y á Herrera y Cairo, el olor del cloroformo.

¡Qué espectáculo! A la luz de unos mecheros de manteca se veían muchos hombres con mandiles que daban órdenes á varios mozos y á unas mujeres de gorras blancas, que andaban en aquella semiobscuridad.

— Este por aquí, hermanita; es de los de la conserva y puede pelearse con el chinacate que está al lado. ¿Ya espichó? Pues afuera, que nos falta lugar...

— No hay cuidado, señor coronel. ¿No más eso es?... Pues con amputar las dos patitas su mercé queda listo.

— Bien cortada esa pierna, compañero; quizás debía de haber sido arriba de la articulación, pero no hay tiempo de perfiles. Ahora al muñón...

Al que decía estas cosas, que era un caballero simpático y atractivo, se le acercó un oficial y le dijo en voz alta:

— Doctorcito, sería bueno que se escaparan; los tagarnos van de huída y puede pasarles algo.

El médico se volvió á quien le hablaba, teniendo en la mano la sierra con que amputaba un pie al coronel que acababa de llegar.

— ¿Cómo marcharnos? repuso. ¿No ve usted que la vida de estos hombres depende de nuestros cuchillos? Sígale, amigo Covarrubias, que este señor oficial está

viendo visiones: no hay partido en el mundo que persiga á los médicos, y si lo hay, ¡cómo ha de ser!...

Y Covarrubias siguió aplicando á la nariz del herido una servilleta empapada en cloroformo.

El número de colchones tendidos en el suelo crecía á cada momento; ya no eran soldados liberales y conservadores; eran transeuntes que habían caído al disparo de una bala del cañón del destino. La pieza se llenaba de gentes y de lamentos, y los cinco médicos, los dos practicantes y las seis hermanas de la Caridad, no se daban abasto para atenderlos.

— ¡Jesús, Dios mío! decía uno que entregaba el alma. ¡Jesús me ayude!... ¡Jesús me ayude... Jesús me ayude!

— ¡Jesús le ayude... Jesús le ayude!... *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam,* decía la hija de San Vicente con un crucifijo en la mano.

— Agua, hermanita; deme una poquita de agua.

Y el pobre bebía con ansia el contenido del jarro que le ofrecían.

— ¡Agua á mí, por el amor de Dios! gemía otro.

Y «agua», «agua» pedían todos á grandes voces.

— No creas, me dijo Juan, que éstos sean los únicos; en otras piezas tenemos más. Es un horror... ¡Qué heridas hacen estos malditos fusiles!... ¿Y la metralla?... ¡Ay, Juanito, convéncete de que la guerra es el mal más grande!... Esto destroza el alma.

Se retiró para oir á Rivero que le daba una orden.

— Muy bien, señor, ya entendí; resecar la costilla de arriba abajo... En seguida...

De repente se produjo gran estrépito: acicates golpeando el suelo, vainas de sable chocando contra las paredes, cornetas dando al aire dianas flamígeras; era el general en jefe que llegaba acompañado de su Estado mayor.

Recorrieron las tres piezas llenas de prisioneros y de heridos, y al volver á donde había yo quedado, oí que dijo Márquez:

— ¿De talento? ¿Tienen talento esos farsantes? Pues mejor; siendo así, hay que tratarlos con más energía; son alacranes con alas...

No tardó en entrar un carnicero, llamado Daza Argüelles, con media compañía de tropas. Levantaron á todo el mundo á culatazos y nos hicieron salir al patio.

— ¡A formar, bandidos! ¡á ver si como roncan duermen!

Los médicos quedaron en su sitio, esperando el resultado de lo que se anunciaba; no hubiera que curar más heridos ni que cortar más miembros.

Quedé junto á la puerta mientras se organizaban los cuadros.

Como la labor era mucha, había que abreviarla, y un verdugo genial pensó que varios fusilamientos simultáneos serían más breves y darían mejor efecto: así se vería lo que pasa en las catedrales cuando dicen varias misas los sacerdotes, que mientras uno de los oficiantes va en el introito, otro llega al evangelio y otro dice el *ite, misa est;* por esto, mientras en un cuadro se prevenía á uno, otro recibiría la descarga y otro daría las boqueadas.

Pero pronto llegó orden en contrario: no, no había por qué apresurarse; así acabaría en unos cuantos minutos un placer que podía prolongarse mucho tiempo; los manjares delicados se saborean poco á poco y sin precipitación.

¡Qué espectáculo el nuestro! Todos tiritábamos de frío, y quién envuelto en raído capote, quién en Mac Farland y sin zapatos, quién vestido con uniforme de oficial y tapado con frazada del Saltillo, mirábamos aquel crepúsculo que se despedía entre nubes de sangre, como si hasta el cielo hubiera ascendido la que se había derramado en la tierra.

Los pájaros, en lo alto de los árboles, piaban descon-

fiados, como buscando el nido de que los había alejado la maldad de los hombres.

El primero que llegó fué el general don Marcial Lazcano. Le seguían como veinte individuos entre oficiales y tropa, y corrían delante de él queriendo solazarse con el exquisito espectáculo que daría el maldito demagogo. Muchos habían sido subordinados de Lazcano y habían sido reprendidos por él; otros sabían que era un bravo y que moriría valientemente; había que verle á toda costa.

— Aquí viene el testarudo, decía uno.

— Para que vea lo que es juntarse con bandidos.

— A ver si ahora se arrepiente.

— Que lo venga á salvar el sacristán de Morelia.

El viejo guerrillero alzó la cabeza, que llevaba agachada, dejó de rezar la oración que mascullaba entre dientes, y volviéndose á los que le vejaban, dijo sereno:

— Señores, no hay cobardía ni bajeza más grandes que insultar á un muerto.

Le ordenaron que se volviera de espaldas para fusilarle como traidor, y contestó:

—¡No soy traidor por defender la libertad de mi patria; sólo siento morir por mi familia, que vive de mi sueldo!

Pidió un vaso de agua, recibió la descarga y cayó al pie de un árbol.

Murieron después el coronel Jenaro Villagrán, que tenía una importantísima hoja de servicios por su bri-

... á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores

llante comportamiento en tiempo de la invasión americana; el coronel Arteaga, escribano afiliado á la Guardia nacional, el capitán López y el teniente Sierra.

Creíamos que seguirían ejecuciones de militares, pero nos engañamos; á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores y fueron colocados en el patíbulo uno tras otro. Eran don Manuel Sánchez, don Gabriel Rivero, don Juan Duval, inglés de nación, don Alberto Abad y don Ildefonso Portugal.

Sánchez era el mismo diestro cirujano que acababa de decir que no huía porque su puesto estaba en el hospital; Rivero era el jefe de nuestro cuerpo médico; Duval era un hombre acomodado, caritativo y filántropo, que jamás recibía paga por sus servicios y que había ido á nuestras filas porque creyó ser útil á los desgraciados; Abad era un joven lleno de esperanzas, y Portugal, hombre de talento clarísimo, pertenecía á una distinguida familia de Morelia: era primo hermano de don Severo del Castillo, ministro de la Guerra en el gabinete de Miramón.

Juan Díaz Covarrubias y José María Sánchez, mis más antiguos y queridos amigos, también estaban entre los sentenciados.

Los médicos murieron tranquilos, vitoreando á la libertad, maldiciendo á sus verdugos y llenos de fe y esperanza.

Luego tocó el turno á los ayudantes, que estaban

reservados para su hora. Sánchez lloraba como un chiquillo recordando su hogar lejano, su madre amorosa, su carrera truncada; pero á la hora que tuvo que recibir las balas, se rehizo y murió como un valiente.

Juan Díaz Covarrubias era un niño, el bozo apenas le pintaba, el semblante era jovial y comunicativo; el cuerpo, mediano y bien proporcionado, ostentaba miembros atléticos; parecía nacido para vivir y luchar luengos y dichosos años; sólo la mirada era triste y honda, como si viniera de regiones lejanas.

Pidió mi amigo un confesor, pero le dijeron que no había tiempo. No hubo un solo sacerdote allí donde morían tantos hombres; todos estaban ocupados en preparar los turíbulos para incensar á Miramón y á Márquez.

Pidió Juan el permiso para despedirse de su hermano: le dijeron que no había tiempo.

Pidió papel y pluma para escribir á su familia: le dijeron que no había tiempo.

Echó el pobre una mirada en su derredor, encontró la mía que le buscaba, y me sonrió. Quizás mi semblante, un semblante amigo, le haya recordado que no moría solo y haya gozado ese lenitivo en su agonía.

Luego se colocó como le ordenaron y regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución. Los soldados lloraban sin atreverse á disparar; el oficial repitió las voces de mando, y sólo salieron dos tiros; uno hirió á Juan en una

pierna y otro en la caja del cuerpo; pareció que había muerto y así lo arrojaron en el montón de cadáveres.

El grupo de prisioneros había guardado silencio ante aquellas atrocidades; pero cuando vió que caía aquella cabeza privilegiada de poeta y de pensador, un murmullo sordo corrió por las filas de los que aguardábamos seguir la suerte del simpático jalapeño.

Nunca lo hubieran oído los asesinos; á culatazos primero y á bayonetazos después acallaron la protesta de los que casi ya no pertenecían á la comunión de los vivos.

Iban á seguir su tarea con los que estábamos presentes, cuando los verdugos llegaron conduciendo á un hombre de buena edad, guapo y simpático. Llevaba un saco ligero de alpaca y zapatillas de andar por casa; en efecto, se encontraba en Mixcoac, al lado de su mujer y sus hijos, cuando fué aprehendido el licenciado don Agustín Jáuregui.

De prisa se le fusiló, de prisa se le arrojó al montón de los cadáveres y de prisa se pasó á otro sentenciado.

Era Manuel Mateos, joven á quien tú conociste y estimaste por su hermoso talento, por su habilidad para manejar la pluma y por su noble y sincero entusiasmo en favor de la libertad. Hacía un año que había recibido el título de abogado, y unos cuantos meses que se había unido al ejército liberal. No hubo un cobarde entre todos los asesinados, pero menos lo fué Mateos. Dirigió la pa-

labra á los soldados diciendo que les perdonaba porque no sabían lo que hacían asesinando á los que les daban libertad; que deseaba que su sangre no fuera vengada; que la muerte no le aterraba; que aceptaba gustoso el sacrificio

de su vida si había de servir para implantar el orden y la libertad en su patria...

No pudo seguir; al oficial le pareció que aquello duraba demasiado, y levantó la espada para ordenar la descarga que acabó con el fogoso republicano.

Pero ya no podían los ejecutores entretenerse en perfiles, ni oir peroraciones, ni gastar complacencias con los moribundos. Ya era noche cerrada y había que terminar la labor.

En montón se llevó á los paisanos Rodríguez, Esquivel, Chávez, Tellechea, Becerril, Vargas y López, y los italianos Kisser y Nervis, hasta completar *cincuenta y tres.*

Repentinamente la puerta se abrió y metieron á un pobre viejo claudicante y muerto de miedo; á empujones le sujetaron al pie de gallo y le fusilaron.

Largo rato batallé por recordar quién podía ser aquel desgraciado, pero no lo logré. Ya desesperaba, cuando un rayo de luz hirió mi memoria: era el viejo que guiando una pareja de bueyes tísicos se entretenía en sembrar su terrenito á la hora que caían las bombas á su derredor.

Casos como éste los hubo á montones. Dos niños apellidados Smith, hijos de un caballero americano y de una señora mexicana, llegaron del interior para ingresar á un colegio de México. Como encontraron obstruído el camino, se detuvieron en Tacubaya, y con la curiosidad propia de sus años anduvieron recorriendo el terreno una vez pasada la acción.

El verlos alegres, bien vestidos, rubios, fueron motivos bastantes para llevarlos al Arzobispado y fusilarlos inhumanamente.

Un niño de diez años á quien su madre había puesto blusa roja para recrearse mirándole, discurría por las calles desde que cesó el fuego. Dos dragones de grandes barbas, llenos de cicatrices honrosas, acometieron una

hazaña que no dejará de anotarse en su hoja de servicios: hacer pedazos á lanzadas al inocente.

El coronel Bello miraba ya los fusiles listos á dispararse contra él, cuando se alzó como inspirado y gritó:

—¡Alto! no disparen; tengo que hacer una revelación al General en jefe. Bajaron las armas los soldados, creyendo que iban á tener manera de añadir nuevas víctimas á las que llevaban hechas; pero Bello, empujando á dos de los carniceros, saltó una pared, cayó á un barranco y se escapó entre una granizada de balas.

Sólo quedábamos en el patio el profesor de gimnasia don Feliciano Chavarría, dos ingleses empleados en el ferrocarril y yo, cuando llegó á todo correr un ordenanza y entregó un pliego á Daza Argüelles. El malvado pareció espantarse, subió á caballo cayendo sobre la silla como un odre que se deshinchara, y partió rumbo á México.

Yo no pensaba, no calculaba, no sabía nada; ni hablaba ni escuchaba, ni me movía ni quería moverme. Uno de los ingleses daba vueltas en el espacio no ocupado por los cuerpos de los muertos, otro fumaba un habano; los matadores descansaban durmiendo ó aletargados. ¡No había sido floja la obra!

Y entretanto oía la voz de las hermanas que con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón:

«Librad, Señor, su alma de todos los peligros del infierno y de todo mal. Amén.

... con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón ...

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Enoch y á Elías de la muerte común á todos los hombres. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Noé del Diluvio. Amén.

»Librad, Señor, su alma como sacasteis á Abraham de Ur en Caldea. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Jacob de sus padecimientos. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Daniel de la caverna de los leones. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á los tres niños del horno ardiente y del poder de un rey impío. Amén.

»Y como librasteis á la bienaventurada Tecla, Virgen y Mártir, de los más atroces tormentos, dignaos librar el alma de vuestro servidor y admitirla á participar con vos de los bienes celestes. Amén.»

. . . . . .

«Socorred su alma, oh Santos de Dios; venid á su encuentro, ángeles de Dios; recibidla y presentadla al Todo poderoso... Que Cristo que os ha llamado, os reciba; y que los ángeles os introduzcan en el seno de Abraham... Recibidla. Dadle, Señor, el eterno reposo y que la perpetua luz la ilumine. Presentadla...»

Y las cofias blancas, y las pardas estameñas, y los rosarios repiqueteadores y las velas de cera y los ojos negros que leían y lloraban, iban de aquí para allá, des-

cubriendo un difunto bajo un emparrado, otro arrimado á una pared, otro recargado junto á un árbol, y muertos por todas partes, en posturas raras, ya rígidos, ya incapaces de sujetarse á esa posición en que los colocan el amor y la piedad.

Pero de mi inconsciencia, de mi idiotismo, brotó á la vista de aquellos horrores un raudal desconocido que socavó la roca que pesaba sobre mí y me inundó ojos, mejillas y boca de un líquido tibio y salobre que vertí hasta desahogarme.

Luego, uno de los ingleses se me acercó:

—*¿Sente un cabaya?* me dijo.

En efecto, galopaba un caballo y había hecho alto en nuestro departamento un jinete que entró á poco y dió un papel al jefe del punto, que cuando lo leyó dijo:

—Se suspenden las ejecuciones y los señores van presos á México.

Nos levantamos como impelidos por un resorte, se levantaron también los ejecutores, y uno, tomándome del brazo, quiso llevarme al pie de gallo.

—Bruto, ¿no has oído que se suspende todo?

—Perdone, mi jefe, contestó el facineroso; yo *creiba* que todo seguía, y como estaba dormido...

Ya salíamos, cuando el mismo salvaje dijo al oficial:

—Mi capitán, uno de los *dijuntos entoavía* resuella...

Y el muy infame dió de culatazos en la noble cabeza de mi amigo el poeta mártir.

Mientras nos preveníamos para la marcha, los oficiales que nos habían de conducir se referían sus impresiones de la jornada. Miramón, que regresaba de Veracruz, había llegado al campo de batalla en el momento en que terminaba el encuentro, y había ceñido á Márquez la banda de general de División que portaba; se hacían regios preparativos para la entrada de las tropas, y se cantarían *Te Deums* por la victoria; se regalaría á Márquez una banda roja, color de sangre, y las señoras más distinguidas le arrojarían flores.

De los fugitivos, poco se sabía; en Atzcapotzalco habían estado don Santos y Juan José Baz. El exgobernador del Distrito iba ardiendo de calentura y había pedido el auxilio de un médico... A pesar de eso, seguía con sus impías chanzas; había anunciado que pronto volvería sobre México y que haría celebrar un baile de máscaras en la catedral, presentando á la concurrencia un espectáculo nuevo: un reaccionario y un fraile colgados alternativamente de los árboles del atrio.

Habían caído en poder de los reaccionarios el archivo de Degollado, su banda y su casaca; ya estaban las prendas de vestir recibiendo el lodo que les arrojaba el vulgo en las afueras del Palacio.

A pie y en medio de las dos filas de caballos emprendimos el camino los cuatro prisioneros.

La noche era cerrada y obscura; el trueno remugaba

á lo lejos; los torrentes cantaban su eterna melopea; los pies se hundían en el lodo del suelo y los ojos en la negrura del espacio; ni siquiera un relámpago rayaba la enorme pizarra que gravitaba sobre nuestras cabezas.

Y mientras tanto yo, silencioso y triste, pensaba que más negra, más horrenda, más cerrada es la noche que cubre á nuestra patria. Pero ¿acaso, como la naturaleza resucitará mañana al conjuro del sol, no tenemos derecho de esperar que también descienda el conjuro del sol de la libertad, para dar vida á un México nuevo, glorioso y feliz como lo buscamos? Tuyo siempre. — JUAN.

PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DE EL GOLPE DE ESTADO

	Págs.
El cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza	15
Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos	32
A media noche leyó Prieto unos versos	53
Por fin salió la incógnita acompañada hasta la puerta de la calle.	73
D. Guillermo Prieto	88
Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos	108
Cerca de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían.	133
—Quien lo toma por donde quema es usted, grandísimo bribón.	144
Cuando pasaron por el curato, los recibió con una descarga . .	170
... y extendiendo las manos, dijeron á un tiempo: ¡Sí, juramos!	177
Pasaba la procesión del Santo Entierro.	200
A éste le habían matado el padre; á aquél le habían *jurtado* la madre	221
De hoy en adelante no más galas	245
—¿Ha probado bien el agua?	267
D. Benito Juárez	285
Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado . .	301
D. Miguel Lerdo de Tejada	316
Eran Miramón y Osollos, que corrían á la Ciudadela	336
Las tropas reaccionarias entraban en ese momento	351
Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios .	362
... estaba un grupo de *pepenadores* rodeando un cuerpo . . .	367
D. Melchor Ocampo	384
D. José María Calderón	393

Págs.

D. Leandro del Valle 406
¡Levanten esas armas! ¡levanten esas armas! Los valientes no asesinan. 422
... El palacio estaba convertido en una imagen del Valle de Josafat 431
... y con el cigarrillo retorcido y puntiagudo. 446
Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas* 458
Son los guerrilleros ideales 471
Allí era el proveerse de las piezas de silesia 487
Concurrieron al entierro las tropas 503
Y los dos covachuelistas, con sus manguillos de lustrina . . . 517
De allí tomaron más de cien mil pesos 531
Llegaron los bandidos echando por aquellas bocas 539
... ví á una de las señoras que habían estado hablando con los escribientes. 556
Hoy descansamos y recibimos paga 569
... parecía una loca por lo triste y desesperada 577
... un oficial de Quiroga que estaba á mi lado, escribía . . . 589
... á poco salieron en cuerpo de patrulla los doctores 601
... con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón . . 606

ÍNDICE

Capítulos		Págs.
I.	Una sesión del Constituyente	5
II.	La sabiduría de mis tiempos	15
III.	Tolerancia y amoríos	27
IV.	La conspiración de la Profesa	43
V.	La tertulia de Anarda. Conozco á Miramón y á Osollos	51
VI.	Nostalgias de Comonfort. La piedra y el cristal	61
VII.	Un diez y seis de Septiembre. Los frailes conspiradores	75
VIII.	Ripios poéticos y prosaicos	87
IX.	Comonfort me traiciona	95
X.	El padre Miranda en campaña	101
XI.	El cura de Zacapoaxtla denunciando complots	109
XII.	Empieza el conflicto	119
XIII.	Un antiguo conocido. Gordoa propietario	133
XIV.	El padre Huerta y el polizonte Cuevas	145
XV.	Los problemas de fuera y las dificultades de dentro	153
XVI.	El conflicto se anuda	159
XVII.	Cruzados contra herejes. La clemencia de un cura	167
XVIII.	El cuerno de la abundancia. Se jura la Constitución	175
XIX.	Parrodi en Tunas Blancas y el país en calzas prietas	181
XX.	Donde se refiere la trágica y memorable batalla del Jueves santo	191
XXI.	Coplas de Aguilar y Marocho y prisión de Garza	203
XXII.	Me comisionan para tantear la opinión	211
XXIII.	Campos de soledad, mustio collado	219
XXIV.	La Constitución según los autores	229
XXV.	Estalla el conflicto	235
XXVI.	Papeles de Estado. Correspondencia diplomática	255
XXVII.	Pesadillas	293

Capítulos — Págs.

XXVIII.— El Plan de Tacubaya 303
XXIX.— Peligra el pellejo de Juan José. 317
XXX.— Triunfo de los Cangrejos 327
XXXI.— Consumatum... 337

Los Mártires de Tacubaya

I.— La batalla de Salamanca 355
II.— Un paquete de cartas 371
III.— Mensajero de malas nuevas 389
IV.— Donde se empieza á hacer conocimiento con la *familia enferma* 397
V.— Frailes y tinterillos conspiradores 407
VI.— Aparecen personajes que el lector no debe de haber echado en olvido 425
VII.— Cómo vuelvo á la vida 443
VIII.— Bucólica. 455
IX.— El calvario de un justo. 477
X.— Sacrilegio 485
XI.— Un hachero. 493
XII.— Cartas interesantes 503
XIII.— Entre covachuelistas 513
XIV.— Cartas interceptadas. 521